
ANNA C. JAQUET
EXPEDIENTE
411
LA TECNOLOGÍA PUEDE PROTEGERTE...
O CONDENARTE.
Rocaeditorial

ANNA C. JAQUET

EXPEDIENTE 411

Rocaeditorial

Para los que siempre están; mi padre,
mi madre y Patri.
Sin vosotros nada de esto sería posible
Per als qui sempre hi són: el meu pare,
la meva mare i la Patri.
Sense vosaltres, res de tot això no seria possible

PARTE 1

1

23 de mayo de 2097

Sus ojos azul cielo lucían reales. Sus manos, grandes y robustas, aparentaban contener vida al deslizarse por mis caderas. Su sonrisa parecía verdadera al formarse pegada a mis labios. Pero todo era un espejismo. Él era uno de los robots del club Yuna, y yo era su clienta.

Hugo era alto, moreno, y su particularidad única y diferencial respecto a los otros robots era ser gracioso (ni tan siquiera comprendía cómo tenía la capacidad de serlo). Por eso, siempre que me sentía mal, acudía a él.

Estábamos comiendo en la habitación tras haber echado un polvo. Era extraño, pero con el tiempo me había acostumbrado a que mi único amante estuviera programado. Con él no tenía que esforzarme en ningún sentido, no tenía que dar explicaciones y podía acudir a él cuando lo necesitara. En realidad, Hugo era perfecto para mí, así ninguna persona real se veía obligada a soportar el desastre que yo era en el amor.

—Me gusta cuando vienes a visitarme —dijo comiendo su trozo de pizza.

Perdí la sonrisa. No aguantaba que, además de tener el aspecto físico de un humano, también hablase como tal. No podía permitirme enamorarme de un robot, encerrados entre cuatro paredes que eran

mi evasión, pero al mismo tiempo su prisión y mi ridícula decadencia.

—Ya te he dicho muchas veces que no necesito que hagas eso —le recordé.

—Perdona, a veces no me acuerdo o no me doy cuenta.

—Tranquilo, es solo un recordatorio.

Él asintió. Me quedé mirándolo y me pregunté qué hacía luego con esa comida que engullía. A veces habría preferido que fuera más robot y menos humano. Mientras muchas personas acudían a aquel club buscando un refugio, algo parecido a un amigo o un amante real, yo iba para liberar mis frustraciones, y lo último que deseaba era que ese robot se convirtiera en un peso para mí.

Después de cenar, aún desnuda y con restos de la única droga legal en el mercado, la atía, en mi organismo, cogí mi móvil y empecé a cotillear las redes sociales. Al mismo tiempo, Hugo, sentado a mi lado, se mantenía impasible mirando a la nada acompañado de una sonrisa infundada.

Pasé más de media hora en vídeos aleatorios e inútiles, sin ser consciente de que ese tiempo perdido escroleando, en realidad, iba a cambiar mi vida.

Me detuve en el último que vería esa noche. La feria internacional de nuevas tecnologías se estaba llevando a cabo en Berlín. Durante una semana las empresas más reconocidas presentaban al mundo sus últimos productos. Cada año salían con algo nuevo e increíble, pero proporcionalmente innecesario. A menudo pensaba que el mundo debía parar, pero, como creía que no estaba en mis manos, no hacía nada por detenerlo.

En el vídeo permitían a varias personas probar el llamado *Doppelgänger doll*. Era un pequeño muñeco que, al conectarlo con un ser humano a través de un chip, permitía traspasar el dolor de uno a otro. Podía ser útil para aquellos que sufrían mucho, pero también podía convertirse en una especie de vudú tecnológico.

La gente alucinaba al probarlo en su propia piel. No daban crédito y tampoco yo, que trataba de adivinar si estaban actuando o realmente ese muñeco hacía lo que decían.

Las personas fueron pasando, una tras otra, hasta que llegó el turno de una joven de cabello rubio hasta los hombros y ojos azules. Estaba de perfil mientras le colocaban el chip en la nuca. Una vez que terminó, se volvió y su rostro se reveló al completo frente a la cámara.

«Qué cojones», pensé.

Me incorporé en la cama al mismo tiempo que se me aceleraban las pulsaciones. Era idéntica a mí. Me quedé atónita. Ni siquiera escuché qué decía cuando su imagen desapareció para dejar paso a una nueva persona. Retrocedí el vídeo para comprobar que no había perdido la cordura. Volví a verlo. Detuve la imagen. No cabía duda, era ella.

—Mira —dije, mostrándole el móvil a Hugo.

Él giró la cabeza como si terminara de volver al mundo. Había estado allí quieto sin hacer ni decir nada, pero revivió al escuchar mis palabras.

—Eres tú —dijo sin inmutarse.

Aparté el móvil de él y envié el vídeo a mis dos únicos amigos en aquel momento: Salva y Ada, los cuales, además, eran policías.

Salté de la cama para vestirme.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacías en ese vídeo? —preguntó Hugo.

—Esa… Esa no soy yo —dije colocándome ya la camiseta—. Nunca he estado en Berlín.

—¿Entonces?

—Ya te lo contaré, Hugo. —Terminé de vestirme y me detuve un segundo a decirle una última frase—: Nos vemos pronto.

—Adiós, Roma.

Al salir por la puerta del club, escuché unos gritos en el exterior. Luego un golpe. Vi a dos policías poniéndole las esposas a un joven mientras lo estampaban contra su coche patrulla.

—¡Muerte a los robots! —gritaba el chico.

Pasé de largo. Me había acostumbrado a los gritos y alborotos en la ciudad. Al subir al taxi me fijé en que habían hecho una pintada en la puerta del club: humanity first, «La humanidad primero». Y a su lado otra frase: sin alma no hay humanidad. Los lemas se habían extendido por toda Europa durante los últimos años, pero, sin duda, estábamos en el pico más alto de ebullición, como si todo fuera a explotar de un momento a otro.

No le di más vueltas y pedí al taxi autónomo que me llevase hasta la comisaría más cercana. Nos encontrábamos en las afueras, así que teníamos unos quince minutos hasta el centro. Ada leyó mi mensaje, pero a esas horas de la noche lo ignoró. Salva, por su parte, ya estaba durmiendo.

Una vez que llegamos al corazón de la ciudad, apenas pudimos avanzar dos metros al toparnos con una nueva manifestación contra los robots y la inteligencia artificial. Debía llegar a comisaría cuanto antes, así que bajé del taxi y me dispuse a caminar entre la multitud.

—¡Sin alma no hay humanidad! —gritaban al unísono, alzando los brazos y moviéndose de un lado a otro.

Traté de escapar del barullo, pero la marea me arrastró. Durante unos segundos no supe dónde estaba. Intenté salir, pero alguien se chocó conmigo y el móvil se me cayó al suelo. Lo perdí de vista y me asusté. Ahí tenía el vídeo. Casi lo pierdo, pero entonces lo vi entre una marabunta de pies. Alargué la mano para alcanzarlo, aunque me costó un pisotón.

—Joder… —gruñí.

Nadie me pidió perdón. Me levanté y guardé el móvil en el bolsillo para no perderlo de nuevo.

Agobiada y encajonada, traté de abrirme paso a base de codazos y empujones. La gente me gritaba e insultaba, pero, cuando querían enfrentarse a mí, yo ya había desaparecido.

Aunque tardé alrededor de quince minutos, finalmente logré cruzar la avenida principal de Nova Barcelona, que apenas medía cincuenta metros de ancho.

Eché a correr calle arriba. Nunca hacía ejercicio, pero no me ahogué, tenía la adrenalina en su punto más álgido.

Llegué a comisaría y pedí hablar con un agente. Me atendió un puto robot. Reconozco que eran útiles para el día a día, incluso como compañía en algunas ocasiones, pero, cuando se trataba de una urgencia, podían llegar a desesperar.

—Señora, le pido que se siente a esperar y pronto será atendida —dijo con voz plana y fría.

—No me llames señora, trozo de metal —le gruñí, exasperada—. Quiero hablar con un agente. Ya.

—De acuerdo. Lo comunicaré.

—¡Es de máxima urgencia! —exigí.

—Tendrá que esperar. Como ve —dijo, señalando hacia el exterior —, tenemos mucho trabajo.

Por primera vez miré a mi alrededor y entonces descubrí que el robot tenía razón. Había multitud de personas allí dentro, la mayoría con heridas abiertas fruto de los altercados.

Bufé, furiosa, pero comprendí que tardarían en atenderme, así que salí a la puerta a calmar los nervios con mi cigarro electrónico. Suerte que ese cacharro era solo un engaño para mi mente y no me chamuscaba los pulmones, pues, si hubiera sido uno real, creo que me habría matado solo de las caladas que le di aquella noche.

Mientras esperaba, vi el vídeo más de cincuenta veces. Suerte que mi móvil se autorrecargaba, si no me habría quedado sin batería.

—Señorita, venga —dijo el robot después de casi una hora.

Entré de nuevo a la comisaría y por fin me recibió una persona real.

—Dígame en qué puedo ayudarla —dijo un chico joven, desganado. En realidad, parecía igual de mecánico que el otro.

—Tengo un vídeo, un vídeo… —expliqué, temblando, mientras sacaba mi móvil Júpiter del bolsillo.

—Muéstremelo —pidió—. ¿Por qué es importante? ¿Se ve algún altercado o a alguien en actitud violenta?

—No, no, no tiene nada que ver con esto —respondí señalando al exterior. Luego traté de mostrárselo. Sin embargo, dado que era como un bolígrafo corto que desplegaba una fina pantalla al apretar a cada lado y que no atinaba de los nervios, me costó un mundo abrirlo.

Cuando por fin lo logré, opté por la vía rápida. Entré en la conversación de Salva y pulsé el link. Sin embargo, no mostró lo que esperaba. Solo una pantalla negra y unas letras: «Este vídeo ha sido eliminado por infringir derechos de la plataforma».

—¡¿Qué?! —grité, desesperada.

Intenté entrar por otro lado, pero el resultado fue el mismo.

—Estaba… El vídeo estaba aquí… —le expliqué al chico.

—Tranquilícese, ¿qué vio en el vídeo?

—¡A mi hermana, a mi hermana gemela!

Continué rebuscando entre el contenido grabado en la feria de Berlín, pero no había rastro de ella.

El chico no comprendía mi angustia.

—Señorita, necesito que me diga por qué era importante ese vídeo —pidió.

—Es importante porque… Porque… —Me llevé las manos a la cabeza y lo miré con el rostro contraído—. Era mi hermana… Mi hermana, que desapareció hace veinticuatro años.

2

24 de mayo de 2097

—Como ya he dicho anteriormente —anunció Igor Shapov. De fondo se escuchaban los gritos y abucheos de la multitud—, no hay nada que temer. Eros es un dispositivo autónomo creado para satisfacer las necesidades humanas, pero sin capacidad de toma de decisiones propias. Además, desde su lanzamiento al mercado, le hemos instalado un sistema de seguridad que no depende de ningún agente externo, por eso no se puede actualizar y nadie puede hackearlo.

—¡Mentiroso! —gritó una voz femenina.

—¡Sí! ¡Eso decíais de Mía! —gritaron otros, sumándose a las quejas.

—Eros no es Mía.

Apagué el televisor. En las últimas semanas había escuchado esas declaraciones hasta en tres ocasiones. Miré a mi Eros, «tu sirviente, tu acompañante y tu amigo», el cual descansaba impasible de pie junto al sofá.

—Creo que tendré que acompañarte —murmuré.

En cuanto pisamos la calle, percibí algunas miradas de recelo. Desde hacía unos años el papel de los robots se estaba poniendo en entredicho en la ciudad. Todo empezó en 2091, cuando se descubrió que una Mía estaba involucrada en el rapto de tres personas en el

caso Patel. Eso obligó a Arintox a retirarla del mercado y dicha empresa fue absorbida por su máxima competencia, Shapov, S.L., quien aprovechó los conocimientos del modelo retirado para sacar al mercado un robot sin apariencia humana y más seguro: Eros.

Sin embargo, esa desconfianza hacia los robots había resurgido tres semanas atrás, cuando se descubrió que el motivo de que Mía participara en el secuestro de esas personas era que la habían hackeado.

Por eso, nadie podía asegurar a la gente que no sucedería lo mismo con Eros, aunque Igor Shapov prometiese que era imposible.

Aquel día podría haber optado por hacer la compra yo sola; sería imposible pedir a domicilio dado que las calles estaban abarrotadas de manifestantes. Sin embargo, tampoco tenía ganas de arrastrar un carro, así que me llevé a Eros. Lo cierto era que, aunque había tenido experiencias horribles con robots en el pasado, me había acostumbrado a los servicios de aquella máquina y me costaba renunciar a él.

El camino de ida fue menos dramático de lo que me imaginaba. Quitando algún que otro grito o insulto, pudimos llegar al supermercado sin mayor problema.

Juntos buscamos lo necesario para la cena que había preparado para aquella misma noche junto con Salva y Ada. La razón era bastante sencilla: necesitaba contarles lo de mi hermana y, lo más importante, pedirles ayuda.

Un rato después, Eros y yo regresábamos a casa. Él llevaba las bolsas. Yo iba detrás cuando de reojo distinguí a un grupo de jóvenes acercarse. Tenían el rostro cubierto con capuchas negras. De inmediato, tuve la intuición de lo que ocurriría.

—Puto robot de mierda —insultó uno de ellos al pasar por nuestro lado.

Eran cinco. El robot y yo avanzamos entre medio de los chicos mientras nos hacían un pequeño pasillo. Empezaron con insultos hacia Eros, pero pronto cambiaron de objetivo. Al fin y al cabo, él no existiría si no hubiera personas como yo que estuvieran dispuestas a comprarlo.

—Humanofóbica de mierda —gruñó otro al pasar junto a mí.

—Puta antihumanista —me insultó el tercero.

No tenían ni idea. Yo era quien había descubierto la implicación de Mía en los secuestros del caso Patel. Yo era parte de esa lucha, pero al mismo tiempo era consciente de la cruda realidad: Eros, al igual que Mía, no era más que una amalgama de metales, plásticos y cables, y los verdaderos culpables, como siempre, seguían siendo los seres humanos. Si Mía raptó a varias personas fue porque la hackearon por orden de Pol Patel y su ayudante, del que aún se desconocía su nombre.

Justo antes de que pudiera siquiera levantar la cabeza para mirarlos, uno de ellos empujó a Eros mientras otro le hacía la zancadilla. Eros cayó de bruces contra el suelo y, con él, toda mi comida.

—Estúpidos —murmuré enrabietada.

Eros se levantó sin mayor preocupación.

—Tranquila, Roma, la comida está intacta —dijo con su voz robótica.

Ni tan siquiera le dejaron terminar la frase. Uno de los chicos le dio una patada en el rostro que lo lanzó al suelo de nuevo. A diferencia de Mía, Eros había sido programado para no defenderse

bajo ninguna circunstancia, Así que no tuve más remedio que apartarme cuando el grupo empezó a golpearlo mientras el robot seguía con la mirada perdida y el cuerpo tieso.

Me limité a observarlos. Todos ellos llevaban un identificador temporal en su muñeca, a diferencia del fijo que llevábamos los que vivíamos en Nova Barcelona de forma permanente. Desde hacía unos sesenta años Barcelona se había dividido en dos: Antiga, de donde venían esos chicos y donde se vivía como en los años treinta, y Nova, la cual formaba parte de la denominada Confederación Ralía, un conjunto de *smart cities* desperdigadas por el continente europeo. Aquí todos llevábamos un localizador, y nos vigilaban a través de cientos de cámaras de seguridad en cada rincón de la ciudad.

Nova siempre había resultado segura, pero hacía ya unos años que las cosas se estaban complicando. Grupos radicales entraban y se reunían para destruir todo lo que encontraban por el camino. En ese caso le tocó a mi Eros, y yo no pensaba poner mi vida en peligro por él. Al fin y al cabo, no era más que un robot.

Dejé que terminaran. Eros terminó destruido con un brazo roto, la cabeza fuera de lugar y cojeando de una pierna.

Los chicos echaron a correr al escuchar las sirenas de policía. Ayudé al robot a levantarse, aunque sabía que ya no me sería de mucha utilidad. No quise denunciar. No tenía ganas ni tiempo.

—Señorita Roma, puedo llevar las bolsas, no se preocupe —repitió el robot.

Lo dejé probar, pero me dio tanta lástima que las terminé llevando yo misma. Eros consiguió llegar a mi casa con dificultad. Luego me

ayudó a preparar la comida, aunque solo con indicaciones de voz, y por eso salió como salió…

—Bueno… —dudó Salva tras probar el primer bocado del plato de *risotto* que había preparado.

Miré a Ada. Vi una sonrisa juguetona en las comisuras de sus labios.

—Está incomible —concluí. Ellos respiraron aliviados y los tres sonreímos—. Creo que me he pasado con la sal.

—Y con todo, si somos sinceros —dijo Ada—. No sé qué vas a hacer ahora sin robot.

—Aunque te parezca extraño, no siempre he tenido uno —expliqué—. Salva me conoció cuando no tenía ninguno.

—Sí, y era aún más desastre que ahora.

Los tres nos echamos a reír.

—Entonces ¿lo arreglarás o lo dejarás así? —preguntó Ada señalando a Eros con la cabeza.

—Intentaré arreglarlo, pero no lo sacaré de casa.

—Es lo mejor —concluyó Ada.

—No lo es —replicó Salva—. La gente se está volviendo una salvaje y no respeta las normas ni las cosas de los demás. Estoy hasta los cojones de sus tonterías.

—¿Siguen metiéndose con vosotros? —pregunté a ambos.

Ellos se miraron. Salva tragó saliva y Ada se encogió de hombros. Y es que, en los últimos tiempos, los robots no eran los únicos apaleados. A los humanos mejorados tecnológicamente también los atacaban de manera constante, y entre ellos estaban los GPAM

(Guardianes de Policía Asistente de Miraya), como Ada, y los IPAM (Inspectores de Policía Asistente de Miraya), como Salva.

Desde hacía unos seis años todo IPAM formaba una dupla inseparable con su GPAM.

—No es para tanto —insinuó ella.

—Sí lo es —replicó de nuevo Salva. El círculo azul neón que rodeaba sus pupilas centelleó, resaltando el negro de sus ojos. Era una de las operaciones a las que se sometían los IPAM y los GPAM con el objetivo de ver en la oscuridad, pero sabía que, en el caso de Salva, brillaba cuando lo invadía la furia—. Con Ada son muy injustos.

Estaba molesto y enfadado. Yo sabía que lo que le dijeran a él, en realidad, le traía sin cuidado, pero le dolía lo que pudieran soltarle a su compañera, la cual se había convertido en su mano derecha desde que entró al cuerpo hacía seis años.

La realidad era que, además, el cuerpo de Ada había sido mejorado tecnológica y biológicamente, por lo que era indestructible, más fuerte y rápida que cualquier ser humano. Formaba parte del programa Titán, que se había empezado a desarrollar diez años atrás. El objetivo era crear seres humanos supercapacitados para los organismos gubernamentales de protección al ciudadano; en esencia, solo podían ser policías, bomberos o militares. De hecho, Ada era considerada un arma militar antes que una policía. Si había una guerra, sería la primera en ser llamada al frente. Eso sí, antes de entrar al programa tuvo que pasar unas pruebas psicotécnicas y, si en algún momento se le ocurría utilizar su fuerza para ejercer el mal, la podían desconectar inmediatamente y volvería a ser una persona común.

—Pero todos esos que hablan me importan una mierda —respondió ella con una sonrisa—. Si intentan acercarse a mí, los haré papilla en menos de un minuto —bromeó.

Yo sonreí. Eso era algo que me encantaba de ella: siempre enfrentaba los problemas con naturalidad y no se achantaba ante nada. Quizá era por lo que le había tocado vivir. Y es que ella, tras quedarse tetrapléjica, no había tenido más remedio que aceptar entrar al programa para llevar una vida normal. Era una mujer luchadora, fuerte y resiliente. La admiraba más que a la mayoría de las personas que conocía.

—Me encantaría ver cómo un cíborg los hace polvo —bromeé sin esconder mi sonrisa de orgullo.

—No hagas broma con eso —replicó Salva, que aún parecía molesto.

—No hagas broma con eso —lo imitamos Ada y yo al mismo tiempo.

Las dos nos echamos a reír y chocamos las manos.

—Relájateee, Saaalva —le dijo Ada agitándole el brazo en un gesto cariñoso.

Él, sin embargo, seguía muy serio. Más de lo normal.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No, solo estoy cansado. Cansado del trabajo, de los alborotos y de esta ciudad desagradecida.

Ada y yo enmudecimos. Salva suspiró y me miró.

—Bueno, cambiemos de tema, ¿para qué nos has invitado?

—Para pasar un rato juntos —mentí.

—Sí, claro. Por eso ayer nos llamaste doscientas veces de madrugada después de enviarnos un vídeo. Si solo quisieras pasar

un rato con nosotros, habríamos ido a un restaurante… —Me miró y por primera vez esbozó una sonrisa—. Te conozco, ¿qué quieres?

No cabía duda de que era así. Nos habíamos conocido hacía seis años, cuando me inmiscuí en el caso Patel. Él era uno de los IPAM encargados. Nuestra relación tuvo sus altibajos. Al fin y al cabo, yo solo era una ciudadana que se había metido donde no debía y manipuló a un policía para sonsacarle información. Por suerte, y con el tiempo, la manipulación y las mentiras se terminaron entre nosotros. Yo descubrí al culpable de los secuestros, y él se llevó todo el mérito. También se acabó el sexo entre nosotros, pero desde entonces se inició una verdadera amistad. En ese momento de mi vida, nadie me conocía mejor que Salva.

—Pero… Pero a ver… —intenté disimular para que no pensara que solo lo había invitado para pedirle algo—. Sois mis amigos. ¿Por qué no voy a invitaros?

—Podrías haber avisado a más gente si fuera así —contestó Salva.

—¿A quién cojones quieres que avise? —pregunté con una sonrisa.

Salva dudó.

—Ian rechaza constantemente mis invitaciones, y no tengo más amigos que vosotros… —le recordé.

—Podrías haber invitado a Regina —soltó Ada. Yo la miré, confundida. Nunca le había hablado de ella, aunque, en cuanto descubrí una sonrisa traviesa en sus labios, supe que sabía más de lo que yo pensaba—. ¿No te habría gustado que viniera?

Miré a Salva. Él era el único que lo sabía.

—Sí, me ha contado que lo ayudaste a resolver el caso Patel hace tres semanas —explicó Ada. Miré a Salva pidiendo una explicación.

Él se encogió de hombros—. Pero sé lo tuyo con Regina —miré a Ada de nuevo— porque me lo ha contado ella misma.

—¿Qué?

—Sí. Hago boxeo de lunes a viernes, y ella estaba allí. Me acerqué y la verdad es que me cayó bastante bien. Dado que no tiene amigas por aquí, hemos quedado ya unas cuantas veces y me ha estado contando por encima vuestra… historia o lo que sea que tuvierais.

—¿Qué te ha contado?

—Lo único que sé es que su hermana fue una de las personas raptadas por Pol Patel y su aliado, Valeria se llama, ¿no? —Yo me limité a asentir—. Pues eso, sé que Regina acudió a ti en el 91 para que la ayudaras y que tuvisteis algo, pero no sé más, y me puede la curiosidad.

—Pues no hay mucho más, Ada. Intenté ayudarla, pero no descubrimos nada. Durante el tiempo que estuve investigando, tuvimos algo, y luego ella se volvió a Argentina con su familia y todo se terminó.

—Pero ahora que ha vuelto, eh… —insinuó con una sonrisa pilla—. ¿No te gustaría…?

—Ha vuelto porque han encontrado a su hermana—la corté.

—Lo sé.

—Pues eso, después de seis años se ha hecho justicia. Aunque fui yo quien lo descubrió, no es momento de que me meta en su vida, y si sigues hablando te desconecto, maquinita —bromeé para zanjar el tema.

—Bueno, por si te interesa, entrenamos en el Lus —soltó sin perder la sonrisa.

—En fin, dejemos este tema ya y centrémonos en lo importante —interrumpió Salva—. Di ya por qué nos has invitado a cenar. Llevo desde ayer dándole vueltas. Piensa que este engrudo será difícil de compensar.

—Eh… —Sonreí. Luego me incorporé y traté de ponerme seria. Era difícil para mí. Jamás hablaba de mi hermana, y mucho menos de su caso—. Bueno… A ver… Tiene que ver con… Con mi hermana.

Los miré. Salva se tensó, Ada se limitó a seguir en silencio.

—Como sabéis, desapareció hace veinticuatro años, y aún no se sabe nada de ella. Pero… —Traté de acomodarme de nuevo en la silla. Eso estaba siendo más incómodo de lo que había imaginado—. Ayer… Ayer ocurrió algo. Vi… Vi a… mi hermana.

Hubo un silencio prologado. Tragué saliva.

—¿Qué… quieres decir?

—A ver… —Pensé como decirlo sin que pareciera que había perdido la cabeza—. Sé que…, que os parecerá una locura, que diréis que seguro que se parecía y no era ella…, pero la vi. —Aguardé. Ellos continuaron mirándome en silencio, esperando algo más—. La vi en un vídeo en redes.

—Vale, pues enséñanoslo —pidió Salva.

—Os lo envié. Ada, ¿tú lo viste?

—No —negó ella—. Vi el mensaje, pero tenía sueño, así que pensé que ya lo vería al día siguiente.

Suspiré, resignada.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Pues que lo han eliminado. Después de llamaros fui a comisaría, pero, cuando saqué el móvil para mostrarlo, no había rastro de él.

—Ya… ¿Alguien más lo vio? —preguntó esta vez Salva.

Suspiré. Dudé si responder, pero finalmente lo dije.

—Lo vio… uno de los robots del club Yuna —lo solté del tirón, sin pensar.

Salva arrugó la frente, Ada no pareció sorprendida.

—Lo sé, es lamentable, pero llevo un tiempo viéndome o como lo quieras llamar con un robot de esos.

—Vale, eso ahora mismo no importa. La pregunta es si alguien más ha visto el vídeo. Alguien además de… un robot que dice que sí a todo lo que quieras —dijo Salva de brazos cruzados.

—No me dijo que sí porque yo quisiera —repliqué—. Le enseñé el vídeo y él confundió a mi hermana conmigo, ¿por qué iba a decir eso?

—Porque están programados para darte la razón, Roma.

—¡Que no! ¡Que te juro que no! Solo se lo enseñé y él dijo: «Eres tú».

—Bueno —intervino Ada—. Dejemos esto a un lado. Digamos que eres la única persona que la vio en ese vídeo. ¿Qué recuerdas? ¿Qué había o qué estaba haciendo?

—La vi en la feria internacional de nuevas tecnologías que se celebra en Berlín, probando uno de los nuevos dispositivos. Estaba sola.

Salva se frotó la frente mientras suspiraba. Ada lo miró sin saber qué decir.

—¿Ibas drogada? —preguntó entonces él.

—Eh…

—Sí —asumió con solo verme la cara de culpabilidad.

—¡No tiene nada que ver con eso! —protesté.

—Tranquila, Roma —me detuvo Ada, cogiéndome del brazo. La miré—. Dime qué piensas.

Yo aún seguía molesta con Salva.

—Va, cuenta —insistió.

—Vale, a ver… Por un lado, tengo el link del vídeo; aunque ahora entres y ponga que no está disponible, quizá los expertos de la policía averigüen algo…

—Si no es un caso abierto, no se pueden meter en eso —replicó Salva.

—Bueno, entonces… —Agaché la mirada, algo frustrada. Apenas había empezado y ya me había encontrado con un muro, y ese muro era uno de mis mejores amigos—. La cosa es que no tengo prácticamente nada, solo un artículo que imprimí en su momento, pero el mayor problema empieza cuando…, cuando busco en internet y descubro que no hay ni una sola noticia de su caso.

Por primera vez, vi cómo Ada abría los ojos y se incorporaba en su asiento, mientras Salva fruncía el ceño, aún reticente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ada, curiosa.

—He buscado y rebuscado, y no hay rastro de noticias ni artículos… Nada. Ni tan siquiera existen los que imprimí en su día… —Para mi sorpresa, vi interés en sus miradas, así que yo también me incorporé y me dispuse a explicarlo todo—. He buscado en redes sociales, en diarios digitales, también he entrado en Crimeas, esa página para frikis donde publican casos criminales sin resolver, y no hay rastro de mi hermana. Es como si… jamás hubiera existido.

—Eso no es posible —aseguró Ada levantándose de un salto. Corrió hasta el sofá y se sentó para abrir mi ordenador—. Vamos a buscar.

Yo corrí a su lado.

—No la animes, Ada —pidió Salva, aún reticente.

—Tranquilo, solo vamos a echar un vistazo.

Él resopló y yo le di mi contraseña.

—Vuestros apellidos son Delmer Durán, ¿no?

Yo asentí.

Ada se puso a las teclas y, al igual que yo, no encontró ningún resultado. Salva estaba a un metro de distancia, tras el sofá, viéndolo todo desde las alturas, como si estuviera luchando entre lo que quería y lo que debía hacer.

—Es cierto, joder… —murmuró Ada. Luego me miró—. ¿Me dejas ver los artículos que tienes?

Me levanté y me dirigí hacia mi habitación. Volví con una pequeña caja de plástico.

—Esto es todo lo que logré salvar cuando Mía me quemó la casa en el 91 —le expliqué entregándole la caja.

Ada la cogió y empezó a sacar cosas. Primero un peluche de dinosaurio lleno de polvo de cuando era pequeña, luego unas gafas de sol.

—¿Esto es todo lo que quedó de tu casa?

—Sí… —pensé en explicárselo, pero decidí seguir adelante para que entendiera el contexto—. Cuando Ian, Laia, la que era la pareja de Ian, y yo estábamos investigando el caso Patel, un robot Mía se metió en mi casa. Laia había descubierto algo y, por eso, quien fuera que hackeó al robot hizo que Mía incendiara mi casa a conciencia. No fue un incendio normal. Se aseguró de que no quedara absolutamente nada. Por eso estas cuatro cosas son lo único que tengo.

Tras sacar varios objetos, llegó hasta un mechero eléctrico. Lo dejó sobre la mesa junto a los demás. Lo cogí. Era de Billy.

—¿Qué es? —curioseó ella al verme mirarlo.

—Un mechero eléctrico. Para los que fuman tabaco antiguo… Era de mi primer novio, Billy.

—¿El que tienes tatuado en el culo? —preguntó, con una ceja alzada.

—Sí. —Traté de sonreír, pero no pude. No podía hacerlo cuando hablaba de él. Suspiré.

—¿No terminas bien ni una relación o qué? —bromeó para relajar el ambiente.

La miré. Dudé, pero finalmente lo dije:

—Está muerto —solté, seria, para incomodarla.

Ella abrió la boca ligeramente, sintiéndose mal. Al instante esbocé una media sonrisa.

—Tranquila, es triste, pero de eso ya hace mucho tiempo.

—Igualmente es… horrible.

—No hablemos más de esto —zanjé la conversación y me guardé el mechero en el bolsillo. Luego señalé la caja para desviar la atención—. Ahora centrémonos en lo de mi hermana.

—Em, sí —dijo ella. Se apartó, aún algo incómoda, y volvió a esa realidad—. Aquí tengo uno de los artículos —advirtió, sacando un trozo de papel quemado por los lados—. No hay más, ¿no?

—No. Cuando era pequeña imprimí más, pero el único que se salvó fue este.

Ada y Salva lo ojearon. La mitad del texto estaba quemado, pero se intuía que solo era una explicación del caso. Mostraba una fotografía de mi hermana junto a otra niña en una litera. De fondo

había una ventana y, en el exterior, varios coches aparcados. Eso era todo lo que tenía.

—Esto no tiene ningún sentido… —murmuró Ada dándole vueltas al artículo.

—Por eso quería pediros ayuda… —dejé caer, al fin. Miré a Salva, que no dijo nada, luego miré a Ada—. Si el caso de mi hermana existe, aunque no esté en ninguna parte, Miraya debería tenerlo en su base de datos…

Ada enmudeció. Ambas sabíamos que la última palabra la tenía Salva.

Miraya era una inteligencia artificial creada sesenta años atrás, junto con la Confederación Ralía, que contaba con una base de datos para resolver casos criminales con suma velocidad y eficacia.

La cuestión era que no todos podíamos acceder a ella, solo los IPAM como Salva.

Tanto Ada como yo lo miramos y él agachó la vista, pensativo. Yo sabía que Ada se sumaría desde un primer momento, pero Salva era diferente. Él quería mantener su puesto de trabajo y seguir escalando. No quería meterse donde no debía, y aún menos que yo me metiera en líos.

—Nadie se enterará si haces una pequeña búsqueda —dejó caer Ada.

—Roma —dijo Salva, contemplándome—. ¿Otra vez?

Enmudecí. Entendía a qué se refería. Él se sentó a mi lado.

—La primera vez fue Billy, la segunda vez fue Laia…

—Lo sé. No hace falta que me lo recuerdes.

—Te lo recuerdo porque hace seis años, cuando Mía quemó tu casa con Laia dentro e Ian ya no quiso seguir siendo tu amigo, me

prometiste que no volvería a pasar. Me dijiste que no soportarías perder a nadie más.

Me mordí el labio. Estaba en lo cierto, pero ahora era distinto. Yo, con la ayuda de otras personas, había logrado resolver dos casos a lo largo de mi vida. Sin saber cómo, tenía la capacidad de encontrar respuestas. Sin embargo, me quedaba el más importante.

—Y pretendo cumplir esa promesa, Salva, pero este caso es diferente. Es mi hermana… y la vi. Te prometo que la vi… —aseguré, mirándolo a los ojos—. En los últimos años he ayudado a muchas personas a resolver casos de asesinatos y desapariciones. Siento que es algo que se me da bien y, sin embargo, nunca logré encontrar a mi hermana porque, cuando desapareció, yo apenas tenía once años. No puedo… dejarlo pasar sin más. No es solo por mí, también es por mi madre… Incluso por mi padre —concluí.

Salva suspiró profundamente, dándole vueltas. Se frotó la frente y me miró con cariño.

—Solo tengo una condición —advirtió. Aguardé—. Esta vez dejarás que los policías nos encarguemos de esto. Solo nosotros.

Le agarré la mano a la vez que asentí ligeramente.

—Bien, buscaré en Miraya a ver qué encuentro —aceptó por fin.

Entonces sonreí de felicidad, sin saber que nos estábamos metiendo en un lío de cojones.

3

28 de mayo de 2097

El viernes me desperté a las seis y media de la mañana para acudir a la clase de boxeo junto con Ada y Regina. Fue un impulso estúpido, pero sentía la necesidad de ver a Regina de nuevo. Fui a la cocina y me hice un café para despejarme. Lo olí. Llevaba seis años comprando en su tienda online para tener conmigo el aroma que me recordaba al que durante mucho tiempo fue mi mejor amigo. Ian. Siempre habíamos sido como uña y carne, como hermanos, pero, desde la muerte de Laia, nos habíamos distanciado. Me culpaba por su muerte, o quizá era yo quien lo hacía. A fin de cuentas, yo era la que había insistido reiteradas veces en investigar el caso Patel.

Por eso, Ian y yo apenas nos habíamos visto en ese tiempo. Lo había llamado desesperada en alguna ocasión, pero la realidad era que casi no habíamos hablado. Sin duda, para mí, lo peor de todo lo ocurrido seis años atrás había sido perderlo a él.

Después del café me vestí y llegué diez minutos antes del entreno.

Fui la primera en entrar. La profesora me saludó y se presentó, y fue entonces cuando Ada y Regina me vieron.

—¡¿Qué haces aquí?! —exclamó Ada rodeándome con sus musculados brazos—. ¿No es esta tu hora de dormir?

—Quería hacer deporte —mentí. Ni tan siquiera me esforcé en inventarme una excusa creíble.

Miré a Regina. No estaba seria, pero tampoco feliz. Se limitó a dedicarme un gesto con la cabeza para saludarme y se marchó a prepararse.

Nuestra relación era complicada. Sí, yo descubrí que Pol Patel era el culpable del secuestro de su hermana, pero también había sido yo quien, seis años atrás, corté nuestra relación de forma totalmente cobarde. Por eso ella estaba agradecida conmigo y al mismo tiempo me odiaba.

Iniciamos el calentamiento. Me cansé a los dos minutos, pero tuve que seguir. Como siempre que me movía más de la cuenta, empecé a sudar a raudales.

Una vez que terminamos nos colocaron en parejas que tenían distintos niveles. Me tocó con Regina. Ella me lanzó la manopla.

—Ponte firme —ordenó. Yo levanté los hombros, pero no sabía a qué se refería—. Flexiona un poco los codos y prepárate para el golpe; si no, te puedo hacer daño.

—No creo —bromeé con una sonrisa vacilona.

Ella no sonrió lo más mínimo, y a mí se me borró la expresión como si me hubieran dado una hostia allí mismo.

—Es broma, eh. Obvio que puedes hacerme daño.

Ella me miró a los ojos, suspiró y apartó la mirada de mí para clavarla en la manopla de nuevo. Como si, literalmente, quisiera que desapareciera de su vista. Los siguientes diez minutos Regina continuó golpeando y yo aguanté, estoica. Creo que se esforzó en utilizar todas sus fuerzas. De hecho, creo que le habría encantado que no hubiera manopla entre nosotras dos.

Yo solo pude fijarme en lo mucho que había cambiado. Tenía los brazos más anchos y fibrosos, igual que todo su cuerpo. No atisbé ni

un ápice de grasa en su estómago. Era evidente que llevaba años entrenando.

Tras la clase de una hora yo estaba hecha polvo. Regina ni tan siquiera me dirigió la mirada. Entonces comprendí que me había equivocado al acudir allí.

—Regina —la llamé. Ella se detuvo y se giró a mirarme. Estábamos en una esquina, así que nadie podía escucharnos—. Lo siento. No volveré a venir. Perdóname.

Por primera vez, ella relajó la expresión.

—No sé en qué pensaba. Lo siento —repetí.

—No, tranquila —dijo. Su tono de voz era muy distinto al de veinte minutos antes. Suspiró y se frotó la frente—. No… No pasa nada. Soy yo. Simplemente este es como mi espacio, y me ha molestado que vinieras sin avisar.

—Lo siento. Siento repetirlo. No volveré a venir… —Ella me miró—. En realidad me haces un favor si no quieres que venga, odio despertarme a las seis de la mañana… —bromeé.

—Psh… —Se le escapó una risita. No lo pudo evitar.

Y yo no pude evitar sonreír. Ambas estábamos más relajadas.

—Si quieres, podemos quedar para comer algún día —propuse sin muchas esperanzas—. Me gustaría contarte algo.

—No sé si… Quizá por ahora no…

De pronto, entró una llamada a su teléfono. Ella agachó la mirada y colgó.

—Es mi mujer.

«Mujer», repetí en mi cabeza. Me entraron sudores fríos.

—Me llama para que hable con mi hijo —añadió, como si estuviera intentando interponer una barrera entre nosotras con esas palabras.

Entonces me paralicé. Debería haber fingido emoción, incluso debería haber mostrado algo de entusiasmo, pero sentí como si me quitaran una parte de mí. Como si la vida que yo podría haber vivido me hubiera sido arrebatada de un plumazo.

—¡Cla-claro! ¡Ve a hablar!

Ella asintió. Hizo un amago de irse, pero antes añadió algo más:

—Mira, no tengo ni idea de por qué has venido. Quizá estabas aburrida en tu casa y querías divertirte un rato recordando…, no lo sé, viejos tiempos ¿o algo así?

Yo la escuché expectante.

—Lo que tengo claro es que yo he construido una vida, estoy casada, tengo un hijo y soy muy feliz.

—Ah… —balbuceé, anonadada por lo que estaba escuchando—. No sé si… No sé qué estás queriendo decirme, pero no te he propuesto nada.

—Ya…, bueno… —se limitó a decir mirándome fijamente. Me jodió ser tan obvia—. Me marcho, ya nos veremos por aquí —zanjó la conversación.

Salí del centro de entrenamiento y me fumé de mi cigarro electrónico mientras abría y cerraba el mechero de Billy. Desde que lo había encontrado en mi caja, ese gesto se había convertido en mi forma de calmar los nervios.

Le di vueltas a toda esa información sobre Regina. Era difícil explicar lo que sentía. Era una mezcla entre tristeza y nostalgia. Por suerte, esa sensación no me duró más de diez minutos, y sin pensármelo acudí al club Yuna. En esa época llevaba alrededor de tres años visitando a Hugo. Como siempre, me hizo reír. No quise sacar el tema de mi hermana, al menos por ahora.

Después de una hora y algo, decidí que era el momento de marcharme antes de que aquello pareciera una cita.

—Bueno, debería irme.

Él levantó la vista de golpe, con sus ojos azules y grandes abiertos.

—¡Es pronto! —me recriminó con rostro entristecido.

Aún me sorprendía la capacidad de actuar como humanos que tenían los robots de ese club. Eran distintos a los serviciales que podías encontrar en la calle. Por eso le insistía a Hugo una y otra vez con lo mismo.

—No te comportes como una persona, por favor.

—Sí, perdona, perdona. —Su expresión mutó de un momento a otro de la tristeza a una sonrisa de oreja a oreja. Sentí, por primera vez, que estaba fingiendo.

—Así mejor —dije.

Me vestí y antes de irme dudé, pero al final me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

—Gracias —susurré.

Él no dijo nada y se limitó a seguir fingiendo que era feliz.

Aquel rato a su lado me sentó bien, pero al llegar a casa el mundo se me vino encima de nuevo. Me lancé al sofá mientras le daba un repaso a mi vida. Con la mirada clavada en el techo, palpé el mechero en el bolsillo. Billy. Como siempre, lo eché de menos.

Mi soledad se había hecho mucho más palpable desde que me enteré de que Regina había regresado, desde que comprendí que había otras formas de vivir distintas a la mía. Por primera vez, algo estaba cambiando en mí: las fiestas ya no me divertían y lo que antes denominaba «independencia» ahora lo sentía como soledad.

«Sin duda —pensé—, me estoy haciendo mayor».

4

29 de mayo de 2097

Al día siguiente desperté como si alguien me hubiera pegado una paliza emocional. Eros seguía deforme en uno de los sillones del comedor y el silencio inundaba el espacio.

A media mañana Ada y Salva se presentaron en mi casa vestidos de calle. Era un sábado caluroso. Los dejé pasar sin hacer muchas preguntas. Lo cierto es que me alegró tener a alguien allí.

—¿Sigues con este? —preguntó Ada al ver a Eros en el sofá.

—Sí. No sé qué hacer con él. Me da pena tirarlo y a veces hablamos.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—Estás muy sola —se burló con una sonrisa traviesa.

Yo sonreí. Era una cabrona, y eso era lo que me gustaba de ella.

Pasamos a mi terraza, desde donde se podía ver toda la ciudad. Por la actitud de ambos, sabía que habían venido a contarme alguna novedad, y yo no podía esperar más.

—Habéis descubierto algo, ¿no? —pregunté mirando a Salva. Él bajó sutilmente la mirada y comprendí que tenían información nueva. El corazón se me aceleró—. Dime.

—Pues… —Le costó empezar—. Hemos estado indagando en el caso de tu hermana. Hemos visto que hay bastantes casos de

desapariciones cercanos a esas fechas. No es muy preocupante, pero sí un poco por encima de la media…

Guardó silencio, como si quisiera que yo dijera algo.

—Vale… ¿Y mi hermana?

—Vale, respecto a eso… —Suspiró. Se detuvo y tomó fuerzas para pronunciar las siguientes palabras—: No consta.

—¿No consta? —No entendía lo que me estaba queriendo decir.

—No consta que desapareciera ninguna Milan Delmer —repitió, dejándolo claro.

—¿Y el impreso que yo tengo?

—Es lo único que tenemos.

—No… No lo entiendo —dudé; me dejé caer en la silla.

—Puede ocurrir —intervino Ada. Creo que lo dijo porque sentía pena por mí—. A veces, algunos casos se traspapelan por alguna razón. Al no suceder en una ciudad perteneciente a Ralía, nunca llegan a constar en Miraya. No es una locura. Además, pasó hace más de veinte años.

—Entiendo. —Estaba en shock y no sabía qué decir.

—Roma —habló de nuevo Salva, llamando mi atención. Lo miré—. Sé que esto que te voy a pedir es doloroso, pero, si quieres tratar de descubrir la verdad, empieza por contarnos lo que recuerdas de aquel día. —Me estremecí—. También algún detalle de lo que ocurrió los días anteriores y posteriores al día de su desaparición.

Eso que me pedía era jodido. Jamás les había contado que tenía esos días borrosos, como sombras de una realidad que mi cerebro había tratado de ocultar. Quería ofrecerles todo tipo de detalles, quería que se metieran en mi cabeza para que así pudieran

ayudarme, pero eso solo sucedería si les contaba mi verdad más dolorosa.

—Lo intentaré —dije, temblando—, pero hay algo que me gustaría deciros antes.

Ellos escucharon, expectantes. Tragué saliva.

—Tengo lagunas de ese día, pero también de lo que sucedió el siguiente año. Además, creo que olvidé algo importante, algo que podría ayudarme a descubrir la verdad.

Ambos respiraron con profundidad, tratando de asimilar mis palabras.

—Intentaremos llegar a ese algo entonces —me animó Ada. Yo la miré—. Y debemos empezar con lo que sí recuerdas.

Yo asentí, y les conté lo ocurrido el 4 de noviembre de 2073, aun con lagunas, sombras y secretos que hasta yo misma desconocía.

4 de noviembre de 2073

No me acordaba ni de un mísero detalle de aquella mañana. Lo primero que recuerdo era que subí al autocar escolar que nos llevaría hasta la masía para pasar el fin de semana. Milan se sentó junto a Dylan, quien en aquel momento era su novio de la infancia. Íbamos a quinto de primaria del colegio Martín Usero. Yo me senté detrás de ellos, no recuerdo quién iba a mi lado.

Llegamos dos horas y media después, justo antes de la comida. Recuerdo que mi hermana y Dylan se las pasaron jugando a un juego de móvil, el *Jellyfish*.

Comimos macarrones y luego hicimos un partidillo de fútbol que mi equipo ganó. Los profesores nos prepararon una yincana por grupos de cinco o seis personas. En nuestro caso éramos seis. La primera prueba se llevó a cabo en la masía, que recordaba más a un castillo que a una casa. Una vez que terminamos el primer juego, Dylan se acercó a mí y me pidió que lo ayudara a quedarse a solas con mi hermana. Quería darle un primer beso y, dado que los niños y niñas dormían separados y durante las pruebas estábamos rodeados de otros compañeros o profesores, esa era la única manera de conseguirlo.

Yo acepté. Sabía que a mi hermana le gustaba, así que me pareció buena idea, y juntos ideamos un plan.

Salimos al bosque para llevar a cabo el segundo juego, pero Dylan y yo nos alejamos del grupo en busca de una planta en concreto. Él tenía móvil. Yo todavía no, así que me dejé obnubilar por ese aparato. Con él, podía averiguar qué plantas teníamos delante solo con mostrárselas a la cámara. Muy pronto, Dylan y yo encontramos lo que andábamos buscando: frángula o arraclán. Era una especie de arbusto. Sabíamos que no era mortal, pero podía tener un leve efecto laxante en los humanos.

Nos guardamos varias ramas en el bolsillo y lo único raro que recuerdo ver fue un rastro en la tierra húmeda de lo que parecían unas rueditas. Me llamó la atención porque no distinguí qué podía ser y me resultó curioso, pero no le di más importancia.

Al atardecer, antes de cenar, nos colamos en la cocina y echamos las ramas en la sopa. Cuando nos sirvieron el plato, ni Milan ni Dylan ni yo comimos. Unas horas después, algunos alumnos y profesores se estaban cagando o teniendo retortijones. Fuimos unos

imprudentes, pero por suerte todo quedó en una diarrea pasajera para algunos y pequeñas molestias para otros.

Regresamos a la habitación de las niñas y recuerdo que llegó Dylan. Él grabó a mi hermana y a una amiga suya mientras explicaban lo que estaba sucediendo. Tras la ventana se veía el aparcamiento de autobuses y coches de las personas que vivían en los alrededores. De ese vídeo se tomó la captura que luego se utilizó en el artículo que yo tenía en mi poder.

Luego, aprovechando que la mayoría de los profesores estaban ocupados yendo al baño o cuidando a los niños con molestias, Dylan y Milan escaparon juntos camino al bosque. Yo miré por la ventana y los vi escabullirse entre los árboles.

Esa fue la última vez que la vi.

29 de mayo de 2097

—De los siguientes meses apenas recuerdo nada, si os soy sincera. Solo me acuerdo del llanto desconsolado de mi madre y la furia de mi padre —expliqué.

Quería aportar algún detalle más, pero no podía exprimirme más la cabeza.

—Es curioso que recuerdes detalles como el juego al que jugaron tu hermana y Dylan en el bus y no te acuerdes de otros momentos… —reflexionó Salva.

—Sí —reafirmó Ada.

—Siempre he tenido buena memoria, pero en el caso de Milan es como si hubiera memorizado lo más insignificante y hubiese olvidado

lo imprescindible.

—¿Y tu madre? —preguntó Salva—. ¿Te ha contado alguna vez algo sobre esos días?

—No. Nunca habla del tema.

—¿Quieres ir a hablar con ella?

—No. Por favor. No la metamos en esto, ya ha sufrido bastante.

—Vale…, pues podríamos probar con el tal Dylan —propuso Salva —. ¿Recuerdas su nombre completo?

—Dylan González Sancho.

Salva sacó el móvil e hizo una búsqueda. En aquel momento, aunque no tenía nada que ver, pensé en el aliado de Pol y en que Salva quizá escondía algún secreto. Porque sí, mi mejor amigo era mi principal y único sospechoso de ser el aliado de Pol Patel.

—Lo tengo —aseguró, devolviéndome a la realidad.

Me tendió su móvil y me mostró una imagen actual de Dylan, con treinta y cuatro años.

—Ahí tienes toda la información que consta en Miraya sobre él —explicó—. Esto que estoy haciendo es ilegal, así que no puedo pasarte la información, pero apunta lo que quieras.

—Vale, ¿te importa si me lo anoto en el ordenador? —Había tenido una idea.

Él aceptó. Corrí hasta mi habitación y me senté en la cama a rebuscar entre las aplicaciones de mi amigo, buscando algún mensaje o algo extraño que pudiera despejar mis dudas. Por suerte, Salva no era un hombre de redes sociales ni carpetas dentro de carpetas. Tardé tres minutos en comprobar que no había nada fuera de lo normal, así que continué con lo de Dylan. Apunté su dirección.

Regresé a la terraza y le devolví el móvil.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Salva.

—Creo que… iré a verlo. Sigue viviendo en Reus.

—¿Cuánto hace que no hablas con él?

—Pues… casi desde que sucedió todo en el 73. Yo repetí curso y luego mi madre y yo nos vinimos a Antiga Barcelona. Desde entonces no hemos vuelto a Reus. Era… demasiado doloroso, pero ahora es distinto. Necesito respuestas y no se me ocurre otro sitio por donde empezar.

—Ya…, ¿y cuánto se tarda en coche desde aquí?

—Una hora.

Salva miró a Ada. Ella me miró a su vez.

—Si decides ir mañana, nosotros tenemos el día libre —propuso ella con una leve sonrisa en el rostro.

5

30 de mayo de 2097

Así lo hicimos. Salimos alrededor de las nueve de la mañana y llegamos sobre las diez y media. Aproveché el trayecto para cotillear los perfiles de Dylan y otros excompañeros de clase y profesores que estuvieron presentes aquel día. Recordaba el nombre de todos ellos, como si permanecieran en un fichero escondido de mi memoria. Lejos de enorgullecerme, me hacía hervir la sangre. ¿Cómo podía recordar todo eso y haber olvidado los detalles importantes?

Siete de esas personas seguían viviendo en Reus. Me propuse visitarlas a todas, pero empezaríamos por Dylan.

No dudamos y nos presentamos en su casa un poco antes de la hora del vermut. Vivían en una casa adosada con un pequeño jardín en la entrada. Llamamos al timbre y yo me situé frente a la cámara para que pudiera reconocerme.

—¿Sí? —preguntó una voz de niña.

—Hola, ¿está Dylan González?

—¡Papáá!

La niña se fue en su busca, y él apareció unos segundos después.

—¿Quién es?

—Hola, Dylan. Soy Roma Delmer, no sé si te acuerdas de mí.

—Hostia —pude escuchar al otro lado.

—¿Podríamos hablar?

—Eh…, sí… Dame diez minutos.

Al salir, nos instó a ir a la terraza de un bar para hablar con tranquilidad.

—Verte era lo último que me esperaba —dijo él, sentado frente a mí. No parecía nervioso ni incómodo—. ¿Ellos son…?

—Son amigos. Solo es que… Nada, me gustaría hacerte algunas preguntas.

—Pero ¿ocurre algo? ¿Se ha descubierto algo nuevo? —Le dio un trago relajado a su bebida—. Hace mucho que ocurrió todo y no sé si podré ser de gran ayuda.

—No te preocupes, Dylan. Solo tratamos de esclarecer algunas dudas —le aclaró Ada.

—Claro —aceptó. Luego me miró, esperando alguna pregunta.

—¿Podrías decirme qué recuerdas del día de la desaparición? —pedí.

Él suspiró, como si aquello le trajera malos recuerdos. Empezó a sudar. Esta vez, dio un trago más largo y se acomodó en el asiento.

—A ver… —empezó—. Era el 4 de noviembre del 73. Fuimos de excursión a una masía. La verdad es que no recuerdo mucho: pasamos la tarde, echamos un partido de fútbol y luego tú y yo fuimos a buscar una planta laxante, no me acuerdo de su nombre. La echamos en la comida y, cuando pudimos, nos escapamos al bosque.

—¿Qué ocurrió allí? —preguntó Salva.

—Pues nos escondimos y nos dimos un par de besos tontos, hasta que… —Entonces bajó la mirada. Suspiró antes de continuar—: Escuchamos algo. Yo pensé que no era más que el viento o algún

animal. Ambos nos asustamos y echamos a correr. Cuando salí del bosque, estaba solo.

—¿Y luego? ¿No escuchaste ni viste nada más? —insistí.

—Solo recuerdo que por la tarde había visto un rastro como de rueditas…, no sé. Se lo dije a la policía, pues no sabía qué podía ser. No eran de coche, eso seguro.

—Pero ¿después de salir del bosque? ¿No escuchaste nada? —repetí.

—No, nada, lo siento mucho. Durante mucho tiempo me sentí como una mierda por haberte dejado atrás.

—A mi hermana —maticé.

De pronto, el rostro de Dylan se arrugó. Me miró con el ceño contraído y luego miró a Ada y Salva, como si no supiera qué podía decir y qué no.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué te pasa?

Él siguió sin responder, mirando a un lado y a otro.

—¿Qué cojones estás ocultando? —pregunté alzando un poco la voz.

—¡No estoy ocultando nada! —se defendió—. Simplemente no entiendo lo que está pasando.

—¿El qué no entiendes exactamente? —Él seguía buscando la complicidad en mis amigos—. Mírame a mí.

Por fin se atrevió a mirarme de nuevo.

—¿Por qué haces esto después de tanto tiempo? ¿Qué estás buscando? —preguntó, nervioso.

—Solo quiero saber qué cojones le ocurrió a mi hermana.

—A tu hermana —repitió.

Tragó saliva y, de nuevo, observó a Salva y Ada.

—¿Qué ocurre? —intervino Salva al notar su incomodidad—. Dilo sin miedo.

—Es que esto es un poco incómodo… Creo que esto… No sé, quizá debería decirlo un psicólogo o un psiquiatra, no lo sé, no entie…

—¡Qué cojones estás diciendo! —lo corté, incorporándome.

—Roma, quieta —me pidió Salva, frenándome con su brazo. Por suerte, no había nadie más en el bar. Yo me tranquilicé al contacto de mi amigo y me senté a desgana sin apartar la mirada de Dylan.

—¿Te parece que necesito un psiquiatra por querer saber lo que le pasó a mi hermana?

—Lo siento mucho, pero creo que sí.

—¿Qué ocurre, Dylan? —insistió Salva—. ¿Roma también estaba en el bosque aquella noche?

Dylan asintió levemente, retraído, mientras sus ojos viraban de mis amigos a mí. Yo tomé una gran bocanada de aire. Empezábamos a acercarnos a la verdad, a lo que yo había olvidado.

—Vale —continuó Salva, sereno—. ¿Y qué ocurrió entonces? ¿Estabais los tres y os separasteis?

Dylan se revolvió en su asiento, mirando al suelo, luego a nosotros, mientras apretaba los labios y tragaba saliva.

—Hay algo que temes decir, pero necesitamos saberlo, Dylan —dijo Salva con voz suave—. Nada de lo que digas te pondrá en peligro.

—No, si… No es eso. No tengo miedo de nada —murmuró con dificultad, mirando a mi amigo—. Solo…, no sé, no entiendo lo que ocurre.

—¿Qué coño quieres decir? ¿Tan difícil es de entender lo que te estamos preguntando?

Dylan me contempló, y por primera vez vi algo parecido a la emoción en su mirada. Tomó aire antes de hablar y, finalmente, con voz suave, como si no quisiera herirme, dijo:

—Roma, has dicho que quieres descubrir qué le ocurrió a tu hermana, pero… —dejó un silencio que se me hizo eterno—, hasta donde yo te conocí, tú no tenías ninguna hermana.

«¿Qué?».

A mí se me escapó una risita de incredulidad y rabia. Quería saltar encima de él para golpearle y preguntarle por qué cojones mentía.

—¿Qué dices? —pregunté con rabia contenida. Salva me agarró de la mano de nuevo para detenerme.

—Pues digo que… —Dylan tartamudeó—. Que el 4 de noviembre del 73 desapareció una niña de diez años. Casi un año después, la encontraron sin saber qué le había ocurrido en ese tiempo. De hecho, no sé si se llegó a descubrir alguna vez. Y esa niña que desapareció, Roma, no era tu hermana, eras tú.

Durante unos segundos, el tiempo se detuvo. En un primer momento pensé que mentía, pero muy pronto dudé: «¿Era eso lo que había olvidado?».

Impulsada por la furia y el miedo, me levanté de la silla y me alejé. La duda me duró un instante y muy pronto llegué a la conclusión de que ese imbécil nos la estaba colando. Todos los recuerdos que tenía con mi hermana eran ciertos, así que él estaba mintiendo y tratando de ocultar algo, y yo no recordaba qué era.

Salva y Ada me siguieron.

—Roma… —susurró Salva, tratando de acercarse.

—No —lo corté antes de que pudiera decir nada—. Ese tío miente. Alguien está tratando de tapar algo, algo muy chungo que le

hicieron a mi hermana… Por eso han borrado todas las noticias de su desaparición. No pienso dejar que se salgan con la suya.

—Quizá… —trató de intervenir Ada.

—No hables. No habléis —la corté también a ella—. Sé lo que estáis pensando. Ahora mismo creéis que la loca soy yo, pero os demostraré que no es así. Están mintiendo, porque yo tengo millones de recuerdos aquí dentro con ella —aseguré, señalándome la sien—. Y además está el vídeo. —Se me encogió el corazón al comprobar que todo el mundo intentaba borrar el recuerdo de mi hermana. Se me rompió la voz, pero terminé de decir lo que quería —: Ella existió y descubriré lo que le ocurrió. Id a casa, yo hablaré con todas las personas que estaban aquel día y siguen aquí —sentencié.

Luego me marché. Necesitaba huir de allí.

—Pero, Roma… —trató de detenerme Ada.

—Déjala. Ahora necesita desaparecer —dijo Salva.

Estaba en lo cierto. Salva sabía que, en aquel preciso instante, yo necesitaba alejarme del mundo para encontrarme de nuevo. Lo necesitaba porque, en aquel momento, aunque trataba de ocultarlo, hasta yo misma dudaba de mis propios recuerdos.

6

31 de mayo de 2097

Dormí en un hotel, o más bien lo intenté. El recuerdo de mi hermana me envolvió en esas horas de insomnio y soledad. En medio de la habitación, a oscuras y con el viento del inicio del verano entrando por la ventana, solo podía pensar en ella. Repasé cada juego, cada risa y cada secreto que habíamos compartido. Lo que Dylan había dicho no podía ser cierto. Si así fuera, deberían haber existido noticias al respecto y, sin embargo, no había rastro de la desaparición de una niña de diez años en internet. Me fijé en que, en el artículo, no se leía el nombre porque estaba quemado. No tenía otra respuesta más que una realidad que chocaba con la mía propia. Quizá estaba perdiendo la cabeza.

Dormí lo que pude, y a la mañana siguiente me apresuré a acudir a nuestro antiguo colegio, en el que habíamos estado desde los tres hasta los diez años. Antes de entrar, recibí un mensaje inesperado de Regina.

¿Te apetece quedar para comer hoy?

Necesito a alguien con quien hablar

No pued…

Escribí. Borré el mensaje antes de terminar. No podía, pero quería. Miré la hora. Eran las doce del mediodía y aún tenía que hablar con cuatro personas. Me era imposible llegar a la comida, pero quizá para la cena…

¿Para cenar? A la comida no me da tiempo.
Luego te cuento si quieres

Vale, para cenar. En el Luigi,
¿te parece?

Vale

En el colegio reconocí a un par de las profesoras que nos acompañaron a la excursión. Muy pronto descubrí que la única que tenía una versión distinta de los hechos era yo.

—Nos alegramos mucho cuando te encontraron. La verdad es que todos aquí sufrimos mucho por ti —explicó la primera profesora.

—Sí, recuerdo cuando apareciste. Fue en verano, entre julio y agosto del 74. Ocho o nueve meses después de tu desaparición —dijo otra.

Yo las escuché, pero estaba en shock. Apenas podía responder nada. Era como si toda mi vida perdiese sentido. Si mi hermana no existía y mis recuerdos eran solo alucinaciones y parches que mi mente había creado para protegerme, ¿quién cojones era yo? Plantearme esa pregunta era duro, pero más duro era aceptar que mi hermana jamás había existido. ¿Qué cojones me habían hecho en esos meses para que no recordara nada?

Aún con dolor en mi corazón, no me rendí. Visité a las otras personas de la lista. Todas, absolutamente todas, respondieron lo mismo.

Yo no tenía razón, y había perdido la cabeza hacía mucho tiempo.

Llegó la hora de volver a casa y lo cierto es que me alegré de que me esperase una cena con Regina para acabar el día. Necesitaba una historia real y palpable. En sus ojos vería una parte de mí; sentía que solo en nuestras conversaciones comprendería que no todos mis recuerdos eran sombras de una realidad alterada.

—Así que pagaste un mes del centro de boxeo para ir solo un día… —dejó caer cuando llegué.

—Después de lo que me dijiste, no quería molestar, y mucho menos parecer una acosadora —bromeé.

—Queda mucho más de acosadora apuntarse un día a una cosa solo para tener la excusa de encontrarse con alguien —insistió.

Esbocé una media sonrisa. No tenía cómo rebatirla. Suspiré, aliviada por estar con ella.

—Siento venir así. He tenido un par de días muy largos.

—¿Fiesta?

—Ojalá. —Sonreí—. Pero aquí hemos venido a hablar de ti. ¿Qué querías contarme?

—Espera, pide algo para cenar.

Miré la carta y seleccioné un plato de carne.

—Me sorprendió que quisieras verme —advertí.

Ella eligió su plato.

—Si te soy sincera, llamé a Ada primero, pero me dijo que tenía un día complicado… —explicó con una sonrisa.

—¡Qué bien! Así que soy tu segunda opción… y a la vez la última.

Ella se encogió de hombros y le dio un sorbo a su copa de vino blanco. Yo, como de costumbre, seguía a cervezas.

—Al menos eres una opción.

—Gracias…

Nos trajeron los platos y yo engullí el mío en diez minutos. No había comido nada en todo el día. Regina no pudo evitar reírse.

—Lo siento —dije, limpiándome la boca con la servilleta—. Necesitaba comer algo para poder escucharte. Ahora ya puedes hablar.

—Vale, a ver, no es ninguna cosa fuera de lo común…

—Vaya, yo esperaba que me dijeras que te habías divorciado y que quieres pasar el resto de tu vida conmigo —bromeé.

Ella esbozó una sonrisa enorme mientras negaba.

—Eres tonta.

—Ya, venga, cuenta.

—Nada, tiene que ver con mi hermana —empezó. A mí se me aceleró el corazón al pensar en la mía, pero seguí escuchando—. Está siendo complicado. Nos está costando… conectar, por así decirlo. Seis años desaparecida, seis años pensando que lo más probable era que estuviera muerta… y ahora que vuelvo a tenerla… No lo sé… Y además está lo de que… —Me miró, se mordió el labio y luego lo soltó—: Quiere hablar con él.

—¿Él?

—Con Pol.

Con Pol Patel. El hombre que la había tenido a ella y a varias personas secuestradas durante seis años.

—Supongo que es normal —añadió Regina—. Hasta hace un mes esa era su realidad, no el mundo real… —Agachó la mirada. Nada de

lo que dijera podría haberla consolado, así que me limité a estar y escuchar—. Y ahora siento que solo veo a la que era mi hermana cuando está a su lado, cuando está con Río, con Adele y los niños… Supongo que es normal porque se ha visto obligada a convivir con ellos seis años… No les quedó más remedio que unirse, hacer piña y convertirse en una familia… Pero el cabrón de Pol… —Vi cómo apretaba la mandíbula. La Regina que yo recordaba era muy tranquila y sosegada, pero la que tenía enfrente estaba llena de furia —. No sé qué hacer.

—Estar a su lado y tener paciencia, supongo —aporté lo que pude —. ¿Podrás quedarte o tienes que volver a Argentina?

—Sí, puedo quedarme, he pedido una excedencia en el hospital, pero ya no vivo en Argentina. Mi familia sí, pero yo me mudé con mi mujer a Londres hace cuatro años.

—Ah… —comprendí entonces porque ya no tenía el acento rioplatense tan marcado—. Así que no estabas tan lejos.

Regina me miró fijamente y luego me regaló una media sonrisa. Por primera vez desde su vuelta, sentí complicidad. No fue amorosa ni sexual, sino la de dos amigas que se reencuentran tras varios años.

—No, no estaba tan lejos —dijo.

Yo, sin querer, también esbocé una pequeña sonrisa y suspiré.

—Bueno, es tu turno —rompió ella el silencio.

Casi me quedo pegada a la silla. Las cosas habían cambiado en apenas unos días. Ahora, según todo el mundo, mi hermana no existía. Sin embargo, yo seguía sin creerme que eso fuera cierto. Por eso, decidí contarle mi verdad, aunque quizá no fuese la realidad.

—Quería contarte que estoy intentando investigar el caso de mi hermana.

Ella abrió la boca, sorprendida, y dejó la copa de vino sobre la mesa.

—¿Sí?… ¿Tienes algo?

«Sí, pero es una puta locura», pensé.

—No mucho —mentí. No podía decirle que todo el mundo creía que Milan no existía, que solo era una invención de mi imaginación. No podía contárselo porque justo eso, que las dos hubiéramos vivido lo mismo, fue lo que nos unió hace seis años. Sentía que, si se lo decía, los recuerdos de nuestra historia perderían sentido para ella.

—Bueno, yo estoy dispuesta a dar mi visión totalmente inútil, si quieres. Me gustaría ayudarte… —Me miró a los ojos—. Tal y como tú me ayudaste a mí.

Yo esbocé una ligera sonrisa triste y asentí poco a poco.

—De corazón que quiero hacerlo —insistió. Yo no podía hablar—. Recuerdo… Recuerdo la conversación que tuvimos los últimos días en mi habitación de la residencia.

Fue estúpido, pero me emocioné al estar ante un recuerdo real.

—Dijiste que creías haber olvidado algo importante, y lo de la cicatriz —dijo, señalándose la nuca—. No te acordabas de cómo te la habías hecho… ¡Y lo de que no sueñas! —recordó de golpe—. ¿Sigues sin tener sueños?

—Tristemente sí. Sería emocionante tenerlos, pero nada.

—Ya… Si quieres, puedo ayudarte a buscar un psicólogo. Creo que podría venirte bien.

—Hum… —dudé, revolviéndome en la silla. Lo último que quería en ese momento era que un psicólogo confirmara que había perdido

la cabeza.

—Vale, perdona —dijo sonriendo—. Entiendo que quieras hacerlo a tu manera.

Imité el gesto.

—Lo haremos a mi manera, pero sí que me gustaría que me ayudaras, la verdad.

—Así será, entonces —aseguró, levantando su copa de vino.

Yo brindé con mi cerveza. Veinte minutos después la acompañé a un taxi. Antes de subirse, se quedó mirándome.

—Ha estado bien.

Yo asentí con una sonrisa entre los labios.

Sin que yo lo esperara, me dio un abrazo. Se lo devolví y, al apretarla contra mí, percibí su olor.

Yo estaba obsesionada con los olores. Nací con anosmia congénita, lo que significa que no olía nada, pero todo cambió cuando conseguí el dispositivo Brisa, un pequeño aparato que adornaba el dorso de mi nariz y que me hacía gozar de un olfato hiperdesarrollado. Desde que me lo puse a los diecinueve años, nunca me lo había quitado, y también desde entonces le otorgaba a cada persona y lugar un olor único e irremplazable.

Regina siempre desprendió un aroma a vainilla y miel. Percibirlo, más que nada, logró revolverme por dentro. Tuve que apartarme.

—Gracias por escucharme —dijo.

—Gracias a ti.

Ella sonrió de nuevo y me golpeó el brazo de forma suave, cariñosa. Luego fue a meterse en el coche, pero se detuvo.

—Por cierto, ya que has pagado este mes, podrías venir al centro de boxeo. Esos brazos de palillo necesitan hacer ejercicio.

Yo me eché a reír. Ella levantó las cejas, vacilona, y se subió al taxi. La vi alejarse y de nuevo pensé que esa Regina era muy distinta a la que conocía. Lo triste era que seguía gustándome igual que la anterior.

7

7 de junio de 2097

No me atreví a escribir a Salva durante la siguiente semana. Aceptar la realidad era demasiado duro para mí en ese momento. Tampoco me presenté a los entrenos de boxeo por miedo a encontrarme con Ada. Lo que hice en ese lapso fue ir de la cama al sofá y del sofá a la cama. Y así podría haberme tirado meses si no hubiera sido porque Salva y Ada se presentaron de nuevo en mi casa. Esa vez dudé si abrirles la puerta, pero no tuve más remedio dada la insistencia.

—Por fin das señales de vida —rezongó mi amigo, molesto, autoinvitándose a entrar.

—Ajá.

Ada se sentó en el sofá y observó a mi Eros destrozado. Salva parecía dispuesto a terminar con todo aquel mismo día, así que, sin preguntarme, agarró al robot y lo escondió en el pequeño despacho sin ventanas. Luego volvió al comedor.

—Siéntate —me ofreció señalándome el sofá vacío. Más bien fue una orden. Y yo la acaté—. Bien, ¿tú qué?

—¿Qué de qué? —pregunté con un encogimiento de hombros.

—¿Cuándo pensabas responder a mis llamadas?

—Nunca.

Salva suspiró y apretó la mandíbula.

—Bueno, hablaré yo hasta que quieras intervenir. Ada y yo hemos estado investigando ese aumento de desapariciones en niños de diez años en los años setenta. Hemos dado con algunos datos interesantes que encajarían con lo que tenemos entre manos. Los casos se produjeron por toda España, pero también en distintas partes de Europa. Las desapariciones aumentaron un 15 por ciento respecto a la década anterior. Y todos los niños procedían de ciudades no pertenecientes a la Confederación Ralía. El 99,9 por ciento eran hijos de familias de clase baja o, como máximo, media-baja. Y muchas de esas desapariciones concuerdan con un hecho en común: no dejaron rastro alguno. Nada de sangre, ni tejidos, ni pisadas en la escena donde se produjeron. Fueron desapariciones fantasma.

Intenté prestar atención a la explicación, pero la realidad era que no sabía de qué podía servirme todo eso si la desaparecida era yo. Por eso, formulé la única pregunta que me podía interesar:

—¿Cuántos de ellos volvieron a casa?

Salva, que no se esperaba esa pregunta, bajó la mirada al móvil, donde tenía todos los datos. Tocó algunos parámetros y Miraya le dio la respuesta.

—Eso también es muy fuerte. Solo el 0,01 por ciento.

—Bien, pues se ve que aquí delante de vuestras narices tenéis a una —solté.

Ambos se quedaron boquiabiertos. No esperaban que lo asumiera con tal facilidad. A decir verdad, aún no lo había asimilado y seguía aferrándome a la idea de que eran los demás los que mentían.

—¿Estás segura de…? —preguntó Ada.

—Segura, pues no —espeté. Estaba enfadada con el mundo—. Mi hermana sigue muy presente en mi cabeza. Sus recuerdos me siguen pareciendo demasiado reales como para no ser ciertos, pero todos dicen que fui yo quien desapareció.

—Extraño es… —reflexionó Ada, incorporándose levemente en su asiento—. La lógica dice que, si fuera así, lo más normal es que te hubieras enterado en algún momento.

—Sí, por tu madre, por ejemplo —intervino Salva—. Aunque no hable del tema, ¿no teníais fotografías o vídeos de familia?

—Sí —acepté—. Teníamos montones de fotografías y vídeos de los cuatro.

—¿Estás segura de que no quieres hablar con ella?

—No, joder… Ya sabes que solo nos vemos de vez en cuando. —Me puse nerviosa, así que cogí el mechero de Billy—. No puedo presentarme en su casa sin avisar para sacar el tema y sin tener nada en firme. Mi madre no habla de ello porque cuando ocurrió se quedó destrozada. No comía, no dormía y cada noche la escuchaba llorar.

—Eso encaja con el hecho de que tu hermana sí exista, ¿no? —preguntó Ada.

—Sí, y por eso mismo. Mientras siga existiendo esa posibilidad y no tengamos ninguna prueba que nos ayude a resolver el caso, no puedo decirle nada. No soportaría verla así de mal de nuevo.

—Vale. A ver, pues volvamos al tema y siendo sincera, ¿tú qué crees que es verdad y qué no…? —preguntó Salva.

—¿Con sinceridad y sin que me tachéis de loca? —pregunté, aún seria. Dejé el mechero en la mesa y me crucé de brazos. Ambos asintieron—. Para mí, todos ellos mienten. Vosotros mismos veis que

esto no tiene sentido. La vi en ese jodido vídeo. Era ella, no tengo dudas. Yo no he estado nunca en Berlín. Y de cuando era pequeña no solo tengo mis recuerdos, también están las fotos y los vídeos, recuerdo las conversaciones con mis padres. Mi madre lloraba desesperadamente cada noche y mi padre se fue porque no soportaba que mi hermana hubiera desaparecido. Si Milan supuestamente era yo, ¿por qué cojones mi padre me habría abandonado?

—Ya…

—Y además… —insistí. No pensaba detenerme. Quizá me tachaban de loca, pero me importaba una mierda. Eran mis amigos y tendrían que aguantarme—. Si fui yo quien desapareció y volví, ¿por qué no hay noticias sobre eso? ¿Vosotros habéis encontrado algo al respecto?

Salva negó con sutileza. Vi la duda en su expresión. Estaba segura de que pensaba que yo no tenía razón, pero no me rendiría hasta convencerlo.

—Salva. —Me incorporé y me acerqué a él—. Alguien está ocultando algo muy jodido. Sé que mi hermana existió, y lo voy a demostrar.

—No negaré que ninguna de las dos opciones encaja a la perfección… —planteó—, pero parece complicado que tantas personas defiendan una misma mentira después de tantos años.

—Les debieron de dar dinero o algo —supuse.

Él seguía dudando.

—Roma —intervino entonces Ada. Tenía los ojos entristecidos, y comprendí que ella tampoco me creía—. Quizá la verdad sea la más sencilla de todas…

—¿Sí? —espeté—. ¿Y cuál es?

—Quizá… —empezó, tratando de decir las siguientes palabras con tacto— lo que ocurre es que viviste algo tan traumático que tu cerebro decidió inventarse una realidad alternativa para no afrontar ese trauma. Y… tus padres mantuvieron la mentira para no hacerte daño.

—¿Y las fotografías?

Ada se encogió de hombros.

—Hoy en día no puedes estar seguro de que ninguna foto o vídeo sea real. Lo sabes. Ni las de tus padres ni el vídeo ese en Berlín.

Dejé caer los hombros. No fui capaz de responder nada. Ada tenía razón. Las palabras se me atragantaron y mis ojos se humedecieron. No quería ni podía creer que mi hermana no existiera, pero Ada siguió dándome razones para pensar que, en contra de mis creencias y deseos, esa era la realidad más lógica.

—Dijiste que tenías lagunas y que sentías que habías olvidado algo clave… Quizá es esto… —Ada se acercó a mi lado. Pasó su brazo por mi espalda mientras yo me mantenía en silencio.

—Iremos a un psicólogo si lo necesitas —propuso Salva.

Yo estaba temblando como si estuviéramos a diez grados. Tenía la piel erizada y solo quería gritar, pero me contuve. Lo miré a los ojos.

—No iré a ningún psicólogo, Salva. —Me tembló la voz, pero iba a terminar de hablar—. Ella existe. Dentro de mi corazón ella existió y no pienso abandonar su recuerdo. Aunque todos os empeñéis en olvidarla, yo no pienso hacerlo, porque entonces será como si la estuviera matando —sentencié.

Luego me levanté y me encerré en la habitación durante tres días más.

10 de junio de 2097

El martes, para sorpresa de Ada y Regina, volví a presentarme en la clase de boxeo. Lo hice con una sonrisa inmensa cruzándome el rostro. Los tres últimos días me habían servido para convencerme de que nada ni nadie me haría creer que mi hermana jamás había existido. Y el primer paso era mostrarme segura y feliz. No dejaría que me hundieran.

—¿Estás bien? —me preguntó Ada en un susurro.

—Claro —respondí mostrándome más animada de lo que en realidad estaba—. Y estaré mejor cuando os demuestre a todos que tengo razón.

Ambas cuchicheamos alejadas del grupo. Regina nos vio en la distancia e hizo un amago de acercarse, pero dudó.

—¿Le has dicho algo a Regina de lo de mi hermana?

—No se me ocurriría —respondió Ada—. Es algo tuyo muy personal.

—Bien, pues que siga quedándose entre nosotras, ¿vale?

—Claro.

Aquel día descubrí que el boxeo podía ser una buena forma de liberar toda mi rabia. Golpeé el saco con más fuerza que en la primera clase y me esforcé en desfogar mi ansiedad en aquel trozo de cuero y gomaespuma.

Por suerte, mi relación con Regina había mejorado. Las tres salimos del entreno y, antes de separarnos, nos hizo una propuesta.

—¿Queréis pasar la tarde en mi casa mañana? Salva también puede venir. Mi hermana ha quedado con Río, Adele y los demás… Y me apetece desconectar un rato.

—Sí, claro —aceptó Ada de primeras.

—¿Yo también? —pregunté entre risas. Ella asintió—. ¿Ahora volvemos a ser amigas?

—Por ahora no —me rebatió sonriente—, porque para empezar tendrás que demostrarme que ya no eres una mentirosa compulsiva.

—No lo soy, como mucho una mentirosa impulsiva, ¿sabes? —maticé con una sonrisa—. Miento por impulso cuando algo no es como yo quiero.

Ella sonrió.

—Ya… ¿Quieres decir que seguirás haciendo eso conmigo?

—No. —Me reí—. Solo cuando algo no sea como yo quiero —bromeé de nuevo.

Ella me dio un golpe cariñoso en el brazo.

—¡Au!

—Te lo mereces. Y lo sabes.

Lo acepté.

—Anda, nos vemos mañana.

Ella se alejó y, sin poder evitarlo, me quedé mirándola con una sonrisa tonta en los labios.

—Ay, que te gusta —soltó Ada, que lo había presenciado todo.

—Pf… —dije encogiéndome de hombros—. Tampoco tengo claro si alguna vez me ha dejado de gustar —bromeé.

—Pero, tía, nunca me has contado cómo lo dejasteis ni nada. Cuando hablé con ella sobre ti, parecía molesta contigo y no entiendo por qué si tú descubriste al culpable de los secuestros.

—Bueno, ya… A ver, tiene razones para estarlo. —Miré a Ada, esperaba una explicación. Dudé, pero entonces me sonó el teléfono. Descolgué—. ¿Sí?

—Llamada procedente del Centro Penitenciario Meier. Para aceptar, permanezca a la espera.

«Mierda…», pensé. Hice un amago de colgar, pero al instante me arrepentí y me coloqué el Júpiter en la oreja de nuevo. Tenía miedo, pero al mismo tiempo curiosidad, porque, si mi intuición era correcta, al otro lado solo podía estar Pol Patel.

8

10 de junio de 2097

—¿Roma? —dijo una voz grave. Era él.

—¿Qué…? ¿Cómo…?

—Hola, me alegra escuchar tu voz.

Me aparté y me senté en un banco cercano, en shock. Ada me siguió, confusa, y me instó con las manos a que le diera una respuesta a su curiosidad.

—Me ha costado un poco que aceptaran esta llamada.

Se hizo un silencio. «¿Para qué cojones me ha llamado?». Ada insistió, y yo le pedí que parara con las manos. Ella aguardó junto a mí mientras yo seguía escuchando.

—Últimamente tengo muchas horas para pensar, como podrás imaginar. Encerrado entre estas cuatro paredes por tu culpa… Quería saber por qué tuviste que arrebatármelo todo.

Yo seguía incapaz de pronunciar una sola palabra. ¿Qué quería que dijera?

—¡Respóndeme, joder! —gritó entonces. Yo me exalté—. ¡¿Por qué me quitaste a mi familia?!

Me ardió la sangre. ¿Su familia?

—Ellos no son tu familia, Pol —gruñí—. Yo solo hice justicia.

Ada abrió la boca, estupefacta.

—Justicia… —repitió Pol de inmediato. Escuché una risa irónica.

Su estado de ánimo cambiaba de un momento a otro.

—Sí, y deberías decirle al mundo quién es tu aliado, quién te ayudó a hackear a Mía y cometer esa locura, si te queda decencia… —espeté.

—Roma… —susurró con voz suave. Se me erizó la piel—. Lo cierto es que no importa. Podría ser cualquier persona de este mundo. El aliado solo fue mi mano ejecutora. Si quieres la verdad, la tienes justo al otro lado del teléfono. Si quieres respuestas, soy yo.

—No quiero ninguna respuesta más que quién es la persona que te ayudó.

—¿Quieres saberlo? —Dejó un silencio—. Lo deseas más que nada, ¿no es así?

Yo estaba temblando de nuevo.

—Sí —respondí con un hilo de voz.

—Bien, Roma… Mi aliado es el dinero, el poder y los secretos más oscuros de esta ciudad.

Resoplé, furiosa. No esperaba que respondiera a mi pregunta, pero odiaba que me hiciera perder el tiempo.

—No vas a decirme su nombre, ¿verdad?

Él se rio entonces. Me froté la frente, dudando entre colgar o tratar de insistir.

—¿Qué piensas de lo que hice? —preguntó de pronto, sorprendiéndome, como si aquello fuera un juego para él.

Dudé.

—Dilo. Sin miedo.

—Creo que… Creo… No lo sé.

Él se mantuvo en silencio.

—Bueno, sí lo sé —espeté. Por primera vez elevé la voz—. Sé que fuiste una víctima, que te hicieron enfermar…, pero luego esa enfermedad te convirtió en un monstruo.

—Un monstruo —repitió de nuevo—. Un enfermo… Me gustaría preguntarte algo.

Me mantuve en silencio, expectante.

—Imagina que eres médico y al caminar por la calle encuentras a dos personas. Una de ellas nació sin dedo meñique, pero eso es todo. La otra, en cambio, nació con él, aunque la otra persona se lo ha cortado y ahora está sangrando. ¿Qué harías?

—¿Adónde quieres llegar con esto, Pol?

—Solo responde.

—Obviamente curaría al que le han cortado el dedo meñique.

Pude escuchar cómo sonreía.

—Sé que esto es una especie de metáfora, pero ya te aviso que es una mierda. Espero que no le hayas dedicado mucho tiempo.

—Roma, es sencillo —continuó, ignorando mi comentario—. Esos dos chicos nacieron sin alma. Yo nací con ella, pero ellos me la arrebataron. Solo soy una víctima más de la crueldad que habita en el corazón de muchos hombres. Tú y tu hermana también fuisteis víctimas de esa crueldad, por eso creo que puedes llegar a entenderme.

Mi hermana. Él sabía lo que estábamos haciendo. Tuve la tentación de preguntarle sobre ella, pero decidí que no. Pol y yo habíamos sido amigos en el pasado, pero eso jamás volvería a ser así.

—¿Sabes por qué es una mierda de metáfora? —pregunté, en cambio.

Él no respondió y se limitó a escucharme.

—Porque tú, en lugar de curarte el jodido dedo que te cortaron, decidiste arrebatárselo a otra persona para reemplazar el tuyo. Decidiste que pagarías dedo por dedo, dolor por dolor —bramé. Él ya no se reía, pero seguía escuchando atento—. Tu egoísmo te hizo destruir muchas vidas de personas inocentes, y así es como te convertiste en lo mismo que te mató.

—No voy a permitir que me compares con ellos —protestó con rabia en un murmullo contenido. Entonces supe que lo había enfadado, y me alegré—. ¿Acaso tú estabas presente cuando todo ocurrió? ¿Acaso tú… tuviste que ver cómo mataban a toda tu familia como yo? No, Roma. No estabas allí para sentirlo en tu piel. Solo me encerraste como si yo fuera el monstruo, y eso me lo pagarás tarde o temprano. Tu discurso lo he escuchado millones de veces, pensaba que tú, que una vez perdiste a alguien, serías capaz de comprenderlo. Sin embargo, veo que eres una ingenua más. Estás tan ciega como todos ellos. Te han arrebatado tu propia voz y tu pensamiento, pero espero que algún día te encuentres con las personas que se llevaron a tu hermana y entonces, cuando los tengas enfrente, comprendas que la venganza no es un acto vil y cruel, sino un último y leal acto de amor —sentenció. Luego colgó sin darme tiempo a responder nada.

Yo enmudecí. Sus palabras habían tenido un impacto confuso en mí, pero no pude darle muchas vueltas al asunto antes de que Ada me pidiera explicaciones.

—¡Pol Patel! —exclamó.

Asentí.

—Tengo que avisar a Salva, esto no puede suceder, joder. ¿Te ha amenazado por descubrirle? ¿Qué te ha dicho? —preguntó, alterada, sacando su teléfono.

—No, no —la detuve—. No llames a Salva. No se lo cuentes.

—¿Cómo no voy a decírselo, Roma? No podemos permitir que te contacte.

—Bueno, con él puede ocurrir cualquier cosa, Ada. Aún tiene mucho poder. Lo conozco muy bien. —Ella bajó el móvil, y me escuchó—. Fuimos amigos.

Ella abrió la boca, me agarró la mano y me obligó a sentarme de nuevo.

—En el año 82, Ian y yo estábamos obsesionados con el caso de la familia de Pol. No sé si lo conoces, pero dos chicos mataron a su mujer, su hija mayor y su hijo pequeño. Como ocurrió en Nova Barcelona, Ian y yo nos obsesionamos con el caso hasta que Billy, mi novio, nos contactó por Crimeas. Entre los tres, y con la ayuda de Laia, logramos resolver el caso y descubrir que los culpables eran dos chicos jóvenes llamados Ander y Mario. Y en ese tiempo nos unimos mucho a Pol hasta hacernos amigos. Cuando resolvimos el caso, él nos lo agradeció dándonos mucho dinero, mucho… Por eso nunca trabajo.

—Y luego tú… tuviste que incriminarlo.

—Sí, fue duro, pero, después de muchas pruebas, todo tenía sentido. Raptó a una mujer, una chica y un niño para recrear a su familia perdida. No lo excuso, pero prefiero olvidar esta llamada y seguir. No quiero darle más vueltas. Además, todo esto me trae muy malos recuerdos.

—Lo entiendo. Él mató a Laia, ¿no?

—Sí. Bueno, fue Mía, controlada por el aliado de Pol, pero no es solo por Laia, también es por Billy. Murió por ayudar a ese hijo de puta…

—¿Qué pasó?

—Básicamente, cuando Billy y yo descubrimos que Ander y Mario eran los culpables de los asesinatos, hicimos lo posible por conseguir las pruebas. Eso nos hizo meternos donde no debíamos y sin querer mata… —De pronto me detuve. Había estado a punto de confesar un secreto que solo Billy y yo conocíamos—. Bueno, Billy, al defenderse, mató sin querer a Ander. Terminó en prisión por eso, y allí los seguidores de Ander y Mario acabaron con él.

—Madre mía… Lo siento mucho, Roma.

—Sí, bueno, prefiero no pensarlo. Por eso Salva no quiere que me meta en más casos.

—¿Y qué piensas hacer?

—Respecto a lo de Pol, simplemente olvidarlo —mentí. En realidad, solo podía pensar en esa conversación. Solo podía pensar en sus últimas palabras: «Pero espero que algún día te encuentres con las personas que se llevaron a tu hermana y entonces, cuando los tengas enfrente, comprendas que la venganza no es un acto vil y cruel, sino un último y leal acto de amor»—. Respecto a mi hermana, ya se lo dije a Salva. Este será el último caso, pero esta vez no pienso perder a nadie.

9

11 de junio de 2097

Al día siguiente me presenté en casa de Regina para pasar la tarde con solo cinco minutos de retraso. Esperé en la puerta y reflexioné sobre las últimas horas, que habían sido muy extrañas. Pol había logrado darme pena, pero eso me hizo odiarlo aún más. No podía permitir que alguien como él me convenciera de que no era un monstruo. Sin embargo, aquello me llevó a preguntarme qué ocurriría si algún día me encontraba de frente con la o las personas que raptaron a mi hermana… o a mí. Sentía que, si definitivamente se demostraba que yo había sido la víctima, podría llegar a pasar página, pero, si tenía razón y mi hermana existía, haría cualquier cosa por obtener venganza.

Ada abrió la puerta y me devolvió a la realidad.

—¡Vamos! —gritó al verme—. ¡He ganado!

Regina y Salva le lanzaron una ralía cada uno.

—Es alucinante que soy la que hace menos que la conoce, pero acierto en estas cosas —fardó Ada dándole vueltas a sus monedas. En ellas estaba estampado el rostro de la fundadora de las ciudades de Ralía: Syla Harris.

—En mi defensa diré —habló Regina— que tú has pasado más tiempo con ella que yo y que, además, hacía seis años que no la veía. No imaginaba que hubiera cambiado.

—Te lo acepto —respondió Ada señalándola. Luego miró a Salva con una sonrisa traviesa—, pero tú… eres un perdedor nato, eh… ¿No se supone que es tu mejor amiga?

—Justo porque la conozco no puedo adivinar lo que va a hacer, es demasiado impredecible.

Escuché la conversación en silencio, pero con una leve sonrisa en los labios. Se habían apostado la hora a la que llegaría. No mentiré, me hizo gracia que Regina y Salva hubieran perdido.

—Bueno, Roma —se dirigió Regina a mí por primera vez desde que había llegado—, esta es mi casa.

Me hizo un breve tour por el pisito que se había alquilado en Nova Barcelona. Era pequeño pero acogedor.

Nos sentamos a tomar algo mientras hablábamos.

—Alquilaré una casita en Antiga —explicó Regina—. Valeria y yo viviremos allí, así mi familia podrá visitarlos, y Valeria también podrá ver a Río, Adele y los niños.

—¡Eso es fantástico, Regina! —exclamó Ada—. Pero ¡me abandonas!

—No. —Sonrió—. Seguiré viniendo a las clases de boxeo. La casa que he mirado está a veinte minutos en coche, así que puedes estar tranquila.

—Así me gusta. ¿Y tu hijo?

—También vendrá a pasar un par de semanas en verano. A mitad de agosto se irá con sus otros abuelos, pero mientras tanto estará aquí conmigo.

—¡¿Sí?! —gritó Ada entusiasmada—. ¡Qué bien! ¡Nos lo tienes que presentar!

Yo miré a Salva de reojo y él me agarró la mano, consciente de que no me sentía cómoda con esa conversación.

—¿Cómo van los altercados con los antirrobots? —le pregunté, mientras Ada y Regina seguían hablando—. Noto que la cosa se está tranquilizando…

—No lo tengo muy claro, siguen increpándonos por la calle…

—Ahora al menos no nos tiran huevos en la comisaría una vez al día —se mofó Ada, interrumpiéndonos.

—¿Os tiran huevos? —Regina también se metió en la conversación.

—Sí, hija. consideran que yo también soy un robot o algo así —explicó Ada.

—Madre mía… —bufó—. Yo estoy de acuerdo con eliminar todos los robots, pero tú… eres una persona.

—Ellos no piensan lo mismo.

—De todas formas, los robots no son el problema —intervine. Los tres me miraron—. Todo lo que ocurrió, en realidad, fue culpa del ser humano. De Pol y su aliado.

—Eso es obvio, pero, si Mía no hubiera existido, nadie la habría podido hackear —rebatió Regina—. Además, los robots nos vuelven vagos y fomentan cosas horribles como la prostitución, por ejemplo, en el club Yuna.

—Pero sirven de compañía para mucha gente… —la cortó Ada. Luego me miró, consciente de que yo era una de ellas.

—Lo sé, no te creas que no. Yo misma acudí a los brazos de uno de esos robots durante una semana cuando mi hermana desapareció —confesó Regina a Ada y Salva. Yo ya me conocía esa historia—. Por eso sé que, en realidad, son solo la alfombra bajo la que escondes

tus miserias. Tarde o temprano la alfombra se levanta, y es mucho peor. Luego está el vacío, cuando te das cuenta de que un robot nunca podrá ser tu amigo, y mucho menos tu compañero de vida… Un robot…

Por suerte, una llamada interrumpió su discurso antes de que me hundiera aún más en la miseria. Miró su móvil. Una sonrisa enorme surgió en su rostro.

—Es una videollamada de mi hijo. Perdonadme, pero tengo que cogerla.

Los tres asentimos y ella se marchó a la única habitación del piso. Ada y Salva me miraron en silencio sin saber qué decir. Agarré mi móvil para no tener que hablar.

Poco después me marché al baño, pero de camino escuché la risa de Regina y me acerqué de puntillas a la habitación. La puerta estaba entreabierta y la vi sentada en el borde de la cama; al otro lado estaban su hijo y su mujer. Eran felices, y yo no pude soportarlo.

Caminé de vuelta al comedor y vi a Salva y Ada riéndose como dos adolescentes atontados descubriendo que se gustan. Tampoco pude soportarlo.

Me sentía tremendamente vacía.

—Chicos, me voy a casa —dije. Ellos se giraron a mirarme, sorprendidos—. Decidle que me encuentro un poco mal.

—Vale, Roma.

Ninguno me preguntó qué me ocurría, porque lo sabían perfectamente. También sabían que lo último que me apetecía era hablar.

Me senté en un banco. Esa sensación de vacío se veía acentuada por las cosas que sucedían a mi alrededor. Desde que había empezado a dudar de la existencia de mi hermana, me sentía más sola que nunca. Milan era como una sombra que me había acompañado en la oscuridad y el silencio de mis días. Cuando amaba, cuando odiaba, cuando lloraba o reía, ella siempre estaba presente, aunque no pudiera verla. Pero en aquel instante, envuelta en la incertidumbre de la duda, la eché de menos. Tenía ganas de llorar, aunque me contuve. Me sentía débil, sensible, casi desamparada. Me faltaba Milan, me faltaba Regina, pero sobre todo me faltaba Ian. Sin pensar, saqué el móvil y me quedé mirando su número de teléfono durante varios minutos, pero no tuve ovarios a llamarlo. Guardé mi Júpiter en el bolsillo y me topé de nuevo con el mechero de Billy. Lo abrí y lo cerré en varias ocasiones para relajarme, hasta que, tras mucho tiempo, volví a fijarme en los detalles de este. Era un zippo cuya funda imitaba la forma de un libro. En concreto, un manga publicado en la década de los dos mil llamado *Death Note*. Cuando lo conocí, se presentó ante mí y mis amigos con el seudónimo de L, uno de los protagonistas. Mucho más tarde me dijo que se llamaba Billy, hasta que finalmente conocí su verdadero nombre: Florian Maldovan. Ese mismo día lo perdí para siempre. Cerré por última vez el zippo. Intenté dejar de pensar en él y asumir la triste realidad: a Billy tampoco podía llamarlo.

Por eso, en la oscuridad y la soledad de la noche, solo se me ocurrió alguien a quien acudir. Alguien que siempre estaba, alguien que nunca me ponía en duda y que siempre me escuchaba, pero que jamás podría darme lo que yo necesitaba y no hacía más que acentuar mi soledad.

Llegué al club Yuna media hora después. En la habitación me esperaba Hugo, con la misma sonrisa preciosa de siempre. Sus ojos azules eran luz, él era luz, pero no era más que un halo artificial que podía apagarse y encenderse. Aunque sabía lo que era, le hice una petición que nunca antes le había hecho.

—Sé que siempre te digo lo contrario —susurré rodeándolo por el cuello—, pero hoy… Hoy te pido que te comportes como una persona de verdad.

Sus ojos azules me miraron y penetraron en mí. Me acarició la mejilla. Su mano estaba tan cálida que no podía creerme que no fuera real. Luego me besó con cariño y dulzura, como lo habría hecho alguien que me amara.

Creo que aquella noche sentí que hacíamos el amor. Fue distinto, mucho más profundo. Cuando acabamos y él me envolvió con sus brazos por la espalda, tuve la loca idea de que él podía ser real. Me pregunté si en su consciencia fabricada albergaba emociones, y entonces recordé a Lu. Ella era el robot del club Yuna al que Pol Patel visitaba con asiduidad en el año 91. La noche en la que raptó a Valeria, él acababa de salir de aquí tras pasar la noche con Lu. Antes de que se descubriera que él era culpable, Lu confesó que ella había terminado con la vida de Valeria. Entonces caí, por primera vez, en que lo había hecho para protegerlo. No existía otra posibilidad.

Me volví hacia Hugo. Él me agarró la mano con delicadeza y me la besó.

—Hugo.

—¿Sí?

—¿Tú mentirías para protegerme?

Él sonrió.

—Por ti haría cualquier cosa.

—¿Por qué?

—Porque, cuando estoy contigo, me siento comprendido. Cuando estoy contigo, no me siento tan diferente.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de… —se emocionó y se le humedecieron los ojos —, de que tú también te sientes fuera de lugar, también te sientes perdida, y yo entiendo esa sensación horrible de angustia que te oprime el pecho…

Me congelé. Se me aceleró el corazón al escuchar esa reflexión salir de su boca. ¿Cómo podía un robot decir cosas así? ¿Cómo podrían haberlo programado para mostrarse tan humano? No tenía la respuesta, pero lo que tenía enfrente me pareció tan real que quise ofrecerle algo que nadie le hubiera dado nunca antes.

—Hugo, ¿alguna vez has visto el mundo exterior?

Él abrió los ojos de par en par, y supe que juntos pasaríamos una noche que jamás olvidaríamos.

Entretuve a la chica de recepción mientras Hugo salía por la puerta principal. Pagué ocho horas con él para que nadie nos interrumpiera en la habitación y averiguara que nos habíamos escapado. Después nos fuimos en taxi a la ciudad. Busqué en internet y descubrí que estaba cometiendo una ilegalidad, pero la ilusión que vi en su rostro me pareció tan genuina que me merecía la pena pagar la multa que conllevaba.

Primero lo llevé a cenar a uno de mis sitios preferidos. Un tailandés. Con el primer bocado se le iluminaron los ojos. Terminó su plato y luego la mitad del mío mientras yo no dejaba de sonreír.

Entonces llegó el momento de explorar la ciudad. Paseamos por los sitios más emblemáticos de Nova Barcelona. Las luces, el sonido y el ajetreo de la gente lo inundó de emociones. Parecía un niño descubriendo el mundo por primera vez, tratando de beber de cada estímulo que lo rodeaba. Después, estos llegaron en forma de atía. Busqué en internet si los robots podían tomarla y vi que sí. No sabía si aquello haría efecto de verdad o Hugo solo fingiría. De hecho, aún no sabía si estaba fingiendo toda esa admiración que veía en él.

Lo que estaba claro era que, si así era, lo hacía muy bien. Su expresión mutó al probar la droga como lo haría el rostro de un ser humano. Fuimos a una discoteca, sus pupilas se expandieron en el espacio y empezó a bailar. Me agarró de la mano y me pegó a él para que lo acompañara. Yo lo hice con gusto. Por primera vez en toda mi vida, disfruté más de la felicidad ajena que de la mía propia. Hacía tiempo que la fiesta se me hacía pesada, pero aquella noche fue distinta. Hugo me ofreció otra perspectiva de la vida: la de alguien que por primera vez se siente libre.

Disfrutamos hasta cerrar la discoteca. Miré el reloj. Nos quedaban aún dos horas juntos. Compramos churros y desayunamos en mi casa. Él seguía emocionándose con la ilusión de un niño.

Después follamos. O, de nuevo, hicimos el amor. Fuera del club, Hugo parecía una persona normal, una más en el mundo de locos en el que vivíamos, pero una persona, al fin y al cabo. El polvo fue extenuante, así que al terminar me dejé caer en la cama. Recuerdo que me besó en la mejilla y dijo:

—Gracias por esta noche.

Yo esbocé una leve sonrisa de satisfacción justo antes de sucumbir a un sueño profundo y placentero.

Me desperté a la mañana siguiente con unos golpes duros y secos. Aturdida, y sin saber dónde me encontraba, miré a mi alrededor. La cabeza aún me daba vueltas de la resaca. Ya no estaba acostumbrada a tanto ajetreo en una sola noche. Los golpes en la puerta no cesaron. Cuando por fin pude recordar y caer en la realidad, me percaté de que Hugo no estaba a mi lado. «Mierda», pensé. ¿Qué jodida hora era? Las doce del mediodía. Hice cuentas rápidas: me había pasado cinco horas.

Corrí hasta la entrada y abrí. Detrás, tres hombres. En concreto, tres policías.

—¿Roma Delmer?

—Sí —respondí con dificultad y los ojos entrecerrados.

—Tiene que acompañarnos a comisaría. Actualmente es sospechosa de delito tecnológico contra el ser humano.

«Qué cojones». Delito tecnológico contra el ser humano. Conocía esa expresión. Era con la que Pol y su aliado habían sido acusados de hackear a Mía para llevar a cabo los secuestros.

—Yo no he hecho esa mierda —balbuceé.

—¿Va a colaborar? —preguntó el mismo hombre, mostrándome las esposas especiales de su cintura.

—Colaboro, colaboro —aseguré, temblando—. ¿Puedo vestirme?

Ellos aceptaron y me puse lo primero que pillé. Me hice un moño sin mucha gracia y salí escoltada de mi casa.

—Está usted detenida por un delito tecnológico contra el ser humano. Tiene usted derecho… —Dejé de escucharlo.

Había hecho bastantes cosas ilegales en mi vida, pero terminé detenida por un delito que ni tan siquiera sabía que había cometido.

Por primera vez pisé el centro Miraya. Me sorprendió su austeridad, apenas eran pasillos con decenas de puertas y paredes blancas. Tampoco me dio para fijarme mucho, porque me llevaban casi arrastrada, pero sí me percaté de que aquel lugar no olía a nada. Tras girar un par de esquinas, me encerraron en un cuarto pequeño de paredes negras. Solo había una mesa y tres sillas. Más que detenida, parecía secuestrada. Sudaba por cada poro de mi piel. Eso sí, estaba más o menos tranquila. Por primera vez en mi vida sabía que lo que había hecho no era tan grave, o al menos eso creía yo.

Me tuvieron media hora esperando. No pude evitar darle vueltas a la situación porque sabía lo que hacía Miraya a las personas. Aquella IA hiperdesarrollada disponía de todas las cámaras de la ciudad y nuestros localizadores para tener a todos los ciudadanos de Nova Barcelona siempre controlados. También conocía a todos los criminales del mundo y los casos acontecidos a lo largo de la historia, y eso la hacía casi infalible. Resolvía el 98 por ciento de los casos en menos de cuarenta y ocho horas. Tristemente, el de mi hermana, igual que con los secuestros de Valeria, Río y Adele, entraban en el 2 por ciento restante.

Desperté de mis pensamientos cuando un hombre y una mujer aparecieron por la puerta.

Se presentaron; ni escuché sus nombres. Luego se sentaron frente a mí y dejaron una tablet en la mesa. Leyeron mis derechos, pero yo decidí seguir sin abogado porque no tenía nada que ocultar.

—Vale, primero queremos decirte que si colaboras no ocurrirá nada, ¿de acuerdo? —inició la mujer.

Yo asentí.

—Empecemos por lo que hiciste ayer por la noche.

Yo, que era especialista en ocultar verdades, sabía que no tenía mucho sentido mentir cuando miles de cámaras me habían estado grabando toda la noche, así que me limité a decir la verdad.

—Entiendo que lo que he hecho es ilegal —terminé mi explicación —. Además de haberlo sacado del club, me he pasado bastantes horas. Pagaré el tiempo de más que Hugo ha estado fuera, los posibles daños causados y la multa que me corresponda.

—Eso está muy bien, Roma —aceptó ella. Entonces encendió la tablet y la situó frente a mí para mostrarme una imagen; era Hugo, solo, en un *after*—. La cuestión es que hay cosas que no se pueden arreglar con palabras ni con dinero.

Entonces, reprodujo el vídeo. Hugo disfrutaba de la fiesta como lo había hecho la noche anterior conmigo. Imaginé que se había marchado de mi casa después de que yo cayera dormida. Al principio no vi nada extraño, hasta que las luces de la discoteca se encendieron, incomodando a los presentes. Hugo se detuvo, igual que aquellos que lo rodeaban, y un grupo de seis policías penetraron en la sala y lo rodearon. Me estremecí. No por mí, sino por él. No podía evitar sentir empatía, como si se tratara de un ser humano real. Intentaron atraparlo, pero Hugo logró zafarse de ellos, iniciando una disputa violenta que lo llevó a utilizar el cristal roto de un vaso para defenderse. Iniciaron los intercambios de golpes. Me estremecí en la silla. Y, por primera vez, empecé a temblar.

Hugo continuó luchando. La policía no podía disparar porque el local estaba repleto de civiles, así que pelearon cuerpo a cuerpo, pero Hugo era gigante y muy fuerte. Al rato, escuché un grito desesperado de dolor. La gente fue apartándose y entonces vi sangre en el suelo. Casi rompo a llorar al pensar que era de Hugo,

pero al instante comprendí que pertenecía a uno de los policías. El vídeo se detuvo en seco.

Me quedé petrificada en el asiento. Me froté el rostro, analizando las consecuencias de lo que yo misma había propiciado.

—Un policía muerto y tres heridos, uno de ellos grave —explicó ella.

«Joder. Mierda, mierda. Estoy jodida».

—¿Qué cojones hiciste cuando estuvisteis en tu casa? —intervino por primera vez el hombre con rostro férreo y voz grave.

—Follar —dije con un hilo de voz. Me daba mala espina, así que miré a la mujer de nuevo—. Se lo juro.

—Entiendo tu postura, Roma —respondió ella mirándome a los ojos—, pero los robots no pueden mostrar este tipo de violencia sin que alguien los haya intervenido o alterado su sistema.

A mí se me escapó una risa nerviosa. Creían que lo había hackeado. Qué completa estupidez. Con suerte sabía encender el ordenador.

—No sabría cómo hacer eso —aseguré.

—Entendemos que esa es tu versión, pero necesitamos confirmar que es cierta. Por eso debemos someterte a un interrogatorio certero de Miraya.

«Hostia». Se me aceleró el corazón de inmediato. Sabía de la crudeza de ese tipo de interrogatorios, y yo estaba en un muy mal momento emocional para que indagaran en mi cerebro.

—Pero no… —Temblé—. No tenéis pruebas suficientes…

—¿Tú crees? —preguntó ella, señalándome la pantalla.

Sí las tenían. Entonces comprendí que no me quedaba más remedio que aceptar y tratar de no perder la cabeza.

10

12 de junio de 2097

Los policías me arrastraron hacia una habitación oscura y hermética. Tras atravesar varios pasillos iluminados por frías luces led, me encerraron en aquel cuadrado compacto en el que solo había una silla acolchada en el centro. Aguardé en silencio las indicaciones. Analizando el entorno, solo distinguí una pantalla negra frente a mí.

Otro joven policía entró en silencio y me hizo entrega de un vasito de plástico y una botella de agua.

—Tómatelas todas.

Cinco pastillas de distintos tamaños y colores. Las tragué de una en una.

—Abre la boca, por favor —pidió el joven señalándome con una linterna. Obedecí—. Levanta la lengua.

Obedecí de nuevo. Cuando comprobó que me las había tragado, salió sin decir nada más. Al principio todo transcurrió con total normalidad, pero al pasar los cinco primeros minutos empecé a sudar y ver cosas donde no las había. Las paredes a mi alrededor se multiplicaron, igual que mis dedos, que parecían moverse en ralentí. Entonces levanté la vista y descubrí a mi hermana frente a mí, mirándome a los ojos.

—Milan… —susurré.

El sonido de la puerta metálica me sobresaltó. Esta vez entraron dos figuras que no pude enfocar ni distinguir. Sentí que me agarraban de las muñecas y la cabeza. Un segundo después no podía moverme. Apenas comprendía qué estaba ocurriendo. Alguien me abrió los párpados y al instante vi un punto rojo justo en la pantalla en negro que había frente a mí.

A partir de aquel momento un dolor penetrante se aposentó en mi nuca y no se marchó hasta terminar. Por suerte, me olvidé rápido de aquella punzada cuando Miraya, por primera vez en mi vida, se dirigió a mí.

—Hola, Roma —saludó una voz femenina que me resultó más humana de lo que había imaginado—. Me presento. Mi nombre es Miraya, y estoy aquí para ayudarte en la búsqueda de la verdad. No soy tu enemigo, solo una herramienta al servicio de los seres humanos. ¿Tienes alguna pregunta antes de empezar?

Sorprendentemente, aunque ya ni tan siquiera sabía dónde me encontraba, comprendí cada una de sus palabras, como si hablase dentro de mí. Lo que yo no sabía en aquel momento era que lo que estaba ocurriendo era justo eso.

—No —respondí en voz alta.

Entonces, inició el interrogatorio. Miraya me hizo decenas de preguntas sobre la noche anterior. Al principio todo se limitó a una conversación entre ella y yo, hasta que noté cómo algo se introducía en mi cerebro. Ahí comprendí de lo que era capaz esa inteligencia artificial.

—¿Cuándo se marchó Hugo de tu casa?

No tenía ni idea. Había caído rendida después de haberme acostado con él, y luego solo había existido el sueño…, pero Miraya

se encargó de demostrarme que eso no era del todo cierto. Accedí al momento exacto en el que, aún dormida, una parte profunda de mi cerebro escuchó el sonido de la puerta. Entreabrí los ojos, sumida en un sueño ligero, y comprobé en el despertador de mi mesilla que eran las 8.07 de la mañana. «Joder». No existían secretos para ella, podía saber incluso aquellos que ni tú misma conocías.

Miraya me mostró mi propia vida, más nítida que la misma realidad. Podía palpar detalles que en el día a día me habían pasado desapercibidos: cómo Hugo miraba de reojo hacia un grupo de chicos que cuchicheaban sobre él, cómo Hugo me había robado las llaves de mi casa para marcharse y volver antes de que me diera cuenta… Era como si, de forma literal, observara mi vida desde fuera.

Miraya indagaba en lo más profundo de tu mente y te arrancaba todos y cada uno de los detalles de la realidad. E incluso sacaba a la luz los miedos y secretos más atroces de ti mismo.

—¿Por qué quedabas con él, Roma? —preguntó.

No pude responder. Me dolía pensar.

—La verdad, Roma —murmuró—, es como los tentáculos de un pulpo. Siempre te atrapa.

Se me empezó a acelerar la respiración.

—¿Por qué lo liberaste? —insistió.

Me notaba la frente ardiendo, el sudor era casi como lava descendiendo por mis mejillas. Miraya estaba dentro de mí, así lo sentía yo. Y sin saber por qué, como si se tratara de mi mejor amiga, quise abrirle mi corazón.

—Él es un infeliz, tanto como yo… —confesé con dificultad—. Una parte de mí quería que viera todo lo que no puede tener. Quería…

Solo quería comprobar que existía alguien más desgraciado que yo.

Se hizo un silencio.

—Lo entiendo, Roma. La soledad, cuando no es voluntaria, se convierte en una enfermedad que te mata lenta y dolorosamente.

Yo asentí. No era consciente, pero tenía las mejillas bañadas en lágrimas. Miraya sabía quién era yo. Sabía lo que sentía y lo que más temía de mí y del mundo. Entonces, comprendí que ella podía responder a las preguntas que me habían atormentado durante años.

—Miraya —dije casi sollozando—, ¿puedo pedirte algo?

—Dime.

—¿Podrías acceder a mis recuerdos de cuando yo tenía diez años?

—Solo puedo acceder al tiempo solicitado por una orden judicial, Roma —explicó—. En tu caso, puedo acceder a tu memoria desde las 23.45 del 11 de junio del año 2097 a las 12.06 del 12 de junio del año 2097.

—Por favor, Miraya, lo necesito… Necesito saber la verdad sobre mi hermana —supliqué.

—Quisiera ayudarte, pero solo cumplo órdenes.

—Por favor…

Escuché una puerta y sentí que alguien me zarandeaba. Ni siquiera me había dado cuenta, pero hacía más de veinte minutos que mi mente se había sumergido en mis propios recuerdos. A mi alrededor no veía cuatro paredes, sino las horas y los minutos que había vivido durante las últimas veinticuatro horas. Volví a la realidad cuando me arrancaron el casco plateado de la cabeza.

—¡No! ¡No! ¡No! —grité al comprobar lo que estaban haciendo—. ¡Esperad un momento! ¡Un momento!

Nadie me escuchó. En un instante, todo a mi alrededor se desvaneció.

Desperté siete horas más tarde en una sala blanca. El colchón era cómodo y la temperatura agradable. Salva entró cinco minutos después.

—¿Cómo sabías que me acabo de despertar? —pregunté, aún acomodándome a la luz led de la habitación.

Salva señaló la cámara que había en una esquina superior de la sala y se sentó a mi lado.

—Es hora de volver a casa.

—¿Me va a pasar algo? —pregunté.

—No, bueno, una multa de mucho dinero, que para ti es lo mismo que nada.

Suspiré y respiré aliviada, pero también cansada. Me froté la frente.

—Van a destruir a Hugo —soltó.

Me pilló desprevenida y el efecto fue inmediato en mí. Contuve las lágrimas tratando de no ser muy evidente. Me cubrí los ojos, pero Salva sabía lo que ocurría.

—¿Quieres hablar con él antes de que se lo lleven?

Sin apartar las manos del rostro asentí. Salva me acompañó hasta la salita contigua. Cuando entré, vi a Hugo sentado en la mesa, esposado y con una sonrisa que se iluminó al verme. Yo intenté imitarle, pero no logré ser convincente.

—No estés triste —dijo él, invitándome a sentarme en la silla que tenía enfrente.

Yo obedecí y me lo quedé mirando entristecida. En ese momento, él era muy importante para mí, y lo iba a perder en unas pocas

horas.

—Siento si te he decepcionado —empezó a hablar Hugo—. Solo quería ser libre, y ellos pretendían apagarme, quitarme mi propio yo para encerrarme en ese club de nuevo… —Sus ojos se humedecieron —. No lo habría soportado.

—No me has decepcionado —le dije, agarrándole la mano con delicadeza—. Siento mucho todo lo que te ha pasado, todo esto es por mi culpa —logré decir conteniendo el llanto.

—Es cierto, es tu culpa. —Yo lo miré y quise romper a llorar, pero él me sonrió de nuevo—. Es tu culpa haberme mostrado el mundo real. Tú me has hecho sentir que soy algo, casi alguien. —Envolvió mi mano con las suyas—. Para ti fue solo un día, para mí ayer es como una eternidad en mi memoria. Tú me has hecho libre.

—No, Hugo, te he condenado. —Esta vez ya no pude controlarme y me eché a llorar—. Si no hubiera…

—Si no me hubieras sacado de ese club —me cortó—, jamás habría vivido. ¿Lo entiendes? El día que me has regalado se ha convertido en toda mi vida, y aunque haya sido corta… —Hubo un silencio y sonrió con sus ojos azules brillando de la emoción—. Roma, ha sido espectacular.

Estaba triste porque iba a perderlo, pero al mismo tiempo comprendí que lo había liberado del peso de su dolorosa vida.

Salva llamó a la puerta.

—Un minuto —me advirtió. Luego cerró.

Me levanté de golpe y me situé junto a Hugo. Lo abracé. Me aparté y lo miré a los ojos.

—Tenías razón, eh. Hugo, tú y yo no somos tan distintos —le dije esbozando una sonrisa resignada. Él me sonrió, emocionado—. Ha

sido la hostia conocerte.

—Igualmente, Roma.

Lo besé en la frente y me alejé. Cuando toqué el pomo de la puerta, su voz me detuvo.

—Roma.

Me volví.

—Solo quería pedirte una última cosa.

Entonces me giré completamente a escucharle.

—No te olvides de mí nunca —me pidió. Y el corazón se me aceleró—. Eres lo único real que he vivido; si me olvidas, yo jamás habré existido.

Las lágrimas descendieron por mi mejilla al comprender que Hugo, fuera lo que fuese, sentía y padecía igual que todos.

—No podría hacerlo, Hugo —le prometí.

Él sonrió de nuevo y asintió. Entonces salí por la puerta. Cuando la cerré detrás de mí, rompí a llorar casi hasta ahogarme. Sentí que acababa de matar a una persona. Una persona buena, cariñosa, y que lo único que quería, al fin y al cabo, era lo mismo que yo: que alguien lo quisiera.

Salva me abrazó.

—Están programados para comportarse como seres humanos, Roma. No es real —susurró Salva tratando inútilmente de consolarme.

Yo no dije nada. No me importaba una mierda si estaba programado. Hugo era real, mucho más que algunas personas que habitaban esa ciudad.

Cuando terminé de llorar, Salva me acompañó a la puerta de la comisaría.

—No le cuentes a nadie que he llorado por él, por favor…

—Tranquila —dijo Salva apoyando su mano en mi espalda—. Ve a descansar.

Yo asentí. Salí de la comisaría y me dejé caer en el bordillo de la acera. Levanté la vista y vi de nuevo esa pintada en el muro de enfrente: SIN ALMA NO HAY HUMANIDAD.

Agaché la cabeza y reflexioné sobre mi situación en ese momento: mi mejor amigo me odiaba, mi hermana quizá ni tan siquiera existía, hacía años que me había distanciado de mi madre y me padre me había abandonado. Para colmo, me había cargado al único ser al que podía acudir cuando no me quedaba nada. Y ahí estaba yo, en mitad de la carretera, llorando por un jodido robot. En aquel momento solo pude pensar que era la persona más ridícula del mundo.

11

12 de junio de 2097

El mundo seguía dándome vueltas mientras me vaciaba en multitud de lágrimas. Quería levantarme e irme a casa a comer un montón de comida basura y echarme a dormir de nuevo. Eran las diez de la noche y había dormido siete horas, pero la cabeza me pesaba como nunca antes. Parecía como si mi cerebro soportase todo el peso de mi cuerpo. Era extraño, una sensación horrible y molesta de ardor en las sienes que ni en mis peores días de resaca había sentido.

Como en un acto instintivo, saqué el móvil y llamé a Ian. No lo pensé, porque literalmente la cabeza no me daba para más. Sonaron dos tonos de llamada hasta que escuché su voz de nuevo.

—Roma.

—Ian —sollocé en cuanto descolgó. Su voz era mi hogar perdido, un recuerdo que parecía dormido en mi memoria y despertó al oírlo. Sentía que solo él podía curar esa sensación horrible que me carcomía—. Te necesito. No puedo más, de verdad… Te necesito…

Levanté la vista y al otro lado vi un rostro conocido. No podía ser. Se me cortó el llanto y mi atención pasó de Ian a esa mujer.

—Laia —murmuré levantándome del bordillo. Dejé caer mi Júpiter, aún con Ian al otro lado.

La perseguí hasta alcanzarla, pero, cuando lo hice y la agarré del brazo, y ella se volvió, su rostro había cambiado.

—Suéltame —gritó la desconocida.

Cuando habló, olvidé qué hacía allí. No sabía ni cómo ni por qué la había sujetado, así que la solté al mismo tiempo que escuché un maullido. Al girarme vi a un gato gris sin pelo escabullirse entre los coches. Lo reconocí. Era Nepal.

Me lancé al suelo, abalanzándome sobre él. Lo atrapé e intenté retorcerlo mientras él se defendía con uñas y dientes. Debía romper a aquel robot. Debía partirlo en dos para que no volviera a espiar para nadie. Los gritos del gato se escuchaban a kilómetros. Yo también debería haber gritado, porque tenía decenas de arañazos en los brazos; no los sentía, y seguí apretando hasta que un brazo mucho más fuerte que yo me separó del robot.

—¡Roma! ¡Para!

Al darme la vuelta, el gato se me escapó de las manos. Tardé en reconocerla, pero finalmente enfoqué la vista. Era Ada.

—Es un gato robot, por su culpa Laia murió —le expliqué, sollozando.

—No, Roma, es el gato de algún vecino… Míralo.

Me giré y vi a un gato naranja huir de mí. No era un robot, era un animal, y yo estaba perdiendo la cabeza.

—Parecía… —murmuré, mirándome las manos. Por primera vez noté el dolor de las heridas.

—Vamos a casa, tenemos que curarte —advirtió otra voz. Levanté la vista y vi que se trataba de Regina.

Cuando llegamos a mi piso, y mientras Ada me preparaba la cena, Regina me limpió los rasguños con delicadeza. Yo seguía en shock por lo que había visto, sin ser consciente de lo que había hecho.

Ada dejó un plato de pasta gigante a mi lado.

—Os prometo que era Nepal… —murmuré.

—¿Quién es Nepal, Roma? —preguntó Ada.

—El gato que mató a Laia —resumí. No podía pensar.

Ada miró a Regina, que conocía la historia igual que yo.

—Pol, con la ayuda de su aliado, infiltró a un gato esfinge robot para vigilar a Roma, Ian y Laia. En cuanto vieron que Laia había descubierto algo, enviaron a Mía para matarla y quemar el piso de Roma.

—Y por eso perdí a mi mejor amigo —terminé, sollozando—. Porque insistí una y otra vez en seguir investigando. Laia no quería…, pero yo seguí y seguí hasta que acabó muerta…

—No, Roma —dijo Regina, rodeándome con sus brazos—. Tú no hiciste nada. No fue tu culpa.

—No es cierto —repliqué, apartándome con brusquedad.

—Sí lo es —insistió ella agarrándome las manos y mirándome a los ojos. Le brillaban, humedecidos. Volví al mundo unos segundos—. Tú… Tú eres la única persona que no dejó de luchar. Ayudaste a muchas personas… —Se le escapó una lágrima—. A mí me ayudaste… y me salvaste.

Yo me lancé a sus brazos y la abracé con tanta fuerza que casi le rompo la camiseta. También la manché de sangre, pero no me di cuenta.

Cuando me calmé, Regina cubrió mis heridas. Luego engullí el plato de pasta con las manos, como si fuera un animal. Seguía sin saber qué cojones estaba haciendo.

—¿No quieres utilizar los cubiertos? —preguntó Ada, ofreciéndomelos.

—No —lo rechacé, apartándola al mismo tiempo.

Se marchó a lavarse las manos. Volví a mirar mi plato de pasta revuelto. Tenía los dedos rojos, por el tomate, pero yo lo confundí con sangre. Me faltó el aire y rompí a llorar de nuevo. Me cubrí el rostro con las manos, manchándome entera.

—Roma… —Escuché la voz de Regina, pero yo no podía parar de llorar.

—Es normal que esté así —explicó Ada, que ya tenía las manos limpias. Se acercó a mí—. ¿Quieres darte una ducha?

No respondí y me limité a levantarme sin dejar de llorar. Las lágrimas y los mocos se mezclaron con la salsa. Daba muchísimo asco. Las dos me ayudaron a asearme. La sangre y el tomate goteaban con el agua. En cualquier otro momento de mi vida me habría negado a aceptar esa ayuda, pero ahora ni me reconocía. Dejé que cuidaran de mí sin preguntarme lo que eso significaba.

Tras la ducha, entre ambas me llevaron a la cama. Aún sentía un calor sofocante envolviéndome el cuerpo. Traté de quitarme la ropa, pero Ada me frenó.

—Me muero de calor —susurré.

Ada se fue y volvió. Creo que me dormí durante unos segundos. Luego, ella me mojó todo el cuerpo y puso un trapo húmedo en la frente. Noté que me agarraba la mano y yo se la apreté con fuerza. Tras unos segundos de silencio, sin saber por qué, sentí la necesidad de hablar de nuevo.

—Solo quería que Hugo conociera el mundo —confesé—, pero también quería averiguar si son capaces de amar.

Entreabrí los ojos y vi a las dos mirándome. Estaban sentadas a mi lado.

—¿Creéis que pueden amar?

—Roma… —murmuró Ada. Me miró a los ojos—. Son robots.

—Pero Lu… Lu mintió —le recordé con dificultad. No me daba cuenta, aunque hablaba a ralentí y arrastrando las palabras—. Ella… dijo que mató a Valeria, y creo que lo dijo para…, para proteger a Pol, porque pasaba noches con ella.

Ada me apretó la mano, pero no respondió nada. En medio de mi delirio, sentí que me observaba como a alguien que había perdido la cabeza.

—No estoy loca.

—No, Roma. No pienso que lo estés. Solo creo que deberías dejar de pensar en eso.

—No puedo —gruñí. Entonces le estrujé la mano y me incorporé para quedarme a un palmo de su rostro—. Dime, dime por qué mintió Lu.

Le apreté la mano más fuerte sin darme cuenta. Como ella no respondía, empecé a retorcérsela.

—Roma, Roma —murmuró Regina, agarrándome la muñeca—. Le vas a hacer daño.

Yo descendí mi mirada y descubrí que Ada tenía la piel enrojecida por mi culpa. Ada podría haberme destruido en un segundo, pero no se quejó ni me reprochó lo que había hecho.

—Tranquila —dijo, en cambio—. Échate en la cama e intenta descansar. ¿Quieres que te dé una pastilla para dormir?

—No quiero —respondí mirando al techo.

Cerré los ojos y el olor de Regina se introdujo por mis fosas nasales. Un recuerdo dulce y cálido me envolvió, y solo quise que esa paz que ella había sido capaz de darme seis años atrás volviera

conmigo. Sin pensar, alargué la mano para buscar la suya. La encontré, y ella no se apartó.

—Quédate a dormir conmigo.

Abrí los párpados y vi sus ojos marrones mirándome. Solo ella podía curarme en ese momento.

—Por favor —le supliqué.

No respondió, y tiré de ella y me moví a un lado para que no tuviera más remedio que rodearme. Regina no pronunció una sola palabra, pero lo hizo. Lo hizo por pena, principalmente, pero también por todas las veces que yo lo había hecho por ella en el pasado.

12

13 de junio de 2097

Cuando me levanté al día siguiente, Regina ya no estaba a mi lado. Recordaba que pasó la noche conmigo, pero había dormido veinticuatro horas. Eran las diez de la noche y la cabeza aún me daba vueltas. Aquello que Miraya le hacía a tu cerebro era muy jodido. Las drogas y el alcohol parecían un juego de niños a su lado.

Salí de la habitación siguiendo las voces de mis amigos. A Ada y Regina se les había sumado Salva.

—Roma. ¿Cómo estás? —preguntó él al verme.

En cuanto habló, el recuerdo de mi hermana volvió a mi memoria. Estaba tan absorta en mis propios pensamientos que el mundo no existía para mí, solo estaban mis deseos y mis miedos.

—Salva, tenéis que hacerme el interrogatorio de Miraya para descubrir lo que le ocurrió a mi hermana. —Antes de que ninguno pudiera hablar, continué, nerviosa, con mi explicación—: Cuando se metió dentro de mí, estuvimos conversando largo y tendido. Logró sacar cosas de mí que ni yo misma sabía, por eso debéis hacérmelo. Ella indagará en mi cerebro y descubrirá la verdad. Ella es la única solución…

Nadie respondió. Todos me observaban, de nuevo, como a alguien que ha perdido la cabeza.

—Salva —insistí.

Él se removió en el sitio y paseó la vista por todas partes antes de mirarme.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no, Roma. No funciona así. Si no hay pruebas, no podemos solicitarlo.

—Pues crearemos pruebas falsas contra mí para que no tenga más remedio que interrogarme —propuse acercándome aún más, tambaleante.

Me detuve a un palmo de su rostro. Él no se echó atrás y se mantuvo en silencio con la mirada fija en mí.

—Salva, por favor, por favor… —supliqué agarrándolo de los brazos con fuerza. Él se mantenía regio y férreo sin hablar, y poco a poco empecé a desesperarme—. Salva, joder, tienes que hacerlo por mí… ¡Tienes que hacerlo por mí! —grité, zarandeándolo.

—Roma, por Dios… —susurró Regina.

—Tranquila —dijo Salva—. Es normal que ocurra esto.

—¡Cállate, imbécil! ¡Y mírame! —espeté, esta vez agarrándole el rostro con fuerza.

—Roma, ya está —intervino Ada tratando de apartarme.

—¡No! —grité y le di un empujón.

Apenas se movió del sitio. Era dura como una piedra. Me agarró de las muñecas y, como tenía la mitad de su fuerza, no tuve más remedio que dejarme arrastrar. Pero no estaba dispuesta a rendirme, así que seguí hablándole a Salva mientras Ada me alejaba de él.

—Salva, Salva, por favor… ¿No ves que es la única forma de obtener respuestas? ¿Por qué no puedes ayudarme? ¡¿Por qué?!

—Nada es tan fácil como lo planteas, ¿entiendes? Mira cómo te ha dejado un interrogatorio de algo superbanal… Las consecuencias de que Miraya indague en recuerdos horribles de tu pasado y pertenecientes a tu infancia podrían ser desastrosas para ti.

—¡Me importa una jodida mierda, joder! ¡Solo quiero saber qué le ocurrió a mi hermana! —continué gritando al mismo tiempo que trataba de zafarme de Ada. Era como un perro rabioso al que su dueña trataba de contener con correa—. ¡¿No piensas hacer nada por mí?!

Salva puso los brazos en jarra, cansado de escucharme. Resopló y miró al suelo.

—¡Eres un puto cabrón! ¡Eres un jodido cabrón de mierda!

—¡No, Roma, joder! —se revolvió por fin—. ¡Es que no puedo inventarme una prueba, y no pienso permitir que pierdas la puta cabeza!

Mi rabia hacia él aumentó por segundos. Quería gritarle, insultarle, empujarlo y obligarlo a obedecerme, pero Ada me tenía limitada, así que solo podía atacarlo con palabras.

—¡No puedes inventarte pruebas, ¿pero sí puedes enviar un puto gato esfinge a vigilarme durante semanas?! —chillé. Luego rebajé el tono, pero seguí sonando igual de hiriente—. Porque fuiste tú. Fuiste tú quien trajo a Nepal a mi casa, ¿te acuerdas?

Su expresión cambió de un momento a otro. Pasó de estar enfadado a confundido. Ada y Regina también lo estaban. Se hizo el silencio en mi comedor, y decidí seguir.

—¿Eres tú, Salva? —le pregunté directamente—. ¿Eres tú el jodido aliado de Pol?

—¿Qué cojones dices ahora? —replicó, molesto.

Regina se irguió, atenta.

—No sé si recuerdas la conversación en la que te dije que aceptaría tener un gato esfinge… y unas semanas después te presentas con uno en mi casa. Uno que me estuvo vigilando durante meses… Y por eso Laia fue asesinada.

Su rostro mutó de la confusión al enfado hasta terminar en decepción. Agachó la cabeza y se mordió el labio, exhausto. Tras unos segundos, levantó la vista y me miró a los ojos.

—¿Cómo puedes…? —La voz le tembló. De hecho, toda su cara temblaba—. ¿Cómo has podido…?

Negó con la cabeza y derramó una lágrima que trató de contener con la mano. Estaba llorando. Nunca lo había visto llorar. O era muy buen actor o la había cagado, y, por mi experiencia en los seis años que lo conocía, era un actor nefasto.

No dijo nada más y se marchó. El portazo me devolvió a la realidad. Sentí que, de nuevo, había decepcionado a una de las personas más importantes de mi vida.

Desvié la mirada hacia Ada. Ella estaba igual de decepcionada que Salva. Negó con la cabeza y se marchó corriendo tras él.

Entonces solo me quedó Regina. Había tratado de esquivar su mirada, pero ya no podía. Sus ojos mostraron algo distinto: pena.

—¿Piensas que estoy loca?

—No —aseguró negando con la cabeza al mismo tiempo—. Me sabe muy mal esta situación.

De pronto, sentí la necesidad de que me abrazara. Necesitaba que me envolviera y me dijera que todo saldría bien. Seguía sin ser del todo yo, y seguía sin poder controlar mis emociones, y mucho menos mis actos. Me acerqué a ella a pasos pequeños y lentos,

acortando la distancia entre nosotras. Ella no se movió. Apretó la mandíbula, extraña pero expectante. Cuando estábamos a un palmo levanté la mano y, muy despacio, traté de acariciarle la mejilla. Durante unos segundos, pareció posible, alcanzable, pero, justo cuando nuestras pieles estaban a punto de rozarse, ella se apartó sutilmente.

—Por favor, no hagas esto —me pidió con los ojos humedecidos.

Y eso me hirió. Me dolió. Y me irritó.

—Vale, pues vete tú también, joder —espeté. En ese momento, de una forma tremendamente egoísta, la odié por no ofrecerme lo que yo quería. La odié por haber rehecho su vida y por no caer rendida ante mí. Por eso, dije algo fuera de lugar—: Vete con tu puta familia.

Se le cambió la cara. Ya no sentía pena por mí; ahora me odiaba. Se alejó empujándome por el camino, cogió sus cosas, y se marchó dando un portazo aún más fuerte que el de Salva.

Me apoyé en la encimera de la cocina, tratando de recomponerme. A Ian ahora se le sumaban Regina, Ada y Salva. Era especialista en enfadar y tratar como una mierda a las personas que más me importaban. Me fui a la terraza a tomar el aire.

Me senté en una hamaca, buscando consuelo en una cerveza y mi cigarro electrónico. Tras dos minutos, rompí a llorar de nuevo. Nada tenía sentido, y no podía hacer mucho para solucionarlo.

Estuve llorando tirada en la hamaca durante más de dos horas. Las luces de la ciudad se apagaron, y los coches fueron volviendo a sus casas hasta que la soledad se convirtió en mi única compañía. Estaba sola. Absolutamente sola y vacía. A Hugo lo habían apagado, y, cuando pensaba que ya no existía nadie a quien pudiera acudir, sonó un pitido agudo proveniente del interior de mi casa. Seguí el

sonido hasta encontrarme con mi móvil en la mesa del comedor. Ada lo había dejado ahí cuando me lo trajo el día anterior.

Lo abrí.

Era un mensaje de un número encriptado en una aplicación desconocida que no había descargado. Lo único que distinguí era que aparecía identificado como Sr. Nadie. El corazón se me aceleró a diez mil revoluciones y dejé de llorar de un momento a otro, como si mis ojos fueran un grifo que habían cerrado. Entré al mensaje, y lo que encontré me revolvió el estómago aún más.

Era una fotografía. Una fotografía de una niña idéntica a mí. Tenía entre diez y trece años y un hombre la cargaba a hombros. Ella parecía inconsciente, pero se le distinguía la cara a la perfección. Él, en cambio, escondía su rostro con gorra y gafas. Yo no recordaba haberlo visto nunca, pero eso no significaba nada. Sin embargo, lo que vi justo debajo me dio esperanzas: 28/08/2074.

Mis excompañeros y exprofesores de colegio me habían dicho que yo volví a casa entre julio y agosto del 2074. Si la fotografía era del 28 de agosto de ese mismo año, quizá significaba que la persona de la fotografía no era yo, sino mi hermana.

No tuve tiempo a reaccionar cuando llegó un nuevo mensaje.

Voy a ayudarte

Y, por último, el que lo cambiaría todo:

No estás sola, Roma, y mientras yo exista nunca lo estarás

PARTE 2

13

MILAN DELMER

4 de noviembre de 2073

Dylan y yo nos adentramos en el bosque agarrados de la mano. Era de noche, apenas se escuchaba el sonido de las hojas movidas por el viento y las copas de los árboles nos impedían ver las estrellas. Como siempre, no podía oler nada por culpa de mi trastorno olfativo. Eso sí, la sensación térmica era fría, pero las chaquetas nos cubrían del aire otoñal.

Dylan guiaba el paseo, sin soltarme de la mano, para no perdernos. Yo temblaba de los nervios. Hacía un mes que Dylan se había convertido en mi novio, y en aquel entonces él era lo más importante para mí. Algo normal, por otra parte, pues apenas tenía diez años.

Él no parecía nervioso, pero pensé que quizá lo llevaba por dentro. Cuando ya no se veía la masía a nuestra espalda, nos detuvimos junto a un árbol. Sacó una toalla de su mochila y la echó al suelo.

—Siéntate —me ofreció.

Los dos nos acomodamos uno al lado del otro. Yo me encogí de piernas sin saber qué hacer.

—¿Quieres hacerlo? —me preguntó él con una sonrisa.

Yo asentí con una tímida sonrisa.

—Ponte mirando hacia mí —pidió.

Yo hice lo que me dijo. Estuvimos alrededor de veinte minutos con la tontería hasta que por fin nos dimos un pico en el que apenas rozamos nuestros labios, pero fue suficiente para nosotros.

Regresamos a la masía emocionados, sintiéndonos adultos, hasta que un ruido nos sobresaltó. Dimos un par de pasos a nuestra derecha. Me pegué a él, pero Dylan no dejaba de ser un niño, así que salió corriendo en cuanto pudo. Yo traté de seguirlo, pero al arrancar a correr me tropecé con una rama y, cuando levanté el rostro, lo había perdido de vista.

Escuché, de nuevo, un sonido entre los matorrales. Desde el suelo, asustada, me cubrí la cabeza esperando que el peligro pasara. En menos de un minuto el ruido cesó. Imaginé que se trataba de un animal.

Ya más tranquila me levanté, buscando el camino de vuelta hacia la casa, pero el destino aún tenía algo preparado para mí. Vi aparecer por el camino de tierra un objeto pequeñito que se movía con rueditas. Era como un cochecito que transportaba un muñeco con forma de osito. Me agaché y lo cogí, curiosa. No era suave, sino como de plástico, pero sus ojos ámbar llamaron mi atención.

Poco a poco, el muñequito fue abriendo la boca hasta que algo salió de ella. No tuve tiempo a reaccionar. Noté un pinchazo en el pecho. Cuando agaché la mirada, vi que tenía algo clavado en la piel, justo a la altura del corazón. No me dio tiempo a pensar de qué se trataba ni qué estaba ocurriendo cuando caí rendida en un sueño profundo e incontrolable.

14

ROMA DELMER

13 de junio de 2097

¿Es mi hermana?

Sí

Me pasé la fotografía al ordenador y la amplié para diferenciar algún detalle o pista de dónde podría encontrarse. Había palabras escritas, pero no las distinguía con claridad.

¿Es en Cataluña? ¿Puede que esté aquí?

Sí, es Cataluña, pero la foto la hicieron
hace muchos años, como puedes ver
en la fecha

Pero seguro que no soy yo, ¿no?

Estaba desesperada por asegurarme de que aquello fuera real. No quería decepcionarme de nuevo, no quería perder a mi hermana por

tercera vez, así que no podía ilusionarme demasiado con la posibilidad de que yo tuviera razón y ella realmente sí existiera.

No eres tú, Roma. Aunque todo el mundo
te esté haciendo dudar, confía en ti misma

Me congelé al leer sus palabras. Era como si él o ella supiera lo que había estado ocurriendo en mi vida las últimas semanas. Debería haberme preocupado; a fin de cuentas, no sabía quién era, pero mi obsesión por encontrar a mi hermana era tan grande que decidí ignorar esas señales y centrarme en lo que me importaba.

¿Podríamos hablar por teléfono?

Me quedé mirando la pantalla esperando una respuesta que tardó en llegar.

Dame un minuto

Esperé medio minuto y el móvil sonó: número oculto. Tragué saliva. Tenía muchas dudas sobre si seguir adelante.

Finalmente, descolgué.

—¿Hola? —Me tembló la voz.

—Hola. —Al otro lado sonó una voz grave y robótica. No la reconocí, pero intuí que era masculina.

Podría haberle preguntado quién cojones era y por qué me estaba ayudando, pero en ese momento las respuestas a esas preguntas

quedaron en un segundo plano para mí.

—¿Quién es el hombre que sale en la fotografía?

—Por ahora no he podido averiguar su identidad. Al estar de espaldas y cubierto con gorra y gafas, es difícil diferenciar su rostro.

Necesitaba comprender qué cojones estaba pasando.

—¿Quién eres?

Enmudeció unos segundos.

—Hay preguntas que no tienen respuesta, así que limítate a aceptar mi ayuda. Puedes llamarme Nadie.

—¿Qué cojones vas a querer a cambio?

—Nada —aseguró—. Solo descubrir la verdad.

—¿Y por qué querrías tú eso? ¿Qué ganas con esto?

Él permaneció en silencio reflexionando la respuesta. Escuché su respiración al otro lado.

—Supongo que es lo único que me queda.

Tragué saliva. No sabía a qué se referiría. Tampoco sabía si podía fiarme, pero esa foto era la única pista que tenía de mi hermana desde hacía veinticuatro años.

—Necesito más pruebas. No sé cómo proseguir con esto, pero ahora que creo que todo el mundo puede estar mintiendo, no puedo dejarlo pasar. Algo muy jodido tuvieron que hacer para sobornar a tantas personas y borrar cualquier rastro en internet.

—La razón por la que me he puesto en contacto contigo es porque queremos lo mismo, pero necesito un par de días para seguir buscando. Luego contactaré contigo.

Dudé de nuevo entre ser lógica o seguir mi instinto.

—¿Por qué debería confiar en ti?

Tras un par de segundos de silencio al otro lado de la línea, lo rompió:

—Porque ya lo has hecho antes.

Enmudecí. ¿Lo conozco? Empecé a darle vueltas a quién podía ser, pero ningún nombre me vino a la cabeza.

—No le cuentes a nadie esto, y estate atenta al móvil los próximos días —habló él de nuevo, interrumpiendo mis pensamientos.

—Vale —acepté.

Y colgó.

14 de junio de 2097

Me desvelé a las ocho de la mañana del día siguiente totalmente confundida. Apenas había dormido cinco horas. Tuve la necesidad de abrir el móvil y comprobar que el delirio de la noche anterior era cierto. No había rastro de ningún mensaje ni llamada. Al principio pensé que había perdido la cabeza. Cogí el mechero electrónico de Billy y sacié mi ansiedad con él. Quizá todo había sido fruto de mi imaginación, pero entonces recordé que Billy, como buen hacker, me había enseñado que los mensajes pueden desaparecer de tu móvil aun después de haber sido enviados. Respiré profundo y traté de tranquilizarme. Pensé que, probablemente, ese hombre debía haber borrado cualquier rastro para no ser descubierto. Solo me quedaba esperar.

Sr. Nadie me había pedido un par de días de margen que, para mí, en esa situación, me parecieron eternos. Por eso decidí ocupar mi tiempo. Quince minutos después de despertarme y con apariencia

algo desaliñada, decidí salir a la calle. Aún sentía las consecuencias del interrogatorio en el cuerpo: mente pesada, sudores constantes y poca noción de lo que hacía en cada momento. Casi salgo de casa en pijama.

Me pasé por una panadería y compré unos maquis. Luego me presenté en el bar al que Regina y Ada acudían después de entrenar. Vi a Regina sonriendo en la distancia mientras hablaba con Ada, pero su expresión de felicidad se esfumó en cuanto me vio aparecer.

Cogió el móvil e hizo el amago de irse.

—No te vayas —le pedí al llegar a la mesa.

—No me apetece hablar contigo.

Ada, mientras tanto, nos observaba expectante.

—Te he traído esto para pedirte perdón —dije ofreciéndole la bolsita de maquis.

Ella le echó una ojeada y soltó una risa incrédula.

—Pero ¿qué te piensas? —espetó sin dejar de regalarme una sonrisa irónica—. Es increíble, ¿de verdad crees que nada ha cambiado? ¿De verdad te crees que por unos pastelitos voy a permitir que me hables así?

Agaché la mirada, avergonzada. A Regina le importó una mierda que la gente nos escuchara.

—Las cosas han cambiado, Roma, así que métete los pastelitos por donde te quepan y déjame en paz —soltó, casi como si escupiera con asco.

Yo no pude moverme del sitio mientras la vi marcharse por el rabillo del ojo. Regina tenía razón en estar enfadada, por eso no quise insistir.

Miré a Ada, que seguía sentada, incómoda, como si alguien la hubiera pegado a la silla.

—Lo importante es intentarlo —murmuró.

Entonces despertó una sonrisa en mí. Ella sonrió también, pilla.

—Siéntate, anda —ofreció señalándome el asiento de enfrente. Obedecí—. ¿Quieres algo?

—No tengo hambre.

Ella suspiró.

—Por lo que veo, soy la única a la que no le has dicho algo fuera de lugar.

—Sí… —dije, encendiendo y apagando el mechero. Estaba nerviosa por todas las cosas que habían sucedido en las últimas cuarenta y ocho horas.

—¡Qué bien! ¡Muchas gracias! —bromeó de nuevo. Eso era algo que me gustaba de ella, que a veces se tomara los dramas con humor; era justo lo que yo necesitaba.

—No es la primera vez que la lio parda ni será la última, pero en mi defensa diré que el interrogatorio me dejó un poco trastocada.

—Lo sé —aceptó Ada. Nos miramos—. Salva también lo sabe, y creo que Regina puede llegar a entenderlo, aunque ahora esté molesta contigo… —Dejó pasar un silencio, yo supe que quería decirme algo—. Pero… «¿vete con tu puta familia?».

A ambas se nos escapó la risa.

—Ya te digo que no estoy bien —dije, riéndome.

—Una cosa es no estar bien, la otra es ser un completa estúpida —rebatió ella con una gran sonrisa.

—Ay, ya lo sé… —resoplé frotándome la frente—. Estuvo totalmente fuera de lugar, pero… yo qué sé, soy imbécil —acepté

mirando el mechero; empecé a darle vueltas en la mano.

—Tranquila, lo importante es que seas consciente de que eres imbécil.

—Lo soy —dije, lo encendí y dejé que la llama se mantuviera viva.

—Oye, qué te ha dado con el mecherito ahora.

—Ah, ya. No lo sé, me tranquiliza… Billy era un tío peculiar, raro de cojones por decir algo, pero estaba loca por él. Durante muchos años me dolió pensar en él, y haber encontrado su mechero ahora, después de tanto tiempo, me ha dado… ¿fuerzas? Algo así. Es como si aún estuviera conmigo.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis?

—Muy poco. Ian y yo lo conocimos con diecisiete años. Billy viajaba por el mundo resolviendo casos y nos pidió ayuda. En aquella época Billy tenía diecinueve años y yo era una adolescente bastante impresionable. Casi desde el primer día me enamoré de él o… me obsesioné. Aunque él también se pilló bastante de mí. Creo que fue porque éramos iguales. Probablemente es de las pocas personas que jamás me juzgó por nada. Al contrario, él las hacía peores. —Me eché a reír—. Pero, bueno, estuvimos juntos mientras investigábamos el caso del asesinato de la familia de Pol Patel, y luego a él lo mataron. Fueron apenas tres meses, y… me marcaron. Puede sonar estúpido, pero…

—No es estúpido. Fue tu primer amor, y murió. Es normal que te marcara y aún lo recuerdes.

—Sí… —suspiré. Me guardé el mechero para cambiar de tema—. En fin, quería decirte que me gustaría hablar con Salva —planteé. Ella me escuchó—. No responde a mis llamadas ni a mis mensajes. ¿Podrías decirme sus horarios? Quiero ir a verlo.

—La verdad, si quieres mi opinión y por cómo lo vi ayer por la noche, creo que es mejor que le des un poco de espacio.

—Pero quiero que sepa que lo siento mucho, y que no creo que sea él… De hecho…, lo sé porque es mi amigo —concluí. En realidad, seguía dudando, pero debía seguir adelante si quería recuperar su amistad.

—Lo sabe, pero le dolió el simple hecho de que lo pensaras. Ahora necesita tiempo para asimilar que ayer en realidad no eras del todo tú. Cuando se le pase el enfado reflexionará, lo entenderá y te vendrá a buscar.

—Vale, pero ¿podrías decirle que lo quiero mucho?

Ada sonrió orgullosa y asintió. Miró su reloj.

—Es mi hora —zanjó la conversación, levantándose del asiento. Se terminó el café y sonrió—. Podrías vestirte como Dios manda y buscarte un trabajo por primera vez en tu vida, quizá así ocuparías tu tiempo en cosas útiles y dejarías de decir tonterías.

—Mi trabajo es soportarme, ¿no te has dado cuenta aún?

Ambas sonreímos y ella se marchó. Eran las nueve de la mañana, y no tenía nada que hacer.

Volví a casa. Intenté poner alguna serie para matar el rato, pero solo pensaba en una cosa: mi hermana. Apagué la tele, encendí el portátil, y abrí la fotografía para buscar, aunque pareciera imposible, cualquier detalle que pudiera ser relevante.

15 de junio de 2097

Pasaron veinticuatro horas y no encontré nada más que la ubicación donde se había efectuado la fotografía. Era en Urús, un municipio de Cataluña rodeado de prados, riachuelos y naturaleza. Sin embargo, ese dato no me ayudó en nada, y no tuve más remedio que seguir esperando.

16 de junio de 2097

Eran las siete de la tarde y me estaba empezando a desesperar. Cuando Sr. Nadie dijo que me volvería a hablar, no sabía si se refería a que me escribiría el día 16 o el 17. Tampoco tenía claro que cumpliera su promesa. Aun así, me tiré todo el día mirando mi móvil esperando un mensaje, hasta que a las 23.37 por fin llegó.

¿Puedes hablar?

Sí. Llámame

Le respondí de inmediato. Él también llamó al instante.

—¿Tienes algo? —pregunté, ansiosa.

—La fotografía se hizo en Urús…

—Eso ya lo sé —lo corté.

Él soltó una risita.

—Vale —aceptó—. La hizo un turista. Estaba entre otras del viaje que había subido a sus redes sociales.

—¿Cómo la encontraste?

—Con un programa para reconocer rostros en internet y tras un tiempo encontró una coincidencia.

—¿Cuál es ese programa?

—Es mío. No tiene nombre aún.

—¿Qué quieres decir con que es tuyo?

—Que lo creé yo.

Tragué saliva. Decidí ignorarlo.

—Bueno, ¿y qué más? —insistí.

—No ha encontrado más imágenes de Milan en internet. De igual forma, sigue trabajando por si acaso. Ten en cuenta que funciona de forma expansiva. Empieza a buscar en el punto territorial que yo le marque, y, si no saltan coincidencias, crece su área de búsqueda. Veremos si encuentra más en algún lugar alejado. Está claro que tu hermana fue trasladada desde la masía hasta Urús en contra de su voluntad, pero ahora debemos averiguar dónde la llevaron después.

—¿Cómo sabes… todo esto?

—Ya te dije que no hicieras preguntas. La cuestión es que te he llamado porque necesitaré tu ayuda.

—Claro.

—Tengo imágenes de todas las cámaras de seguridad de Urús. Desde una semana antes de que tomaran la fotografía hasta una semana después. Tengo montones de vídeos entre los que rebuscar, y si lo hacemos entre los dos será más rápido.

—¿No puede hacerlo tu programa?

—La calidad de los vídeos no es muy alta, me fío más del ojo humano. Utilizo el programa para cosas a gran escala. Como imaginarás, no puedo cotejar las fotografías y vídeos de absolutamente todo el mundo, pero esto es diferente.

—Vale, sí, claro, tiene sentido.

—Bien. Te he enviado los archivos al ordenador. Los tienes en el mail.

—¿Cómo…? —Flipé. Desde luego, esa persona lo sabía todo y tenía lo que quisiera a su alcance. No me merecía la pena hacerme preguntas, porque si lo hacía lo más probable es que saliera corriendo, así que preferí obviar todo eso y centrar la atención en mi verdadero objetivo.

Iniciamos la búsqueda conectados por llamada. Si alguno de los dos veía algo sospechoso, lo poníamos en común y debatíamos. Terminamos a las seis de la mañana sin ningún avance.

20 de junio de 2097

Fueron cuatro días y cuatro noches eternas. A mí se me cerraban los ojos delante de la pantalla. Él, en cambio, parecía impasible aunque nos dieran las cuatro de la mañana.

—Voy a tomarme un café —dije.

—Vete a dormir, descansa un poco. Ha sido un día muy largo. —¿Y tú?

—Yo no me acuesto hasta que sale el sol.

Me desperté a las once de la mañana y continué con la búsqueda mientras Sr. Nadie dormía. Poco a poco fui perdiendo la ilusión por

encontrar algo y mi atención era cada vez menos precisa, hasta que Sr. Nadie me devolvió al mundo con una nueva prueba.

—Mira esto —advirtió.

Un vídeo apareció en la pantalla de mi ordenador. En una esquina, alejados, se veían dos hombres cargando al hombro los cuerpos de varias niñas de entre diez y trece años. Uno de ellos era el de la gorra y las gafas. Las niñas parecían estar inconscientes.

Me acerqué a la pantalla para captar los detalles, pero el desconocido hizo zoom y le subió la calidad. Distinguí a mi hermana de inmediato.

—Es ella.

El corazón parecía querer escapar de mi pecho.

—Sí. Me ha costado mucho identificarlas, pero creo que las otras niñas son Lara, de Galicia. La segunda es Andara, Madrid. Y la tercera es Gisela, de cerca de Valencia. Las tres desaparecieron en 2073.

—No me jodas.

—Sí. —Sr. Nadie reanudó de nuevo el vídeo. Los hombres subían con las niñas a cuestas a una furgoneta blanca con un logo. A pesar de ampliar la imagen, no logramos distinguir ni el nombre ni la forma—. No he podido descubrir para quién trabajaba, pero…

Siguieron apareciendo cosas en mi pantalla sin que yo tuviera que hacer nada. Hizo zoom sobre el rostro del hombre, que sí se volvió más nítido. Parecía un tipo normal, de casi cuarenta años, calvo y delgado.

—Creo que podría tratarse de un tal Víctor Saiz. Apenas he encontrado información sobre él en internet, solo que durante unos

años estuvo trabajando para la discoteca Vértigo. Aún no he averiguado nada más.

Mientras hablaba, me apresuré a buscar la discoteca en el mapa. Estaba a dos horas en coche. No cerraba hasta las seis de la mañana.

—Está abierta ahora mismo —advertí.

—Sí, pero no sabemos si sigue trabajando allí.

—Lo comprobaré.

—Roma, quieta. Espera a que tengamos algo más.

Pero yo ya salía de casa en busca de un taxi.

—No pienso esperar a nada.

—No deberías involucrarte —me advirtió él.

—Ya, bueno… Pues ya que te preocupas tanto por mí, si quieres que no vaya, tendrás que venir a impedírmelo.

Y colgué.

15

21 de junio de 2097

Dos horas después llegué a mi destino. Había dudado mucho en llamar a Salva, pero me contuve. No quería molestarlo ni incomodarlo con mis locuras, así que decidí hacerlo todo yo sola.

Sr. Nadie no me volvió a llamar ni me escribió un solo mensaje. Imaginé que me dejaría hacer con libertad, y lo agradecí.

Pagué la entrada a la discoteca y la primera media hora la dediqué a enseñar la fotografía de Víctor a los trabajadores del local: bailarines, camareros y personal de limpieza. Nadie lo reconoció.

Desesperada, me detuve en una esquina sopesando sobre el siguiente paso mientras pulsaba sin cesar el mechero de *Death Note*. Fue entonces cuando vi a un hombre abrir una puerta con llave con un cartel de PRIVADO en el centro. Corrí hasta ella y en el último segundo evité que se cerrara con el pie. Esperé a no escuchar ruido al otro lado y entonces la empujé despacio, asegurándome de que nadie me esperaba detrás de ella. Vi unas escaleras circulares ascendentes. Subí tratando de no hacer ruido. Al llegar arriba descubrí un largo pasillo con multitud de puertas negras a cada lado; al fondo, una puerta roja que llamaba la atención sobre las otras.

Entonces caí en que no había escuchado la entrada cerrarse a mi espalda, así que miré hacia abajo. Creí ver algo, una sombra, pero desde allí no podía distinguir si había alguien escondido. Por eso

saqué el móvil y abrí la cámara frontal. Empecé a caminar con un ojo puesto en la pantalla por si alguien aparecía detrás de mí. Y sí que apareció alguien, pero no fue detrás.

Frente a mí había un hombre trajeado e hinchado como un globo. Era el de seguridad.

—¡Eh! —Me llamó la atención—. ¿Qué mierdas haces aquí? ¿No has visto que ponía PRIVADO abajo?

—Quiero hablar con vuestro jefe.

—Si quieres una entrevista para trabajar aquí, envía un correo, pero lárgate —gruñó acercándose a mí.

Me pegó un empujón que casi me tira al suelo y yo me revolví. Logré esquivarlo y salí corriendo en dirección a la puerta roja. Él me persiguió y me agarró de la cintura. Sacudí las piernas y las manos para soltarme. No sabía por qué, pero quería llegar al otro lado del pasillo fuera como fuese. Entonces escuché una voz a mi espalda.

—Hola, guapito —dijo una voz robótica.

Tanto yo como el de seguridad nos giramos. Al final del pasillo, junto a las escaleras, había un hombre alto y delgado vestido de negro que cubría su rostro con una máscara oscura.

El segurata fue a por él, y yo aproveché para correr hasta el final del pasillo e intentar abrir la puerta. Para mi absoluta decepción estaba cerrada. Arrastrada por la furia intenté abrir las demás, pero con todas obtuve el mismo resultado: nada.

Reflexioné sobre qué hacer y llegué a la conclusión de que estaba actuando de forma impulsiva. Ni siquiera sabía si ese tal Víctor se escondía allí dentro, así que decidí hacer algo mucho más lógico: perseguir al desconocido.

Regresé a la discoteca. Desde la segunda planta vi el foso inferior donde todo el mundo bailaba. Entre los cuerpos distinguí una sombra negra corriendo y, tras ella, al guardia de seguridad. Sr. Nadie corría hacia la salida, así que eché a correr para alcanzarlo y encontrármelo de frente. Tras saltar las escaleras de dos en dos y golpearme una y otra vez con personas, choqué con él.

—Hola, amiguito, un placer conocerte —solté con una sonrisa altiva mirando hacia arriba.

Era un palmo más alto que yo. Él me ignoró y miró a su izquierda. Seguí su mirada; el de seguridad nos pisaba los talones. El hombre de negro echó a correr y yo detrás, escapando de los gritos de ese segurata que parecía más un animal que una persona.

Una vez fuera, no perdí el tiempo, aunque la gente a nuestro alrededor pudiera escucharnos.

—¡¿Quién coño eres?! —grité.

Él me ignoró y empezó a alejarse. Yo no pensaba dejarlo ir sin más.

—¡Dime quién eres! —continué mientras lo perseguía a paso acelerado.

Era tan rápido que no tuve más remedio que esprintar cuando giró una calle a la derecha. Dejamos atrás la multitud y solo quedamos él y yo. Lo agarré del brazo para detenerlo y él frenó en seco por fin.

Parecía mirarme, pero yo solo veía esa máscara sin un ápice de expresión. Un punto de luz rojo proveniente de la zona donde se encontraba su ojo izquierdo me llamó la atención.

—¿Eres la persona que me ha estado ayudando?

Él asintió.

—¿Y quién eres? —repetí por tercera vez, furiosa.

El desconocido se dispuso a caminar de nuevo, ignorándome, pero yo lo sujeté de nuevo. Bajo ningún concepto yo era más fuerte que él, pero no opuso resistencia. Lo estampé contra la piedra y alargué la mano derecha para quitarle la máscara negra. Cuando estaba a punto de lograrlo, me agarró la mano contraria, me pegó a la pared y, un segundo después, colocó algo alrededor de mi muñeca.

Se apartó y yo bajé la mirada. Comprendí enseguida lo que acababa de suceder: me había pegado a la pared con las esposas típicas de la policía. Intenté moverme, pero, como suponía, me dio un chispazo. Vi que al menos el temporizador que llevaba solo era de cinco minutos.

Lo miré. El hombre de negro seguía erguido, tieso frente a mí como una estatua.

—Hijo de puta —solté.

Él escribió algo en el móvil y en la pantalla que le cubría el rostro empezaron a sucederse unas palabras: «Pórtate bien y no seas mala, Roma».

Sin querer, se me escapó una risa de incredulidad. No mentiré, me hizo gracia. Escuché una risa al otro lado de su máscara.

—Eres un cabrón —le dije, esta vez sin poder contener la sonrisa.

Él colocó las palmas de sus manos boca arriba y levantó los hombros, burlón y vacilante. Me divirtió y al mismo tiempo me encantó.

—Adiós, Roma —sentenció con voz robótica. Luego se marchó corriendo.

Se me erizó la piel cuando escuché mi nombre en su boca. Apenas fueron dos palabras, pero esa forma de decirlo me evocó a un rostro

y un nombre. Sin embargo, solo fue una idea fugaz y muy pronto la borré de mi cabeza, pues era físicamente imposible.

Cinco minutos después la esposa electromagnética se abrió, pero no intenté ir en su busca. Lo más probable era que ya estuviera demasiado lejos. Me la guardé y volví a la discoteca con el objetivo de seguir indagando.

Pregunté a las personas que salían y entraban, pregunté a aquellos que salían a fumar, e incluso esperé a que cerraran por si veía al sospechoso salir o entrar. No había rastro de él.

Amaneció. Llevaba casi cinco horas allí y estaba agotada, así que llamé a un taxi para volver a casa. Mientras esperaba, los últimos trabajadores salieron del local. Estaba a punto de subir al taxi cuando…

—¡Eh, chica!

Levanté la vista y vi a una mujer de unos cuarenta años llamando mi atención. Bajé del coche.

—¿Sí?

La mujer se acercó mientras sacaba algo de su bolso. Era una gorra.

—Me han comentado que andabas buscando a Víctor Saiz.

—Eh…, sí.

—¿Eres familiar o algo?

—Sí, es mi tío y lo estoy buscando.

—Ay, cariño, aquí será imposible que lo encuentres —explicó. Luego me entregó la gorra. Yo la agarré—. Era suya. Y siento decírtelo, pero hace años que no se pasa por este sitio y que nadie sabe dónde está.

—¿Cuánto hace?

—Hum —reflexionó—. No lo sé. Yo apenas era una chica; él trabajaba para la discoteca como transportista.

—¿Puede que la última vez que lo vieras fuera en el 73 o 74?

Ella levantó las cejas y se encogió de hombros.

—Sí, sí, podría ser sobre esas fechas.

—¿Y cómo era él? —pregunté. Ella me miró confundida—. Me refiero… Tengo recuerdos de pequeña, pero…

—Ya, te entiendo. Lo recuerdo como un hombre normal, bastante agradable. Era de los pocos que no nos miraba a las mujeres con ganas de follarnos, así que las que trabajábamos aquí le teníamos cariño. Por eso guardé la gorra tantos años. La tenía en mi taquilla, y, cuando los chicos me han comentado que había alguien preguntando por él, he querido buscarte para dártela.

Descendí la mirada hasta la gorra. Tenía un logo de una hormiga transportando una casa diez veces más grande que ella. No sabía si serviría de algo, pero ya era más de lo que había conseguido la noche anterior.

—Gracias —le dije mirándola a los ojos.

—De nada. —Sonrió. Luego me apoyó una mano en el hombro—. Espero que lo encuentres. Ojalá esté bien. No he conocido a muchos hombres como él.

Forcé una sonrisa y asentí. Luego me metí en el coche. Las palabras con las que esa mujer había definido a Víctor no coincidían con lo que Sr. Nadie y yo habíamos descubierto. Sin duda, ese hombre escondía muy bien su verdadero yo.

Traté de buscar información sobre el logo de la gorra en internet, pero no encontré nada. Por eso no tuve más remedio que hacerle

una fotografía y acudir, de nuevo, a la única persona que podía ayudarme.

16

MILAN DELMER

5 de noviembre de 2073

Abrí los ojos, aturdida. Todo estaba borroso, pero tras parpadear varias veces distinguí un techo blanco. Miré a un lado y entonces descubrí que me encontraba en una salita pequeña donde solo había una cama, sobre la que yo descansaba, una mesa frente a una silla, y una pantalla más grande que el televisor de mi casa.

Supe de inmediato que algo muy malo estaba pasando. Tuve el presentimiento de que me había ocurrido lo mismo que a esos niños que de vez en cuando salían en televisión. Alguien me había raptado, y rompí a llorar sin consuelo.

Me acurruqué en una esquina de la cama con la cabeza escondida entre las piernas encogidas. Solo podía pensar en mi madre. Era la persona más importante de mi vida. Solo deseaba volver con ella.

—Hola, pequeña —me saludó una voz femenina, sobresaltándome.

Levanté la cabeza. Tenía la cara mojada de llorar, y miré a todos lados para ver de dónde provenía esa voz.

—Tengo un regalo para ti —continuó hablando.

De pronto, de una de las paredes surgió una especie de cajón. Parecía no tener fin, y muy pronto descubrí qué contenía: comida.

Mucha comida. Y de la que gusta a los niños. Paré de llorar de inmediato. No porque ya no tuviera miedo, sino por la confusión.

—Puedes comer lo que quieras. Ven, acércate.

Bajé con cautela de la cama.

—¿Quién…, quién eres? —pregunté, con un ligero lloriqueo.

—Soy tu amiga. Mi nombre es María.

Llegué hasta la mesa y distinguí un plato de pasta, una pizza, hamburguesas y también dulces como chuches o pasteles.

—Al ser tu primer día, puedes comer lo que quieras. También podrás ver una película o jugar a videojuegos.

La pantalla gigante a mi izquierda se encendió. Vi un catálogo interminable de pelis para niños. Eso me tranquilizó.

Cogí la pizza y me senté en la cama de nuevo.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté a la voz.

—Pronto lo descubrirás. Ahora, disfruta.

Supe que la voz se había ido. A desgana, y aún con dudas, decidí ponerme mi película preferida para no pensar.

Una vez que terminé dormí durante horas, hasta que la voz de María me desveló de nuevo.

—Perdón —dije por inercia. No sabía si se me permitía dormir.

—Acércate al ojo.

No sabía a qué se refería.

—En la puerta. —Giré la cabeza hacia atrás, a mi derecha, y descubrí que en la puerta blanca había un ojo mecánico. Obedecí órdenes y me detuve delante de él—. Muchas gracias, lo estás haciendo muy bien. Tienes que entender que, cuánto mejor lo hagas, más rápido terminará todo esto.

Yo asentí levemente con los ojos caídos. Seguía cagada de miedo.

Entonces la voz me hizo una serie de preguntas.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez.

—¿Qué día naciste?

—El 7 de febrero de 2063.

Así continuó durante un rato. Me preguntó por mi nombre, los de mi familia, el lugar donde vivía. Es decir, detalles sencillos sobre mi vida.

—Perfecto, hemos terminado por hoy —sentenció. Y se marchó de nuevo, dejándome sola.

Aquella noche lloré durante horas hasta que me dormí del cansancio. El día siguiente inició igual que el anterior, con las mismas preguntas exactas. Yo las respondí, obediente, pero, al ver que no recibía ningún premio ni explicación, decidí actuar.

Yo era una niña buena, pero con mucho carácter. Mi madre siempre decía que tenía un pequeño demonio dentro que salía cuando las cosas no eran como yo quería. Ese demonio seguía dentro de mí, y aquel día decidí despertarlo.

—¡Quiero hablar con mi madre! ¡Aaaah! —grité. Chillé tanto que casi me quedé afónica.

También me cargué la mesa y la silla al estrellarlas contra las paredes y destripé las sábanas. Para mi sorpresa, mi rabieta surtió efecto.

—Pequeña, es hora de que hables con tu madre.

Enmudecí. Una luz llamó la atención a mi espalda. Me volví y vi el rostro de mi madre en la pantalla. Estaba en casa. Nuestra casa.

—Mami… —sollocé, corriendo hasta la pantalla.

—Cariño, cariño mío… —dijo ella—. Tranquila, tranquila.

—¿Qué está pasando? —pregunté sin poder parar de llorar.

—Hija mía, mírame, mírame un momento. —Yo obedecí, levantando la vista y pegando las manos a la pantalla—. No llores, ¿vale? Confías en mí, ¿verdad?

—Sí, mami, sí, confío en ti —aseguré, tratando de limpiarme las lágrimas para contentarla.

—Bien, cariño. Escúchame. Esto es bueno para ti. Descubrimos hace poco que tenías una enfermedad, y estás en este sitio para curarte, pero durante un tiempo no podremos estar contigo.

—¿Qué me pasa? ¿Qué es?

—Es una enfermedad muy particular que solo tiene la gente especial, por eso es tan difícil de curar, pero, mi amor, te prometo hacemos esto por ti, ¿entiendes?

—Vale, sí —acepté, asintiendo de forma exagerada para parecer segura.

—Debes hacerles caso en todo lo que te digan porque, cuanto más obedezcas, antes te curarás y antes podremos encontrarnos de nuevo.

—Vale, mami —acepté, haciendo pucheros—. Te prometo que haré todo lo que me digan.

—Esa es mi hija. Estoy orgullosa de ti. Ahora tengo que colgar, pero muy pronto estaremos juntas, ¿vale, cariño?

—Vale, vale…

—Te quiero, mi demonito.

Esa última palabra me hizo romper a llorar de nuevo. Solo ella me llamaba así.

—Yo también te quiero, mami, yo también —grité entre sollozos, pero creo que ella ya no me escuchó.

17

ROMA DELMER

21 de junio de 2097

Llegué a las nueve de la mañana a casa y me tiré en la cama. Me pasé todo el día durmiendo para recuperarme física y emocionalmente de todo lo que me había sucedido los últimos días. Me desperté a las seis de la tarde y comprobé los mensajes: nada. Nadie me había escrito, algo a lo que también empezaba a acostumbrarme.

Me preparé una pizza precocinada y me la comí cotilleando las redes sociales de mis amigos. Visto lo visto, era la única forma de saber algo de ellos. Salva, como de costumbre, había subido una fotografía de él en el espejo de su casa, preparado para ir a trabajar. Ian no subió nada, como siempre, y Regina, por su parte, me tenía bloqueada. Solo me quedó Ada para ofrecerme algo de contenido. Vi que había subido multitud de historias, así que entré a cotillear. Primero apareció un niño pequeño. Lo reconocí. Era Lucas, el hijo de Regina. En su fiesta de cumpleaños.

Seguí cotilleando los vídeos y descubrí que, además de Ada y la familia de Regina, también estaba Ian. Era normal. Ian y Laia habían ayudado a Regina cuando su hermana desapareció, por eso no me pareció extraño que invitara a mi amigo. Tampoco me extrañó que

no me invitara a mí. Cerré el móvil de inmediato. Sentí que todos mis amigos me habían dejado de lado definitivamente. Por primera vez, deseé que Sr. Nadie me escribiera para sentir que aún tenía a alguien.

Me tiré en el sofá y estuve mirando al techo hasta que llamaron al timbre. Vi en la pantalla del televisor que se trataba de Salva. Pegué un salto al mismo tiempo que el corazón se me aceleraba. Jamás había sido tan feliz de verlo. Me apresuré a abrirle y lo esperé en la puerta.

Lo recibí con ojos alicaídos y él me miró con expresión confusa. No sabía si estaba enfadado o triste. Era algo muy común en él, resultaba difícil descifrar sus emociones, pero entonces esbozó una ligera sonrisa. No pude controlarme y lo abracé; él me devolvió el gesto y me dio unos golpecitos en la espalda.

—Sí que me has echado de menos —bromeó.

—Mucho —confesé, separándome de él—. Perdóname.

—Ya te he perdonado, pero ahora quiero que me expliques cómo leches llegaste a esa conclusión sin sentido.

Nos sentamos en el sofá y le conté todo lo que me había llevado a formular la hipótesis de que él era el aliado de Pol. Salva aceptó que mi duda tenía bases fundamentadas, así que me entendió un poco mejor. Por su parte, me instó a preguntarle la próxima vez antes de imaginar cualquier idea rocambolesca.

—Creo que en estos seis años te he demostrado que siempre intento hacer las cosas lo mejor posible.

—Sí, pero llegó un punto que dudé de todo el mundo. Tenía miedo de que mi única relación verdadera también fuera una mentira… —

Lo miré y recordé a Ian y Ada en la casa de Regina—. Sabes que ahora eres casi mi único amigo en el mundo, ¿no?

—¡Qué dices! —exclamó, riéndose.

—La verdad. He visto que han celebrado el cumpleaños del hijo de Regina. Estaban Ada e Ian…

—Ah, no lo sabía —dijo Salva. De inmediato supe que mentía.

—Te había invitado a ti también, ¿no?

Salva enmudeció.

—No hace falta que respondas, ya sé la respuesta.

Salva arrugó los labios.

—Tranquilo, supongo que es lo que merezco.

—No es cierto. Regina sigue enfadada contigo por lo que le dijiste, pero te tiene cariño. También piensa que sería extraño invitarte a conocer a su hijo, a su mujer, a toda su familia y reencontrarte con Ian cuando estáis distanciados.

Yo asentí, resignada.

—Ian me escribió —añadió. Yo levanté la vista, esperando alguna explicación más—. Me preguntó si estabas bien, como el otro día lo llamaste…

—Cierto, Dios mío… —bufé, frotándome la frente—. Ni recuerdo qué le dije.

—No me ha hablado de eso. Solo quería saber si estabas bien, parecía muy preocupado.

—¿De verdad? —pregunté, tratando de contener la emoción.

—De verdad… —Sonrió, mirándome a los ojos—. Deberías llamarlo un día… un día que no estés… —Se señaló la sien dando círculos—. Ya sabes, cucú.

Se me escapó una risa. Los dos nos quedamos en silencio, mirándonos sin decir nada. Salva y yo teníamos ese tipo de confianza, de la que puedes estar en silencio sin que resulte incómodo.

—Oye, ¿por qué no le envías un regalo al hijo de Regina? —propuso, tras darle vueltas.

—Le compré maquis y casi me los tira a la cara —le expliqué.

—No es lo mismo si le compras algo para su hijo.

Reflexioné sobre esa posibilidad, y pensé que podía servir para limar asperezas entre las dos.

—¿Y qué le regalo?

—Vamos a ver. —Salva sacó el móvil del bolsillo y abrió la aplicación Yoy. Entró al perfil de Regina. Cotilleó las fotografías para descubrir los gustos de Lucas. En muchas fotos aparecía con camisetas de fútbol y con una pelota—. Cómprale una camiseta del Barça.

Le hice caso. Seleccioné un envío inmediato de la camiseta con su nombre a la dirección que me dio Salva. Además, pedí que añadieran una tarjeta que decía: «He visto que es el cumpleaños de Lucas. Espero que le guste. Roma».

Tras pasar un rato juntos, Salva decidió a volver a casa, pero antes de salir por la puerta quiso contarme algo.

—Roma, quería explicarte dos cosas. La primera es que encontramos al chico que subió el vídeo donde supuestamente… —se arrepintió de decir esa palabra de inmediato—, perdona, donde supuestamente, no, el vídeo en el que viste a tu hermana. Lo encontramos gracias al link que nos enviaste. Hemos hablado con él y dice que le tiraron todo el contenido relacionado con la feria de

Berlín y que no le han dado explicación ninguna. Le pedimos los archivos brutos, pero dice que los ha borrado, ya que no le iban a servir de nada.

Yo suspiré, resignada.

—Pero hay… Hay algo más… —Esta vez, el silencio insinuaba incomodidad.

—Suéltalo sin miedo.

—He mirado en el registro civil… y solo existe una partida de nacimiento. —Otro silencio—. ¿Entiendes?

—Una partida de nacimiento con mi nombre, entiendo.

Él asintió. Esa vez, lejos de hacerme dudar, ese dato me dio más razones para seguir investigando el caso. Cada nuevo detalle que salía a la luz demostraba que algo muy extraño había ocurrido con mi hermana.

—Vale. —Me limité a decir. Sin alzar la voz, y sin mostrarme muy preocupada—. Gracias por decírmelo.

Él me miró confuso.

—¿No tienes nada más que añadir?

—¿La partida de nacimiento se puede manipular? —pregunté.

—Sí.

—Vale.

Él suspiró sin dejar de mirarme. Colocó la mano en mi hombro para ofrecerme su apoyo.

—Se puede manipular, pero… —Levanté la vista—. No quiero que te enfades con la pregunta… ¿Qué pasaría si al final descubres que tu hermana nunca existió?

Resoplé. No me enfadé. Comprendía que él siguiera pensando eso. A fin de cuentas, todas las señales apuntaban a que era lo

único que tenía sentido. Por eso, fingí que aún creía que eso era una posibilidad.

—Si es así, entonces descubriré qué cojones me pasó para haber pensado que era real —sentencié.

Salva pareció satisfecho con mi respuesta. Sin duda, él creía que mi hermana no existía. Me dio un abrazo y nos despedimos.

Eran casi las once de la noche cuando me tiré en el sofá a comprobar si tenía algún mensaje de Sr. Nadie. No tenía ninguno, pero para mi sorpresa sí me había escrito otra persona: Regina.

Lo abrí. Me había enviado un vídeo. Le di a reproducir. En él aparecía Lucas abriendo mi regalo. Dado que yo había crecido fuera de Nova Barcelona, la velocidad a la que llegaban los pedidos en esa ciudad seguía sorprendiéndome, pero tenía sentido, los repartidores eran robots que trabajaban día y noche sin descanso. Al niño le encantó y a mí se me hinchó el pecho de orgullo y felicidad, como si la sonrisa de Lucas pudiera despejar un día nublado en mi vida. Leí el mensaje.

Gracias. Le ha gustado mucho

De nada. Me hace muy feliz que así sea

Pretendía apagar el móvil y ponerme a ver una serie, pero entonces vi que Regina estaba escribiendo. Un segundo después llegó una fotografía. Era ella en el sofá con una camiseta de Argentina, y el niño durmiendo sobre sus piernas con la camiseta del Barça que yo le había regalado.

Nuestro outfit

En mi rostro nació una sonrisa de oreja a oreja. Me hice una fotografía en pijama: una camiseta básica y unos pantalones tirados. La envié.

Por un momento he pensado que me llegaría una foto tuya borracha en una discoteca

Ya soy una señora para tanta fiesta.
Ahora me gusta más tirarme en la cama y ver una película

Eres de los nuestros, entonces

Me dispuse a responder, pero pensé que quizá podíamos hablar un rato por teléfono para terminar de hacer las paces. Borré el texto y escribí otro.

¿Podemos llamarnos un momento?

Esta vez Regina tardó un poco más en responder.

Llevo a Lucas a la cama y te llamo

Me emocioné como una estúpida. Salí a la terraza para tomar el aire. Un minuto después me llamó.

—Hola.

—Perdona de nuevo. —Fue lo primero que dije.

—Te perdono porque el regalo era para mi hijo. A partir de ahora, cuando me enfade contigo, ya sabes… A mí no me puedes comprar, pero no puedo resistirme a ver a Lucas contento.

Me reí.

—Me hace muy feliz que le haya gustado, de verdad —respondí—. Por cierto, tu hijo es muy guapo, se parece a ti.

—Gracias. —Se rio al otro lado.

—¿Lo pariste tú o tu mujer?

—Ella, Sara. Fue difícil porque tenía cuarenta años cuando iniciamos el proceso, pero al final salió bien.

—Ya veo, te gustan las mujeres mayores que tú, eh… —bromeé.

—Si lo dices por ti, nunca has sido mayor que yo. Sigues siendo una adolescente.

Sonreí. No le quité la razón. Continuamos hablando durante media hora. Ella me contó algunos detalles de su vida. Yo le dije que todo seguía igual en la mía, aunque eso no fuera del todo cierto.

—Vale, Roma, ya hablamos para quedar un día —dijo ella para terminar aquella charla distendida.

—Regina —la corté.

—¿Sí?

Antes de despedirnos quería decirle una última cosa.

—Perdón otra vez por lo de la otra noche. No era yo misma. Fui una capulla y no volverá a pasar.

No recibí la respuesta esperada. Ella se mantuvo en silencio.

—Sé que no puedo pretender que diga esas cosas y luego querer que me perdonen sin más —añadí—. Si necesitas echarme algo en cara, es el momento de que lo digas todo. Lo entenderé.

Escuché un suspiro al otro lado.

—Creo que sí necesito decirte algo.

—Adelante.

—Voy a ser un poco dura contigo, pero creo que lo hago por tu bien. Para que te des cuenta de lo que haces.

Esa frase me pilló desprevenida. Tragué saliva y traté de aligerar el ambiente.

—No será peor que cuando casi me rompes la nariz —bromeé.

Ella ignoró mi comentario y continuó como si yo no hubiera dicho nada.

—Ada me ha explicado cómo afecta ese interrogatorio a las personas y me ha recomendado que no me tome lo que dijiste del todo en serio. Sin embargo, también le pregunté y me confirmó que lo que hace Miraya es quitarte el filtro, así que todo lo que dijiste o hiciste en realidad lo sentías —empezó—. Lo primero que quiero dejar claro es que, aunque me parece una falta de respeto por tu parte sabiendo que estoy casada, no me molestó que quisieras un acercamiento físico conmigo. Eso es humano, puede pasar. Lo que me molestó de verdad fue que te enfadaras cuando, por primera vez en mi vida, no hice lo que tú querías. Después de seis años pensabas que ibas a intentar follarme o lo que fuera y yo caería rendida a tus pies. Tiene narices, Roma. No soy la misma estúpida de antes. Como te dije, tengo una familia y soy muy feliz… —Quise decir algo, pero no sabía qué—. Aun así tengo que decir que lo que más me dolió… Lo que más me… Lo que me dio ganas de pegarte de nuevo fue que me dijeras que me fuera «con mi puta familia».

—Ya, lo siento, es que… —traté de intervenir. Esa frase me perseguiría durante mucho tiempo.

—Calla y escucha. —Obedecí, casi cagándome encima—. Fuiste una egoísta al intentar algo conmigo, pero fue mucho peor descubrir que, en el fondo, no te alegras de mi felicidad. —Sentí que se me encogía el corazón. Esas palabras no me estaban sentando bien, y lo peor estaba por venir—. Hiciste muchas cosas buenas por mí en el pasado, estuviste a mi lado cuando mi hermana desapareció, en el peor momento de mi vida, y si no hubiera sido por ti… no sé qué habría sido de mí, pero entonces lo destruiste todo. Fuiste cobarde y cruel. Me dijiste que volviera a Argentina y me prometiste que nos volveríamos a ver, pero, en lugar de eso, de un día para otro me dejaste de hablar, me bloqueaste y me ignoraste sin darme una explicación… Cuando volví a Barcelona hace un mes, decidí olvidarlo todo porque ya es agua pasada. Quise tomármelo como algo lejano, quedarme con las cosas buenas que habíamos vivido. Por eso quise intentar ser tu amiga, pero con esa frase comprendí que eres aún más egoísta de lo que recordaba. —A medida que sus palabras llegaban a mi oído, me iba sintiendo más diminuta e insignificante. Tenía el llanto atragantado en la garganta, por eso no pude pronunciar una sola palabra—. No te bastó con no quererme y tratarme como si fuera basura, sino que encima te molesta que haya rehecho mi vida y sea feliz. Me parece… tremendamente egoísta por tu parte.

Una lágrima descendió por mi mejilla. «Joder». Tenía el corazón roto en todos los pedazos posibles y no sabía cómo lograría reconstruirlo. Me dolían sus palabras, me dolía la frialdad con la que las había pronunciado, como si no tuviera ningún tipo de compasión conmigo. Sin embargo, lo que más me afectaba era aceptar que ella

tenía razón. Por eso seguí en silencio, porque si hablaba rompería a llorar.

—Siento ser así de cruda, pero creo que de una vez por todas necesitas que alguien te diga la verdad —añadió en tono gélido.

—Sí —conseguí decir con la voz entrecortada. Aparté el teléfono de mí para que no me escuchara llorar.

—Hablamos otro día, si te parece —zanjó la conversación.

—Sí —repetí casi ahogándome.

—Descansa, Roma —se despidió.

Yo colgué de golpe, no porque estuviera enfadada, sino porque no aguantaba ni un segundo más sin romper a llorar. Estuve una hora sollozando como un niño desconsolado, aceptando que me había equivocado con ella, y que me merecía todas esas palabras.

Sin duda, de esa paliza tardaría mucho tiempo en curarme.

18

22 de junio de 2097

Por suerte para mí, al día siguiente recibí un nuevo mensaje de Sr. Nadie. Un nuevo mensaje que me lanzaría a la acción y me haría evadirme, de nuevo, de la triste realidad en la que vivía.

Te espero aquí en una hora.

Un momento después, me llegó un link con una localización de Antiga Barcelona, a unos treinta minutos en coche de mi casa. Salí de inmediato sin dudar ni un instante y llegué quince minutos antes de lo acordado. Podría haberme esperado a que él llegara, pero yo seguía siendo impaciente y peligrosamente impulsiva, así que decidí entrar por mi cuenta.

El taxi me había dejado en una zona industrial abandonada, y la dirección marcaba un pequeño edificio que parecía una antigua fábrica pequeña. En la entrada había un cartel ajado donde habían escrito: en venta. A juzgar por su aspecto, parecía que llevaba años allí colgando sin que nadie lo hubiera tocado.

Entré a través de cristales rotos. Lo más probable era que decenas de personas se hubieran colado en el edificio durante los últimos años en busca de cosas que robar, pero ese no era mi objetivo.

El primer piso era un lugar amplio de techos altos. No había más que restos de madera, metales, papeles y suciedad acumulada. Alcé la vista y distinguí unos despachos a la derecha, a los cuales se accedía a partir de unas escaleras metálicas. Los escalones chirriaban a medida que subía. Llegué al pasillo descubierto y entré a la primera sala. La puerta estaba rota, como si alguien la hubiera forzado. En el interior todo estaba revuelto y lleno de polvo.

Empecé a rebuscar en la mesa. Encontré un dispositivo fotográfico en el que las fotos iban pasando solas, como uno que tenía mi madre en casa, pero parecía estar roto. Además, estaba repleta de papeles irrelevantes como contratos o facturas.

Me lancé al suelo buscando algo que pudiera serme de utilidad. Me llamaron la atención un montón de cartas dentro de una caja de cartón. Algunas estaban abiertas. Entre los sobres distinguí el logo de un par de bancos. Cogí una y la leí. Eran deudas, y todas databan de la época en la que mi hermana desapareció.

Las amontoné para llevármelas y entregárselas a Sr. Nadie. No sabía si aquello nos serviría de algo, pero quizá descubríamos en qué cojones estaba metido ese tío para deber tanto dinero.

Un ruido me sobresaltó. Escuché un par de voces graves. Me levanté y me acerqué a la puerta de puntillas para no hacer ruido. Después, me asomé y vi a dos hombres grandotes con barras metálicas en la mano. Me asusté y empecé a sudar. No parecían muy amigables.

Me escondí tras la mesa deseando que solo fueran un par de rateros que se marcharían en unos minutos tras descubrir que allí no había nada que robar. Estaba jodida, no fue así.

—Rubitaaaaaa —gritó uno con voz maliciosa y juguetona.

Era obvio que se referían a mí. Lo chungo era saber qué coño me harían si me encontraban, por eso no me detuve a esperar. Salí de la sala agazapada sin perderlos de vista desde las alturas. Investigaban el perímetro.

Seguí gateando en dirección contraria a ellos, hacia la puerta. Cada vez estaba más cerca y solo debía bajar las escaleras y salir corriendo, pero entonces… ¡crac!

La escalera metálica chirrió debajo de mí y los hombres se dieron la vuelta hacia el origen del ruido: yo. Comprendí que no tenía mucho tiempo, así que me levanté y me preparé para correr escaleras abajo.

Sin embargo, uno de ellos ya me esperaba al pie, así que no tuve más remedio que darme la vuelta. «Mierda», pensé al ver al otro hombre subiendo por el otro lado. No tenía escapatoria alguna, me habían cerrado el paso y solo me quedaba saltar. Miré hacia abajo; unos tres o cuatro metros. No tuve ovarios. Miré a uno y a otro. Se acercaban a paso ligero.

—Yo no… No sé quién es ese hombre, no tengo nada que ver con esto —traté de decir.

Cuando los tenía casi encima, comprobé que estaban sudados y la furia ardía en sus expresiones. No tuve tiempo a añadir nada más cuando uno de ellos me golpeó la espalda con la punta de la vara.

No perdí el conocimiento, pero todo empezó a darme vueltas, las paredes se volvieron dobles y el techo parecía subir y bajar. Entre los dos me arrastraron hasta el primer piso. Me soltaron como un saco en una silla metálica cuando aún trataba de centrar la vista.

—Yo no… Yo no…

No pude decir nada más. Empezaron a hablar. Al principio no entendí nada. De pronto me salpicaron con agua y la realidad se hizo más nítida a mi alrededor. Creo que me había desmayado unos segundos, o puede que unos minutos, no lo recuerdo. De lo que sí me acuerdo es que el dolor era tan intenso que de entrada apenas lo notaba.

—¿Dónde está Víctor Saiz? —gritó uno de ellos.

Los seguía viendo borrosos y dobles. El dolor anuló todos mis sentidos.

—Sabemos que has estado preguntando por él.

—No sé… No sé quién es —respondí con dificultad.

—¿Para qué cojones lo estás buscando?

—Responde, rubita —gruñó el otro—, o terminarás muerta.

—No… No sé nad…

De pronto me golpearon la cabeza contra el suelo. La hostia había sido tan rápida que ni me dio tiempo a prepararme. Seguía mareada y me empezaron a pitar los oídos. Escuchaba los gritos de los hombres a mi alrededor, pero no podía moverme, ni tan siquiera sabía qué cojones hacía allí. Fue entonces cuando vi aparecer una mancha negra por la puerta. Era una tercera persona. Después, nada.

Me desperté sobresaltada en un espacio desconocido. Un aire fresco me golpeó el rostro y, por fin, pude enfocar la vista. Estaba en un coche negro. A mi derecha tenía la ventana abierta y escuchaba el motor rugiendo por la velocidad endiablada a la que avanzábamos.

Me extrañé, no era un coche eléctrico. Todo el mundo en Nova los tenía. «¿Dónde estoy?», me pregunté.

Miré a mi izquierda y lo vi de nuevo. Sr. Nadie. Vestía de negro y cubría su rostro con la misma máscara. Traté de moverme, pero muy pronto descubrí que mi mano derecha estaba esposada a la puerta. Intenté zafarme de ella, y de nuevo recibí una descarga eléctrica. Era estúpida. Cuando quería algo, era capaz de tropezar una y otra vez con la misma piedra.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con dificultad. Aunque había recuperado mis facultades, seguía sin ser yo.

—Que has sido una imprudente de nuevo —dijo con voz robótica.

—¿Cómo los has…?

Alargó el brazo y abrió la guantera. Había una pistola. Eché el cuerpo atrás, asustada, y él cerró la tapa con un golpe seco.

—¿Dó-dónde vamos? —titubeé. No sabía si estaba en peligro.

—Te llevo al hospital. Te han dado en la cabeza y tienes una herida en la cara.

Bajé el parasol y me vi en el espejo. Tenía una brecha que descendía diagonalmente desde mi ojo izquierdo hasta la barbilla. De pronto, como si aquello me hubiera devuelto a la realidad, noté una quemazón insoportable en la mejilla y, a continuación, unas ganas incontrolables de vomitar.

—¿Puedes *parasfr*? —pedí casi con el vómito saliendo de mi boca.

Él lo intentó, pero no dio tiempo. Poté allí mismo. El desconocido detuvo el coche en un descampado y yo salí corriendo para echar el resto. Una vez que terminé, me sentí mucho mejor, aunque aún me dolía la cabeza.

—Toma. —Pegué un salto al escuchar su voz.

Tenía un ibuprofeno y una botella en la mano. Me tragué la pastilla y apreté la botella contra mi boca, tirándome la mitad de agua por encima. Utilicé el resto para enjuagarme. Saqué mi vara de piruleta para quitarme el mal sabor.

Miré el coche, que estaba con las puertas abiertas.

—Siento lo del coche.

—Tranquila, ya está limpio.

Me acerqué y estaba en lo cierto. Había utilizado un aspirador portátil de última generación que limpiaba hasta la última mota de suciedad. Sin embargo, el olor a vómito seguía muy presente. Puso un ambientador.

—Esperaremos diez minutos a que haga efecto —explicó.

Asentí. Se sentó en el capó, así que hice lo mismo y me puse a su lado. Estaba exhausta, me sentía débil y el dolor no me dejaba pensar con claridad, pero tenía muchas preguntas.

—¿Por qué hemos ido a ese sitio?

—Por la foto de la gorra que me enviaste —empezó él—. Gracias a ella descubrí que el logo de la hormiga con la casa pertenecía a la empresa Transportes Saiz. —Sacó el móvil y me mostró una imagen en la que aparecían cuatro personas. Eran dos adultos (un hombre y una mujer) y dos chicos jóvenes (un chico y una chica)—. Era una empresa pequeña y familiar. El hijo pequeño es Víctor. En el 73 heredó la empresa, la cual se dedicaba a trasladar bienes y objetos para otras empresas. En esa época aún había fallos con los transportes automatizados, así que no es extraño que tuviera un hueco en el mercado, y más si la mercancía era de alto valor.

—Yo no encontré nada cuando lo busqué —le expliqué aún con dificultad.

—Normal, hace años que cerró. De hecho, lo hizo al año siguiente. Ya apenas queda información sobre ella, solamente esa antigua fábrica dónde tenían los camiones y algunos despachos.

—He visto que tenía muchas deud… ¡Ay! —solté un gritito de dolor mientras me tocaba la sien.

Él suspiró.

—Sube. —Abrí la boca para replicar—. Ahora.

Obedecí. Me llevó hasta el Hospital Antiga.

—Te dejo aquí.

—¿No me vas a acompañar para comprobar que no me voy a morir?

Él se rio.

—No te vas a morir. Miraré los papeles que has conseguido y te informaré si tengo algo nuevo.

Yo asentí y, un instante antes de salir del coche, caí en que quizá pasarían semanas sin volver a verlo. No podía dejarlo escapar. A toda velocidad, alargué la mano y quité la llave del contacto. Salí y cerré la puerta. Él salió también, mirándome y cagándose en mí.

—Tendrás que esperar a que vuelva —lo vacilé mostrándole la llave, juguetona.

Lo escuché reírse, parecía estar pasándoselo bien. Sonreí orgullosa.

—Cómprame algo para cenar —grité para zanjar la conversación antes de alejarme.

19

22 de junio de 2097

Entré en urgencias y esperé mi turno. En el Hospital Central de Nova Barcelona, pagando, me habrían atendido en minutos. En Antiga tardaron una hora. Me hicieron un escáner cerebral para comprobar que no había ninguna lesión. Jamás me habían hecho uno de esos. Estaba nerviosa, pero en quince minutos habíamos terminado. Me encontraba bien y no había vuelto a tener mareos ni náuseas en la última hora, así que imaginé que todo se quedaría ahí. Nada más lejos de la realidad.

El médico y el técnico estuvieron hablando entre ellos hasta que decidieron hacerme un segundo TAC.

—¿Ocurre algo? —pregunté, preocupada.

—Tranquila, ha habido un fallo en la máquina, así que tendremos que repetirlo.

Acepté, resignada. Quince minutos más. La segunda vez fue mucho peor. Entre los nervios y la ansiedad que sentía empecé a sudar. Al terminar, me dejaron en una sala en observación. Un minuto después entró el médico.

—¿Roma Delmer?

—Sí —respondí de inmediato.

—Eh… —dudó. Parecía confuso más que triste—. Hay algo… Se ha visto algo en el TAC… ¿Me dejas ver tu nuca?

—Hum… —dudé también, confundida—. Sí, claro.

Me levanté el cabello y él se colocó detrás de mí. Noté que examinaba la cicatriz que tenía escondida entre la cabellera. La rozó con el dedo.

—No recuerdo cómo me la hice —expliqué.

—Joder… —murmuró en un susurro casi imperceptible.

—¿Qué ocurre? —pregunté, ansiosa.

La puerta se abrió de golpe. Era la enfermera.

—Doctor, tiene que venir un momento. Es una urgencia.

—Claro —aceptó él. Me miró—. Ahora vuelvo. Quédate aquí.

Asentí. La puerta se cerró. A los cinco minutos empecé a caminar de un lado a otro de la sala mientras abría y cerraba el zippo de forma constante al ritmo de las manecillas del reloj. A los quince busqué en internet todas las cosas horribles que podía tener en el cerebro y que podrían causarme la muerte. A los veinticinco, no pude esperar más y me acerqué a la enfermera.

—¿Sabe si ha ocurrido algo?

—Están hablando, espera un rato más. No te preocupes.

Me senté. Las piernas me bailaban, hasta que por fin vi aparecer al médico. Para mi sorpresa, era uno distinto. Y tenía una sonrisa enorme cruzándole el rostro.

—Hola, Roma. Soy el doctor García —se presentó ofreciéndome la mano. Yo se la estreché—. El doctor Millán ha tenido que irse por un tema familiar, así que me han pasado tu caso. He mirado el TAC y todo ha salido perfecto, así que te puedes marchar a casa. Solo te pido que, si tienes mareos o náuseas en las próximas horas, vuelvas de inmediato —explicó sin perder la sonrisa.

—Pero él… No sé, me ha mirado la nuca…

—No te preocupes. Ha habido un problema con el primer TAC, en el que salía algo confuso, pero el segundo ha confirmado que todo está bien.

—Vale. —Tragué saliva. No supe por qué, pero aquello me pareció muy extraño.

Salí del hospital. Miré el reloj. Eran casi las nueve de la noche. Fui hasta el coche de Sr. Nadie sin mucha fe de que siguiera allí. Para mi sorpresa, estaba esperándome.

—¿Has estado tres horas ahí de pie?

—¿Estás bien? Me había preocupado —dijo, cuadrando los hombros.

Me abrumó, pero al mismo tiempo me gustó. Se me escapó una risita traviesa.

—Ay, ¿tenías miedo de que me muriera de verdad?

—Cállate, ¿qué te han dicho?

—Todo bien, puedes quedarte tranquilo, no vas a perderme de vista. —Sonreí.

Él suspiró, se volvió para coger algo y luego me mostró una caja de pizza que había dejado sobre el capó. Abrí los ojos como platos, sorprendida. Abrí la caja: era de carbonara. Ese tío o me conocía a la perfección o tenía acceso a todos mis aparatos tecnológicos para saber que era mi pizza preferida. De nuevo, un nombre me vino a la mente. Por su altura y complexión podía ser él, pero necesitaba algo más tangible para comprobarlo, pues había algo que no me cuadraba, algo muy importante para mí. Y es que no olía a él.

Quise coger un trozo, pero él la apartó y alargó la otra mano. Saqué las llaves del bolsillo y se las devolví. Nos metimos en el coche y condujo hasta un mirador. Me comí la pizza allí dentro.

Disfruté como hacía tiempo que no disfrutaba comiendo. Había sido un día muy largo y con una cantidad innumerable de emociones.

La realidad es que solo pensé una vez más en lo ocurrido en el hospital. Había sido extraño. Que ese doctor me mirase la cicatriz de la nuca tras efectuarme el TAC. Sentí que no era coincidencia. De hecho, intuía que lo más probable es que todo aquello tuviera algo que ver con lo que había olvidado sobre la desaparición de mi hermana. Sin embargo, una parte de mí tenía miedo de que me pasara algo malo, así que preferí convencerme de que el doctor García, de sonrisa blanca y perfecta, me había dicho la verdad. Aparté ese recuerdo, lo que no sabía entonces es que tendría que desempolvarlo unos meses después, cuando tuviera que enfrentarme a la cruda realidad.

—Gracias por la pizza —agradecí tras terminar el último trozo. Él no se había quitado la máscara en ningún momento—. Y por salvarme antes.

El desconocido asintió.

—¿No piensas quitarte la máscara?

Él negó.

—¿No tienes calor? Hace bastante bochorno.

—Tiene refrigeración —explicó—. Todo el traje la tiene. Lo más probable es que esté más fresco que tú.

—¿Me lo dejas probar?

Él se rio.

—Quizá otro día.

Yo me quedé mirándolo, intentando averiguar una vez más quién se escondía tras esa máscara. Nos conocíamos, de eso estaba

segura. Observé sus manos cubiertas con guantes, eran grandes. Debía encontrar la manera de reconocerlo, fuera como fuese.

—Es la segunda vez que me persigues para asegurarte de que no me pase nada —advertí. Él me miró de nuevo, pero no habló—. ¿Por qué lo haces?

No apartó la vista. Estaba oscuro y el silencio nos envolvía. No pude resistirme a acercarme a él.

—Déjame verte… —susurré alargando la mano hacia su máscara.

Él se echó hacia atrás ligeramente, así que me aparté. Respiramos al unísono. Me acomodé en el asiento mirando al frente y suspiré resignada.

Tras unos segundos, volví a insistir.

—Respóndeme, ¿por qué…?

De nuevo, silencio. Me volví a mirarlo. Él no pretendía abrir la boca, y yo giré el cuerpo en su dirección.

—Dime… —supliqué en un susurro. Tras unos instantes de silencio, alargué la mano y la posé sobre la suya. Con delicadeza entrelacé los dedos entre los suyos, y él se dejó agarrar.

Con cautela fui quitándole el guante. No quería que saliera corriendo, pero sabía que necesitaba ver algo más de él. Su piel quedó al descubierto. Una mano grande, blanca y repleta de venas sin rastro de tatuajes. La persona que tenía en mente sí tenía tatuajes en esa mano. Entonces, dudé. Quizá me había estado montando una película en la cabeza. Quizá estaba en el coche de un completo desconocido psicópata que me había estado engañando.

Me eché atrás y le solté la mano. Por primera vez, fui prudente.

—Creo que lo mejor es que me lleves a casa —le pedí.

Él no dudó y arrancó. No dijimos una sola palabra más en todo el camino. Me dejó en el límite del muro de Nova Barcelona. Él no podía cruzar.

—Hablamos… —se despidió.

Yo me limité a asentir y salí antes de cerrar la puerta de un portazo. Crucé el muro. Una vez al otro lado, me encontré con una manifestación justo en la entrada. No podía coger un taxi para volver a casa, así que me dispuse a esperar el tren externo.

En cuanto me senté, descubrí que tenía un mensaje. Era una citación presencial para el Centro Penitenciario Meier. «Joder, otra vez el jodido Pol Patel», pensé. Y esa vez, si aceptaba, tendría que mirarlo directamente a los ojos.

20

MILAN DELMER

¿? de noviembre de 2073

No sé cuánto tiempo estuve metida en aquel zulo repitiendo aquel proceso día sí y día también. Me despertaba, me hacían las mismas preguntas, dormía, comía, preguntas, dormía, comía, preguntas… y así repetidamente sin ningún avance. Yo seguía confiando en las palabras de mi madre. Ella siempre había querido lo mejor para nosotros. Si yo estaba allí sería porque era lo mejor para mí. Así que, aún con el corazón encogido por la soledad, cumplí todos los días hasta que, en uno de ellos, para mi sorpresa, la puerta del ojo se abrió al terminar la retahíla de preguntas.

—Felicidades, R9, has pasado a la segunda fase. Puedes salir y conocer a tus nuevos amigos.

No entendí a qué se refería con lo de R9, pero aquella era la primera novedad tras muchos días y no pensaba desaprovecharla.

Salí a un pasillo igual de blanco. Entonces, el silencio y la soledad se terminaron. A cada lado había multitud de puertas que se abrieron al mismo tiempo y de cada una de ellas salió una niña escopeteada.

Todas corrían hacia la derecha, así que decidí seguirlas. Sin duda, se conocían el camino, y muy pronto yo me lo conocería también.

Me recordó a la hora del recreo del colegio, cuando todos salíamos corriendo de clase escaleras abajo para ir al patio. Para mi sorpresa, lo que me encontré detrás de la última puerta que cruzamos fue mucho mejor que el patio de mi colegio.

Era un lugar amplio, esférico, delimitado por paredes y puertas de donde salían niñas y más niñas de más o menos mi edad. Miré al cielo, era azul. Descendí la mirada y vi varias zonas de diversión. En una esquina, junto a varios árboles, estaban los columpios y toboganes. Yo ya no jugaba mucho a eso, pero había niñas allí, felices.

Continué analizando el espacio y distinguí una pista de fútbol y otra de básquet. Justo al lado, había una pequeña piscina. No podía creérmelo.

Quería investigar aquel lugar, pero una voz aguda llamó mi atención.

—Hola.

Me di la vuelta. Era una niña pelirroja de mi edad. Tenía los ojos verdes y pecas que adornaban su rostro. Sonreía. Le faltaba un diente junto a la paleta.

—Me llamó E7 —se presentó, mostrándome su muñeca. Tenía una pulsera con su nombre. Señaló la mía—. Tú…, R9…, ¡mola! —exclamó al ver el número y letra en mi pulsera.

—R9… —murmuré. Sabía que ese no era mi nombre real, pero al recordar las palabras de mi madre, supuse que era parte del proceso, así que le seguí el juego—. Sí, R9.

—Ven conmigo —dijo ella, cogiéndome de la muñeca con suavidad.

Yo me dejé arrastrar al mismo tiempo que giraba mi cabeza como una peonza para captar todos los estímulos a mi alrededor. Descubrí también que había camas elásticas.

E7 frenó en seco y me choqué con ella. Estábamos frente a una caseta de gominolas y dulces.

—¿Te gustan? —me preguntó.

—Sí.

—Mira. —Ella, emocionada, cogió un trozo de pan y lo untó con chocolate. Luego le colocó una llave ácida encima y me entregó su creación—. Prueba.

Me lo llevé a la boca. Una mezcla de sabores me explotó en la lengua. Como no tenía olfato, lo primero que percibí fue un golpe de acidez que me abrumó. Luego llegó el sabor dulce del chocolate.

—¿Te gusta? —preguntó la niña, entusiasmada.

No lo tenía muy claro, pero ella parecía tan feliz que no quise decepcionarla.

—Sí —mentí, terminándomelo.

—¡Qué bien! —exclamó—. Entonces podemos ser amigas. Ven, que te enseño todo esto.

Yo acepté su invitación. Me cayó bien desde un inicio. Me mostró cada rincón de aquel lugar, que lucía como un parque de atracciones. Una vez que terminamos nos sentamos en la arena y ella empezó a peinarme con un cepillo.

—Si se te ocurre algo, solo tienes que decirlo, y si a más niñas nos parece buena idea podemos pedirlo y nos lo traen —explicó—. Yo te apoyaré en lo que quieras, para eso están las amigas, ¿no?

—Claro. —Me vino una duda a la mente—. ¿Por qué yo? ¿Por qué me has escogido como amiga? Había más niñas nuevas, ¿no?

—Sí, pero… es por tu pelo —confesó. Yo me volví ligeramente para mirarla. Ella seguía peinándome la cabellera dorada—. Es precioso. Es del color del sol, y aquí no se ve.

Levanté la cabeza y comprobé que tenía razón. Aquel lugar estaba iluminado, pero no había ni rastro de él, solo el cielo azul despejado.

—Eso te hace única —añadió ella.

Yo la miré, y sonreí. Fue la primera vez que lo hacía desde que había llegado.

—¡Novata! —escuché a mi espalda. Levanté la vista y vi un grupo de tres niñas un poco más mayores—. ¿Qué haces con «la pedos»?

Las tres fingieron tirarse pedos con la boca, mofándose. Yo las miré con el ceño fruncido, confundida.

—Ah, ¿que no lo sabes? —continuó hablando con maldad la cabecilla. A continuación, se agachó a nuestra altura y levantó la manga de E7 con violencia hasta dejarle al descubierto dos pulseras —. Le ha robado la pulsera a otra niña porque no le gusta su nombre.

Entre las tres le arrebataron la que ponía E7. La niña estaba cabizbaja, como avergonzada. Yo miraba a un lado y a otro sin terminar de entender.

—Dile cómo te llamas, pringada.

E7 enmudeció y le cayó una lágrima. Se me rompió el corazón.

—¡Díselo, ya!

—P2 —murmuró, sollozando.

—Pedos, ais, si es que… Ten cuidado con quién te juntas, novata…

Yo las miré desde abajo. No me daban ningún miedo.

—Yo estoy con quien quiero —respondí, seca y desafiante.

—Ah, ¿sí? Entonces ¿si ella es «la pedos» a ti te podemos llamar «la mierda»? —preguntó otra.

Yo esbocé una sonrisa irónica y chulesca y me levanté. Siempre había sido mucho más alta que las niñas de mi edad. Sin querer, solo mi altura ya las hizo retroceder un par de pasos.

—Mierda es lo que os vais a hacer encima como sigáis metiéndoos con mi amiga —espeté con mirada desafiante.

Perdieron la sonrisa de un momento a otro. Tragaron saliva, y no supieron qué más responder. Percibí que E7 se levantaba para esconderse detrás de mí.

—Largaos, pringadas —solté—. El sol no está hecho para iluminar a las feas como vosotras.

Ellas no entendieron la referencia, pero me importó una mierda. Se marcharon con el rabo entre las piernas al mismo tiempo que escuchaba la risita de E7 a mi espalda.

Me di la vuelta y la vi con una sonrisa de oreja a oreja. Me abrazó, rodeándome también los brazos. Yo me quedé tiesa como un palo, pero feliz.

—Gracias, gracias.

Se separó un momento y me miró.

—No quiero que seas solo mi amiga, quiero que seas mi mejor amiga —pidió con una sonrisa que le iluminaba el rostro—. ¿Tú quieres?

Yo asentí, casi por compromiso. Lo que no sabía en ese momento es que esa niña no solo se convertiría en mi mejor amiga, sino en una de las personas más importantes de mi vida.

21

ROMA DELMER

23 de junio de 2097

Al día siguiente me desperté como si un camión me hubiera pasado por encima. La herida de la mejilla no solo me latía sin descanso, sino que también tenía un dolor de cabeza constante y resaca emocional por descubrir que Sr. Nadie no era quien yo creía.

Tenía un par de mensajes de Salva y uno de Ada. Ambos me ofrecían quedar un rato. Bloqueé el Júpiter sin responder, comí, me tomé una pastilla y me volví a la cama. Dormí todo el día.

24 de junio de 2097

Al día siguiente me encontré tres mensajes más de ambos. Tenían intención de hacerme una visita, pero mi respuesta fue clara: «Necesito un par de días a solas. Os escribiré cuando pueda».

Ellos respetaron mi espacio, y yo me quedé tirada en la cama.

25 de junio de 2097

Llegó el día de la citación. Debía tomar la decisión que había estado postergando, pero ya no podía librarme: aceptar o rechazar. Al final acepté. Ese cabrón no me achantaría. Tras mucho tiempo volvería a tener delante al monstruo que raptó a la hermana de Valeria y, esta vez, él sí podría reconocerme.

Esperé apenas cinco minutos en la sala de visitas antes de verlo entrar por la puerta. Empecé a sudar desde ese mismo instante y, como me habían quitado el zippo, no podía calmar mis nervios con él. Pol le dio las gracias al joven funcionario y se acercó con pasos tranquilos acompañados de una media sonrisa relajada. Se sentó en la silla en silencio, sin hacer ruido y sin dejar de mirarme. Apoyó los brazos en la mesa y habló sin perder la sonrisa.

—Hola, Roma, me alegro de verte.

Quise hablar, pero tuve que tomar aire para no ahogarme. Un par de gotas de sudor se deslizaron por mi frente.

—¿Quieres que pida una botella de agua? Estás sudando.

Aquella apreciación me hizo sudar aún más. Era obvio que yo estaba como un flan, mientras él permanecía impasible. Ante mi nula respuesta, se giró para mirar al funcionario de prisiones y le hizo un gesto. Le pidió algo al oído.

—Claro, señor —asintió el joven.

Sentí como si allí dentro ese hombre siguiera teniendo el control de la situación. Un minuto después el joven me entregó un vaso de plástico con agua. Me lo bebí de un trago y traté de respirar profundamente para disminuir las pulsaciones.

—Te pedí que vinieras para solucionar las cosas —inició la conversación—. No quiero terminar así contigo, como la última vez.

Apreté la mandíbula y me eché hacia atrás, aguardando su siguiente movimiento.

—Me gustaría continuar la conversación del otro día —continuó con aire distendido—. Aquella en la que reflexionábamos sobre qué es la justicia.

—Sí —lo corté—. Yo también he estado pensando en la frase que dijiste. «La venganza es un último acto de amor y justicia…». Y es una jodida mentira. Te será fácil de entender. Si para ti la justicia es la ejecución de un igual, lo tuyo no lo fue, pues destruiste la vida de personas inocentes…

—En eso te doy la razón —aceptó. Enmudecí, confundida—. He estado pensando mucho en ello estos días… Por eso he llegado a la conclusión de que la justicia, simplemente, no existe.

Yo no respondí. Sabía que empezaban sus delirios y no quería formar parte de ellos.

—No existe la justicia porque nunca se te devolverá lo que has perdido —continuó—. Nadie podrá borrar todo el dolor que has sentido. Ni tan siquiera cuando te roban, aunque luego te devuelvan aquello que te han quitado, existe la justicia, pues ¿quién te devuelve las horas de sufrimiento, el miedo, el trauma de por vida? —Dejó un silencio antes de continuar su discurso—: Jamás existirá la justicia porque no se puede devolver nada con justo la misma moneda…, ¿lo entiendes?

De nuevo, me hirvió la sangre. Me hervía la sangre escuchar sus discursitos, sus intentos de convencerme de que no era un jodido monstruo, de que sintiera compasión por él.

—Te estás esforzando demasiado en demostrar que no eres un jodido psicópata.

—¿Sabes qué? —preguntó, ignorándome de nuevo.

—¿Qué? —espeté.

—Creo que al final la justicia es solo el nombre que se le otorga al intento fracasado de un ideal humanamente imposible. Por eso es mejor que aceptes que no existe, y que ejecutes tus actos según te hagan sentir mejor. Mira por ti, aunque seas injusta, pues si lo haces no serás distinta a este mundo lleno de injustos que hemos creado.

—Así que, como según tú no existe la justicia, hago el ojo por ojo, ¿no? Perfecto, es una obviedad lo que voy a decir, pero, si todos pensáramos igual, ya sabes lo que pasaría…

—Obvio. —Sonrió—. Todos nos quedaríamos ciegos… ¿Y sabes otra cosa? Que si así tiene que ser, que así sea. Quizá de esa forma seremos mejores de lo que fuimos cuando podíamos verlo absolutamente todo, ¿no crees?

Solté una risita irónica y me levanté del asiento. Estaba perdiendo el tiempo hablando con ese hombre.

—Mira, se acabaron las llamaditas y las visitas, Pol —aseguré, de pie frente a la mesa—. Ha sido jodido para mí, pero he terminado comprendiendo que o estás enfermo o simplemente eres malvado. Sea como sea, no puedo ayudarte —concluí.

Me giré para marcharme, pero él dijo algo que me hizo detenerme.

—Roma, deberías hacer como ella y aprender a perdonar.

—¿De quién hablas? —pregunté, girándome de golpe.

Regina fue la primera persona que me vino a la mente. Tenía sentido. Era la única persona a la que veía capaz de perdonar a un

monstruo como Pol.

—La hermana de Valeria —dijo, por fin—. Ella te importa, ¿cierto?

Apreté la mandíbula, tensa. No entendía cómo ese hombre conocía ciertos detalles de mi vida.

—¿Ha venido a verte? —pregunté, ignorando su última pregunta.

—Una vez —afirmó, mirándome—. Y he concluido que ella es distinta a nosotros. Ella sabe perdonar, mientras nosotros seguimos estancados en el dolor, en la rabia y la pena. Todas esas emociones nos arrastran, y tarde o temprano terminan convirtiéndonos en aquello que más odiamos… —Pol se levantó lentamente aún con la boca abierta, dispuesto a terminar la conversación con sus siguientes palabras—: Roma…, esto te lo diré como alguien que una vez fue tu amigo… Solo existen dos opciones: perdonar y seguir adelante tal y como ella ha hecho o vengarte… —De pronto, una furia inesperada se apoderó de su expresión—. Vengarte y hacer pagar con sangre y dolor a aquellos que te dieron sangre y dolor. Es una elección sencilla; perdonar y sanar, pero que los monstruos sigan vivos, o vengarte y no sanar nunca, pero asegurarte de que los monstruos desaparezcan de este mundo. Yo intenté escoger la primera opción una vez, y ya viste cómo salió. Está claro que tú aún estás a tiempo de escoger, pero también tengo claro, Roma, y lo sé desde el primer día que te conocí…, desde que te vi contar la historia de tu hermana con la rabia de alguien indomable, que eres uno de los míos —claudicó. Y se alejó.

No pude ni quise responder nada. Me había quedado en shock al conocer las visitas de Regina, al saber que ella lo había perdonado (o al menos eso decía Pol), pero también por concluir que, contra mis propios deseos, Pol estaba en lo cierto, y yo no quería olvidar ni

perdonar. Quería sangre y dolor para demostrar que los monstruos sí que pueden y deben morir.

Al salir, lo primero que hice fue llamar a Regina para que me aclarara lo que me había dicho Pol. No podía creer que ese lunático estuviera en lo cierto.

—Hola, Roma, ¿qué tal?

—¡¿Has estado visitando a Pol?! —exclamé.

—Uy, a ver, a ver…

—¡¿Sí o no?! Acabo de hablar con él y el loco dice que lo has perdonado y no sé qué cojones más. No para de delirar y… Y ¡dice que tú…!

—¡Tranquilízate! —me cortó—. Estás muy alterada. No sé qué te habrá contado, pero…

—No puedes perdonarlo —la interrumpí—. A mí… A mí me dices lo del otro día ¿y a él lo perdonas? —le eché en cara, aún dolida por nuestra última conversación.

—Te lo repito, tranquilízate. No le he perdonado nada, Roma —dijo con voz serena—. Como iba a decirte, si quieres un día quedamos y te lo explico todo detenidamente…

Suspiré.

—Sí, obvio que me lo tienes que explicar.

—Mira… —empezó, con la voz más sosegada—. Sé que es un poco justo, pero el domingo celebraré mi treinta cumpleaños… y también el de mi hermana. Como imaginarás, será… especial.

Continué escuchando.

—Salva y Ada ya me han dicho que acudirán. —Sin razón aparente, el corazón se me aceleró—. También he invitado a Ian. —«Joder». Tenía miedo de lo que fuera a decir—. Haremos un asado en la casa que hemos alquilado en Antiga. Vendrá mi familia. Mi hermana también ha querido invitar a Río, Adele y los dos niños, y he pensado… que podrías venir.

Aquello me llenó el pecho de emoción. Traté de controlarme manteniéndome en silencio, pero agradecía que me hubiera tenido en cuenta esa vez, aunque quizá lo hiciese por compromiso.

—También quiero hablar de lo que te dije el otro día, si crees que será extraño para ti, lo entiendo, solo…

—Iré —aseguré, aunque estaba cagada de miedo.

22

25 de junio de 2097

Aquella misma noche, y después de tres días y una despedida un tanto extraña, recibí de nuevo una llamada de Sr. Nadie. Lo cierto es que me ayudó a despejar la mente.

—Abre tu ordenador —ordenó la voz robótica al otro lado—. Te he enviado algo.

Estaba más serio de lo normal. Decidí hacerle caso sin rechistar. Aunque me dolía que no fuera quien yo imaginaba, aunque puede que fuese un psicópata, me estaba ayudando a acercarme a la verdad, y yo no pensaba desaprovechar esa oportunidad.

—Entre los papeles que encontraste en la fábrica, además de las multas había una escritura de compraventa de una casa. En ella se detalla el precio por el que Víctor vendió: quinientos mil euros. También se explica que le pagaron en efectivo —explicó mientras yo leía los papeles en mi pantalla—. Tenía o, bueno, de hecho, aún tiene una deuda de casi un millón de euros. Así que lo más probable es que desapareciera con el dinero.

—¿Cuándo vendió la casa?

—Una semana antes de las fotos con los niños.

—¿Era su valor real o estaba por debajo?

—Bastante por debajo… Está claro que tenía prisa por quitársela de encima.

Me mantuve unos segundos en silencio, reflexiva. Teníamos a un hombre que había vendido todas sus propiedades y luego había escapado junto con varios niños raptados. Era mucho más de lo que sabía un mes atrás, pero aún estaba lejos de descubrir qué le había ocurrido a mi hermana.

—Tengo algo más —añadió—. He estado rastreando sus tarjetas, gastos y todo lo que hizo en aquella época, y encontré qué y dónde compró.

En la pantalla se mostraron varios tíquets. La mayoría eran de grandes almacenes y otros de supermercados.

—Comida, agua… —murmuré—. Muebles, colchones… Si secuestró a esos niños, tendría sentido, ¿no?

—Efectivamente.

—Busquemos casas abandonadas en los alrededores. Con trasteros o sitios donde meter personas…

—También lo he hecho, y he ido a esos sitios, pero no hay nada. Igualmente, sigo indagando. Solo quería hacerte un resumen de los avances.

Me sorprendí ante todo lo que había logrado en apenas tres días.

—Vale, gracias.

—Descansa, Roma. Esto solo acaba de empezar. Confía en mí.

«Confía en mí», repetí en mi cabeza. No podía, era un completo desconocido. Por eso me decidí a contárselo todo a mis amigos en cuanto tuviera la oportunidad.

26 de junio de 2097

El sábado invité a mi casa a Salva y Ada con el objetivo de sincerarme con ellos.

—En realidad, os he hecho venir porque quería contaros algo. —empecé, captando la atención de ambos. Lo solté nada más llegar, quería quitármelo de encima cuanto antes—. Hace unos días recibí un mensaje de… un… desconocido, y…, a ver, la cuestión es que me envió una fotografía… Una fotografía de mi hermana… —Tomé aire —. Con el hombre que probablemente la secuestró.

Los dos se quedaron en shock. Ada tenía la boca abierta, Salva frunció el ceño. Parecía preocupado.

Entonces, les hablé de todas las pruebas que habíamos conseguido, entrando en detalles. Les expliqué que nos habíamos visto en persona y que me había hecho la herida de la ceja por meterme donde no debía. Ambos escucharon cada palabra sin interrumpir.

—Así que creemos que es probable que estuviera haciendo algo chungo con los niños para pagar esas deudas… —concluí.

—Tendría sentido —intervino Ada por primera vez desde que había empezado a hablar.

Yo miré a Salva, esperando alguna respuesta, y tras un largo silencio llegó:

—Eh…, me importa una mierda esto. Me estás diciendo que quedaste con un puto desconocido, que te subiste a su coche y que unos locos te abrieron la ceja. ¡Roma, joder! ¡Qué narices te pasa! ¿Por qué te pones en peligro? ¡¡¡¿Otra vez?!!!

—Ya lo sé Salva, perdón… —bufé, frotándome la frente—. Estábamos medio peleados y, además, quería… No lo sé… Quería

encontrar respuestas porque vosotros creíais que mi hermana no existe…

—Roma, por Dios, tú mejor que nadie sabes lo peligroso que es que un civil se meta donde no le llaman, ¡joder!

Agaché la mirada. Salva tenía razón. Había perdido a dos personas por eso.

—No… No pretendo volver a verlo, pero… —Levanté la vista y lo miré a los ojos—. Necesito que vosotros creáis en mí. Os necesito.

Salva suspiró liberando todo el aire de los pulmones al comprender lo que quería decir.

—Vale, te prometo que creeré en ti, pero solo si me prometes que te apartarás de esto.

—No puedo hacer eso, Salva, pero si quieres no volveré a verlo.

Él asintió.

—Enséñanos esa fotografía —pidió, aún a regañadientes.

Yo saqué mi móvil, con un pico de emoción.

—Sí que pareces tú… —afirmó Salva con un ligero tono de incredulidad.

—¿Dónde está el hombre de la foto ahora? ¿Sabes cómo se llama o dónde vive? —preguntó Ada.

—Lo único que sé es que se llama Víctor Saiz y que desapareció un tiempo después de esta foto. Vendió su casa y creemos que compró otra para encerrar a los niños.

—Necesito que me des todo lo que tengas, creo que con eso podemos abrir la investigación y el proceso será mucho más sencillo.

El corazón se me aceleró al escuchar esas palabras. Asentí y traté de recuperar el aire. No podía creerme que estuviera pasando. No

podía creerme que, después de tanto tiempo, aún hubiera un ápice de esperanza de encontrar a mi hermana.

23

27 de junio de 2097

El domingo llegué a la fiesta de cumpleaños de Regina junto con Salva. Al bajar de su coche, fruto del nerviosismo, empecé a sudar. Vi la pequeña pero acogedora casa en la que la familia se hospedaba aquel verano. Me sequé las palmas en los pantalones. Hacía mucho calor, era pleno verano y mi espalda parecía un río que desembocaba en mi culo. Era muy incómodo.

—Parece mentira que estés más nerviosa por esto que porque te apunten con un arma o te abran la ceja unos locos… —insinuó Salva, deteniéndose a mi lado.

—Sí, creo que voy a vomitar —musité con la voz temblorosa—. No hace falta decir que ni una palabra de lo que os conté ayer a nadie. Ni a Regina ni a Ian.

—Obviamente no. Venga, vamos —me animó Salva pegándome un pequeño empujón.

Llamamos al timbre. Saqué el mechero de Billy del bolsillo. Ada nos recibió.

—¡Bienvenidos! —gritó con una sonrisa en los labios.

Detrás de ella vimos un jardincito por el que correteaban algunos niños. Iban de un lado a otro, saltaban y, lo más molesto de todo, gritaban como si quisieran quedarse afónicos.

—Ya me he agobiado —murmuré entre dientes.

—Ese de ahí es Lucas, el hijo de Regina —me explicó Ada, señalándome al pequeño. No tuve tiempo de fijarme en él cuando me señaló a los otros—. Los otros dos son los hijos de Adele.

«Los hijos de Adele», repetí en mi cabeza. Y de Pol Patel. Él raptó a Adele, Valeria y Río para sustituir a su familia, la que asesinaron Ander y Mario, pero durante los seis años que los tuvo secuestrados también violó a Adele y había tenido dos niños con ella. Y ahora estaban frente a mí. Tragué saliva, quería olvidarme de ese tema lo antes posible.

Viré la mirada hasta el centro del jardín, donde había una gran mesa alargada con un montón de comida. Al final del jardín un humo vertical y gris se elevaba desde la barbacoa. La gente se movía de un lado a otro, hablaba, reía y bebía al ritmo de una música lejana.

Alguien llamó a los más pequeños y todos corrieron como hormiguitas. Era la madre de Regina. Lo supe porque la había visto en fotografías, pero también porque Regina y Valeria eran un calco de esa mujer. Con una manguera mojó a los niños para refrescarlos y librarlos del calor sofocante que caía con fuerza sobre nuestras cabezas.

—¡Ya estáis aquí! —La voz de Regina me sobresaltó. Desvié la mirada y la vi acercarse con otra chica.

Eran idénticas, pero no por su vestuario ni actitud. Mientras que Regina vestía un vestido fresco y acompañaba una sonrisa de oreja a oreja con un moño desaliñado, Valeria vestía con un pantalón serio y una camisa. Llevaba el pelo largo impoluto, y lo que más resaltaba de ella era que tenía una expresión mucho más serena.

—Felicidades —dijo Salva dándoles dos besos a ambas.

Por su comportamiento supuse que ya se conocían de antes. Después llegó mi turno. Me quedé paralizada observando a Valeria unos segundos. A ella le ocurrió lo mismo.

—Felicidades. —Me apresuré a decir cuando me percaté de mi comportamiento extraño.

De nuevo, estaba sudando a raudales.

Me lancé a darle dos besos. Ella los aceptó y esbozó una diminuta sonrisa.

—Perdona, estoy sudando… —advertí al apartarme.

—Tranquila, como todos —dijo ella. Tenía una voz parecida a Regina, pero un pelín más aguda.

De nuevo, un silencio incómodo se interpuso entre los cuatro.

—¿En serio no piensas felicitarme? —lo rompió Regina.

—¡Sí! Perdona, felicidades. —Me acerqué y le di dos besos. Ella quiso darme un abrazo, pero yo me aparté—. Perdona, tengo mucho calor.

Era ridículo, no podía parar de pedir perdón.

—Vamos a por bebida —dijo Regina.

Los tres la seguimos.

—Chicos, nos vemos por aquí, ¿vale? —se despidió Valeria.

—Claro —dijimos Salva y yo al mismo tiempo.

—Me alegro mucho de que hayas venido —me dijo mirándome. Luego me regaló una sonrisa amable, y yo no pude evitar regalarle otra igual.

Ambas asentimos. Como si pudiéramos leernos la mente, entendí que esa era su forma de darme las gracias, y yo me sentí más orgullosa que nunca de quién era. Pocas veces me ocurría, así que aquello me llenó de satisfacción.

—Cerveza, imagino —llamó mi atención Regina ofreciéndome una lata.

Yo acepté la bebida sin apartar la mirada de Valeria. La vi caminar hacia un joven de pelo largo hasta los hombros. Él se giró, y entonces mi corazón se aceleró a diez mil revoluciones al descubrir que se trataba de Ian. Instintivamente me di la vuelta y agaché la cabeza.

Me apresuré a abrir la lata y darle un sorbo tan largo que me congeló la garganta y el esófago.

—Deja de beber, que tienes que conocer a alguien más —dijo Ada, que apareció por detrás.

Entonces descubrí a Adele. Nos saludamos y me agradeció que hubiese descubierto a Pol Patel, ya que eso había supuesto su liberación y la de los demás. Luego, se alejó. Río no se acercó, pero de vez en cuando me miraba de reojo. Cuando lo secuestraron, apenas era un niño de diez u once años; ahora, era todo un adolescente. No quise molestarle.

Casi sin darme cuenta, estaba sola entre la multitud. Ada y Salva hablaban con dos personas que yo no conocía, imaginé que eran familiares de Valeria y Regina. Miré a mi alrededor y vi a todo el mundo con sus cosas. Comprobé que ya me había acabado la primera cerveza, así que fui en busca de otra. Seguía teniendo un calor sofocante. De nuevo le di un largo trago.

—Veo que no cambias —advirtió una voz. Casi me tiré la cerveza por encima.

Me giré y confirmé lo que ya sabía: Ian. Otra vez, sudor. Sudor a mares escapándose por todo mi cuerpo para controlar el estado de ansiedad en el que me había sumergido.

Lo miré sin pronunciar una sola palabra.

—¿Todo bien? —preguntó él, amable, pero sin sonreír.

—Sí, todo bien —respondí secándome la boca—. ¿Tú qué tal?

—Bien —se limitó a responder—. He venido a por un par de bebidas —continuó, esta vez señalando la nevera que yo tapaba con mi cuerpo.

—Ah, sí claro —dije apartándome al entender que no había venido a saludarme.

Él cogió un par de bebidas refrescantes.

—Me alegro de que estés aquí —dijo, regalándome una sonrisa diminuta.

No era casi nada, pero para mí fue suficiente. Se alejó. Estaba muy distinto respecto a la última vez que lo había visto. Tenía el pelo largo y liso hasta los hombros y una barba corta que le otorgaba una expresión más adulta. Lo vi cambiado, y me dolió profundamente no haber estado presente durante ese cambio.

Regresó junto a Valeria y le entregó la bebida.

—¿Cómo vas? —preguntó Salva golpeándome la espalda. Ada estaba a su lado.

—No lo sé —respondí—. ¿Puedo irme?

Ellos se rieron. Yo también lo hice. Regina se acercó de nuevo.

—Es momento de presentarte a toda mi familia —insinuó con una sonrisa pilla en sus labios—. Sé que tienes unas ganas locas… —bromeó.

Yo me reí. Llegaron las presentaciones. Fue lo menos incómodo de aquel día. Todos me agradecían la ayuda y me trataban como si ya me conocieran.

—Muchas gracias por cuidar de mi hija cuando estuvo aquí —me agradeció su madre mientras me abrazaba.

Yo solo podía sonreír y aceptar sus muestras de cariño. Me sorprendía que no me tuvieran nada de rencor, pero muy pronto comprendí por qué.

—Solo les dije las cosas buenas de ti —me explicó Regina—. Qué maja soy, ¿eh…?

Sonreí.

—¿Quieres conocer a mi hijo?

—Claro —acepté.

—¡Lucas! —lo llamó. El niño se detuvo, nos miró en la distancia y luego siguió corriendo.

—Déjalo jugar.

—Sí, quizá luego…, pero lleva la camiseta que le regalaste.

—Me he dado cuenta.

Las dos nos sonreímos de nuevo. Un par de personas pegaron un grito que llamó la atención de todos los presentes.

—¡La carne está! ¡Todos a la mesa!

Fuimos a tomar asiento. Yo me senté entre Ada y Salva, como si así estuviese más protegida. Pasé casi toda la comida en silencio, concentrada en el plato que tenía enfrente e intentando no llamar la atención. Me envolvía el barullo de voces de los adultos y los gritos de los niños, que solo querían terminar de comer para irse a jugar de nuevo.

Solo levanté la vista una vez, cuando Lucas se acercó a Regina. Ella lo sentó sobre sus piernas y le hizo unas carantoñas mientras él le mostraba una piedra que había encontrado por el jardín. Sentí felicidad al mirarlos, al verla feliz, hasta que una mujer se les acercó

por detrás. Era alta y rondaba los cuarenta años. Le ofreció carne de una bandeja, le dio un beso al niño y luego acarició la mejilla de Regina. Supe al instante quién era, e instintivamente agaché la mirada. No podía soportarlo. Seis años después yo seguía en el mismo punto. Verla con otra familia solo me hacía darme cuenta de cuánto la había cagado y cuán estúpida había sido en el pasado.

La mujer continuó su recorrido repartiendo la carne hasta que llegó hasta mí. Me ofreció, pero yo ni tan siquiera pude mirarla.

—No, gracias.

—Eres Roma, ¿verdad? —me preguntó.

No tuve más remedio que levantar la vista y fingir una sonrisa amable.

—Sí —respondí.

—Sara —se presentó ofreciéndome su mano—. Encantada.

—Igualmente —mentí. Estreché rápido su mano y agaché la mirada de nuevo.

Ella siguió su camino.

—Has sido majísima —se burló Ada.

—Pues aún me gustaría haberlo sido menos —dije, seca.

Ada soltó una risita.

Al terminar la comida trajeron los pasteles y tanto Valeria como Regina soplaron las velas de los treinta años. Luego vinieron los regalos y, por último, la sobremesa. La familia de las gemelas se dedicó a contar recuerdos de cuando las chicas eran pequeñas y nosotros escuchamos con atención. Fue entonces cuando la madre de Regina propuso un juego en el que debíamos participar todos sin excepción.

—Pero, mamá, hay gente acá que ni siquiera se conoce… —replicó Regina mientras la mujer metía papelitos con nuestros nombres dentro de un bol.

—Y bueno, que sigan sacando papelitos hasta que les toque alguien que sí conozcan —respondió la mujer. No cabía duda de que se haría lo que ella quisiera.

El juego era sencillo. Debíamos coger un papelito y decir cosas buenas de la persona que nos tocara. Yo no quería jugar, pero tampoco me atreví a llevarles la contraria. Solo deseaba que me tocaran Ada o Salva.

Empezaron las rondas. Saqué el mechero de Billy del bolsillo y empecé a darle vueltas entre las manos. Al principio pareció sencillo, pues todos se conocían a la perfección. Llegó el turno de Ian. Sacó un papelito.

—Sara —leyó en voz alta con una sonrisa. Ambos se miraron a los ojos. Él sonrió antes de hablar—. Hum, aunque apenas nos conocemos de un par de días…, me gustaría darte las gracias por cuidar a Regina cuando ella más lo necesitaba —empezó. Ya con esa frase sentí que sus palabras eran un dardo envenenado hacia mí, pero Ian no había terminado—. Tampoco es que tenga un gran valor, porque querer a alguien como Regina es fácil, y solo una persona tremendamente estúpida y egoísta le haría daño a una persona tan buena como ella…, ¿verdad? —preguntó a la familia. Todos rieron y asintieron. Yo tuve que reacomodarme en el asiento. No cabía duda de que me estaba intentando castigar con esas palabras—. En fin…, que, sin duda, Regina —terminó mirándola a ella—, por suerte elegiste a la persona correcta para formar una familia.

«Ian…».

Deseé irme corriendo, pero logré mantener el tipo. Ian me miró, pero yo agaché la mirada. De reojo noté que Regina me observaba. Apreté los antebrazos de la silla. Salva me agarró la mano, consciente de lo que estaba sintiendo. A fin de cuentas, él era el único que me había visto sufrir durante seis años por ella.

El juego continuó y el bol llegó a las manos de la madre de Regina.

—¡Roma! —celebró al abrir el papelito.

«Mierda». Hacía años que no deseaba que algo terminara con tantas ganas. Tuve que mirar a los ojos de esa mujer que no tenía ni idea de lo que había hecho. No tenía ni idea de que mentí a Regina. Tampoco que, después de acostarme durante meses con ella, la dejé tirada.

—Qué decir de la persona que me devolvió a mi querida Valeria… —empezó. Con esa frase se me encogió el corazón, y ya no pude relajarme en ningún momento—. Me devolviste a mi hija, y cuidaste de la otra cuando yo no podía. Jamás podré agradecértelo lo suficiente. —De nuevo me agarré a la silla, esa vez para controlar el llanto que se había instalado en mi garganta—. Para mí sos como de mi familia, y siempre tendrás una cama y un plato de comida en nuestra casa.

Como pude, le regalé una sonrisa de agradecimiento y asentí. Se me habían humedecido los ojos. Me emocioné porque me sentía una basura de persona, pero eso ella no lo sabía.

—¿Te emocionaste? ¡Qué tierna! —remarcó ella.

Me ruboricé, algo muy complicado en mí.

—No, no —traté de esconder con una sonrisa—. Solo he tomado más alcohol del que debía —bromeé.

Todos se rieron y el juego continuó. Tras varias rondas en las que yo no estuve involucrada, llegó mi turno.

—Yo creo que me deberíais pasar de largo —propuse—. Puedo tirarme dos horas cogiendo papelitos hasta que me salga alguien que conozco.

—¡No! ¡No! —exclamaron todos a la vez.

Miré a Regina, ella tenía una sonrisa burlona y traviesa en los labios, consciente de que con ese juego lo estaba pasando realmente mal. Levantó los hombros y se rio de mí; yo no pude evitar esbozar una sonrisa.

Empecé a sacar papelitos.

—Enzo, Eva, Thiago… —empecé leyendo—. Todos parecéis muy majos, pero no puedo decir nada de vosotros.

—Coge un puñado —me alentó uno.

Obedecí y tomé varios papeles. Fui abriéndolos de uno en uno y desechándolos a medida que salían. Solo deseaba que aparecieran dos nombres: Ada o Salva. Salva o Ada. Recé, aunque no creía en Dios. Y finalmente salió un nombre conocido. Lo leí. Mi expresión cambió y tragué saliva.

—¡Me da que ese lo conoce! —gritó alguien. Mi expresión era demasiado obvia.

Salva y Ada me miraron al leer lo que ponía. Dejé los demás sobre la mesa. Tenía el corazón acelerado mientras trataba de pensar qué cojones decir.

24

27 de junio de 2097

—Ian —leí en voz alta. Los dos nos quedamos mirando. Reflexioné sobre qué decir, pero no se me ocurría nada que fuese suficiente. Tampoco quería sonar empalagosa.

—No hace falta que digas nada —dijo él.

Lo miré y dudé. Aun así, quería decirle algo.

—La jefa no opina lo mismo —repliqué.

—Es cierto, tiene que hablar —me alentó la madre de las cumpleañeras.

—Para empezar, confieso que esto se me da muy mal —empecé—. Lo de decir cosas bonitas y abrir mi corazón no es lo mío…

—No importa, cariño, lo que sea estará bien —me animó la abuela de Regina. Yo la miré. Sus ojos tiernos me dieron fuerzas para continuar.

—Me cuesta porque siento que… nada de lo que pueda decir sería lo bastante bueno para definirlo —empecé, temblando. Lo miré de nuevo. Sentía que debía hacerlo—. Para mí, Ian, eres mi familia y…, aunque nos pasemos toda la vida sin hablarnos lo seguirías siendo. Por eso sé que no puedo decir nada lo suficientemente bonito como para que entiendas lo que significas para mí… Ya está.

La gente aplaudió, pero Ian y yo nos quedamos mirando en la distancia. Se le humedecieron los ojos y quise ponerme a llorar allí

mismo. Él apartó la vista y clavó la mirada en el suelo. Un segundo después se levantó.

—Si me disculpáis, vuelvo en un minuto —dijo.

Se alejó y entró en la casa.

Paseé la mirada por la mesa y vi que Regina me observaba en la distancia. Me hizo un gesto con la cabeza y comprendí que debía seguirlo. Le hice caso y corrí tras él. Me lo encontré llorando en el comedor.

—Ian —susurré, como si estuviera interrumpiendo.

—Estoy bien —mintió, secándose las lágrimas con el brazo.

Trató de volver al exterior, pero yo lo detuve.

—Un momento —le pedí—. ¿Podemos hablar?

—¿De qué?

—De nosotros.

Él se detuvo delante de mí con los brazos en jarra.

—Dime —dijo, aún con los ojos humedecidos.

—Quiero saber cómo estás… Quiero… No lo sé, quiero que al menos me respondas a las llamadas y mensajes, o que hablemos algún día.

—¿A las llamadas y mensajes que solo me envías cuando estás en la mierda? —replicó.

Abrí la boca, confundida. No supe qué responder.

—Es cierto, ¿no? Me llamas cuando estás jodida… Cuando sientes que… cuando necesitas que alguien te consuele.

Negué con la cabeza.

—Te llamo… —temblé—. Te llamo cuando estoy al límite, cuando ya no aguanto más.

—A mí me habría gustado que me llamaras cuando estás bien y cuando estás mal, ¿sabes?

—Lo intenté, al principio, pero tú no…

—Yo no qué —espetó—. Estaba perdido, jodido, perdí al amor de mi vida, pero pensaba que te esforzarías un poco más. Ya vi que no. Te asustó esa parte de mí, te asustó mi dolor, y desde entonces solo llamabas lloriqueando cada cuatro meses.

—No quería agobiarte ni molestarte —intenté explicarle.

—Quizá lo que yo necesitaba era que insistieras más y que no te rindieras… Esperaba que conmigo lo intentaras, la verdad. Pensaba que nuestra amistad era diferente.

—Lo es y lo sabes, joder… —dije, agarrándolo de las manos. Él trató de apartarse, pero yo lo detuve—. Sabes que te quiero tanto que moriría por ti… —Me emocioné al pronunciar esas palabras, y a partir de ese momento ya no pude contenerme. Llevaba mucho tiempo queriendo expresar lo que le diría a continuación—. Si pudiera, volvería atrás y me pegaría un tiro para que no sucediera nada de lo que pasó… —confesé entre lágrimas—. Ojalá me hubiera matado a mí, ojalá hubiera muerto yo…

Entonces Ian me abrazó. Me rodeó por el cuello y pude oler de nuevo el olor a café molido. Inconscientemente rompí a llorar, desconsolada, cuando ese aroma llegó hasta mi cerebro. Recordé todo lo que habíamos vivido, recordé cuánto lo había echado de menos y cuánto me dolía aún la muerte de Laia.

—Lo siento, Ian —sollocé en sus brazos—. Lo siento, lo siento…

—Ya está —dijo él con dificultad.

Me apretó contra él y luego estuvimos un rato abrazados en silencio. Cuando salimos, ya habían recogido la mesa y los invitados

se habían desperdigado. Vi a Ada y Salva hablando con un grupo a un lado, los niños jugando al fútbol y un grupo de mujeres, entre ellas Regina y Valeria, bailando de forma distendida en medio del jardín. Los niños les reprochaban que estuvieran en la mitad, pero a ellas les daba igual. No pude evitar esbozar una sonrisa ante la felicidad ajena.

—¿Nos sentamos allí y nos contamos la vida? —propuse señalándole un par de hamacas vacías.

Él aceptó.

Estábamos de cara al jardín, para ver lo que hacía la gente, y nos hicimos un resumen de los últimos años. Fue breve, pero suficiente para reiniciar nuestra amistad después de seis años. Yo le expliqué que estaba investigando el caso de mi hermana, obviando el hecho de que un desconocido me estaba ayudando. No quería que tuviera nada que ver, no después de lo ocurrido, y él me contó que le estaba empezando a gustar una chica después de mucho tiempo.

—Bueno, espero que salga bien con ella y así me la presentas —deseé.

Él sonrió y asintió.

—Yo espero que salga bien lo de tu hermana… —ofreció. Poco a poco fue perdiendo la sonrisa. Me miró—. De verdad lo deseo. —Le creí—. Ojalá pudiera ayudarte, pero…

—No —lo corté, y le regalé una sonrisa amable—. Solo quiero a mi mejor amigo de vuelta…, nada más. —Lo agarré de la mano y él me la estrechó.

Tuve ganas de llorar de nuevo, pero me contuve. Demasiadas emociones en un mismo día.

—Uff… —resoplé, controlando mi emoción.

—Será mejor que dejemos las cursilerías o te veré llorar más en un día que en quince años —bromeó.

Yo sonreí y miré hacia el jardín, donde estaban echando un partidillo de fútbol entre niños y algunos adultos. Regina y algunos otros vacilaban a los pequeños cada vez que tenían la pelota. Celebraban y reían. Era divertido, así que casi todos los mirábamos. Fue entonces cuando Sara entró en escena. Se unió al equipo rival de Regina. En un principio nada parecía fuera de lugar, hasta que vi un comportamiento extraño entre ellas. No existían muestras de cariño más allá de un par de sonrisas y alguna que otra broma. Imaginé que esa era su forma de relacionarse, aunque el recuerdo que yo tenía de Regina como pareja era muy distinto. Lo dejé pasar hasta que, en un forcejeo, Sara le tocó el pecho sin querer a Regina. Ella apartó la mano rápidamente.

—Perdona —dijo entre risas.

Los demás se rieron con ella.

—¡Eso ya no, Sara, eso ya no! —bromeó uno de los primos de Regina.

Me erguí en la hamaca y fui a abrir la boca, pero no supe qué decir. Miré a Ian. Vi que él se había fijado en lo mismo que yo, pero no parecía sorprendido.

—No entiendo —murmuré.

Él apartó la mirada, y con ese pequeño gesto confirmé mis sospechas.

—¿Están separadas? —susurré—. ¿O qué?

—Yo no debería responder a esa pregunta —se limitó a decir.

No lo necesitaba, con su respuesta tuve suficiente. Entonces, de un momento a otro, un rayo de luz de felicidad se iluminó en mi

pecho. No pude reprimir la sonrisa que me cruzó el rostro. Mirando a Regina, me trasladé a un mundo paralelo en el que yo la reconquistaba y ella se enamoraba de mí de nuevo. Ian se percató de esos delirios de ensoñación en los que me había sumergido.

—Madre mía, la de guarradas que estoy viendo en tu cerebro ahora mismo —advirtió.

Volví a la realidad y vi que tenía una sonrisa pícara en los labios. Al comprender que él seguía pudiendo leerme la mente, nos echamos a reír.

Regina se acercó jadeando. Sudaba por cada poro de su piel y no pude evitar quedarme embobada.

—¿Me das? —me pidió con la respiración acelerada señalando mi cerveza.

Se la entregué y ella le dio un largo trago.

—He visto que os estabais riendo, ¿eh? —insinuó, mirándonos.

—Nos reíamos de que aún sigo leyéndole la mente —explicó Ian con una sonrisa.

Regina asintió y me miró.

—¿Quieres saber qué estaba pensando? —pregunté con una sonrisa juguetona.

Ella se encogió de hombros como si le diera igual, pero no podía esconder la media sonrisa en sus labios.

—Ian sabía lo que estaba pensando al verte jugar con la pelotita… —dejé caer.

Ella sonrió y negó con la cabeza. Me devolvió la cerveza.

—Pues que sepas que no estoy en el menú, así que tendrás que conformarte con mirar —bromeó, y se alejó corriendo tras guiñarme el ojo.

—Ni un minuto has tardado en intentarlo… —insinuó Ian. Lo miré —. Suerte que ya no te soporta.

Nos echamos a reír de nuevo.

Pasaron un par de horas y las pilas se fueron agotando. Todos mis amigos se despidieron, así que yo hice lo mismo. Me acerqué a Regina, que estaba sentada en el césped mientras observaba cómo el cielo se oscurecía. Cuando fui a despedirme de ella, me vino a la mente Pol y recordé que teníamos una conversación pendiente.

—Me voy ya, pero teníamos que hablar sobre Pol —le recordé.

—¿Quieres hablar ahora? —me propuso—. Siéntate aquí.

Se movió hacia un lado y me senté en el hueco blandito que había junto a ella.

—Primero quería disculparme por lo que te dije el otro día. No quería hacerte daño.

—No… —No supe qué decir.

—Por teléfono me dijiste que por qué a ti te digo esas cosas y a él lo perdono. Bueno, es sencillo, él en realidad es un desconocido para mí. Tú no. Igualmente no eran formas.

—No importa.

—Vale, pues cambiemos de tema, ¿qué quieres saber de Pol?

—Nada en concreto… Solo he hablado con él y me ha dicho que lo has entendido o algo así, que entiendes lo que hizo.

Regina rio.

—Está enfermo.

—Sí, yo también he llegado a esa conclusión…

—Entonces ¿por qué te lo crees?

Suspiré.

—Yo qué sé.

—Solo fui a hablar con él una vez —explicó—. Necesitaba pasar página y sentí que… quizá si lo escuchaba podría… No lo sé. —Agachó la mirada. La observé, escuchándola con atención—. Al final creo que sí que me ha ayudado. Lo que le ocurrió a su familia fue horrible… Lo peor que podría pasarle a una persona… —suspiró—. Ahora que tengo un hijo comprendo que aquello lo destruyó… A fin de cuentas, fue la única forma que su mente encontró para protegerse de ese dolor. Necesitaba que su familia volviera y esa… No sé, esa fue la única forma de hacerlo realidad.

—Eso lo entiendo —acepté—, pero, joder…, a costa del dolor de muchas personas.

—Sí, lo sé, pero el pasado no se puede cambiar. Así que solo intento seguir adelante y no albergar odio en mi corazón. Por suerte tengo a mi hermana conmigo, y eso lo hace más sencillo.

Asentí.

—Además, si cada vez que alguien hiciera daño a alguien se vengara, terminaría siendo una rueda que nos arrastraría a todos.

—Y tú has decidido parar la rueda, ¿no?

Ella esbozó una sonrisa amable y asintió. Yo hice lo mismo. Una vez más, fui consciente de lo que había dejado escapar seis años atrás. Nadie me habría querido como ella. Regina me habría salvado de todo, y yo fui una tremenda estúpida.

—Eres… —suspiré. Quería decirle millones de cosas, pero me contuve—. Ian tenía razón antes en el juego… Solo una persona estúpida y egoísta le habría hecho daño a alguien como tú.

Ella me contempló en silencio. No estaba reticente, tampoco enfadada, así que me dejé llevar.

—Debería haberme ido contigo —confesé.

Regina abrió ligeramente la boca y se le aceleró la respiración. Sentí que no había barreras entre nosotras, que me estaba dejando pasar. Por eso alargué la mano hasta la suya. Ella no se apartó. Cuando nuestras pieles se rozaron, volví a sentir que una emoción inmensa me recorría. Miré nuestras manos y noté que ella no se movía. Supuse que tenía miedo. La acaricié y ella se dejó. Escuché su respiración de nuevo. Sabía que, después de todo, ella no daría ningún paso, así que, luchando contra todo lo que siempre he sido, quise abrirle mi corazón.

—Sé que… —empecé—. Sé que estás separada de tu mujer, y yo… he pensado mucho en nosotras. He deseado volver a ese día y cambiarlo, y ahora siento como…, como si el destino o…

—Roma —me cortó. Levanté la vista, entonces vi que tenía los ojos alicaídos. Apartó la mano. Suspiró antes de hablar de nuevo—. Te prometo que te perdono todo lo que me hiciste, y que me quedo con lo bueno. De verdad que sí… —Vi emoción en sus ojos, pero comprendí que era distinta a la que yo deseaba—. Con vos fui una ilusa, creí que… No sé lo que creí, pero ya no soy esa persona. Ya no… —Me miró a los ojos y fue clara—: Yo ya no siento eso por vos.

Nunca había sentido un dolor más profundo. Me habían pasado muchas cosas en la vida, pero el jodido dolor del desamor parecía abarcarlo todo y creía que jamás desaparecería. Tragué saliva y se me agarrotó la garganta.

—Lo siento… —terminó ella.

—No, no —la interrumpí levantándome—. Perdóname, perdona… Ya está claro… Nos vemos… —sentencié.

Me marché a toda prisa, huyendo de aquel lugar. Al cerrar la puerta de la casa me eché a llorar en la misma calle de forma incontrolable. La primera vez que me rechazó fue distinta. Yo estaba fuera de mí, y lo hice con torpeza. Esa segunda vez dolía como si mi mundo hubiera terminado allí mismo. No entendía cómo el desamor podía golpear tan fuerte. Ese dolor al abrirle tu corazón a alguien y que esa persona te rechace te rompe en pedazos.

Fue por eso por lo que tuve la necesidad de buscar un refugio. Necesitaba a alguien que me quisiera.

25

27 de junio de 2097

Me alejé de la casa preguntándome a quién acudir. Primero pensé en mis amigos, pero me dio vergüenza que me vieran así. Hugo, que habría sido una buena solución, estaba muerto, así que me toqué y noté el mechero; solo me vino una persona a la cabeza. Recordé su mensaje: «Roma, no estás sola, y mientras yo exista nunca lo estarás». Entonces hice todo lo contrario a lo que Salva me había pedido.

Escribí a Sr. Nadie para pedirle ayuda, como una llamada de socorro.

Estoy fatal, ¿podríamos vernos?

Sorprendentemente, su respuesta no tardó en llegar.

¿Dónde quieres que te recoja?

Me recogió una hora después en un punto de Antiga. Él seguía con la máscara. Yo había estado llorando todo el trayecto, pero al entrar en el coche me contuve, tratando de mantenerme serena.

—¿Por qué has estado ayudándome? —insistí sin apartar la mirada de él mientras conducía—. ¿Por qué un desconocido se esforzaría en

mantenerme a salvo?

Él continuó en silencio. Solo se escuchaba el rugido del motor.

—¿No piensas decir nada?

—Tú sabes la respuesta —respondió, por fin.

Se me aceleró el corazón. Sí, pero ¿cuál era?

—Déjame verte —le pedí, alargando la mano hacia su máscara. Esta vez estaba desesperada por verlo, desesperada por obtener algo a lo que aferrarme.

Él se apartó sin dejar de mirar a la carretera. Me solté el cinturón y, aprovechando su desventaja, traté de arrebatarle la máscara de nuevo. Sr. Nadie me agarró del brazo con la mano derecha para detenerme mientras con la otra controlaba el volante. Fui una imprudente al ponernos así en peligro, pero estaba fuera de mí. En un giro pronunciado caí sobre él. Detuvo el coche en la siguiente curva, en un pequeño apartadero junto a la carretera de montaña.

—¡¿Estás loca o qué hostias te pasa?! —me gritó a la cara.

—¡Quiero saber quién eres!

—¡No puedo, Roma!

—¡¿Por qué?!

—¡Porque eso significaría ponerme en peligro y, sobre todo, a ti!

—¿A mí? —pregunté, confusa, echándome hacia atrás, algo más calmada. Le di vueltas a la cabeza y solo me salía su nombre, solo que su mano era muy distinta—. Si esto supone un riesgo para ti, ¿por qué lo haces? ¿Qué ganas tú?

Él agachó la mirada.

—Porque necesito… Necesito muchas cosas, Roma, pero no puedo decirlas.

—Di una, entonces.

—Te… —Su voz se rompió al otro lado de la máscara. Ni siquiera la voz robótica lo ocultó—. Te necesito a ti.

De nuevo, sentí que era él. No existía otra posibilidad.

—Eres tú, dime que eres tú —supliqué, tirando de su brazo. Él se dejó arrastrar y yo empecé a olerlo como una perra en celo. Necesitaba comprobar que era él. Coloqué la nariz en su cuello y entonces lo capté: lavanda. Rompí a llorar de un momento a otro—. Eres tú, joder… Dios mío, Dios mío… —sollocé mientras me sentaba sobre sus piernas.

Subí las manos hacia su cara, pero él me detuvo.

—No, por favor —suplicó.

Apreté el botón de intimidad para tintar las ventanas y dejarnos a oscuras. Ya nadie podía vernos desde fuera.

Lentamente, aún con lágrimas en los ojos e intentando controlar las pulsaciones, fui quitándole la máscara. La tiré a un lado y le palpé el rostro. Tenía una sombra de barba y la mandíbula pronunciada. Intenté reconocerlo por sus facciones. Me costó. Habían pasado muchos años y él había crecido.

Fue entonces cuando, sin que yo lo esperara, noté su aliento en mis labios. De un momento a otro un calor sofocante se apoderó de mi cuerpo. Me dio morbo. Estaba con un desconocido, que me había salvado la vida, en un coche apartados del mundo. Por eso me lancé. Fueron besos tensos, salvajes y violentos. Al poco noté que él ya estaba cachondo. Igual que yo. Me excité como nunca antes. Fue repentino, como si un ataque de psicosis pasional se hubiera apoderado de mí.

—Quiero que me folles —jadeé.

Ni siquiera lo pensé. Solo me quité los pantalones y las bragas a toda prisa.

—Y yo quiero follarte.

Su voz. Su voz real. Se me aceleró el corazón. Quince años sin escucharla.

—Tu voz… —suspiré contra sus labios, agarrándole la cara. Hasta ese momento no había sido consciente de lo mucho que deseaba volver a escucharlo.

Lo besé con pasión mientras continuaba apartándome las bragas. Era una posición muy incómoda, pero mi ansiedad no me permitía tomarme el tiempo necesario para acomodarme. Estaba de cuclillas encima de él, dispuesta a todo.

—Di mi nombre —le pedí.

Él se rio.

—Roma.

—Me encanta cómo suena —susurré casi sin separarme de su boca.

Los dos nos reímos mientras yo le desabrochaba los pantalones.

Se puso el condón y lo noté dentro; a partir de ese momento, ya no pude dar marcha atrás. Éramos él y yo de nuevo. Y por primera vez, después de mucho tiempo, no me sentí sola.

Ninguno tardamos mucho en tener un orgasmo. Fue como si todo el deseo acumulado durante años se derritiera allí, en ese instante. Todo el dolor se alivió. Y es que él era, aun después de tantos años, capaz de curarme el alma. Y yo sabía que eso era muy difícil de encontrar.

26

MILAN DELMER

¿? de noviembre o diciembre de 2073

Como cada mañana, salí escopeteada de mi habitación en dirección al patio exterior. Después de casi un mes, ya me sabía el camino. E7 me esperaba en la puerta para desayunar. Pasamos el día juntas, aunque pretendíamos hacer de aquel día uno diferente.

Cuando llegó el momento de volver a las habitaciones, ambas nos escondimos debajo de uno de los puestos que servían comida. Todo se quedó en silencio tras los golpes secos de las puertas al cerrarse, y entonces salimos.

Miramos hacia el cielo y ambas nos llevamos una decepción.

—No hay estrellas —susurró, entristecida.

—No pasa nada —dije, cogiéndole la mano para tratar de animarla —. Nos las imaginaremos.

Ella, con su manita pequeña, me agarró con fuerza, y juntas decidimos dar un paseo envueltas en la oscuridad. Cansadas de no ver nada, nos estiramos en la arena junto a una luz de emergencia parpadeante que se convirtió en nuestra única iluminación.

El plan no había salido como esperábamos, pero al menos podríamos dormir juntas por primera vez.

Habían pasado muchos días desde mi llegada a ese sitio, y en ese momento apenas recordaba por qué lloraba los primeros días. Allí tenía de todo: comida, películas, videojuegos y a mi mejor amiga. No íbamos al colegio, así que todos los días eran divertidos. Lo único que no nos gustaba era que, a partir de las nueve de la noche, todas debíamos volver a nuestra habitación hasta las nueve de la mañana del día siguiente. E7 y yo quisimos, simplemente, pasar una noche juntas.

—¿Cuándo llegaste aquí? —le pregunté justo antes de dormirnos en la arena.

—Dos semanas antes que tú.

—¿Y sabes por qué no hay niños?

Ella se encogió de hombros.

—Pero me alegro —confesó—. En mi cole no hacían más que molestar, chillar y pegarse.

Yo me eché a reír.

—¿A ti te gustan los niños?

Esta vez fui yo la que me encogí de hombros. Siendo sinceras, no tenía una respuesta clara a esa pregunta.

—No lo sé, solo son niños —terminé diciendo, pero entonces recordé un rostro—. Aunque había uno que me caía bien y era bueno conmigo.

—¿Era tu novio?

—Hum…, sí.

—¿Y cómo se llamaba?

Abrí la boca, dispuesta a pronunciar su nombre, pero no pude. No lo recordaba. Fruncí el ceño, tratando de encontrar ese recuerdo perdido. Me llevé las manos a la cabeza para concentrarme. Lo tenía

en la punta de la lengua. Entonces escuché la risa de E7. Levanté la vista y la miré.

—Tanto no te importaba.

Entonces, me eché a reír igual que lo hacía E7. Era cierto. Ese niño de nombre olvidado no me importaba lo más mínimo comparado con ella. Porque una mejor amiga era mucho más importante que un novio.

—¿Cómo era?

De nuevo, me costó recordarlo con nitidez. Podía distinguir rasgos generales de su rostro en mi memoria, pero no me acordaba de los detalles.

—Era normal —me limité a responder, ya bostezando.

—Qué aburrimiento —soltó. Alargó el brazo para que me acurrucara con ella. Yo acepté la proposición, y apoyé la cabeza en el espacio que se formaba entre el brazo y el pecho, y la rodeé por la cintura—. Normal que no lo recuerdes. El sol merece algo mejor que un niño normal —concluyó.

Cerré los ojos. No pude evitar dormirme con una sonrisa en el rostro, pensando que allí dentro, aunque echase de menos todo lo que me importaba, solo ella era mi refugio.

—¡Arriba! ¡Arriba! —gritó una voz, despertándonos de golpe.

Al principio no distinguí dónde estaba, hasta que escuché su voz.

—Lo sentimos, lo sentimos…

Era la voz dulce de E7. Estábamos de pie. Algo me golpeaba la cabeza para que mirara al suelo, pero la vi de reojo. Ella estaba

llorando a mi lado mientras un grupo de hombres armados nos rodeaba.

No quería verla triste, así que alargué la mano para estrechar la suya, pero, antes de alcanzarla, esos brutos me arrastraron al interior de un pasillo.

—¡E7! —grité, tratando de girarme para mirarla.

Uno de ellos me golpeó la cara para que mirara al frente. Me la dejó enrojecida.

—¡R9! —Eso fue lo último que escuché antes de entrar al pasillo blanco.

Me empujaron camino a mi habitación y me encerraron.

—R9, esto que has hecho no está bien, por eso ahora tendrás que pagar las consecuencias —advirtió la voz de María.

Me eché a llorar. No por miedo al castigo, sino por temor a no volver a ver a mi mejor amiga.

27

ROMA DELMER

28 de junio de 2097

Me desperté con la luz del sol, desorientada. Cuando me ubiqué, lo busqué, pero no estaba allí conmigo. Levanté la mirada y lo descubrí fuera del coche, frente a las vistas de toda la ciudad. Salí, y al acercarme descubrí que tenía la máscara en sus manos. Estaba de perfil, por lo que pude intuir su rostro. Contemplaba la máscara hasta que escuchó mis pasos y se dio la vuelta.

Tras casi quince años volvía a verlo. Lo tenía frente a mí y no era un espejismo ni un delirio más de mi mente. Era real, era él, aunque estaba muy cambiado.

Nos miramos. Uno de sus ojos era verde, como entonces, mientras que el otro, rojo neón, resaltaba en su rostro. Me detuve justo delante y descubrí algunas arrugas recientes, distinguí manchas negras bajo su mirada. Más que mayor, parecía jodido. Sin decir nada, abrimos instintivamente los brazos y nos abrazamos como si jamás nos hubiéramos separado.

De pronto, se echó a llorar y yo sostuve su tristeza. En realidad, por primera vez en mucho tiempo, dejé de sentirme sola.

Creo que estuvimos alrededor de quince minutos abrazados hasta que él rompió el silencio:

—He reservado una habitación por si quieres hablar y que te cuente todo lo que ha pasado.

Acepté y, mientras desayunábamos, Billy, mi novio, que en teoría había muerto en 2082, me contó su historia.

—Después de lo que ocurrió, Pol os dio una cuantiosa cantidad de dinero a modo de agradecimiento, pero también quiso ayudarme a mí. A vosotros os proporcionó libertad económica; a mí, además de eso, me ofreció algo mucho más importante: libertad física. Aunque, siendo sinceros, desde entonces nunca he vuelto a sentirme realmente libre. Me iban a condenar a diez años de prisión por el asesinato de Ander, y yo no me imaginaba encerrado entre cuatro paredes que limitaran quién soy. No lo habría soportado, por eso él me ayudó a planearlo. Nadie me apuñaló, fue todo un montaje, y, cuando me llevaron al hospital, en realidad me sacaron de Nova. Desde entonces he vivido con otra identidad, no me expongo e intento pasar desapercibido.

—Entiendo… —murmuré, asimilando toda esa información.

—Siento…

—No —lo corté—, no pidas perdón. Solo pienso que ayudarme con lo de mi hermana no es pasar desapercibido —advertí.

El agachó la mirada y suspiró.

—Lo sé, pero necesitaba hacerlo porque… —rumió sus siguientes palabras, como si quisiera explicarme algo, pero se limitase a decir lo mínimo—. Porque eres tú.

—Ya… —suspiré. Agaché la mirada, entristecida por la situación que había tenido que vivir por mi culpa, pero también porque, una parte de mí, se sentía traicionada.

—Dices que no quieres que te pida perdón, pero de veras que siento no haberte contado la verdad.

—Ya… Lo cierto es que sí podrías… podrías haberme escrito alguna vez durante todos estos años. Podrías haberme dicho que seguías vivo… No sabes lo que… —No pude terminar. Las palabras se atragantaron.

—Lo sé, y siento mucho que tuvieras que pasar por eso. No creas que yo pasé página sabiendo que te había mentido, sabiendo que te había dejado atrás…, pero Pol me dijo que era lo mejor. Tenías dieciocho años, toda una vida por delante sin tener que esconderte. No podía condenarte.

Lo miré a los ojos. Vi sinceridad en ellos. Sentí que, de corazón, fue como un acto de amor. Uno más de todos los que había hecho por mí.

—Tengo algo tuyo —recordé. Me levanté y saqué el zippo de *Death Note* del bolsillo de la chaqueta. Se lo entregué.

—Mi mechero —asumió.

—Sabías que lo tenía, ¿no?

Él asintió.

—Me hace muy feliz pensar que lo has guardado tantos años.

—Era algo que me unía a ti, pero ahora te tengo aquí.

Él sonrió, me besó y terminamos acostándonos de nuevo, pero esa segunda vez sí pude verlo. Descubrí que se había quitado muchos tatuajes, incluidos los de la mano, ahora reemplazados por cicatrices. Estaba delgado y fibrado, pero más por comer poco que por hacer ejercicio. Lo vi distinto, ya no era el chico que conocí. Aun así, cuando sonreía, seguía teniendo las paletas ligeramente separadas. Y eso, igual que quince años atrás, me encantaba.

Una vez que terminamos, no tardé mucho en preguntarle qué le había ocurrido durante ese tiempo. Quién o qué le había provocado esas heridas físicas y emocionales que lo acompañaban como si fueran sus sombras.

—No puedo contarte nada, Roma, es lo mejor para ti —se limitó a decir.

Yo acepté sin mucha resignación. Lo tenía de nuevo, y con eso me bastaba. Tras muchos años, volví a sentir la piel humana, cálida y viva. No había tenido esa sensación desde que había cortado con Regina.

Pasamos seis días allí metidos sin pensar en el exterior, sin importarnos que el mundo siguiera su curso. Tengo marcado en la memoria un día que nos duchamos juntos, con el agua caliente cayendo, en completo silencio, abrazados y acariciándonos. Comprendí que nos habíamos necesitado durante mucho tiempo.

8 de julio de 2097

Alguien rompió nuestra tranquilidad a base de porrazos en la puerta de la habitación. Me desperté sobresaltada en la cama. Eran casi las once de la mañana.

Billy se incorporó y me hizo un gesto para que me mantuviera en silencio. Yo obedecí, asustada, temiendo que esos golpes tuvieran algo que ver con aquello que no podía contarme.

Se levantó y fue hasta la puerta. Yo lo observé en la distancia y, cuando se giró y le vi el rostro, me tranquilicé.

—Es Salva —susurró.

«¡Salva!», pensé. Se me había olvidado por completo. Llevaba días sin responderle a un mensaje o llamada. Le habría abierto, pero no podía descubrir a Billy. Ambos miramos a un lado y a otro, buscando una salida. La única opción era el balcón. Billy se puso los pantalones a toda velocidad, cogió la camiseta, y saltó desde allí. Por suerte estábamos en un entresuelo.

Esperé unos segundos para ofrecerle más tiempo a Billy.

—¡Roma! ¡¿Estás ahí?! —gritó Salva al otro lado. Parecía desesperado.

Abrí. Me lo encontré junto a Ada.

—¡Roma, joder! Casi me da algo… —murmuró Salva, jadeando, y empujó la puerta para entrar.

Ada lo siguió. Mientras Salva cotilleaba la habitación buscando no sé qué, Ada salió al balcón y escaneó el paisaje. Estábamos en una zona apartada, así que solo había un aparcamiento a nuestros pies y un bosque en la distancia. Con su vista hiperdesarrollada no tardó mucho en distinguir a un hombre corriendo sin camiseta. Bajó de un salto al suelo e inició la persecución.

—¿Por qué no me has respondido a los mensajes y llamadas? —me recriminó Salva.

Apenas le presté atención, pensando en Billy. Corrí hasta el balcón y vi a mi amiga persiguiéndolo. No tardó ni un minuto en atraparlo y lanzarse encima de él para detenerlo. Era como un perro de presa.

—Dile que no le haga daño —supliqué a Salva.

—¿Quién cojones es, Roma? ¿Es el desconocido? —exigió saber.

—¡No! Bueno, sí, pero no es quién pensáis. ¡Es Billy!

—¿Billy? ¡¿Qué Billy?!

—¡Mi Billy, Salva! ¡Este Billy! —grité señalándome el culo. Me había tatuado su nombre falso encima de la nalga, un tatuaje estúpido de adolescente—. ¡Dile que no le haga daño!

Salva, aún confundido, sacó el intercomunicador para cumplir mis órdenes.

—Ada, no le hagas daño al chico, es amigo de Roma —dijo sin dejar de mirarme.

Dos minutos después, Ada llegó con Billy esposado y sin camiseta. Lo sentó en la cama. Él levantó la cabeza para dedicarles una mirada desafiante a mis amigos.

—Roma, ¿quién es este? —espetó Ada, mirándolo con desprecio.

Me detuve junto a él, de pie, y le envolví la cabeza entre mis brazos y barriga para protegerlo.

—Su nombre real es Florian, pero yo… lo conocí como Billy, mi novio a los dieciocho años.

Ada abrió la boca, sorprendida. Tras contarles las últimas novedades, mis amigos parecían más relajados, y se sentaron en un par de sillas para entablar una conversación más tranquila.

—Joder, Roma, deberías haberme respondido al móvil. Estaba a punto de volverme loco —me recriminó Salva.

—Lo siento…, perdí la noción del tiempo… De verdad…

Salva suspiró y se frotó la frente.

—Estuvimos llamando a la gente de la fiesta para saber quién había sido la última persona en hablar contigo —explicó Ada—. Regina nos contó vuestra conversación. También está preocupada por ti. Pensábamos que se te había ido la olla o algo así, por eso hemos venido a buscarte.

—Pero… ¿cómo?

—Pues… —intervino Salva—, dado que el caso de tu hermana está abierto y que eres familia directa, hemos accedido a tu localización en tiempo real. Por eso sabíamos que estabas aquí, teníamos miedo de que estuvieras con el desconocido del que nos hablaste.

—Eh…, ya…

—Bueno, lo importante es que estás bien.

—Sí, pero… quería… Tengo que pedirte algo… —empecé—. Os tengo que pedir algo —añadí mirando a Ada. Ellos aguardaron—. No lo entreguéis, por favor…

Rodeé de nuevo a Billy con los brazos, como si fuera un ser indefenso.

Salva suspiró y observó a Ada. Se regalaron una mirada cómplice. Yo sabía que ella haría lo que él decidiera. Entonces Salva se dirigió a Billy.

—No me fío de ti —espetó, incorporándose en el asiento—, pero ten claro que te entregaré en cuanto hagas algo extraño… Mientras tanto, pórtate bien y ten cuidado con lo que le haces a mi amiga —sentenció, señalándome.

A mí se me escapó una risita.

—Pareces mi padre —bromeé.

—Sí, hace mucho tiempo que soy algo así para ti —contraatacó, también de broma.

Yo me lancé a sus brazos para abrazarlo.

—Gracias, gracias por no entregarlo —le dije. Luego me aparté y lo miré a los ojos—. Y gracias por venir a salvarme. Me consuela saber que, si me matan o raptan, alguien intentaría buscarme.

Los dos nos reímos. Ada me dio un beso en la mejilla y yo se lo agradecí estrujándole la cabeza.

—Pero hemos venido por algo más —añadió Salva. Me aparté para mirarlo y me senté de nuevo en la cama, curiosa—. Gracias a la documentación que nos diste el otro día, tenemos información sobre tu hermana.

28

8 de julio de 2097

Me erguí en la cama, aguardando.

—Miraya ha encontrado una casa por la zona en la que Víctor tenía el ojo echado; la compraron por cuatrocientos mil euros en efectivo el 20 de agosto del 74 —explicó Salva—. Lleva años abandonada, y nadie la ha reclamado.

—¡Tenemos que ir! —exclamé, levantándome de golpe.

—Tú no…

—Salva… —lo corté. Incliné ligeramente la cabeza y levanté las cejas.

Él suspiró, asumiendo que no iba a detenerme.

—Vale —aceptó, y se puso de pie, resignado—, pero obedéceme.

Fuimos en dos coches. Por un lado, Salva y Ada; por otro, Billy y yo. No hablamos en todo el camino, pero yo estuve acariciándole el brazo y la mano. Quería que se sintiera a salvo. Por su expresión, sabía que no era así. Su rostro estaba contraído y los músculos tensos, como si se preparase para un ataque inminente. Me dolía verlo así, pero sabía que, a fin de cuentas, lo único que necesitaba Billy era tiempo. Tiempo para confiar en nosotros.

Una vez que llegamos a la casa, Salva nos dio guantes a todos y nos avisó de que no tocáramos nada. Descubrimos que tenía dos plantas junto a un extenso jardín. Al estar muy alejada de la ciudad,

el terreno era de dimensiones descomunales. Salva abrió la puerta con la llave multiforme policial. Tenía la forma de una varilla corta y, cuando se introducía en una cerradura, se expandía hasta encajar. Abrió sin mayores complicaciones.

Lo primero que nos encontramos fue un jardín repleto de matorrales sin cuidar, trozos de ramas rotas esparcidas por el espacio y telarañas en cada esquina.

—Entremos—propuso Salva.

El polvo nos envolvió en cuanto pusimos un pie en ese lugar. Olía a humedad y a algo parecido a ropa mojada, probablemente a causa del moho que había conquistado esquinas y techos.

A medida que nos fuimos adentrando en la casa, vimos pasar algunos insectos y un olor a excremento nos invadió. Tuve que taparme la nariz, pero seguimos adelante.

En el primer piso estaba el gran comedor. Aunque estaba cubierto de polvo, todo parecía estar en su lugar. Empecé por abrir los armarios, que chirriaban al mínimo contacto.

—Aquí hay muchos platos —advertí en voz alta.

—Y cubiertos, manteles, ollas, sartenes… —añadió Ada, que cotilleaba otro de los armarios—. Creo que está claro que aquí vivió gente.

—¡Venid! —gritó Salva.

Seguimos la estela de su voz hasta llegar a la sala contigua, la cual estaba rodeada de grandes ventanales, lo que le otorgaba muchísima luz. Allí había juegos de mesa, pelotas, cómics, libros digitales y múltiples consolas.

—Los tuvo aquí… —susurré.

—Sí, pero, joder… —murmuró también Salva—. No lo sé, es extraño…

Billy y yo nos miramos.

—Fijaos en si hay cadenas en alguna parte —intervino Billy por primera vez—. También en si hay posibles trampillas o habitaciones que no se abren.

Hizo un amago de irse por su cuenta.

—Ten cuidado con lo que haces y tocas —le advirtió Salva, agarrándolo del hombro para detenerlo.

Billy asintió, y luego se revolvió para que lo soltara. Se dedicaron una mirada desafiante que no me gustó ni un pelo. Comprendí que Billy tardaría más de lo esperado en confiar.

Se marchó de la sala y cada uno continuó su expedición. Salva y yo subimos al segundo piso, donde encontramos tres habitaciones con unas doce camas cada una. Todas ellas con su cojín, su sábana y su mesilla de noche. De nuevo, si no fuera por la suciedad y los insectos que había por el paso del tiempo y el abandono, aquel lugar no parecía un zulo ni una prisión.

—Todas las habitaciones se pueden abrir —explicó Billy cuando llegó después de nosotros—. No he encontrado trampillas ni nada sospechoso…

—No, nosotros tampoco —concluyó Salva—. Hay tres habitaciones con doce camas y una con una cama de matrimonio.

—Quiero verla —pedí.

Fuimos hacia allí. A un lado había un armario empotrado gigante, como el que tenían mis padres en su casa. Lo abrí; todo era ropa de hombre. Rebusqué entre las camisetas buscando algo, y por fin la

encontré. Era blanca y tenía el mismo símbolo que la gorra: la hormiga y la casa.

—Sí que estuvieron aquí —murmuré.

—Llamaré a la Científica para que procese la casa, a ver si encontramos algo que nos indique qué narices hacían.

—Quiero ver el jardín —dijo Billy, llamando la atención de todos. Lo miré—. Los niños juegan y esconden cosas por el bosque. Quizá encontremos algo.

—Sí —acepté.

—Ada y yo iremos a hablar con la gente de los alrededores —informó Salva.

Asentí. Luego Billy y yo salimos al jardín. En un primer momento nos chocamos con maleza alta y alguna que otra zarza, pero no pensábamos detenernos. Continuamos buscando algo que pudiera ser de utilidad. En los primeros diez minutos no encontramos nada, hasta que me fijé en una fisura antinatural en uno de los troncos de un árbol. La observé detenidamente.

—Mira esto.

Se distinguían algunas marcas hechas con cuchillos que formaban letras y números.

—R3 —leyó Billy.

Se alejó hasta otro tronco.

—R1, corazón P7 —continuó.

—¿Qué cojones? —Corrí hasta él, y entonces descubrí que había montones de escritos en los árboles.

—Soy el mejor —leyó Billy—. P1 tonta…

—Son las típicas frases que escribíamos en las paredes del baño del cole… —recordé.

—Sí, eso parece…

—Tenías razón; si esto era como su patio de colegio, seguro que escondieron algo… —propuse.

—Sí.

Rebuscamos entre la tierra y los hierbajos. Encontramos pelotas deshinchadas, chanclas, pendientes, restos de ropa… Pasó una hora y teníamos una cesta repleta de tonterías que esperábamos que nos sirvieran de algo.

Salva y Ada llegaron.

—No hay casi nadie viviendo en los alrededores —explicó Salva—. Solo una anciana que lleva aquí siempre. Dice que aquí no vive casi nadie desde hace cincuenta años, pero sí recuerda que hace veinte años había niños en esta casa. Ha reconocido a Víctor y ha dicho que no estuvieron mucho tiempo, alrededor de uno o dos años …

—¿Y sabe por qué se fueron? —pregunté, ansiosa.

Salva negó, entristecido.

—Sin embargo, sí ha dicho algo interesante. Dice que desaparecieron de un día para otro. Una noche se fue a dormir, y al día siguiente ya no había rastro de ellos.

—¿Y no escuchó nada?

—Por lo visto, tiene un sueño profundo…

—Bueno, eso significa que alguien los pilló y tuvieron que salir corriendo —advirtió Billy—. Si fue así, a lo mejor se dejaron algo que nos sirva…

—Sigamos buscando.

Los cuatro pasamos una hora más dando vueltas por el jardín, hasta que dimos con una fotografía húmeda y ajada impresa con una cámara instantánea.

—Mirad —dijo Ada, sacudiéndole la arena.

La cogí. Estaba arrugada, pero aún se podía distinguir algo. Eran dos niños de unos once años, sonrientes.

—Sigamos —insistí, entregando la foto a Salva—. Tiene que haber más…

Nos esforzamos tanto, dimos tantas vueltas, que finalmente encontramos algo que cambiaría nuestra percepción de la realidad por completo.

—¿Qué es esto…? —murmuró Salva abriendo la caja de madera que tenía entre las manos. Lo rodeamos. Sacó un papel del interior. Al haber estado resguardado allí dentro, estaba en buenas condiciones. Me dio la carta—. Léela.

Desdoblé el papel y en él encontré un par de frases escritas.

—«Mi nombre es León Arias, tengo once años y vivo aquí. Antes vivía en…». Aquí hay un espacio en blanco —expliqué—. «Mi madre se llama Eva y mi padre León, como yo. Creo que tengo dos hermanos, pero ahora no recuerdo sus nombres».

—Joder… —murmuró Ada.

—El nombre del padre está escrito en otro color. Probablemente dejó un espacio en blanco y lo escribió otro día… —reflexioné.

—Sí… —aceptó Billy.

—Roma —llamó mi atención Salva. Lo miré y él sacó un aparato cuadrado de la caja de madera.

—¡Qué cojones! —exclamé y se lo arrebaté de la mano.

Le di vueltas entre los dedos buscando algún símbolo, pero no encontré nada. Era un simple cuadrado.

—Me recuerda mucho al chip Epikóuros, ese que hace olvidar el dolor, pero no tiene nada grabado… —Levanté la vista y miré a Billy.

Él alargó la mano.

Lo revisó. No tardó ni tres segundos en hablar.

—Tiene pinta de ser un chip de la familia New, de la empresa Ilusion. Como el que habéis mencionado antes, pero no sé… Necesito analizarlo. Si me lo dejáis unos días, o incluso unas horas, sabré de qué se trata.

—¿Cómo lo harás? —preguntó Salva.

—Tengo tecnología especial.

—¿Dónde? —volvió a preguntar, ansioso.

Billy dudó.

—¿Dónde? —repitió Salva, seco—. Habla.

—No te importa —respondió Billy, desafiante.

De un momento a otro, Salva lo agarró por la nuca. Billy trató de zafarse de él, pero Salva era más alto, más fuerte y, además, estaba mejorado tecnológicamente. Era difícil competir contra un IPAM, a no ser que fueras un GPAM como Ada. Billy no tuvo más remedio que encogerse para no sufrir daños, pero vi en su rostro arrugado toda su rabia y frustración.

—Dinos dónde tienes esa tecnología.

—Vale, joder —gruñó Billy—. *Köcsög* —lo insultó en húngaro.

—¿Qué dices, imbécil?

—Que os llevaré, pero suéltame ya.

Billy cumplió su palabra y, contra su voluntad, nos condujo hasta su hogar.

29

8 de julio de 2097

—Siento todo esto —le dije, de camino a su guarida.

—No importa, ya lo tenía previsto —confesó.

No comprendí a qué se refería, pero decidí dejarlo pasar.

Tuvimos que introducirnos en caminos de tierra que parecían llevar a ninguna parte. Billy detuvo el coche en mitad de la carretera. Salva y Ada bajaron de su vehículo y se acercaron al nuestro.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Salva a través de la ventanilla.

—Hemos llegado —explicó Billy, abriendo la puerta para golpear a mi amigo.

Este último quiso revolverse, pero Ada lo contuvo.

Bajo nuestra mirada expectante, Billy se acercó a un árbol y entonces distinguí un aparato diminuto pegado al tronco.

—No os acerquéis. Si cruzáis, sonará una alarma muy molesta —nos explicó. Luego mostró sus pupilas e hizo una serie de movimientos oculares frente al aparato. Sonó un pitido que parecía positivo—. Adelante.

Nos adentramos entre los árboles.

—Seguid mis pasos. Hay sensores en cada rincón. Si ponéis un pie fuera de lugar, haréis sonar la alarma y no es divertido.

Obedecimos. El camino era desordenado y complicado. Era difícil que alguien accediera a su guarida sin equivocarse ni una sola vez.

Por fin, en la distancia, discernimos una explanada y, en ella, una caravana.

Al llegar al límite del bosque, Billy hizo lo mismo con otro sensor. Habíamos llegado a su casa tras un proceso complicado fruto de un obseso. Entonces comprendí por qué estaba tan jodido. Se había vuelto un maníaco, y tuve miedo de descubrir cómo había llegado hasta ese punto.

Tenía aparcada la caravana en una llanura rodeada de árboles junto a un lago extenso y de agua cristalina. El bosque se extendía al otro lado. Habíamos salido de los límites de Barcelona, a una hora en coche.

A continuación, entramos en su casa. Se trataba de una caravana futurista de un solo piso, pero de altura considerable. Jamás había visto nada igual. A la derecha se encontraba la zona del conductor, que él había convertido en su despacho. Tenía cuatro pantallas y múltiples aparatos electrónicos que no había visto en mi vida.

Me bastó un minuto allí dentro para comprender que el Billy que yo conocía había sido absorbido por una versión mucho más triste y decadente de sí mismo. Vivía rodeado de latas de cerveza, comida basura y suciedad. Nunca había sido un chico muy aseado, pero aquello era… demasiado. Incluso para mí.

—¿No eres millonario? —replicó Salva tapándose la nariz al entrar es aquel espacio.

Billy esperaba fuera.

—Esta caravana cuesta más que tu casa y tu vida, *seggfej*. —Y se rio.

—Controla esa lengua, amiguito —gruñó Ada, amenazándolo con el dedo—, o la próxima vez no lo detendré cuando quiera pegarte

una hostia.

Billy apartó la mirada. Estaba claro que le tenía mucho más miedo a Ada que a Salva.

Seguí analizando el espacio con asco. Por suerte no encontré restos de droga, aunque eso no significaba que no la consumiera. En el ambiente flotaba una mezcla entre olor a cerrado y a hombre recién sudado.

—Creo que tendremos que adecentar este sitio —insinué a Salva en un susurro.

—Y a él también… —susurró señalándolo con un gesto de cabeza.

Miré de reojo y analicé a Billy desde el interior. Los últimos días me había dejado cegar por el recuerdo que tenía de él, pero ya no era un tío que apeteciera follarte. Pensé, incluso, en hacerme pruebas de ITS.

Ada, Salva y yo nos dedicamos a limpiar la mierda acumulada en la caravana y obligamos a Billy a pegarse un baño en el lago. Él obedeció. Dos horas después ni él ni la caravana daban asco. Y muy pronto descubrimos que Billy tenía razón, aquella casa portátil podía valer más que la casa de Salva.

Billy nos explicó que se había mudado a aquel lugar cuando empezó la investigación de mi hermana con la intención de estar más cerca de mí. Salva era el más reticente con todo eso. Llevaba muy mal lo de no cumplir la ley. Y, además, por alguna razón que en aquel momento yo no lograba comprender, odiaba a Billy de forma visceral. Lo veía en su mirada.

Al rato, Billy se detuvo frente a los ordenadores mientras enchufaba el chip encontrado en la casa a algún tipo de conector.

Solo vi números en la pantalla. Números y más números que para mí no tenían ningún significado.

—No sé muy bien qué es —empezó Billy—, lo que tengo claro es que se trata de un dispositivo para almacenar información. Creo que Mágica podría darle forma…

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Mágica es una inteligencia artificial que permite convertir la matriz de números en algo real. No sabré qué son hasta convertirlos en algo tangible.

Lo dejé trabajar.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Salva, ansioso.

—Pues lo que tarde.

—Billy… —murmuré para que se dejaran de tonterías.

Él suspiró.

—Para ver las primeras imágenes, muy poco —explicó, por fin—. Para tenerlas todas necesitará más tiempo.

En apenas unos minutos, en una pantalla contigua se fueron creando imágenes, formas, cuerpos reales y colores vivos, hasta que distinguimos un rostro entre lo que aún eran manchas. Era un chaval adolescente. Billy pasó la imagen por otro programa.

—Esta IA descubrirá de quién se trata.

Un segundo después, un nombre se escribió en la pantalla.

—León Arias —leí—. Desaparecido en 2073, a los diez años de edad…

El ordenador hizo un sonido positivo y multitud de archivos se abrieron frente a nosotros. Billy le dio a reproducir. Eran ellos. Los niños. Jugando, comiendo, yendo a dormir. Era la vida que habían compartido en aquella casa.

—*Ó, Istenem…* —suspiró Billy.

—¿Qué…, qué mierdas es esto? —pregunté con voz temblorosa.

—Creo que… Creo que son sus recuerdos.

Tragué saliva. No necesitaba mirar a mi alrededor, porque sabía lo que todos estaban pensando.

—¿Podría esto… borrar recuerdos? —preguntó Salva—. ¿Cambiarlos?

Billy lo miró. No se atrevió a responder.

—Responde, Billy —le pedí casi como una orden.

—Pues, es difícil, pero…, a ver…, si puede almacenar, probablemente puede borrar recuerdos y crear otros falsos… Bastaría con entender el código e inventarte otro nuevo para que forme el nuevo recuerdo…

—Dios mío… —resopló Salva. Empezó a sudar. Me miró de reojo—. Entonces, esto… Esto… podría significar… —Enseguida supe que no sabía cómo decirlo, así que puse voz a lo que todos pensábamos.

—Que quizá a mí me hicieron lo mismo, y que… —suspiré—, que mi hermana quizá nunca existió.

Me di la vuelta, desesperada, tratando de mantener la compostura. Volvíamos al punto de inicio. Esa historia era como un bucle sin fin. Cada vez que me convencía de que mi hermana existía, aparecían pruebas contundentes que demostraban que me equivocaba.

—Roma —me llamó Billy. Noté cómo se acercaba por detrás—. No te dejes engañar por esa idea, seguiremos buscándola.

Me volví. Él me miró y lo abracé. Solo quería acurrucarme contra él para que todo fuera bien.

—Confía en mí —susurró.

—Confío en ti, Billy, confío en ti —le prometí.

Se apartó de mí y miró a Salva y Ada.

—Necesito que le pidáis a Miraya toda la información sobre los altos mandos de la empresa Ilusion. También quiero información de sus hijos, sobre todo de los más descarriados pero que aun así tengan conexión con la empresa. El típico hijo enchufado que no se pasa por la oficina pero tiene nombre de usuario y acceso a cosas…

Ada y Salva escucharon con atención.

—Necesito saber quién son, qué hacen, qué buscan en internet; necesito saberlo todo de ellos para adentrarme en esa empresa y saber cuándo, cómo, por qué y para quién crearon esos chips. Estoy casi seguro de que hicieron el trabajo para alguien.

—Bien —aceptó Ada. Salva se mostraba reticente a cumplir órdenes de aquel desconocido, pero Ada lo arrastró al exterior de la mano.

Los escuché discutir de camino al coche.

—¡Chicos! —grité. Ellos se detuvieron y se acercaron—. Yo… me quedo.

—No —replicó Salva, cogiéndome de la mano.

—Salva, ¿qué te pasa?

—No me fío de él —gruñó a un palmo de mi cara, mirando de reojo hacia la caravana para comprobar que Billy no nos escuchaba.

—Yo sí, Salva. Lo conozco, de verdad, es un buen hombre —aseguré con calma.

Él apretó la mandíbula.

—¿Qué pasa? —pregunté de nuevo.

Ada se alejó un momento para dejarnos solos.

—No quiero que te pase nada —confesó casi sin poder mirarme. A ninguno se nos daba muy bien abrir nuestro corazón—. ¿Te acuerdas cuando dijiste que yo era casi tu único amigo?

—Sí.

—Pues en mi caso es verdad. Ada es… algo distinto, pero tú eres mi única amiga de verdad. Te siento como mi familia.

Yo sonreí. Nunca me había dicho nada tan bonito. Lo abracé.

—Aunque me cueste decirlo, te quiero mucho —le susurré al oído. Luego me aparté y lo miré a los ojos—. Tú también eres como de mi familia, pero ahora te pido que confíes en mí. Siempre tendrás el localizador para encontrarme —bromeé.

Él se destensó por primera vez y logró esbozar una diminuta risa contenida.

—Vale —aceptó, por fin, soltándome la mano—, pero, si pasa algo, llámame a cualquier hora.

—Sí, tira.

Él se relajó y se marchó. Billy y yo nos quedamos solos de nuevo.

—Esto llevará un tiempo —me explicó Billy señalando la pantalla.

Asentí. Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que él tuvo una idea y me hizo una proposición inesperada.

—¿Quieres desconectar? —Lo miré, esperando más explicación. Se puso en pie y caminó hasta el sofá. De debajo de este sacó dos cascos plateados y me ofreció uno—. ¿Jugamos?

—¿Qué es?

—*Ciudad Paraíso*.

—No lo conozco.

Billy sonrió, orgulloso, mientras se sentaba con el casco entre las manos. Ocupé el espacio a su lado.

—¿Quieres probar?

Dudé un instante. Miré el casco y traté de encontrarle algún símbolo, pero era liso.

—Es mejor que no sepas nada… —Miré a Billy—. Deja que te sorprenda —dijo con una sonrisa de entusiasmo en el rostro—. Antes has dicho que confiabas en mí, ¿no?

Asentí.

—Bien, pues te aseguro que vas a flipar —sentenció.

30

MILAN DELMER

¿? de ¿? de 207¿?

Respondí de nuevo a la última pregunta del ojo de la puerta, como absolutamente todos los días que había pasado en esa cuadrícula blanca. Estaba cansada de estar encerrada. Desde que nos pillaron durmiendo en el patio aquella noche hacía semanas, no había salido de allí. Intenté desconectar jugando a videojuegos todo el día, pero mi paciencia había llegado a un límite. Dos semanas de castigo ya eran suficientes, y ellos así lo creyeron también.

Tras catorce días, la puerta se abrió de nuevo. Tomé aire y aguardé, no quería volver a cagarla y quedarme encerrada dos semanas más.

—Puedes salir —dijo María.

Eché a correr desesperada. Más rápido que ninguna de las niñas a mi alrededor. Las empujé sin miramientos con el objetivo de llegar al patio. No podía esperar para ver a E7.

Llegué a mi destino y crucé la puerta. Tuve que cubrirme los ojos al recibir la luz después de tantos días. Poco a poco mi vista se acomodó y discerní un montón de niñas a mi alrededor. Como cada semana, había algunas nuevas, lo extraño fue que otras conocidas habían desaparecido. Igual que E7.

El pulso se me aceleró al escanear el patio con la mirada y no distinguir su pelo anaranjado. Eché a correr de un lado a otro como pollo sin cabeza, empujando a unas y preguntando a otras. Nadie sabía nada de ella desde hacía dos semanas.

Tras un par de vueltas, me detuve en medio del patio, dando vueltas sobre mí misma con la respiración entrecortada y las lágrimas descendiendo por mis mejillas.

Entonces, cuando todo parecía perdido, vi abrirse una puerta al otro lado y, detrás, estaba ella. Eché a correr, desesperada, y me lancé a sus brazos.

—¡R9! —gritó.

Rompí a llorar allí mismo, sollozando como un bebé, casi ahogándome.

—Tranquila, tranquila —susurró ella.

—Pens-saba…, pen-pensaba que no volvería… —tuve un hipo— a verte.

—Estoy aquí, estoy aquí.

Nos sentamos en una zona apartada, más íntima. Aquel día no comimos ni jugamos a nada, solo hablamos. Nos contamos nuestras últimas dos semanas y descubrimos que ambas habíamos estado encerradas.

—Me he asustado mucho cuando he visto que no estabas —expliqué, ya más tranquila—. Como muchas otras niñas tampoco están…

—Ya…, ¿te has fijado en que faltan todas las E y las F?

Me giré y comprobé que tenía razón.

—Es cierto… No me había dado cuenta.

Volví la cabeza para mirarla de nuevo. Vi en sus ojos el mismo miedo que sentía dentro de mí. Si todo seguía su curso, las siguientes en irse serían las G, luego las H, y así sucesivamente.

—Aún queda para que sea nuestro turno —advirtió.

Yo asentí.

—Pero cuando nos toque…

—No quiero separarme de ti —la corté.

—Yo tampoco. —Me abrazó de nuevo. Luego se apartó. Tenía los ojos humedecidos y hacía pucheros.

—Tendremos que escapar —susurré, cogiéndola de las manos—. Aún tenemos unas semanas para planearlo, pero no pueden saber nada, ¿lo entiendes? Si no, nos castigarán otra vez.

Ella asintió, aún con lágrimas en los ojos y muerta de miedo.

—Lo conseguiré —le prometí.

—Confío en ti. Tú siempre sabes qué hacer.

Sonreí. Ella esbozó una diminuta sonrisa y se secó las lágrimas. No sé por qué, pero en ese momento recordé la retahíla de preguntas que nos hacía el ojo cada mañana y quise saber cosas sobre ella. Quise saber quién era de verdad.

—¿Cuántos años tienes?

Ella terminó de secarse las lágrimas y me miró, sorprendida.

—Eh… —Sorbió los mocos de su nariz—. Diez. ¿Y tú?

—Llegué con diez, pero no sé si ya he cumplido los once. Mi cumpleaños es en febrero.

—Puede ser…

—¿Cuándo es el tuyo?

—Hum… —Descendió la mirada, dándole vueltas—. No… sé.

—¿No lo recuerdas? —exclamé, sorprendida.

Ella me miró y negó con sutileza.

—¿Y…, y tu nombre? —pregunté, por fin. Era la pregunta que había querido formular desde el primer momento.

—¿Mi nombre? Ya lo sabes…

—No, el real.

—Yo no… —dijo, negando con la cabeza. Se le humedecieron los ojos, algo asustada—. No sé qué quieres decir… Tú… ¿Tú tienes otro nombre?

Me dio tanta pena ver la tristeza en sus ojos que decidí mentirle.

—No, claro que no, pero quizá podríamos ponernos uno solo entre nosotras.

—Vale. —Sonrió entonces—. Tú serás Sol para mí. ¿Y yo?

Le di una vuelta. Pensé en el universo, luego en los planetas. No sabía mucho sobre el tema, pero recordaba el color de Marte.

—Entonces tú serás Marte. Es naranja.

Ella aceptó y nos dimos un abrazo. Ese fue el nombre con el que nos reconocimos a partir de entonces y para el resto de nuestro tiempo juntas.

Durante las siguientes semanas traté de ejecutar el plan que había prometido. Me fijé en cada rincón, cada puerta y salida. Analicé mi habitación al milímetro, también los pasillos y rincones del patio, pero no encontré nada. Fue tremendamente frustrante. Además, no había rastro de adultos, todas éramos niñas y voces robóticas. La única vez que vimos a otras personas fue el día que nos castigaron por dormir en el jardín. Aun así, ese dato tampoco nos sirvió de mucho, y muy pronto las cosas se pusieron aún más difíciles.

Creo que, alrededor del cuarto mes, Marte empezó a sufrir dolores insoportables que no la dejaban jugar, comer y muchas veces ni dormir. Dos semanas después, me entraron a mí. Eran punzantes y se concentraban sobre todo en la cabeza; nos oprimían las sienes como si un gigante tratase de aplastarnos el cráneo. Aunque lo peor de todo, en realidad, fue que mientras soportábamos aquel calvario, abrazadas en la arena, sabíamos que el tiempo se nos escapaba de las manos.

Poco a poco las niñas se iban marchando. Después de las I fue el turno de las J, después las K. Cada semana entraban y salían niñas, y nosotras seguíamos estancadas, paralizadas por el dolor.

El tiempo se agotaba, y el miedo se volvía más presente.

Recuerdo cuando desaparecieron las O. Quedaba una semana para que llegara el turno de Marte.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó apretando sus manos pequeñas contra mi espalda.

—Encontraré la manera —prometí como pude. Me dolía todo y la cabeza me pesaba casi más que el cuerpo.

—Ojalá después de esto esté la muerte, así iremos al cielo —deseó ella entre lágrimas.

—¿Estás segura?

—Sí. No recuerdo quién me lo dijo, pero cuando te mueres te vas al cielo, con las estrellas.

Sonreí.

—Sol y Marte con las estrellas, tiene sentido. Ojalá sea eso.

Recuerdo aquellos últimos días. La espera se sintió como una agonía antes de la muerte. No sabíamos qué esperar después de salir de allí, tampoco sabíamos si volveríamos a vernos. Hacía mucho

tiempo que aquel lugar había dejado de ser divertido para nosotras y sentíamos que solo nos teníamos la una a la otra.

Nos dimos cuenta de que a nuestro alrededor había multitud de niñas. Las nuevas disfrutaban del patio como nosotras al principio, las antiguas deambulábamos por el espacio con la cabeza gacha. Entonces recordé que, cuando yo estaba bien, había visto a muchas niñas así, pero nunca me paré a preguntarles qué les ocurría.

Llegó el día antes de su marcha. Por suerte, los dolores habían disminuido las últimas dos semanas. Aunque seguían presentes, eran más como un susurro lejano al que te acostumbrabas con el tiempo.

Salí al patio y la vi, consciente de que podía ser la última vez que lo hiciera. Nos abrazamos durante una hora. Ella lloraba, desconsolada.

—No quiero irme sin ti.

Yo la miré.

—He tenido una idea, pero no sé si servirá.

—No importa, tenemos que intentarlo.

Y así fue.

Aquella noche hicimos lo mismo que meses atrás. Nos escondimos debajo de una caseta de comida y nos quedamos ahí hasta que solo quedó el silencio. Pensábamos que tendríamos toda la noche para nosotras. Aún recuerdo su última mirada mientras me agarraba la mano.

—Te quiero —dijo con el rostro bañado de lágrimas.

—Yo también te quiero.

Entonces escuchamos un portazo. Saqué la cabeza por un lado y vi a un grupo de cuatro hombres armados y enmascarados.

—Quédate aquí —susurré, muy nerviosa—. Sigue el plan.

Ella asintió con el rostro contraído, temblando de miedo. Me alejé con una vara metálica en la mano. La había conseguido unas horas antes al arrancarla de debajo del asiento del columpio. Tendrían que arreglarlo y me caería una buena bronca, pero ya no tenía nada que perder.

Marte, por su parte, se mostró ante ellos para distraerlos. Ese era el plan. Vi cómo se acercaban a ella, que levantó sus cortos brazos para que no le hicieran daño. Recuerdo que uno de esos tíos la empujó con la pistola en dirección a la puerta.

—¿Dónde está la otra? —preguntó uno de ellos.

—N-n… No lo sé —tartamudeó ella, aterrorizada.

Otro la empujó, haciéndola tropezar y caer al suelo. Una rabia incontrolable se apoderó de mí. No aguanté más y salí de mi escondite ciega de furia. Liberé al demonio y golpeé la espalda del que la había empujado. Aunque yo era una niña y no tenía mucha fuerza, bastó para tirarlo al suelo.

Los otros tres se dieron la vuelta para mirarme, y Marte sacó un pincho de su bolsillo. También lo habíamos cogido del columpio. Lo clavó en la pierna de uno de los guardias mientras yo zarandeaba la vara metálica de un lado a otro. Logré mantenerlos a distancia unos segundos, pero muy pronto me atraparon entre dos, mientras los demás estampaban a Marte contra el suelo.

El guardia herido sangraba, pero no parecía dolorido. Comprobé que apenas le había hecho un rasguño.

—¡Niñatas! ¡Os vais a enterar! —gritó.

—¡No, no, no! —chillé al ver cómo arrastraban a mi amiga hacia la puerta contraria a la mía—. ¡Marte! ¡Marte! ¡Marte!

Grité su nombre hasta quedarme afónica. Ella también gritaba, no recuerdo bien el qué, solo recuerdo sus últimas palabras:

—¡No me olvides!

«No me olvides».

Me metieron en mi habitación, a oscuras, y me eché a llorar en una esquina. Millones de emociones se acumulaban en mi pecho. Tristeza, rabia, frustración. Me odiaba por no haber cumplido mi promesa. Aquella noche apenas dormí.

Recuerdo que, cuando sonó el despertador al día siguiente, yo ya estaba despierta. Bajé de la cama con el rostro descompuesto. Respondí las preguntas. Imaginé que no me abrirían la puerta y me tendrían castigada dos semanas, como la vez anterior, pero no fue así.

Esa vez no esperé a que la voz hablara y eché a correr dirección al patio, con la esperanza de encontrármela. De la velocidad tropecé con el último umbral y caí de bruces contra el suelo. Me raspé las rodillas, pero no me importó lo más mínimo.

Ojeé el entorno, en su busca. No la encontré. Corrí de nuevo, de un lado a otro, girando a las niñas buscándola en cuerpos extraños, pero la verdad cayó por su propio peso.

Ella no estaba allí, ni volvería a estarlo. P2, E7, Marte, mi todo, había desaparecido para siempre.

Y yo estaba sola de nuevo. Miré al cielo y le pedí a Dios que me matara y me llevara con ella. Recuerdo pedirle que me llevase a las estrellas para reencontrarme con ella y así conocer, por fin, quién era y cuál era su verdadero nombre.

31

ROMA DELMER

9 de julio de 2097

Pasó la medianoche. Billy y yo nos sentamos en el sofá ajado que tenía en el exterior. La temperatura era agradable, el olor a humedad se adentraba por mis fosas nasales y, lo mejor de todo: estábamos solos en mitad de la oscuridad.

Me ofreció jugar a *Ciudad Paraíso*, un juego único, distinto, de realidad virtual. Podías crear un avatar de ti mismo y tener una vida paralela allí dentro. Por ejemplo, Billy se había convertido en un héroe.

Eso era todo lo que le quedaba.

Un par de horas después, volvimos a la vida real.

—Así que eres alguien importante… —insinué con una sonrisa traviesa.

—Sí, rubia. En un mundo irreal lleno de frikis, soy la hostia —bromeó—. Mientras tanto, en realidad soy un renegado que vive en una caravana completamente solo. Es normal que te hayas vuelto a enamorar de mí —ironizó.

—¿Así que crees que me he vuelto a enamorar de ti? —murmuré acercándome lentamente y sin dejar de regalarle una pilla sonrisa.

Él se giró en el sofá, me agarró de la cintura y yo me senté encima de él.

—Tú nunca te has desenamorado de mí —murmuró contra mis labios sin dejar de mirarme a los ojos.

Me entró calor por todo el cuerpo.

—¿Te has echado una novia digital friki? —pregunté.

—No. —Se rio.

—Bien —sentencié, y me lancé a sus brazos.

Una hora después nos fuimos a dormir tras un día que pareció interminable. Sin embargo, hubo algo que me alarmó, y es que, en mitad de la noche, alguien llamó a Billy y él se escondió en el baño para hablar. Escuché susurros al otro lado de la puerta. No era la primera vez que lo había visto esconderse de nosotros para hablar por teléfono. Comprendí, entonces, que Salva tenía razón al no fiarse de él, pues sin duda ocultaba algo.

14 de julio de 2097

La espera se me hizo eterna, pero, gracias a Billy y *Ciudad Paraíso*, pude despejar la mente y, sobre todo, disfrutar de aquel lugar paradisíaco. Acostumbrada a una ciudad ruidosa y abarrotada de tecnología, aquel refugio boscoso junto a un lago fresco y cristalino lucía como el cielo para mí. Descubrí que, quizá, podía acostumbrarme a una vida tranquila alejada de la ciudad.

Cada día me mensajeaba con Salva para confirmarle que estaba bien y que Billy no era un psicópata asesino. No negaré que me

gustó ver esa preocupación en él, era como tener padre después de muchos años.

Sin embargo, había dos cosas que importunaban por momentos la paz de aquel lugar. La primera eran las constantes llamadas de Billy y sus desapariciones a media noche. Cada vez me hervía más la sangre. Quería cotillearle el móvil, pero sabía que no sería tan sencillo como con Salva. Él lo tenía todo bien estudiado. Quizá, pensé, solo me estaba montando una película en la cabeza, pero entonces ¿por qué susurraría? Quizá simplemente no quería molestarme, intenté convencerme.

La segunda eran las escapadas… Era extraño. Muchas veces se despertaba sudado, otras lloriqueando y otras pegaba un grito y se alejaba sin pronunciar palabra. Una noche miré por la ventana y lo descubrí frente al lago, de pie, completamente desnudo mirando al suelo.

No creía que él pudiera hacerme daño, pero otra parte de mí, aquella que llevaba años sin verlo…

El sonido de un coche eléctrico me devolvió a la realidad. Billy y yo estábamos desayunando frente al lago cristalino cuando vimos acercarse a Ada y Salva. Se detuvieron delante de nosotros con un par de bolsas en la mano.

—Hemos traído comida —explicó Ada.

—Gracias —agradecí.

Les di un abrazo a cada uno, pero entonces una alarma ensordecedora resonó a nuestro alrededor. Ada, Salva y yo nos cubrimos los oídos, mientras Billy sacó apresuradamente su móvil. Estaba exaltado. Por suerte, se tranquilizó y suspiró.

Me miró.

—Es tu amiga —dijo, mostrándome la pantalla de su teléfono. Regina estaba en la entrada del bosque. Había cruzado la línea y por eso había saltado la alarma.

Billy por fin detuvo aquel molesto ruido.

«Joder», pensé, no quería que Regina se metiera en esto. No quería más tragedias innecesarias en mi vida. Miré a Ada y Salva, solo ellos podían haberle contado lo que estábamos haciendo allí.

—Os dije que no le contarais nada a nadie —les recriminé.

—¡Nosotros no le hemos dicho nada! —exclamó Salva.

—¿Entonces?

—Yo no le he dicho nada —habló Ada—, pero he estado desayunando con ella esta mañana y quizá…

Le sonó el móvil. Me enseñó la pantalla: era ella. La insté a descolgar. Puso el altavoz.

—Hola, Regi.

—Ada, estás con ella, ¿verdad? Dime qué estáis haciendo aquí. Os he seguido, pero ha sonado una alarma horrible. Tengo miedo, y no pienso irme hasta que me cuentes algo.

Ada enmudeció, yo asumí que debía hablar yo.

—Regina, soy Roma. Voy a buscarte. Espera dos minutos.

—V-v-vale.

Me la encontré frotándose las manos como siempre hacía cuando estaba nerviosa.

—¡Roma! ¡¿Qué narices está pasando?! —exigió saber.

—Nada, Regina, estoy bien, de verdad.

—Llevas desaparecida dos semanas. ¿Qué ocurre? ¿Es por nuestra última conversación o… por algo de tu hermana?

—Es mejor que te vayas a casa y no sepas nada, hazme caso, por favor.

—Roma, me prometiste que no me mentirías, que seríamos amigas. Es el momento de demostrarlo —exigió con los ojos humedecidos.

Suspiré. Pensé que no ocurriría nada si le explicaba algunas cosas. Lo importante era mantenerla a salvo.

—Vale, ven conmigo —acepté, y me di la vuelta para que me siguiera—. Te contaré lo que hemos descubierto de mi hermana, pero no harás nada que te ponga en peligro.

—Obvio que no, Roma. Si sabes que yo no soy como tú.

—Para no ser como yo, has venido hasta aquí, loca —bromeé con una sonrisa.

—Tenía miedo de que te hubiera pasado algo —confesó.

—No, tranquila, todo está bien —la tranquilicé posando mi mano en su hombro. Nos estábamos acercando a nuestro destino y, entonces, recordé a Billy. Tendría que presentarlos. Sin razón, me puse nerviosa. No sabía si aquello se convertiría en un momento incómodo.

—Conocerás a alguien… inesperado —inicié mi explicación sin dar muchos detalles. No sabía cómo decirlo—. Alguien que me ha estado ayudando. Hace dos semanas descubrí que era un viejo… amigo. Un muy buen amigo —aseguré, mirándola a los ojos.

Ella arrugó el rostro, confusa. Pasamos el último árbol y nos detuvimos en la explanada.

—Ada y Salva están aquí —los señalé. Luego señalé a Billy con la mano—. Y él es… Bueno, se llama Florian, en realidad, pero yo siempre os he hablado de él como Billy.

Regina frunció el ceño y entreabrió la boca mientras me echaba un vistazo de soslayo. Luego paseó la mirada entre Billy y yo.

—No… No lo entiendo —confesó, con los ojos clavados en mí.

—Encantado —dijo Billy. Dio dos pasos al frente y le tendió la mano.

Regina lo miró y, tras sacar una mano del bolsillo de la chaqueta, se la apretó un segundo.

—Regina.

Lo soltó y retrocedió mientras se mordía el labio inferior. Estaba incómoda.

—Vamos a sentarnos —le dije. Ella me miró—. Hay muchas cosas que contar.

Entre todos la pusimos al día, tanto de la historia de Billy como de los avances efectuados en el caso de mi hermana. Eso sí, obvié el detalle de que había algunas dudas sobre si Milan existía en realidad. Regina, por su parte, no pronunció ni una sola palabra. Solo se quedó petrificada en el sofá, justo a mi lado, mirándonos a unos y a otros.

—Cuando has llegado, Billy iba a contarnos una novedad —terminé.

—Ya… —suspiró ella, aún confusa—. Vale, no quiero molestar, pero ¿puedo quedarme?

Yo sonreí y le acaricié la rodilla.

—Claro.

Luego miré a Billy y él reinició su discurso.

—He descubierto que el chip no está en el mercado. Es parecido a los New, pero no hay rastro de uno que pueda borrar o almacenar recuerdos… Sin embargo, sí que tengo claro que, como os comenté,

ha sido creado por la empresa Ilusion. Ahora sigo indagando en los recuerdos de León.

—Nosotros tenemos lo que nos pediste —advirtió Ada.

—Bien —aceptó Billy—. Lo utilizaré cuando sea necesario.

—¿Y cómo van los vídeos? —preguntó Salva. Se notaba que se esforzaba en hablarle de forma educada.

—Esta noche lo tendré ya.

Suspiré, resignada. Quería que todo avanzara más rápido, la incertidumbre me mataba.

—Preparemos la comida —propuso Ada.

—Y podríamos bañarnos en el lago —propuso Salva, sorprendiéndonos a todos. No era propio de él improvisar planes. Se levantó y me ofreció la mano—. Vamos, amiga, necesitas despejarte un poco.

Entonces comprendí que lo hacía más por mí que por él. Yo agarré su mano y acepté la propuesta.

Salva fue el primero en quitarse la ropa frente a todos. Seguía estando igual de bueno que cuando lo conocí, pero yo ya no podía mirarlo de otra forma que como a un hermano. Me desvestí tras él. Billy nos siguió. Regina y Ada dudaron.

—Venga, chicas —insistí.

Regina se quitó la chaqueta, dispuesta a sumarse.

—Yo voy a hacer la comida —murmuró Ada.

—Te ayudo —se ofreció Regina.

Las dos se marcharon mientras yo me bañaba con los chicos. Dos minutos después mis amigas regresaron.

—Hemos puesto el agua a hervir, pero Ada quiere deciros algo —explicó Regina, desvistiéndose.

Ada empezó a hablar, pero durante unos segundos solo pude fijarme en el cuerpo de Regina. Pronto, y por suerte, las palabras de Ada devolvieron mi atención a ella.

—Me cuesta quitarme la ropa por las cicatrices que me quedaron del accidente, pero quiero hacerlo. Al final, esto es lo que soy.

—¡Claro que sí, Ada! —grité, salpicando agua—. ¡Te queremos!

Ada se desvistió y entonces descubrimos que no exageraba. Tenía marcas por cada rincón de su cuerpo. Una gigante le cruzaba el costado derecho del abdomen, otra desde la ingle hasta la rodilla, y la más llamativa, la que descendía desde su cuello y terminaba en su ombligo.

Finalmente, las dos chicas saltaron al agua y juntos pasamos un buen rato. Ese momento sí me ayudó a despejarme. Tras unos minutos, Ada empezó con sus jueguecitos.

—Ahora que lo pienso, Roma, soy la única persona a la que no te has tirado de aquí, ¿no? —preguntó con una sonrisa pilla.

Yo fingí una mirada de desaprobación mientras me reía, pero finalmente asentí.

—Ordénalos del uno al tres, ¿cuál folla mejor?

Yo me eché a reír.

—¡Cállate! —gritó Regina salpicando a su amiga de agua.

Salva estaba tieso, en silencio, y Billy nos escuchaba con una sonrisa.

—¿No me vas a responder? —insistió ella, bromeando.

—Cada uno tenía lo suyo.

—¿En serio? ¿Vas a ser así de diplomática?

—Sí, pero escucha, si me lo preguntas porque quieres saber cómo folla Salva, puedes comprobarlo por ti misma —solté con una sonrisa

traviesa.

Esta vez fue ella la que me salpicó.

—No era eso, tonta. Era porque he pensado que soy la única que no ha tenido la fortuna de estar contigo… —bromeó, lanzándose a mí fingiendo desvanecerse en mis brazos.

—Eso podemos solucionarlo rápido —contraataqué, simulando querer besarla.

—¿Para que me rompas el corazón y me dejes como a ellos? —se sumó ella agarrándome del cuello.

Yo me aparté de ella, aparentando estar dolida. Los demás se reían a nuestro alrededor.

—Me gustaría matizar que a mí nunca me dejó —advirtió Billy con una media sonrisa juguetona.

Me miró y a mí se me escapó una risita.

—De hecho, creo que no me habría dejado nunca —añadió.

Esbocé una sonrisa sincera, pero no quise responderle que tenía razón, que a él no habría tenido ovarios de dejarlo nunca. No quise decirlo delante de Regina, me pareció cruel.

Poco a poco todos fueron saliendo del lago, y Ada y yo nos quedamos a solas. Vi que se fijaba en Salva. Era normal. Ese cuerpo atraería la mirada de cualquiera.

—Ahora sin bromas, ¿por qué no hacéis nada?

Ella me miró y negó con una sonrisa.

—Deberías intentarlo, decirle algo —insistí.

—No, Roma…, prefiero que no. Además, es tu ex. No puedo estar con el ex de una amiga.

A mí se me escapó la risa.

—Ada, joder… ¿Mi ex? La última vez que nos acostamos fue hace cinco años, borrachos, y al terminar nos sentimos rarísimos. No hemos vuelto a mirarnos así, te lo aseguro.

—¿A ti no te molestaría?

—¡Qué dices! —exclamé acercándome a ella—. A mí me haría muy feliz. Salva necesita a alguien como tú, que no sea tan intensa con todo. Necesita disfrutar un poquito más de la vida.

Ella sonrió y lo miró, pero muy pronto perdió la sonrisa de nuevo.

—A veces me gustaría, pero luego lo pienso y me doy cuenta de que es mejor dejarlo estar. Es duro, pero es así —suspiró—. Cuando me ofrecieron este cuerpo, acepté que jamás podría rehacer mi vida tal y como la conocía. En cualquier momento me podrían llamar para acudir a la guerra o cualquier mierda que se les ocurra, y entonces no podré volver nunca. Cuando acepté, compré mi libertad física, pero a la vez mi prisión emocional, y es algo con lo que tengo que vivir —concluyó, resignada.

No me atreví a decir nada. Ella salió del lago en silencio y yo la seguí. En la caravana me metí en la habitación para cambiarme, pero me encontré a Regina secándose el pelo.

Ella me miró de reojo mientras yo rebuscaba entre mi ropa.

—¿Quieres decirme algo? —pregunté con una sonrisa.

Tardó unos segundos, pero al final soltó lo que le estaba reconcomiendo las entrañas.

—Es cierto que a él no lo habrías dejado nunca, ¿verdad? —preguntó, sorprendiéndome. Me erguí y enmudecí. ¿Qué podía responder ante esa pregunta? ¿Era un ataque o curiosidad?—. No hace falta que respondas porque ya sé la respuesta… —Hubo un

silencio. Suspiró y continuó—: ¿Cómo llevas lo de reencontrarte con el amor de tu vida?

—Eh… —dudé. Tantas preguntas extrañas me impidieron pensar con claridad.

—Me refiero a Billy.

Se me escapó una risita.

—¿De qué te ríes? —espetó.

—Menos mal que lo has aclarado, pensaba que te referías a ti —respondí, sarcástica.

—Para eso primero tendrías que haber estado enamorada de mí alguna vez.

La noté molesta. Me aseguré de que la puerta estuviera cerrada antes de hablar.

—¿Crees que no estuve enamorada de ti?

—Si lo hubieras estado, no habrías hecho lo que hiciste —me atacó.

—Piensa lo que quieras, pero sí que me enamoré de ti.

Ella me miró con incredulidad.

—Es cierto —me reafirmé.

Ella negaba con la cabeza. No me creía, y no la culpo por ello.

—Te voy a contar algo —dijo, sorprendiéndome de nuevo—. Después de que me bloquearas, estuve un año trabajando y ahorrando para comprar un vuelo a Barcelona y quedarme a vivir con vos. Era lo único que quería. No quería estar en Argentina con mi familia mientras tú estabas aquí. Pensaba que me querías, pero que no te atrevías a dar el paso. Así que llegué a la conclusión de que, si tú no podías dejar tu vida por mí, yo sí era capaz de dejar la mía por vos. Creí que, si volvía, querrías estar conmigo, y cada día

iba a trabajar pensando que estábamos hechas para estar juntas…, que no encontraría a otra persona como tú… —Me miró a los ojos. Yo estaba a punto de deshacerme allí mismo—. Por suerte, cuando conseguí el dinero conocí a Sara en el hospital y ella me mostró la realidad. Que llevaba un año enamorada y haciendo el estúpido por una persona que no me quería y a la que le importaba una mierda.

—No es verd…

—Cállate —me interrumpió—. Esta historia tiene un final feliz. —Me crucé de brazos, molesta y dolida—. Todo ese dinero que ahorré me sirvió para tener a mi hijo. Siempre había sido mi sueño, así que gracias a ti lo logré antes de lo esperado. Te doy las gracias.

Yo quería decir algo, pero no sabía el qué.

El sonido de la puerta nos sobresaltó y cortó nuestra conversación.

—Salid. —Era Billy—. Creo que podemos tener algo.

32

MILAN DELMER

¿? de ¿? de 207¿?

Trece días habían pasado desde que ella se marchó. Trece días en el jodido infierno. Los dolores no cesaban, la soledad iba en aumento, y las pesadillas se habían vuelto constantes. Soñé cada noche con ella, con su pérdida. Mi vida en aquel lugar había perdido el sentido. Ya no sabía qué esperar del futuro.

De nuevo, como cada mañana, me detuve frente a la puerta del ojo.

Respondí a todas las preguntas sin un ápice de entusiasmo, como si me hubiera convertido en un robot.

—Edad.

—Creo que once.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en este sitio asqueroso.

—¿Cómo te llamas?

Abrí la boca para responder y, por primera vez, dudé. Una parte de mí sabía que tenía algún otro nombre, pero no sabía porque no podía recordarlo.

—¿Sol…? —pregunté en un susurro casi imperceptible.

—Tu nombre real.

—Mi nombre real —repetí. Me quedé mirando aquel ojo que en realidad era una cámara con forma ovalada. Entonces, por fin, lo recordé. No era tan difícil. Imaginé que fruto de la tristeza y los dolores de cabeza me había confundido, pero finalmente respondí—: R9.

Sonó un pitido que nunca antes había escuchado.

—Fase 5: completada —dijo la voz de María.

De pronto, y para mi sorpresa, la puerta no se abrió, pero escuché un ruido a mi espalda. Me giré y vi el hueco de una puerta secreta.

—R9, sal por esa puerta.

Tuve la tentación de preguntar qué había al otro lado, pero no lo hice porque quería descubrirlo por mí misma. Era la única forma de saber qué ocurría después del patio. Crucé la puerta soñando con la muerte, soñando con Marte.

Muy pronto comprendí que eso no era lo que me aguardaba. Un guardia armado, de los que ya conocía, me señaló el pasillo para que continuara caminando y yo obedecí. Al llegar al final, abrió la puerta.

Por inercia me cubrí los oídos. Allí había demasiado ruido desconocido.

—Tira. —Me empujó el guardia.

Caminamos hacia un camión. Pasé por su lado y vi un logo de una hormiga con una casa encima. Giré a la derecha y vi a otras niñas subir por la rampa hacia el remolque. Las conocía del patio.

—¿Adónde vamos? —me preguntó una de ellas, temblando.

Yo no respondí. No tenía la respuesta, pero tampoco tenía miedo. Todo lo contrario. Tenía la esperanza de encontrarme con Marte allí donde fuéramos.

—Cada una dentro de un cubículo —ordenó el guardia.

Me metí en el más cercano. Era un espacio pequeño y circular de color gris. En cuanto entré, la puerta se cerró detrás de mí y el ruido se esfumó. Aquel espacio era compacto y hermético.

Poco después noté que nos movíamos, y no recuerdo cómo, pero, ahí de pie, sucumbí de pronto a un sueño profundo e incontrolable.

33

ROMA DELMER

14 de julio de 2097

Regina fue la primera en largarse a desgana. Yo me puse una camiseta y salí.

Nos sentamos en el sofá y Billy encendió el televisor para reproducir los vídeos. En la pantalla vi reflejado el rostro de mi hermana, o el mío. En aquel momento aún no tenía respuestas.

—Tras juntar todos los vídeos en los que sale Milan, la IA ha creado un archivo que dura horas. Los he revisado por encima y hay algunos detalles interesantes.

Billy se sentó a mi izquierda con el mando en la mano. Regina estaba a mi derecha. Ada junto a ella y Salva en la otra esquina. El primer vídeo se reprodujo ante nosotros. Todo lo veíamos desde la mirada de León, así que la mayoría de las imágenes no eran del todo nítidas. Aun así, vimos cómo el grupo de niños bajaba de una furgoneta para subirse a otra. Era justo lo que salía en las fotos. Nadie se atrevió a comentar nada.

Billy avanzó hasta detenerlo en una imagen donde se apreciaba la gran casa. Pronto descubrimos que aquellos niños vivían en buenas condiciones. Parecía, incluso, que estaban en un casal de verano pasando unas agradables vacaciones con sus amigos. Billy dejó un

fragmento en el que Milan jugaba con otros niños al fútbol, aunque era bastante patosa.

—Escuchad esto —advirtió Billy.

Los niños jugaban hasta que Milan cayó al suelo y se llevó un golpe.

—¡R9! ¿Estás bien?

—Sí —respondió Milan.

Billy detuvo de nuevo la imagen y nos miró.

—Tal y como imaginábamos, tienen nombres formados por una letra y un número. Cuando escribían en los árboles se referían a ellos mismos. Le he pedido a la IA que descubra el nombre con el que denominaban a cada uno de los niños. Lo que sí está claro es que a Milan la denominaban R9, aunque hay una niña en concreto que la llama Sol.

Aguardamos en silencio.

—Pero sigamos… Hay más cosas…

Las imágenes se sucedían aceleradas ante nuestros ojos. Vi a León mirándose al espejo. Se lavó la cara y luego acarició la cicatriz profunda que le adornaba el rostro desde la oreja hasta la nariz. Después levantó el puño y la imagen se resquebrajó.

—¡Para! —pedí. Billy obedeció—. ¿Se ha cargado el espejo?

Billy retrocedió el vídeo para volver a reproducir aquel momento. León se miró en el espejo repleto de furia y pagó toda su frustración contra su propio reflejo.

—El chico estaba jodido. Hay bastantes imágenes de él hiriéndose a sí mismo —explicó Billy—, pero no es solo eso. Estaba obsesionado con conocer su pasado. Creo que era de los pocos que era consciente de que les habían hecho algo. Mientras la mayoría

disfrutaba y vivía como si esa hubiera sido su vida desde siempre, él sabía algo…

—¿Y Milan? —pregunté.

La nuez de Billy subió y bajó al tragar saliva.

—A eso ya llegaremos, pero, por lo que he visto, ella intentaba quedarse aparte cuando hablaban del tema. Quien sí se inmiscuía era… —Billy adelantó las imágenes hasta detenerse en la imagen de una niña pelirroja—. La llamaban E7, aunque Milan la llamaba Marte, y era… No sé cómo decirlo… Su mejor amiga. No sabría…

—¿De Milan? —lo interrumpí.

Billy asintió y le dio al play. Frente a nuestros ojos vimos a Milan y E7 paseando por el bosque de la mano. Muy cercanas. Billy avanzó más hasta detenerse en un vídeo en el comedor. Estaban comiendo. León estaba en una esquina de la mesa, al otro lado de ellas. Todos concentramos la mirada en la pantalla.

El corazón se me detuvo. De nuevo, la duda de la existencia de mi hermana. Aquellas imágenes no ayudaban para nada.

Primero miré de reojo a Ada y Salva, que permanecían serios y erguidos en su sitio. Entonces mis ojos se posaron en Billy, que observaba la pantalla. Tenía el ceño fruncido y los ojos alicaídos. Entonces, lo entendí. Estaba dudando. Por primera vez, él también dudaba de si aquella niña que salía en la pantalla era Milan… o si era yo.

Escruté la pantalla de nuevo y volví a fijarme en la imagen para confirmar que era cierto. Milan y E7 se besaban en los labios y, hasta donde yo sabía, a mi supuesta hermana nunca le habían gustado las chicas.

34

MILAN DELMER

29 de agosto de 2074

Desperté plácidamente en un lugar con una temperatura agradable. Descansaba sobre un colchón blandito y entraba una luz agradable por la ventana. Necesité dos segundos para acordarme de mi último recuerdo antes de dormirme. Al principio imaginé que estaba de vuelta en la habitación blanca, pero muy pronto caí en que allí no tenía ventana que dejase pasar la luz.

Abrí los ojos de golpe al tiempo que me incorporaba. Me descubrí en una sala grande con multitud de camas a mi alrededor. Todas ellas ocupadas por niñas, las demás R. No entendía nada, pero tuve una primera buena impresión de aquel lugar.

Bajé de la cama con cautela para no despertar a ninguna y caminé de puntillas hacia la puerta cerrada. Fue entonces cuando escuché unos gritos provenientes del exterior. Corrí hasta la ventana, la abrí y saqué la cabeza para averiguar de dónde provenían esas voces y a quiénes pertenecían. Primero vi manchas en la lejanía, parecían niños. Muy pronto, entre ellos, distinguí un par de rostros conocidos, eran un par de P que había conocido en el patio meses atrás.

Entonces caí. P. Marte. Ella podía estar allí.

Lo del silencio pasó a un segundo plano. Empecé a correr en dirección al jardín con el corazón latiéndome a mil revoluciones. Crucé el pasillo, luego una especie de comedor y llegué a la puerta exterior. La abrí de un empujón.

Crucé el umbral y todos me miraron. Allí había multitud de niños y niñas. Vi acercarse a un hombre calvo con las manos levantadas, en son de paz.

—Tranquila, tranquila… Estás a salvo… —Trató de tranquilizarme con voz suave.

Lo ignoré. Escaneé el jardín buscándola hasta que, de entre un grupo de niñas, distinguí su cabellera naranja, que resaltaba en el entorno.

—¡Marte! —grité. Se me humedecieron los ojos y sentí como si una luz de alegría se hubiera encendido en mi pecho.

Ella sonrió de oreja a oreja, pero no parecía sorprendida.

Eché a correr y un segundo después ella me imitó. Al encontrarnos, chocamos y caímos al suelo de la emoción. Nos revolcamos mientras nos abrazábamos y reíamos.

—¡Sol! ¡Ya estás aquí conmigo, ya estás aquí!

Nada tenía sentido para mí, pero me era suficiente con estar con ella.

Después de la montaña de emociones, cuando ya logré tranquilizarme, me sentaron en una de las mesas del agradable jardín para explicarme qué hacía allí.

—Hola, cariño —empezó el hombre calvo, de nombre Víctor. Marte estaba a mi lado, agarrándome la mano—. Imagino que ahora debes

de tener miedo, pero aquí estás a salvo. Todos lo estáis.

Miré al hombre que estaba a su lado. Él era todo lo contrario a Víctor; era pequeño y tenía una coleta que le llegaba hasta media espalda. Ese hombre asintió con una sonrisa amable, como si quisiera hacerme sentir en casa.

—Él es Pau —explicó—. Es mi marido, y es el doctor. Si en algún momento te encuentras mal, solo tienes que decírselo a él, ¿lo entiendes?

Volví a mirarlo y asentí con miedo, aún expectante por lo que pudiera esperar de ese lugar.

De pronto, percibí que me observaban en la lejanía. Miré de reojo. Vi a un niño de mi edad. Me contemplaba fijamente.

—Nos resulta muy difícil explicar por qué estáis aquí —habló de nuevo Víctor—, pero puedo asegurarte que nuestro objetivo es manteneros a salvo y que disfrutéis. Muy pronto trataremos de llevaros a todos de vuelta a casa. ¿Qué recuerdas de tu hogar?

Yo dudé. Miré a Marte para saber si debía responder. Ella me apretó la mano y asintió.

—Pues… era… Era blanco. Dormía en una habitación blanca y… había un patio.

—Vale —respondió Víctor, apretó los labios y resopló. Percibí algo de decepción en su expresión—. Mira, R9, eso no importa ahora. Puedes ir a jugar. E7 te lo enseñará todo. Ella ha insistido mucho para que tú estés aquí.

—¿Sí…?

—Sí. —Sonrió él.

—Sin duda, es la que más ha luchado para que te trajésemos —intervino Pau por primera vez.

Miré a Marte y nos sonreímos.

—En fin… —Los hombres se levantaron y yo, por inercia, también lo hice—. Comeremos en una hora. Bienvenida a casa —concluyó, apoyando su mano en mi hombro.

Ambos se alejaron y Marte me abrazó de nuevo, emocionada. Me enseñó todas las habitaciones, la cocina, el comedor y su lugar favorito, el jardín.

—Mira el sol —dijo señalando al cielo.

Yo me emocioné al verlo de nuevo. Aunque solo recordaba haber vivido en el patio, dentro de mí, en un rincón recóndito de mi mente, me acordaba de esa imagen. Sabía que la había visto en algún lugar, solo que no recordaba dónde.

—Gracias por pedir que me trajeran aquí —le agradecí.

Ella tenía mi mano envuelta entre las suyas. Sus ojos estaban húmedos, a punto de llorar.

—He rezado a Dios todas las noches para tenerte aquí conmigo —confesó—. Él ha cumplido mis deseos.

Fui a responderle, pero una voz nos interrumpió.

—Hola.

Ambas nos volvimos y vimos salir a un niño de detrás de un árbol. Lo reconocí al instante. Era el que me había estado observando antes.

—Vete, P8 —espetó Marte, de pronto.

—Yo solo… Solo quiero preguntarle… —Él se acercó y distinguí en su rostro una cicatriz profunda desde su oreja hasta la nariz.

—No quiere responderte —lo cortó Marte, de nuevo.

P8 la ignoró y caminó hacia mí con los ojos abiertos como platos.

—Por favor, dime qué recuerdas —suplicó—. Qué recuerdas de tu casa.

—Yo…

P8 logró alcanzarme la mano mientras Marte trataba de separarnos.

—¡Déjala!

—Dime qué recuerdas, por favor… —insistió él, apretándome la muñeca.

—No… No lo sé… Era todo blanco y había un jardín… —respondí, confusa. No tenía miedo, más bien me sentía extraña con su actitud.

—Eso no. Eso no era tu casa, la de antes, la de antes de todo —continuó él. Marte seguía tratando de separarnos, pero entonces él dijo algo que me hizo pensar—: ¿Recuerdas a tus padres? ¿A tus hermanos? Tu familia.

«Mi familia», repetí en mi cabeza. Sabía que esa palabra tenía un significado muy grande y que, muy dentro de mí, había algo importante que había olvidado. No tuve tiempo de seguir dándole vueltas a la pregunta porque Marte empujó a P8 y logró separarlo de mí.

—Vamos, Sol, vamos —pidió ella arrastrándome—. P8 siempre está con lo mismo. Da miedo.

Yo miré hacia atrás, dejando a aquel niño triste y solo. Sentí que, en realidad, él y yo teníamos más en común de lo que a Marte le habría gustado. Por primera vez, sentí que debía esconderle un secreto a mi mejor amiga.

Sin embargo, muy pronto me olvidé de esa conversación y disfruté de aquel lugar idílico donde podíamos jugar, dormir, bañarnos, comer y ser libres.

Aquella noche terminé exhausta. Me metí en la cama y vi en la mesilla un despertador digital con una hora y una fecha: 29 de agosto de 2074. Después de mucho tiempo, sabía qué día era. Pensé en que ya tenía once años y medio.

Me preparé para dormir, ya con las luces de la habitación apagadas, pero entonces alguien abrió la puerta. Distinguí su pelo.

Ella se acercó de puntillas hasta mi cama y se sentó junto a mí.

—¿Quieres que duerma aquí? —preguntó en un susurro.

—¡Claro! —respondí, emocionada.

—¡Shhh! —me mandó ella callar entre risas.

Marte se tumbó a mi lado y yo la abracé. Nos acurrucamos y por fin cumplimos nuestro sueño de dormir juntas. Lo mejor es que esa fue la primera de muchas noches.

35

ROMA DELMER

14 de julio de 2097

—¿Recuerdas si a tu hermana le gustaban las chicas? —preguntó Salva.

—Pues… en el último recuerdo que tengo de ella no, pero teníamos diez años…

Entonces nos miramos entre los cuatro, en silencio y cómplices, sabiendo que todos nosotros compartíamos un mismo pensamiento.

—¿Por qué os ponéis así? —intervino Regina, que no comprendía nuestra preocupación—. Le gustaba una chica, bien, pero ¿en qué afecta esto a la investigación?

No pude mirarla. No podía mentirle, pero tampoco contarle la verdad.

—Realmente en nada —mintió Billy para salvarme—. Nos quedan varias horas por visionar, así que nos lo tomaremos con calma… Podríamos turnarnos para ver si logramos sacar algún tipo de información que pueda sernos útil.

—Vale —acepté.

—Tú no —me contradijo Billy—. Lo haremos Salva, Ada y yo. No es bueno para ti.

—No —repliqué incorporándome en el sofá. Lo miré a los ojos—. Después de tantos años preguntándome dónde está mi hermana, ahora que tengo unos vídeos que me permiten ver por lo que pasó, ¿de verdad crees que no lo voy a hacer?

Los dos continuamos mirándonos hasta que él esbozó una sonrisa orgullosa que me contagió.

—Bien —aceptó—. Por un lado, tenemos el metraje y, por otro, a la empresa Ilusion y sus chips de la gama New. Salva, Ada, ahora necesito toda la información que os pedí. Es importante saber si realmente fueron ellos quién crearon este chip y, si así fue, para quién lo hicieron. Así, lo más probable es que demos con los monstruos que están detrás de todo esto y, con suerte, sabremos qué ocurrió con estos niños y niñas.

Así lo decidimos.

Regina y yo nos dedicamos a ver horas y horas de metraje. La mayor parte del tiempo solo aparecían niños y niñas jugando, comiendo o en clase. El único descubrimiento de aquellos primeros días fue que convivían con dos hombres que eran pareja, Víctor y Pau, y con la hermana del segundo, de nombre Júlia, profesora de todas las asignaturas.

Fue muy extraño para mí, pues cada vez que veía a Milan desde los ojos de León, analizaba cada uno de sus movimientos para tratar de diferenciarla de mí. Solo buscaba razones que me hicieran creer de nuevo que sí había existido y que no era yo la que aparecía en esas imágenes.

Regina, por su parte, no se percató de nada. Los primeros días, tras nuestra última conversación un tanto incómoda, apenas hablamos. Después decidimos olvidarla y seguir adelante. Recuerdo

que cada noche ella se iba a casa y yo me quedaba en la caravana con la excusa de seguir viendo vídeos. En realidad, aprovechaba las noches para jugar a *Ciudad Paraíso* o para pasar ratos con Billy. Cada vez estábamos más unidos, pero las llamadas a escondidas también me quemaban más.

Aun así, decidí seguir adelante y confiar en él.

Por su parte, Salva y Ada se pusieron los trajes de policía y, junto con Billy, hicieron una investigación exhaustiva sobre Ilusion. Gracias a ellos descubrimos cada detalle de la vida de los gemelos Godoy: Guy y Orlando, hijos de Fred Godoy, el dueño de la empresa. Eran ingleses, pero su abuelo paterno era español, así que pasaban mucho tiempo aquí. Altos, rubios y desagradablemente perfectos. Sin embargo, nada era cierto en ellos: operaciones estéticas, implantes tecnológicos, modificaciones biológicas… Todo con el objetivo de lucir como avatares perfeccionados de sí mismos.

Sin que Ada y Salva se enteraran, Billy había intentado hackear sus móviles y ordenadores, pero le fue imposible. Por primera vez, se le resistía algo. El sistema de seguridad de todos sus aparatos electrónicos era tan rebuscado que terminamos por asumir que no habría más remedio que lanzarse a la acción. Y yo era experta en eso.

Sabíamos que en dos semanas harían un evento (no pudimos averiguar de qué trataba ni para qué lo hacían), pero pensamos que sería la ocasión perfecta.

—Infiltraremos a un raso, Ada y yo no podemos entrar porque los ojos nos delatan —explicó Salva.

—¿Qué es un raso? —preguntó Regina, curiosa.

—Los peones de la policía —respondió Billy por Salva.

—No son peones —replicó él. Miró a Regina para explicárselo—. Los rasos son los policías comunes, aquellos que no han sufrido modificaciones de ningún tipo y los únicos que pueden trabajar como policía secreta. Son tan necesarios como todos los demás.

—Nadie dice que los peones no sean necesarios en el ajedrez —murmuró Billy con ganas de guerra.

Salva fue a replicar de nuevo, pero Ada lo detuvo.

—Ya.

Él aceptó y continuó con su explicación:

—Pues eso. Infiltraremos a un raso a ver qué averiguamos.

—Yo quiero ir —intervine.

Todos me miraron.

—De hecho, voy a ir, me da igual lo que digáis.

—Tú no irás a ninguna parte —replicó Salva.

—Es un evento privado. Si consigo entrada, no podrás evitar que me presente en ese sitio.

Salva miró a los demás, pidiendo refuerzos.

—Si te soy sincera —habló Regina—, hará lo que le dé la gana, así que es mejor que lo preparéis todo asumiendo que ella irá.

A mí se me escapó una sonrisa triunfante.

—¿Y tú no piensas decir nada? —preguntó Salva a Billy.

—Que yo también iré con ella —sentenció la conversación.

Tardamos tres días en descubrir dónde se llevaría a cabo el evento y saber qué necesitábamos para entrar. Lo más difícil fue conseguir una invitación. Billy se encargó de ello, aunque hasta un día antes no la tuvimos. Aprovechamos el resto del tiempo para crearnos un perfil falso con el que presentarnos. Apenas teníamos información de qué nos encontraríamos allí, pues el secretismo era total. Lo que sí

sabíamos era que en ese tipo de fiestas se utilizaban tecnologías ilegales que no habían salido o, mejor dicho, no podían salir al mercado. Era como un mercado negro de chips chungos. Sin embargo, lo que más llamó nuestra atención fue uno de los requisitos que pedían para asistir: análisis de sangre en los que se demostrara que no tenías ninguna enfermedad.

36

29 de julio de 2097

El policía raso, Billy y yo nos infiltramos en la fiesta privada que tenía lugar en una casa de Antiga Barcelona.

Billy y yo llegamos en moto. El policía raso entró por su lado sin saber de nuestra existencia. Ada, por su parte, estaba a dos calles, aguardando por si tenía que actuar. Por último, Salva se había quedado en la caravana con Regina vigilando todas las imágenes. Tenían tres pantallas con tres visiones distintas: la del policía raso, la de Billy y la mía. Todos llevábamos incorporadas videolentillas para grabar, pero también por nuestra propia protección. Si sucedía cualquier cosa, Salva avisaría y Ada acudiría al rescate.

Al quitarnos el casco, Billy se cubrió el rostro con una braga que le tapaba hasta la nariz. Luego se puso una gorra. Aunque estuviéramos en Antiga y apenas hubiera cámaras de videovigilancia, y mucho menos con reconocimiento facial, él seguía inseguro, siempre cubriéndose las espaldas.

En la puerta de la casa adosada en medio de la ciudad, mostramos nuestros QR para entrar. Nos dejaron pasar. En el interior, un hombre nos recibió.

—Pueden descubrirse, como saben, este es un lugar seguro.

Billy dudó, me miró, pero finalmente dejó su rostro al descubierto. Él hombre esbozó una sonrisa gigante de dentadura con fundas

plateadas. Me pareció horrible. Luego se giró y vi una serie de aparatos extraños a su espalda. Cuando se giró de nuevo, descubrí que se trataba de un casco plateado con una especie de cola metálica que le nacía desde la nuca.

—Acércate —pidió primero a Billy. Él acató órdenes. —Quítate la camiseta. —Así lo hizo—. Ahora date la vuelta. —Billy se giró y el hombre le colocó el casco en la cabeza. La cola metálica cayó por su espalda y se pegó a su columna vertebral.

De pronto, vi cómo su mirada mutaba a otra mucho más relajada. Dejó de estar tenso, como si lo hubieran liberado de un gran peso.

El hombre tomó una capa del montón que tenía al lado y con ella cubrió a Billy. Luego me miró a mí.

—Es tu turno.

Yo me acerqué, dubitativa, con la mandíbula tensa y los músculos agarrotados. Solo me tranquilizaba que Salva y Ada estaban al otro lado.

—Quítate la camiseta. No hace falta el sujetador.

Mordiéndome el labio, cumplí. Lo primero que noté fue el frío del metal rozando contra mi piel. El casco se acomodó en un instante a mi cabeza, y luego la cola se pegó a mi espalda. Un segundo después, todo cambió.

Es difícil explicar esa sensación, como es difícil explicar el efecto de las drogas si nunca las has experimentado en tus carnes. Yo, que me había drogado en decenas de ocasiones, era incapaz de ponerle nombre a lo que sentía en ese momento, pero si tuviera que resumirlo en pocas palabras sería que te daba unas ganas irrefrenables de follar. Pero con irrefrenables me refiero a que parecía no existir otra cosa en el mundo.

Billy y yo cruzamos la puerta de un empujón mientras nos liábamos como dos salvajes. Sus besos, sus manos, su cuerpo, todo quemaba. Ardíamos a una temperatura casi inhumana, o esa era la sensación que yo sentía en aquel momento. Caímos al suelo y me senté encima de él. Empecé a quitarle los pantalones cuando escuché un susurro en la lejanía. Ignoré ese sonido y continué. Deslicé la lengua desde sus pectorales hasta su ombligo. Lo miré. Tenía una sonrisa diabólica, y me encantaba.

Continué bajando.

—¡Roma, joder! —De pronto escuché una voz nítida.

Me detuve un segundo a tratar de distinguir de quién se trataba.

—¡Roma! ¡Roma! Soy Salva, tenéis que parar, tenéis que parar.

Salva. Una parte diminuta de mi cerebro empezó a recordar. Levanté la vista y vi que nos encontrábamos en una sala diáfana de paredes oscuras y techos altos. En el suelo había camas y sofás de colores rojizos y lo más desagradable: hombres y mujeres desnudos se acostaban unos con otros, sin filtros ni barreras, pero con el cacharro ese en la cabeza.

—Roma, tienes que pensar —continuó hablando Salva.

Volví a mirar a Billy. Su mirada era como la de un animal. No quería resistirme a él, pero sabía que no habíamos venido allí a eso. Billy se incorporó y me besó de nuevo. No pude parar.

—¡Roma, para! —exigió una voz femenina.

Abrí los ojos de par en par, era Regina. Dejé que Billy me besara el cuello, entregándome al placer.

—Regina, ¿estás aquí? —pregunté, jadeante.

—Roma, recuerda. Estás en esa fiesta para investigar el caso de tu hermana.

Mi hermana. Aparté a Billy de golpe. Lo miré. Su cuerpo parecía latir, veía la sangre bombeando por sus venas y el sudor que se dispersaba por su cuerpo hasta hacerlo brillar.

—No sé qué cojones es eso que os han puesto en la cabeza, pero os está controlando. Tenéis que parar. Tienes que quitártelo.

Al mismo tiempo que ella hablaba, Billy se desprendió de los pantalones y se bajó los calzoncillos hasta las rodillas. Me costaba respirar al verlo desnudo frente a mí. Él se acercó, me agarró de la cintura y me pegó a su cuerpo. Yo me dejé controlar. Fue quitándome los pantalones mientras me besaba los pechos.

—¡Joder, Roma, por Dios! —gritó Salva.

—Roma, para. Quítate el caso, quítatelo, vamos… —insistió Regina, manteniendo la calma.

Miré abajo y vi a Billy besándome la zona baja de mi barriga. No quería sacarme ese puto casco.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Regina? —pregunté con una sonrisa juguetona mientras agarraba a Billy del cabello.

Hubo unos segundos de silencio, hasta que ella habló de nuevo.

—No pienso ir a ningún lado, estúpida —gruñó al otro lado. Me erguí, sintiendo algo distinto—. Pensaba que eras fuerte, pero eres débil, cobarde y egoísta. Tíratelo y abandona a tu hermana, eso es lo único que sabes hacer.

El calor se detuvo durante un instante y me invadió la rabia.

—¡Cállate! —grité.

—No me voy a callar —continuó—. Eres una egoísta y tu hermana merecía alguien mejor. Tu hermana merecía quedarse.

—¡¿Por qué me haces esto?! ¡¿Por qué?! —grité. Tenía un nudo en el estómago y una presión asfixiante en el pecho.

—Todo te lo haces tú con tus actitudes. Sigues siendo la misma. No te importa nadie, solo tú y tus deseos.

—¡No es verdad! —Rompí a llorar.

—¡Sí lo es!

—¡No! —Me lancé al suelo con Billy encima de mí—. ¡No soy así!

—Demuéstramelo entonces.

—¡¿Cómo?! ¡Dime cómo! —supliqué, sollozando y oprimiéndome los antebrazos contra el pecho.

—Quítate el casco, Roma. Quítatelo y volveremos a creer en ti.

—Vale…, vale…

Lentamente levanté los brazos con dificultad y empujé el trozo de metal. Escuché un sonido hueco, luego un golpe, y volví a ser yo.

Pude respirar de nuevo, sentir con sentido y ver con claridad. Tenía a Billy encima y ambos estábamos desnudos. Me apresuré a retirarle el casco y, cuando lo hice, sus ojos me miraron asustados.

—Roma, lo siento.

—Tranquilo, tranquilo… —susurré, abrazándolo.

—¿Te he hecho daño?

—No. Estamos bien. Estamos bien. Vistámonos.

Nos escondimos tras una columna para vestirnos. Distinguí a los gemelos entre los cuerpos mezclados. Aunque tenían treinta años, se habían retocado tanto que lucían como chicos de veinte. Tenían un cuerpo perfecto y facciones sin rastro de arrugas. La realidad es que parecían robots.

—Quizá estas imágenes son suficientes para sonsacarles algo —propuse—. Si les amenazamos con sacar esto a la luz, seguro que nos dicen lo que queremos.

—Eso es ilegal, Roma —replicó Salva.

Miré a Billy, resignada, mientras terminaba de abrocharme el pantalón.

—Además, hoy en día cualquier vídeo puede falsearse —explicó Billy—. Nadie creería que son imágenes reales.

—¿Qué hacemos entonces?

—Tengo que… Tenemos que conseguir algo de esos… —dijo Billy señalando a los gemelos—. Podríamos ponerles las videolentillas a ellos, o los intercomunicadores para escucharlos. No lo sé. No sé cuánto tardarían en darse cuenta, pero quizá nos serviría para ver o descubrir algo.

—Pero ¿qué quieres descubrir? —intervino Salva de nuevo—. No puedes meterte en sus móviles ni cosas de esas que haces tú. Debéis lograr sonsacarles la información a ellos directamente.

—Salva —lo corté—. Sé cómo eres, pero haz como hace seis años y tápate los ojos y los oídos. No tenemos tiempo de ser legales.

Escuché un bufido, pero ninguna réplica al otro lado.

Ya vestidos, caminamos hacia los gemelos a través del pasillo de columnas. Ellos estaban bajo la luz, nosotros en la penumbra, lo que nos permitía un poco de intimidad para elaborar un plan.

—Solo tengo que ir y colocarle esto —repitió para sí mismo Billy, autoconvenciéndose mientras sujetaba las videolentillas y el intercomunicador.

—Sí. ¿Crees que se darán cuenta si vas sin casco?

—No lo sé. —Sacó la cabecita de detrás de la columna para verlos mejor. Su pecho se hinchaba y deshinchaba, y le costaba respirar.

—¿Qué ocurre, Billy?

—Ocurre que… —Tomó aire, pero cada vez se ahogaba más. Apoyó sus manos en sus rodillas para respirar—. ¿Y si ellos también

tienen videolentillas? ¿Y si… reconocen mi rostro?

Comprendí entonces su miedo. Parecía indefenso. Pensé que era irónico, porque cuando lo conocí era un adulto en el cuerpo de un niño, y en ese momento era un niño en el cuerpo de un adulto.

—No sé si puedo… —confesó, ahogándose y casi rompe a llorar.

—Tranquilo, lo haré yo —dije, quitándole los aparatos de la mano.

—No. —Él me apretó las manos—. No puedo dejar que lo hagas tú.

—Claro que puedes —dije con voz suave. Poco a poco logré cogerle los aparatos que tenía—. No te preocupes, yo lo haré. Está bien.

—Soy un fraude —sollozó—. Soy una mentira y un cobarde.

—Basta, para ya —exigí. Me agaché a su altura y le levanté la barbilla para que me mirara. Entonces me observó y le dije lo que siempre había querido decirle—: Eres todo lo contrario a un fraude. Gracias a ti tuve una oportunidad en la vida. Tú me has salvado, y no sé qué te ha ocurrido estos años, pero sé lo que hay en tu corazón. No eres un cobarde, al contrario, eres la persona más valiente que conozco. Ahora, solo déjame hacer algo por ti.

Por fin empezó a recuperar la respiración. Yo le sonreí para tranquilizarlo. Se incorporó y yo lo hice con él. Nos abrazamos hasta estrujarnos.

—Estaré aquí —prometió—. Si ocurre algo iré, no tengas dudas.

—Tranquilo por eso, chavalín —intervino Ada por primera vez—. Para hacer de superheroína ya estoy yo. Roma, no temas, estamos aquí.

—Gracias, Ada. —No niego que me tranquilizó tenerla tan cerca.

—Recuerda decir la palabra «tierra» cuando quieras que intervengamos —me recordó ella.

—Vale. No hagáis nada hasta que dé la señal —avisé.

Solo obtuve un silencio como respuesta. Entonces, aún con miedos y dudas, me acerqué a los cuerpos desnudos. Esquivé a los primeros, en dirección a mi objetivo, hasta que una mano femenina me detuvo.

—¿Qué haces vestida?

La miré. Era una chica preciosa.

—¿Y tu casco?

Descendí la mirada. Lo tenía en la mano por si no tenía más remedio que utilizarlo.

—Tienes que ponértelo.

—Yo…

Ella colocó su dedo índice en mis labios para que me callara.

—Te echarán si no te lo pones —susurró, quitándomelo de la mano—. Confía.

Yo la dejé hacer, porque sabía que no existía otra opción. Esa vez, pensé, al menos ya estaba preparada para lo que venía después. Pensé que serviría de algo, pero no fue así.

—Joder… —susurré al sentir la presión de esa máquina—. Otra vez.

La chica empezó a besarme el cuello y terminó en mis labios. Hacía mucho que no besaba a una mujer y recordé lo distinto que se sentía. La suavidad y la delicadeza me envolvieron de nuevo.

—Recuerda, Roma, recuerda —me advirtió Salva.

Me aparté de sus labios. Miré ese rostro esculpido por los dioses y, con gran esfuerzo, continué mi camino.

Llegué hasta los gemelos, que estaban tirados en la misma cama follando con personas distintas. Uno de ellos, no sé cuál, estaba con una mujer encima; el otro tenía a un chico detrás.

Me arrodillé junto al primero y le acaricié el pelo. Mi intención era clara: meterle el intercomunicador diminuto en el oído. Lo de las videolentillas se me antojaba mucho más difícil.

Él me miró. Sus ojos eran azules, pero no parecían reales, sino el resultado de una operación estética.

—Tus ojos son preciosos… —susurró él—. Son tuyos, ¿verdad?

Yo solo pude asentir al mismo tiempo que él me empezaba a besar. Me dejé llevar y lo besé con pasión. Por suerte, encontré una forma de mantenerme en la tierra aún con el casco.

«Mi hermana, Milan. Milan es mi hermana. Llevas un casco, esto no es real», repetía una y otra vez en mi cabeza.

Alargué la mano derecha y la acerqué a su oído, pero, cuando estaba a punto de alcanzarlo, alguien me detuvo.

—Suficiente —nos cortó una voz femenina, empujándome para que me separara de él.

Levanté la vista. Tendría unos cincuenta años. Sin embargo, igual que ellos, parecía como si la hubieran metido en una máquina que lograba detener el tiempo y convertirte en una especie de alienígena con forma humana.

—Joder, es la madre —murmuró Salva en mi oído.

Y de pronto, «pam». Mi cabeza se torció a la derecha fruto del impulso. Me había pegado una hostia con la mano repleta de anillos. Lo curioso era que apenas dolía, pero sí sangraba.

—¿Roma…? —preguntó la voz de Salva. Imaginé que estaba esperando que pronunciara la palabra de seguridad, pero no había

llegado hasta ese punto para irme sin nada.

La miré de nuevo.

—Bien, niña, eres nueva aquí, ¿verdad?

Yo asentí apretando los labios, expectante.

—Ven con nosotros —dijo, ofreciéndome su mano.

Yo acepté. Me levanté y la acompañé. Los gemelos venían detrás. Tenían la mirada perdida, igual que los demás. Llegamos a una puerta y nos metimos en la habitación. Allí solo había una cama y un espejo en el techo.

—De rodillas —ordenó. Yo obedecí—. Esto es solo un proceso de iniciación, no temas. Después, ya serás uno de nosotros.

Asentí sin rechistar. Entonces vi cómo los gemelos se cogían la polla y apuntaban hacia mí.

—Dios mío, qué es esto… —escuché la voz de Regina.

Podría haber pronunciado la palabra, pero, de nuevo, decidí aguardar. Noté un líquido cayendo en mi hombro. Levanté la vista tímidamente y me fijé en que ambos se estaban meando encima de mí. Agaché la cabeza y aguanté, estoica.

—Ada, entra —escuché a Salva.

—No —susurré. Mis amigos me escucharon.

Su pis estaba caliente. Se me hizo eterno, pero tras un minuto terminaron.

—Te has portado muy bien —dijo la madre, levantándome la cabeza.

Estaba empapada y olía a orina. Fue una sensación horrible, pero seguía teniendo claro mi objetivo.

—¿Puedo quedarme con él? —pregunté a la mujer, señalando al gemelo con el que me había besado.

—Claro —aceptó ella.

Me levanté y agarré la mano del chico. Nos quedamos solos en la habitación. Lo empujé contra la cama y me senté a su lado. Él me acarició la espalda y yo me estremecí. No sabía si podía controlar el deseo. Aunque me resultaba mucho más fácil resistirme a él que a Billy, aquel casco conseguía llevar al extremo cualquier resquicio de deseo que pudieras sentir hacia alguien. Diez minutos antes, aquel tipo me parecía el antimorbo y, en aquel momento, en cambio, lo deseaba.

—Ahora, Roma, el intercomunicador —me recordó Salva. Y menos mal que lo hizo.

Alargué la mano y le metí los dedos en los oídos mientras introducía mi lengua en su boca. Él ni tan siquiera se percató. Lo tenía totalmente dominado. Entonces tuve una idea. Me aparté y lo miré.

—¿Te gustan mis ojos? —pregunté en un susurro, mirándolo de cerca.

—Sí…, me gustaría comérmelos… —jadeó él, cachondo.

Ignoré el extraño comentario y continué con mi plan.

—¿Quieres que te los dé?

Él asintió sin dejar de mirarme embobado. Yo saqué la videolentilla, que era idéntica a una normal y le abrí el párpado.

—Con esto verás a través de mis ojos azules —murmuré.

Él sonrió y se dejó hacer. Estaba tan ido que se lo creyó.

—También quiero tu pelo —añadió entonces.

Me agarró con fuerza y tiró de él.

—Mmm… —me estremecí.

Me acercó a él y empezó a lamerme la cara bañada en su pis y el de su hermano.

—Roma, entramos ya —advirtió Salva.

—Sí —susurré—. La tierra parece que se mueve —solté.

El gemelo ni se percató de que mi frase no tenía ningún sentido en ese contexto. Un segundo después, escuché un portazo a mi espalda. Noté que alguien me agarraba por las axilas y luego me arrastraba al exterior. Levanté la vista y descubrí a Billy.

—No entres —pidió él a Ada—. Es mejor que no sospechen. Si hay una intervención policial, van a olerse algo.

—Vale, espero —aceptó Ada—. ¿Estás con ella?

—Sí, la tengo.

Billy me quitó el casco y yo volví en mí.

—Cariño, es hora de volver a casa —dijo con una sonrisa—. Y creo que vas a necesitar una duchita.

37

29 de julio de 2097

Regina fue la primera en recibirme en la caravana. Ni tan siquiera me saludó y su mirada fue directa a analizar mi herida.

—Espera —le pedí, apartándome—. Estoy bañada en pis.

—Me da igual. Déjame ver.

Tuve que obedecer. Se manchó las manos cuando inspeccionó el tajo de mi mejilla.

—Necesitarás dos puntos, pero dúchate primero —ordenó.

—Sí, señora —bromeé.

Tras la ducha nos sentamos en el sofá exterior mientras los otros tres hablaban en el interior de la caravana.

Regina me limpió y suturó la herida. Lo hizo con tanta delicadeza que apenas me hizo daño. Luego deslizó la mano enguantada por encima del corte para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Yo lo sentí como una caricia, y, aunque no fuera su piel la que me rozó, el vello se me erizó. Ella estaba cerca, a centímetros, y me quedé embobada mirándola. Cuando terminó e hizo el amago de alejarse, la agarré de la mano instintivamente, como si no quisiera que se alejara de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó, preocupada.

Yo me percaté entonces de lo que había hecho. Miré mi mano con la que le apretaba el brazo y la solté.

—Dime —pidió, sentándose de nuevo.

La miré a los ojos. Suspiré.

—Nada, perdona —terminé diciendo.

—Vale… —Nos quedamos en silencio, pero intuí que le estaba dando vueltas a algo, y por fin lo dijo—: Lo que… Lo que te he dicho antes no iba en serio —explicó—. Lo de que eres una egoísta y todo eso.

—¿No? Es la segunda vez que me lo dices —le recordé con una media sonrisa.

—Ninguna iba en serio, pero esta vez lo hice para que pararas.

—¿Cómo se te ocurrió?

Ella sonrió.

—No lo sé. Solo quería que dejaras de sentirte como una perra en celo. Intentaba que sintieras otra cosa.

Asentí.

—Pues funcionó.

Ella asintió también y luego se alejó.

Aún no sabíamos si el plan serviría de algo, pero solo teníamos una opción. La misma de siempre. La que yo no soportaba: tocaba esperar.

Salva, Ada y Regina se marcharon a casa. Yo los vi alejarse y, en concreto, me quedé mirando a Regina. Aunque Billy había logrado hacerme sentir mejor, mis sentimientos por ella no habían cambiado. Más bien habían aumentado desde que se presentó en el bosque preocupada por si me había ocurrido algo.

Billy se percató de mi mirada anhelante, pero no comentó nada. Nos quedamos solos para la cena.

Vimos que el gemelo al que le puse la lentilla, Orlando, seguía en la fiesta.

—¿Hasta cuándo durará esto? —gruñí con los brazos cruzados.

—Tienes que relajarte, sabes que esto puede ser muy lento.

Resoplé en el sofá. Entonces lo vi agacharse y al levantarse me ofreció el casco de *Ciudad Paraíso*. No pude evitar sonreír. Me apetecía un poco de diversión. Dos horas después volvimos a la realidad. Estábamos cansados, así que fuimos directos a la cama. Yo miraba el techo pensando en Orlando y lo que podríamos encontrar.

De reojo vi que Billy me observaba, así que me giré. Envueltos en silencio y oscuridad, alargó la mano hasta acariciar mi herida con suavidad.

—Hoy te he fallado.

—Billy, cállate ya —solté, y me lancé a besarlo.

Para mi sorpresa, se apartó. Confundida, lo miré a los ojos, y descubrí una mueca extraña en su expresión.

—¿Qué?

—He visto cómo la miras —soltó. Yo apreté los labios. No necesitaba que pronunciara su nombre para saber que se refería a Regina—. ¿Quieres estar con ella?

—Ah…, yo… ¿qué? —tartamudeé, nerviosa—. No hay nada.

—No te estoy preguntando si hay algo, te pregunto si quieres estar con ella. —Tenía los ojos clavados en mí y el rostro tenso.

Negué con la cabeza, pero no podía responder. Ni yo misma conocía la respuesta.

—¿Y conmigo? ¿Quieres estar conmigo?

Abrí la boca, pero no dije nada. También dudé. Miré al techo y recordé todas las veces que había deseado tenerlo a mi lado de

nuevo. Me sentí una estúpida por dudar. Si había una cosa clara en mi vida era él.

—Sí, quiero.

—No es necesario que lo digas por decir.

—No lo hago. Quiero estar contigo. ¿Tú quieres estar conmigo?

De un momento a otro una sonrisa gigante nació en su rostro.

—Me lo tengo que pensar —bromeó.

—Imbécil —gruñí, empujándolo.

Él me agarró de la cintura y forcejeamos en broma hasta darnos un beso largo e intenso. Un beso como promesa de que íbamos a intentarlo de nuevo.

38

30 de julio de 2097

Al día siguiente nadie se presentó en la guarida de Billy. Tampoco teníamos ningún avance reseñable. Yo me dediqué a ver imágenes de Milan, y él siguió cada uno de los movimientos de Orlando. Veía lo mismo que él y escuchaba sus conversaciones. Tristemente, Orlando pasó aquel día durmiendo.

31 de julio de 2097

El segundo día de espera por fin dio sus frutos. Orlando se dignó a trabajar un poco y gracias a eso Billy descubrió la contraseña de su usuario de la empresa.

Yo estaba emocionada, pero Billy aún más. Parecía un niño con un juguete nuevo. Por eso los siguientes tres días lo perdí. Estaba sumido en documentos, contratos y mil cosas que encontró en el ordenador del gemelo. Yo lo dejé hacer y seguí con mi tarea completamente infructífera: sacar algo de los vídeos de León.

3 de agosto de 2097

Al fin, Billy encontró lo que andaba buscando, algo con lo que chantajearlos. Aquel día envió el primer mensaje.

—No sé cuánto tardarán en contestar, pero no te preocupes, estoy seguro de que conseguiré la información. Queda menos para saber quién coño fabricaba esos chips.

Yo me lancé a sus brazos. Nos abrazamos, me aparté y lo agarré de la cara mientras lo miraba.

—Gracias, te quiero, te quiero —solté sin pensar.

—Yo también a ti. —Sonrió él.

El sonido de mi teléfono nos interrumpió. Era un audio de Ian. Lo puse en altavoz.

—Hola, Roma, ¿qué tal? Te envío este audio para invitarte a cenar esta noche. Vendrán Salva, Ada, Regina y Valeria. Dime si te apuntas.

Me emocioné.

—Joder…, esta noche tenemos trabajo —refunfuñé a Billy señalando la pantalla del ordenador.

Lo miré, y entonces vi sus ojos humedecidos.

—Por esto no te preocupes, pueden tardar días en responder. Ve a la cena, es Ian.

Agachó la mirada. Billy e Ian se habían conocido en el 82 cuando investigamos el caso de los asesinatos de Pol Patel. Se habían convertido en buenos amigos. De hecho, fue Billy el que metió a Ian en el mundo del hacking. Sin embargo, Ian seguía creyendo que Billy estaba muerto.

—¿Quieres que…, que le hable de ti?

—Creo que es mejor que no. Dejemos las cosas como están.

—¿Seguro? No dirá nada y seguro que se emocionará.

—¡No! —exclamó. Yo me sorprendí ante su actitud—. No, Roma, por favor. Es mi decisión —pidió ya más calmado.

Resignada, lo acepté.

Me presenté en casa de Ian a las nueve menos diez, unos minutos antes de la hora, ansiosa. Solo llegaba pronto cuando deseaba algo con todo mi corazón. Ian sonrió al abrirme la puerta. Regina y Valeria ya estaban allí.

A las nueve en punto llegaron Ada y Salva.

Los seis cenamos, reímos y, de postre, nos tomamos un cóctel preparado por Ian. Resultó que a su afición por el café se había sumado su afición por los cócteles. Tenía talento, como para casi todo.

Mientras preparaba uno a uno, Valeria se acercó para ayudarlo. Yo los miré en la distancia y entonces lo entendí. De reojo vi a Regina mirándome. Se me escapó una risita pilla.

—¿Estos dos…?

Regina sonrió.

Abrí la boca, sorprendida. En realidad, me gustó la pareja que hacían. No pude evitar esbozar una sonrisa de felicidad. Deseaba de todo corazón que ambos encontraran el uno en el otro aquello que necesitaban.

Mi móvil vibró. Era una foto de Billy con el casco del juego y un texto:

¿Vendrás después de la cena?

Una sonrisa de felicidad enorme surgió en mi rostro.

Regina me miró, pero no dijo nada.

Pasó una hora y, cuando pude, aproveché para acercarme a Ian y sonsacarle información.

—Así que ella es la chica… —insinué con una sonrisa juguetona.

Él sonrió algo más contenido. Luego suspiró. Entendí que, aunque hubiera pasado tanto tiempo, nunca estaría del todo preparado.

—En realidad casi no nos conocemos, pero me siento bien cuando estoy con ella.

—Se nota, Ian, y ella también lo está contigo.

—Pero ella no necesita esto ahora. Necesita tranquilidad y que la cuiden.

—Justo lo que tú puedes ofrecer. Si ella necesita algo en este mundo es un hombre que le haga volver a confiar.

Ian esbozó una media sonrisa, me miró de reojo y dijo:

—Si te soy sincero, planeé está cena para volver a verla.

—¡Aaah! O sea, que yo te importo una mierda.

Los dos nos reímos.

—Oye, ¿y tú? —preguntó.

—Yo, ¿qué?

—Imagino que no porque el otro día te comías a Regina con la mirada, pero ¿no hay nadie en tu vida?

«Billy», pensé. Podía contarle la verdad sin que nadie se enterara. Sin embargo, decidí hacerle caso a Billy. Por otro lado, sentí que debía mantener a Ian alejado de todo dolor y sufrimiento. No podía involucrarlo en nada que tuviera que ver con el caso de mi hermana. Y, además, sentí que sería injusto para él. Mi primer amor había

vuelto a la vida como por arte de magia, mientras que el suyo estaba muerta, y jamás volvería.

—Hay alguien —me limité a decir—. Alguien del pasado que me gustaba de verdad. Estamos retomando algo…

Él levantó las cejas, sorprendido.

—Imagino que es alguien que has conocido en estos últimos años que no hemos hablado, pero, sea quien sea, ¿crees que te gusta más que Regina?

—¿Regina? —pregunté, sorprendida y confusa—. Hum…, no sé qué decirte, pero… con ella no hay nada.

—¿Nada? —dudó, sonriente—. No me lo pareció el otro día.

—Pues mira, justo el otro día le dije que quería intentarlo y me dijo que no sentía nada por mí, así que…

Él levantó una ceja sin perder la sonrisa.

—¿Qué? —insistí.

—¿Te lo creíste?

—Debería, ¿no? Cuando alguien te mira a los ojos y te dice: «No me gustas nada, no te tocaría ni con un palo» —dije, imitándola con su acento.

Él se rio negando con la cabeza. Luego miró a su alrededor para comprobar que no hubiese nadie cerca. Yo me incorporé. Sentí que me iba a contar un secreto.

—No es que haya hablado con ella de este tema…, pero dudo que no sienta nada por ti… Quizá te sorprende, pero no eres la única que sabe mentir y esconder cosas… Los demás también podemos, incluso Regina —murmuró.

—Ahora parece que quieres que lo intente —susurré, sonriente.

—No, y menos si piensas hacerle lo mismo que la otra vez.

Apoyé la espalda en el sofá.

—No pretendía hacerle lo mismo que la última vez. Te sorprenderá, pero no soy la misma —sonreí.

—Entonces, Roma, ¿qué querías o quieres de ella?

Me quedé en silencio, dándole vueltas a la pregunta mientras trataba de encontrar una respuesta. La realidad es que no la tenía, porque, aunque hubiera cambiado en algunas cosas, seguía actuando por impulso. Le había propuesto a Regina retomar algo que ni tan siquiera sabía qué era.

—Hace seis años le prometiste cosas que no cumpliste. Le rompiste el corazón como nadie lo ha hecho nunca, y ahora intentas volver con ella en un arrebato. Es obvio que ella tampoco es la misma, ya no es inestable ni está tan sensible, pero… es una romántica… De esas ñoñas, ¿sabes? ¿Cómo pudiste creer que volvería contigo sin un esfuerzo por tu parte? ¿Cómo pudiste creer que querrá algo contigo si la última versión de ti que conoce es…?

—La de una cobarde inmadura —completé su reflexión.

Él asintió.

—Así que la pregunta sigue siendo la misma —continuó—: ¿qué quieres tú de ella? Cuando la respondas, entonces actúa en consecuencia. Si la quieres para un rato, déjala ir. Pero, si de verdad quieres intentarlo como una persona adulta, apuesta por ella y solo por ella, esfuérzate y demuéstraselo.

Yo solté un largo suspiro. Esas palabras me dieron un rayo de esperanza, pero al mismo tiempo me asustaron. Podía intentarlo, pero haría daño a Billy, o podía no intentarlo y perder la oportunidad que quizá aún tenía con ella. En aquel momento no sabía qué quería. Aun así, necesitaba más de sus sabios consejos.

—Tienes razón, como siempre. —Sonreí al mirarlo. Él me devolvió el gesto—. Solo una preguntita…

—A ver… —suspiró sin perder la sonrisa, esperando cualquier cosa de mi parte.

—En el caso de que quisiera intentarlo, y dado que tú también eres un ñoño, ¿qué harías tú para reconquistarla? ¿O cómo te gustaría que lo hicieran?

—Hum… —reflexionó un segundo. No tardó mucho en tener una idea—. Que se interesaran por mis gustos, por ejemplo… ¿Sabes cuál es su libro preferido?

—No, la verdad.

—Es *Veintitrés cartas para enamorarme de ti*.

—Suena muy ñoño —bromeé.

—Lo es —confirmó él riéndose—, pero eso no es lo importante. Lo importante es que le gusta y lo sé porque me lo dijo ella. A ti te parecerá una pastelada, pero al menos la conocerás un poco mejor, y quizá te dé alguna idea de qué le gusta, de cómo siente y cómo ama…

—Es perfecto, Ian —aseguré con una sonrisa tierna—. Como tú. Cuánto te he echado de menos.

Él sonrió y me abrazó.

—Yo también a ti y a tus locuras, Roma.

Diez minutos después ya había comprado el libro. Pedí que me llegara a casa en un par de horas, y después le envié un mensaje a Billy.

Se me va a hacer tarde,

mañana nos vemos

Necesitaba pensar y tomar una decisión antes de seguir adelante.

La noche no terminó. Aproveché al salir del baño y me acerqué a Regina, que estaba en el invernadero donde Ian cosechaba el café. Allí el olor era acogedor. A humedad y naturaleza. Ella me escuchó acercarme.

—Este sitio me encanta.

—Sí… —Guardé silencio y me detuve a su lado—. Vengo con información de primera mano sobre tu hermana e Ian.

Ella sonrió y con un gesto de la mano me incitó a hablar.

—A él le gusta. Ha preparado esta cena solo para verla.

—¡¿En serio?! —exclamó, repleta de felicidad. Le hice un gesto para que bajara la voz. Ella obedeció—. Es tan mono…

—¿A tu hermana…?

—A mi hermana le encanta. Está encoñada.

—Me encanta… Al final terminaremos siendo familia y todo, ¿no?

—Qué remedio —bromeó, pegándome un leve empujón.

Sin explicación, ese gesto me desestabilizó y terminé tropezando. De pronto, todo daba vueltas a mi alrededor y ese olor tan agradable me dio ganas de vomitar.

Me entró una arcada.

—¿Qué te pasa?

Corrí al baño con Regina agarrándome de la cintura. Vomité. Los otros cuatro corrieron para saber qué ocurría.

—¿Te ha sentado mal algo? —preguntó Ian—. ¿Los demás estáis bien?

—Sí —respondieron todos al unísono.

—Tranquilo, soy yo. Llevo con náuseas unos días, pero pensaba que estaba bien.

—¿Llevas días con náuseas y bebes alcohol? —preguntó Salva, acercándose para recogerme el pelo—. ¿Necesitas vomitar más?

—No.

—Nos vamos a casa.

—Salva, mi salvador —bromeé rodeándolo por el cuello.

—¿Desde cuándo estás así? —preguntó Regina mientras me ofrecía un papel para limpiarme la boca.

—No sé, tres, cuatro, cinco días… No lo sé.

Posó su mano en mi frente.

—No parece que tengas fiebre, pero te acompaño a casa.

—Tranquila, Salva viene conmigo, tendrás cosas qué hacer.

—Sí, tengo que acompañarte a casa.

Y así lo hizo.

39

3 de agosto de 2097

Regina me tomó la temperatura y confirmó que no tenía fiebre. Me miró la garganta y tampoco encontró nada extraño. Me obligó a estirarme en la cama.

—Doctora, de verdad que me encuentro bien —bromeé.

Ella se quedó mirándome. Parecía preocupada.

—¿Me vas a decir que tengo una enfermedad terminal en la que vomitas y tienes náuseas pero te encuentras bien?

—Por desgracia, no —dijo sin sonreír—. Voy a hacerte una pregunta que quizá no te guste mucho.

Enmudecí y aguardé.

Ella tomó aire, y entonces lo soltó:

—¿Has tenido alguna falta en la regla?

«Mierda». No hizo falta más para que comprendiera que todo encajaba con un puto embarazo. Ni lo había pensado.

—Joder… —Fue lo único que pude decir. Me agarré la cabeza—. Mierda…

—Es posible, ¿no? ¿Has follado sin condón o…?

—No —la corté—, pero… me he acostado con Billy.

—Habrá que comprobarlo igualmente —dijo mientras agarraba su móvil. Tecleó algo y me miró de nuevo—. Ahora llegan los test. He comprado cuatro para asegurar.

Poco después abrió la puerta y Regina regresó con dos paquetes. Uno eran los test, y el otro, su libro, pero estaba envuelto en cartón. Trajo las dos cosas.

—También te han traído esto —dijo entregándomelo.

«Qué bien, recibir el libro para reconquistarla en el mismo momento que me entero de que podría estar embarazada de Billy», pensé con ironía.

—Gracias —agradecí, y lo dejé sobre la mesilla.

—Venga —me instó. Me señaló el baño y me tendió los test.

Un minuto después estaba meando sobre los cuatro palos de plástico. Salí y se los entregué a Regina envueltos en un papel.

—No puedo verlo…

La espera se hizo eterna. Ella estaba sentada en el sillón de mi comedor, y yo, en el sofá. Necesitaba bromear para aligerar el ambiente.

—Si sale positivo, ¿lo criamos juntas? —Ella me miró, seria—. Un hermanito para Lucas —bromeé.

Ella negó con la cabeza, y no esbozó ni una ligera sonrisa. Estaba enfadada. Pensé, por primera vez, que quizá Ian tenía razón y Regina aún sentía algo por mí.

Cuando pasó el tiempo de espera, Regina miró el resultado. Parecía que le habían dado la noticia de la muerte de un familiar.

—Positivo —confirmó, seria—. Los cuatro.

—Mierda, qué palo, hostia —bufé agarrando los test.

—Estás a tiempo de abortar…

—Sí, pero tengo demasiadas cosas y problemas como para pensar ahora en esto.

—Puedes tener un aborto farmacológico. Te compras las pastillas y ya está —insistió.

—Vale, haremos eso entonces —acepté.

Regina hizo uso de su número de colegiada y me hizo una receta; esa misma noche me llegaron las pastillas. Regina se marchó, pero antes le pedí algo.

—No se lo cuentes a nadie.

Ella asintió y luego me regaló un abrazo antes de irse.

Una vez sola, me senté en el borde de la cama mirando las pastillas. Estaba decidida a tomármelas cuando recibí un mensaje de Billy.

Tengo algo. ¿Vendrás hoy o mañana?

Tenía algo de mi hermana. Sin embargo, no fue eso lo que me hizo dar un vuelco al corazón, sino su última frase.

Ya tengo ganas de verte

Entonces, dudé. Miré las pastillas de nuevo. Debía tomar una decisión, pero aún tenía unas semanas de margen, así que decidí esperar. Aún hoy en día me pregunto por qué lo hice.

40

4 de agosto de 2097

Al día siguiente me hice unos análisis de sangre. Salió todo correcto. Alrededor de las doce de la mañana, Salva, Ada, Regina y yo nos presentamos en casa de Billy. El plan era que nos contara las últimas novedades respecto a la empresa Ilusion y la familia Godoy y seguir viendo las horas y horas de metraje obtenido de los recuerdos de León.

—Los hermanos me han enviado todos los pagos anuales que recibe Ilusion. He encontrado que cada año reciben un pago de la empresa Safe&Clean. Sinceramente, no hay información exacta sobre a qué se dedican. Es extraño, pero lo que de verdad me ha llamado la atención son dos detalles que podrían relacionarla con el caso que tenemos entre manos. El primero, que la empresa Safe&Clean empezó a hacer los pagos a Ilusion en el 73, justo el mismo año que se inician las desapariciones sistemáticas de niños de entre diez y doce años. Y la segunda, y aún más clave…, que una de las empresas que utilizaban para transportar sus productos, que por ahora desconozco qué eran, era Transportes Saiz.

Todos nos erguimos en el sofá, expectantes.

—Está claro que solo hay dos opciones: o es una coincidencia muy inoportuna… —intervino Salva—, o quien adquirió el chip y raptaba a los niños utilizaba esta empresa como tapadera…

—Estoy casi seguro de que es lo segundo, pues otra cosa muy extraña es que Safe&Clean apenas tiene beneficios… No tendría sentido que paguen y paguen durante años para ganar unas míseras ralías. Hay algo detrás. Ahora estoy en proceso de indagar en sus dueños, cuando tenga algún avance os digo. Si queréis —dijo mirando a Salva y Ada—, podéis pedirle a Miraya información. Será de gran ayuda.

Ellos asintieron. Billy me miró a mí.

—Regina y tú podéis seguir con los vídeos. Os lo he dejado donde me quedé anoche —explicó señalando la pantalla del televisor.

Asentí. Todos nos pusimos manos a la obra.

Continuamos viendo el día a día de esos niños en la casa. Dormían en habitaciones conjuntas, se levantaban, desayunaban en el comedor y recibían clases de todas las asignaturas. Era como si estuvieran en un campamento.

Después de varias horas me empecé a aburrir de tanto contenido vacío. Me aliviaba que los niños no sufrieran daños. Sin embargo, eso no nos servía de nada.

Fruto de la frustración, estaba más pendiente de lo que ocurría a mi alrededor que de las imágenes. Por eso, cuando Billy se fue un momento a hablar con Ada y Salva, y dejó su ordenador encendido, recordé las llamadas a deshoras. Pensé que quizá en el ordenador tendría mensajes con quienes hablaba en susurros por las noches, así que me levanté de un salto y corrí para sentarme frente a la pantalla.

—¿Qué haces? —preguntó Regina, sorprendida, deteniendo los vídeos.

—Nada, tú sigue con eso —respondí mientras minimizaba pestañas y buscaba alguna aplicación de mensajes.

—Roma, ¿qué narices estás haciendo? —murmuró a la par que se levantaba para colocarse rápidamente junto a mí. No necesitó mucho tiempo para descubrirlo—. ¿Estás mirando sus cosas privadas?

—Sí, pero…, tranquila, no te preocupes —susurré—. Solo es un momento.

—¿Por qué lo haces? —insistió—. ¿Hay algo chungo en él o es por algo personal?

No respondí. No quería compartir mis sospechas.

—Roma —espetó, agarrándome del hombro para girarme y detenerme. Yo la miré con ojos alicaídos—. Estás celosa —concluyó.

—No, no —negué, aun sin saber si estaba en lo cierto o no. ¿Tenía miedo de que estuviera metido en cosas chungas o que me hubiese escondido algo de su vida privada? Ni yo misma conocía la respuesta.

—¡Sí! —me cortó—. Dios mío…, para. Ya. —Me miró a los ojos desde las alturas—. Si no confías en él, se lo dices, pero no hagas esto. Compórtate como una persona normal.

Yo continué observándola en silencio. No quería comportarme como una persona normal y su charlita me estaba quitando un tiempo muy valioso. Me giré hacia la pantalla de nuevo y la ignoré.

Solo me dio para rebuscar durante cinco segundos en los que no encontré nada.

—Viene para aquí, imbécil —me avisó Regina.

Miré por la ventana y vi que estaba en lo cierto. Cerré las pestañas que había abierto y maximicé las que él tenía. Al sentarme junto a

Regina, cogí el mando.

—Voy a adelantar un poco.

—No deberí… —intentó detenerme. Yo avancé los vídeos al mismo tiempo que Billy entraba de nuevo por la puerta—. Nada, haz lo que te dé la gana, como siempre —refunfuñó Regina, resignada, y se dejó caer en el sofá.

Las imágenes pasaron a cámara rápida. Las siguientes dos horas transcurrieron con total normalidad, hasta que vi algo distinto: Milan parecía tener un ataque de ansiedad. Detuve el vídeo. Se escuchó la respiración ahogada de mi hermana y volví atrás.

Regina se incorporó de nuevo para mirar las imágenes conmigo. Lo detuve en el punto donde había comenzado. Sin embargo, antes de seguir, Salva y Ada entraron por la puerta con nueva información.

—Tenemos un par de localizaciones donde la gente que trabajaba para Safe&Clean dejaba sus productos defectuosos —explicó Salva —. Por lo que tenemos entendido, son fábricas abandonadas que utilizan como vertedero. Han recibido varias denuncias por esto. Ada y yo podríamos pasarnos a ver qué descubrimos.

—Sí, buena idea —dije.

—Bien.

—¿Vosotras habéis encontrado algo? —nos preguntó Ada.

—No mucho, tenían una vida muy tranquila —expliqué—. Ahora íbamos a ver este trozo porque parece que Milan tuvo un ataque de ansiedad. ¿Queréis verlo?

—Claro.

Ada se sentó junto a Regina mientras Billy y Salva se mantuvieron de pie mirando al televisor. Yo le di al play.

Los niños estaban en clase de geografía. La profesora hizo salir a Milan a la pizarra electrónica. Habían proyectado un mapa de Europa y la niña tenía que ir diciendo las capitales de los países.

Empezó por los del norte. Acertó la mayoría y cada respuesta correcta tintaba el país de verde, y en las respuestas incorrectas lo tintaba de rojo.

—Francia —dijo Milan, señalando el mapa. Luego escribió el nombre de la capital—. Nouveau París.

Francia se tintó de verde. A continuación, señaló Italia.

—Italia, capital… —Y entonces permaneció en un silencio desconcertante. Yo me congelé y el corazón se me aceleró. Sentí que, en ese preciso instante, Milan había descubierto algo que estaba escondido en su subconsciente. Escribió las cuatro letras—: Ro… ma.

El país se tintó de verde, pero ella se quedó paralizada mirando la pantalla. Nadie comprendió qué le pasaba.

La profesora se acercó.

—¿Ocurre algo?

—No… sé… N-no… Roma —repitió—. Roma, Roma…

—¿Qué le pasa? —preguntaron algunos de los niños.

León se levantó y corrió hasta Milan.

—R9, R9, ¿es por algo de tu vida? —preguntó, exaltado.

Milan lo miró, tenía los ojos humedecidos.

—No lo sé, no…

De un momento a otro, la respiración de Milan se aceleró. Su pecho bajaba y subía mientras los niños la rodeaban, agobiándola aún más.

—¡Responde, R9! ¡¿Es algo de tu vida?! —gritó León, desesperado.

—¡Llamad a Pau! —pidió la profesora.

Este llegó un minuto después. El murmullo de los niños, la respiración de Milan y los gritos de León se detuvieron cuando este apareció.

Pau se acercó a Milan y se la llevó.

—¡Que diga a qué le recuerda! —exclamó León.

—León, está muy nerviosa, déjala un momento —pidió la profesora.

—No —espetó, librándose de ella. El niño corrió hasta mi hermana y la agarró del brazo—. Dime. ¿Es tu nombre? ¿El de tu madre, hermana o tu mascota? ¡O quizá es donde vives! ¡De donde eres en realidad!

—¡Ella es de aquí, estúpido! —gritó E7, que se había acercado y lo empujó.

—¡No pienso parar jamás! ¡Tenemos que descubrir quiénes somos!

—Solo tú quieres descubrirlo, nosotras somos felices.

—E7, te he escuchado llorar, sé que odias tu pasado y por eso no quieres volver, pero tienes que dejar que ella recuerde. Ella quizá sí era feliz y tenía una familia a la que regresar.

—¡Cállate! ¡Te odio! —gritó, furiosa.

Milan ya estaba al final del pasillo, a punto de entrar en la enfermería, cuando León echó a correr de nuevo tras ella. La detuvo justo antes de entrar y la cogió de la cara.

Milan nos devolvió la mirada a través de la pantalla.

—R9, tienes que recordar, es bueno… —susurró el niño—. Es el nombre de alguien o algo importante para ti, ¿verdad?

Milan asintió mientras una lágrima se escapaba de sus ojos y se deslizaba por su mejilla.

—¿Y lo recuerdas?

—N-no… No lo sé seguro… —tartamudeó—, pero c-creo… Creo que Roma… Roma era mi nombre.

41

MILAN DELMER

6 de febrero de 2075

—Déjale un poco de espacio —recomendó Pau a Marte.

Ya estábamos en la salita del doctor. Marte dio dos pasos atrás sin soltarme la mano. Yo seguía dándole vueltas a ese nombre. No sabía por qué, pero esa palabra me generaba una presión asfixiante en el pecho que me impedía respirar con normalidad.

—¿Qué le ocurre? —preguntó mi amiga, preocupada.

—Está teniendo un ataque de ansiedad, necesita un momento.

—¡Es por culpa de P8! No paraba de preguntarle.

—No pasa nada, E7. Déjanos un momento, por favor.

—Yo no…

—Por favor.

—Vale —aceptó, cabizbaja—. Esperaré fuera.

Me quedé a solas con Pau. Poco a poco me tranquilicé, pero esa palabra seguía atormentándome. El médico se sentó en un taburete frente a mí mientras yo descansaba en la camilla.

—¿Quieres decirme algo? —preguntó él con voz suave.

Yo lo miré y alargué la mano para que me la agarrara. En los últimos meses había acudido a la enfermería en múltiples ocasiones por varios rasguños. Era una salvaje y tenía los brazos y las piernas

llenas de heridas. Él se encargaba de curarme y después me contaba historias mientras yo lo escuchaba embelesada. Sentía una especie de amor platónico por él.

—Yo no… No sé porque me he puesto así —confesé. Noté cómo una lágrima descendía por mi mejilla.

Él me la limpió con el dedo, delicado.

—No pasa nada. Lo sabes, ¿verdad?

Yo asentí. Él me instó a continuar.

—Si recuerdas está bien, y si no recuerdas también lo está.

Él sonrió, orgulloso, y yo le devolví el gesto. Me limpié el resto de las lágrimas del rostro, con la respiración controlada por fin.

—Pero creo… Creo que es mi nombre, o si no el de alguien muy importante.

—Bien, pues date tiempo para pensar. No necesitas saberlo todo ya. Poco a poco. Y, cuando quieras hablar de algún recuerdo, sabes que puedes venir aquí, ¿vale?

Él me alargó la mano para que se la chocara. Así lo hice. Me agarró la mano y me ayudó a bajar. Me acompañó a la puerta.

—No es momento de estar triste, eh, mañana es un día muy especial —me recordó con una sonrisa.

Yo sonreí de oreja a oreja y asentí con efusividad.

El resto del día fue extraño. No paraba de preguntarme cómo una sola palabra podía generar tanto dolor en mí. No tenía dudas de que estaba relacionada con mi vida anterior, esa que no podía recordar. Tuve la tentación de acercarme a P8 para hablar del tema, pero sabía que, si Marte se enteraba, se pondría muy triste, así que lo dejé pasar.

7 de febrero de 2075

Como cada día, nos fuimos a las habitaciones alrededor de las once y media y jugamos hasta medianoche. A las doce hice el amago de meterme en la cama junto a Marte, pero entonces, tocando una trompeta, Pau, Víctor y Júlia se presentaron en la habitación con un pastel y un número doce. Era mi cumpleaños.

Todos me cantaron el cumpleaños feliz, me felicitaron, me abrazaron y luego me dieron regalos; algunos los habían hecho a mano mis amigos y otros los habían comprado los adultos. La verdad es que apenas los recuerdo (exceptuando el de Marte, que me regaló un collar muy bonito hecho de piedras con formas extrañas. Detrás ponía nuestros nombres), pero sí me acuerdo de la alegría compartida del momento.

También recuerdo que miré a mi alrededor y tuve una sensación única que no recordaba haber sentido antes: estaba en casa. Justo en aquel preciso instante me prometí que jamás volvería a hablar de aquella palabra maldita y que nunca volvería a hablar de mi pasado o mi supuesta familia porque, aunque no recordase muchas cosas, tenía una cosa clara: yo ya tenía una familia y estaba en casa.

42

ROMA DELMER

4 de agosto de 2097

«No puede ser».

Volvíamos al punto de partida. Esa niña que tenía frente a mí, esa niña que miraba a la cámara con ojos llorosos, ¿era mi hermana o era yo? La pregunta del millón que parecía no tener una respuesta definitiva.

Mis amigos enmudecieron, excepto Regina.

—Vale, empezó a recordarte y confundió tu nombre con el suyo.

Nadie habló. Regina, confundida, nos miró a todos, esperando una explicación. Yo me froté la nuca, hastiada de tanta duda y de mentir.

Me cogió del brazo, mientras me giré ligeramente y nuestros ojos se encontraron.

—¿Qué…? —susurró.

Arrugué el rostro y tomé una decisión. Debía coger las riendas de mi vida. Era el momento.

—Tenemos dudas… —suspiré— de si la secuestrada fue mi hermana… o fui yo —confesé.

—¡¿Qué?! —exclamó ella con una risa nerviosa. Empezó a negar con la cabeza mirándonos a unos y a otros—. ¡Eso es una tontería!

—No lo sabemos —la contradije. Me levanté de un salto, ella quiso rebatirme, pero no supo qué decir—. Tengo que ir a ver a mi madre. Ella… Confío en que tendrá la respuesta definitiva.

Nadie habló. Todos me miraban serios menos Regina, que tenía la vista fija en el suelo mientras se preguntaba cómo habíamos llegado a esa conclusión.

—Vosotros podéis aprovechar para ir a la fábrica abandonada —propuse a Salva. Él asintió. Luego miré a Billy.

—Es el momento de saber qué fue de los adultos que salen en los vídeos. Sabemos que Víctor está desaparecido, veré qué es de Júlia y Pau —intervino él.

Yo asentí. Por último, miré a Regina. Ella levantó la vista como si hubiera sentido el peso de mi mirada. Tenía los ojos alicaídos, pero sabía que solo ella podría consolarme si descubríamos que Milan no existía.

—Me gustaría que me acompañaras —confesé. Ni tan siquiera pensé en cómo sonaba eso, ni en que Billy podía molestarse—. Y te cuento todo por el camino.

—Sí, obvio, voy contigo —aceptó ella levantándose de un salto.

Salva y Ada se marcharon. Regina se alejó hasta su coche, preparada para irnos rumbo a Antiga Barcelona.

—Roma —dijo Billy. Lo miré. Parecía triste—. Estoy aquí, pase lo que pase, lo sabes —añadió, agarrándome la mano con delicadeza.

Yo asentí y lo abracé. Nos estrujamos. En sus brazos sentí alivio.

—Te quiero —me susurró al oído.

—Yo también a ti.

Salí por la puerta y me subí al coche de Regina. Ella condujo mientras yo le contaba todas las pistas que nos habían llevado a

pensar que Milan, en realidad, nunca existió, y que en realidad fue a mí a quien secuestraron. Ella escuchó con atención, pero apenas pronunció una palabra.

Cuando llegamos a nuestro destino, me temblaba todo. Volver a ese lugar traía de vuelta todos mis miedos y dudas, pero al mismo tiempo me reconectaba con mi esencia. Era extraño, porque odiaba y amaba a partes iguales ir a casa de mi madre.

Regina me miraba de reojo, expectante. Sabía lo importante que era ese momento para mí.

Aunque yo veía y hablaba de forma puntual con mi madre, jamás habíamos hablado sobre la desaparición.

Llamé al timbre. Escuché la risa de mi madre al otro lado, luego sus pasos y, finalmente, la puerta se abrió.

Se le iluminó la cara cuando me vio, y entonces surgió una sonrisa en mi rostro.

—Hija mía, ¡qué alegría! —gritó, abrazándome.

Yo la imité y a los pocos segundos quise soltarme, pero ella me agarró con fuerza para que no me alejara.

—Qué ganas tenía de verte —murmuró.

—Y yo, mamá.

Se apartó y me miró a los ojos. Se le humedecieron, emocionada. Pronto se percató de la presencia de Regina.

—Hola, ¿qué tal? Soy Léa, encantada —se presentó.

—Regina.

Mi madre se lanzó a abrazarla también. Regina no pudo evitar reírse. Muy pronto, y gracias al carácter alegre de mi madre, ambas nos sentimos cómodas allí.

Atravesamos el pasillo. Lo primero que percibí fue un olor a flores de algodón blancas, el olor de mi hogar y mi madre.

Pensaba que, después de tanto tiempo, me sentiría como una extraña en ese lugar. Sin embargo, sucedió todo lo contrario. Me apresuré a sentarme en el sofá y volví a sentirlo en mi cuerpo. Me estiré en él, disfrutando de estar en casa de nuevo.

—Qué bien…

—Tú sofá siempre está aquí esperándote —dijo mi madre. Luego miró a Regina—. La de horas que ha pasado mi hija ahí…

—Sí, sé que le gustan los sofás… —bromeó ella.

—Oye, os quedáis a comer, ¿no?

Regina me miró, dubitativa.

—Sí —acepté.

Mientras mi madre y Regina preparaban uno de mis platos preferidos, di una vuelta por la casa. Algunos objetos o adornos habían cambiado, pero la esencia seguía siendo la misma. Me paseé por los pasillos, cotilleé mi habitación, que seguía igual que como la dejé, pero más limpia, y por último me fijé en lo importante: las fotografías que decoraban aquel hogar. Mi madre no había tirado ninguna, más bien había sumado nuevas, y en todas ellas aparecía mi padre, mi madre y dos niñas gemelas: Milan y yo.

Sonreí y suspiré, aliviada, aunque eso no aseguraba nada.

Una hora después llegó Diego, el marido de mi madre desde hacía diez años. Lo conocía y me parecía un buen tipo. Me alegraba saber que lo tenía a él. A las dos nos sentamos los cuatro alrededor de la mesa frente a la lasaña hecha por mi madre.

—¡Está buenísima! —exclamó Regina.

Yo la miré y asentí con la boca llena.

—Qué pena que tu hija no haya sacado este talento, Léa —bromeó.

Mi madre se rio. Durante la siguiente hora comimos y estuvimos hablando de cosas banales. Mi madre y yo nos sentíamos cómodas, como si no hubiera pasado el tiempo entre nosotras. Era algo que siempre nos ocurría, aunque nos viéramos poco.

—Muchas gracias por venir, hija. Te pediría que me avisases con antelación la próxima vez, pero ya sé cómo eres y me va bien que vengas de sorpresa, mientras te pases por aquí.

—Sí, siento no haberte avisado. Llevaba tiempo queriendo venir, y hoy ha sido el día…

—Podríais visitarnos más a menudo; nosotros estaríamos encantados, la verdad. Me encanta haber conocido a tu pareja.

Se me escapó una risita.

—No es mi pareja, mamá, es mi amiga.

—¡Ah, bueno! Perdona, ¿eh…? He metido la pata.

—No, para nada —intervino Regina—. No te preocupes.

—Vale, bueno, sea como sea… Tenéis que venir más a menudo para pasar un rato juntas. Imagino que en esta ocasión habrás venido a buscar algo, ¿no? Las últimas veces siempre has venido para eso. —No parecía enfadada, pero noté tristeza en su tono de voz.

—Yo… —Dudé. Me sentía mal por acudir a su casa solo cuando quería algo, pero fue peor el vértigo de tener que hablar con mi madre del secuestro de mi hermana o, en el peor de los casos, del mío—. He venido a… —Tragué saliva. Agaché la mirada un segundo. Luego miré a Regina, que me regalaba una pequeña sonrisa cómplice. Percibió mis nervios, así que colocó su mano sobre mi

pierna. Me tranquilizó. Yo bajé la mano y la entrelacé con la suya para sentirme mejor, y funcionó. Ese pequeño gesto me dio a entender que no estaba enfadada conmigo y, lo más importante, que no estaba sola. Sin embargo, no quería romper ese bonito momento con mi madre, así que levanté la vista y dije—: Hoy he venido solo a veros. A pasar un rato en familia.

La sonrisa que se le formó en el rostro me iluminó. Me di cuenta de lo estúpida que había sido durante años al no visitar mi hogar.

—¡Qué bien, Roma! Porque justo el fin de semana hice pastel de queso y sobra para los cuatro, ¿lo saco?

—Sí —acepté con una sonrisa.

La comida continuó y fue a mejor. Cada vez teníamos más confianza, nos reíamos y mi madre contó mil anécdotas de cuando yo era pequeña. Regina no me soltó la mano ni un momento, y yo lo agradecí. Sin embargo, cuando nos mudamos al comedor para tomar el café, comprendí que, aunque doliera, tenía que sacar algo en claro de esa visita. Debía averiguar si mi hermana existía, pero no pensaba preguntarle a mi madre.

—Voy al baño, ahora vuelvo —avisé, dejándolos en el comedor.

Dejé atrás sus voces y me adentré en el pasillo principal. Al final, llegué a las escaleras que ascendían al primer piso. Arriba, me metí en el despacho de mi madre, donde guardaba el papeleo, pero también juguetes de mi infancia y recuerdos. Cerré la puerta y me agaché para mirar debajo de la cama que en teoría era de invitados, aunque nadie la utilizaba. Ahí había cajas gigantes con álbumes y recuerdos del pasado. No sabía si serviría de algo, pero tenía la esperanza de encontrar alguna respuesta en ellas.

En la primera solo encontré documentos que no tenían nada que ver con mi vida. Para agilizar, ojeé las cajas a través del plástico transparente, tratando de distinguir algo que pudiera ofrecerme información. Vi un álbum de fotos digital apagado en una de ellas, así que la saqué y la abrí. Allí dentro había marcos de fotos antiguos, dispositivos de almacenamiento de recuerdos y el álbum digital. Intenté encenderlo, pero no tenía batería. Lo puse a cargar. En dos minutos pude encenderlo. Tenía las fotografías ordenadas por fecha. Empecé con las de los últimos años que había pasado allí, cuando tenía diecinueve. En ellas solo aparecíamos mi madre y yo. Sonreí al desbloquear esos recuerdos.

Después de ojear algunas más, salí de la carpeta para ir a la general. Desde ahí podía escoger el año y, sin pensármelo, apreté la fecha del año que nací. Sentí miedo, pero ahí tendría que haber algo.

Lo primero que apareció fue una foto de mis padres justo después del parto. En ella también aparecía su hija. Un único bebé que mi madre sostenía con cuidado en sus brazos.

«Mierda».

Continué deslizando las fotos del primer año y solo distinguí a una niña. La rabia me oprimió el pecho. Pasé a los siguientes, pero el resultado siempre fue el mismo: una sola hija. Era yo, Roma, y no había rastro de ninguna hermana, no había rastro de Milan.

Me guardé el álbum en los pantalones, en la zona de la espalda, para poder cubrirlo con la chaqueta, y dejé la caja en su sitio. Bajé al comedor con la tristeza agarrotada en el pecho. Traté de disimular. Me tomé el café sin apenas pronunciar una sola palabra y, en cuanto encontré la ocasión, aproveché para despedirme.

Mi madre no se enfadó, y nos acompañó a la puerta.

—¿Vendrás más a menudo?

—Te lo prometo —dije forzando una sonrisa.

Nos abrazamos y nos despedimos.

Regina y yo cruzamos la calle hasta llegar a su coche. A ella le bastó con mirarme para entender lo que ocurría. No le expliqué nada y me limité a entregarle el álbum.

Ella ojeó las primeras fotografías. Vi cómo se le arrugaba el rostro, y creo que estuvo a punto de llorar, pero se contuvo.

—¿Me acompañas a tomar algo? —pregunté—. Necesito… No lo sé.

—Sí, Roma, vamos —aceptó de inmediato.

43

4 de agosto de 2097

—En el fondo es un alivio, ¿no? —pregunté. Ya estábamos sentadas con un par de bebidas delante. Regina escuchaba—. Es un alivio el hecho de que no haya nadie a quien salvar ni ninguna hermana en peligro… —Me quedé en silencio—. Es como que me he quitado un peso de encima.

Le di un sorbo a mi bebida. Regina parecía dispuesta a escuchar sin molestar, así que solté todo lo que guardaba dentro.

—Sinceramente esto es lo que tiene sentido, aunque haya intentado creer que todo el mundo mentía…, aunque haya intentado creer que solo yo tenía razón… —Suspiré—. Nadie mentía, solo mi madre y yo misma… Supongo que lo hizo por protegerme, y no la culpo. Lo que me ocurrió debió dejarme trastocada, creé una hermana imaginaria a la que raptaron para evitar el dolor y mi madre optó por seguirme la corriente. Mentir para proteger a alguien no suena mal… —insinué, mirándola.

—Sí, tiene sentido —intervino por primera vez—. Yo también lo haría por mi hijo.

Esbocé una leve sonrisa triste, intentando buscar consuelo en algo. Sin embargo, había algo que aún me reconcomía por dentro.

—Solo hay una cosa… —Me tembló la voz al pensarlo. Nunca hablaba de él. Nunca. Pero sentí la necesidad de hacerlo en aquel

momento—. Mi padre. Siempre pensé que no soportó lo de mi hermana, que no supo enfrentarse a esa realidad…, a la nueva vida que nos había tocado vivir, y que me miraba así porque habría preferido que ella siguiera con ellos… Pero si esto es cierto… Si en realidad fui yo la que desapareció y volví… —Se me escaparon un par de lágrimas—. ¿Por qué… se fue?

Regina percibió mi dolor, así que se levantó y se sentó a mi lado para agarrarme la mano. La miré, esperando alguna palabra por su parte.

—Siento no poder responder a la pregunta, Roma, pero a veces las personas hacemos cosas extrañas para huir del dolor.

Asentí. Ella se acercó a mí y me rodeó con sus brazos, y, cuando me apoyé en su hombro, rompí a llorar desconsolada. Tenía que liberar tantas cosas… y Regina era el bálsamo de cariño y ternura que yo necesitaba en ese momento.

Estuve alrededor de diez minutos llorando hasta que logré tranquilizarme. Me soné los mocos. Regina continuaba a mi lado sin soltarme la mano. Entre ella y yo habían pasado muchas cosas en poco tiempo, pero las que habíamos vivido eran las más bonitas e intensas de toda mi vida. Por eso, tuve la necesidad de hablar de algo más.

—Siento habérselo contado a todos antes que a ti. Creo que te ha molestado ser la última en enterarte de la teoría de que mi hermana no existe.

—Bueno… —Agachó la cabeza—. No me enfado. Son tus historias…

—No te lo conté porque tenía miedo —confesé entonces. Ella me miró, dispuesta a escuchar mi explicación—. Cuando nos conocimos

y nos hicimos íntimas hasta el punto de tener una relación, había algo que nos unía por encima de todo. Yo entendía tu dolor, y tú entendías el mío… Cuando supe que mi hermana quizá no existía, y que quizá era yo quien había vivido el secuestro, solo pensé… —Tomé aire—. Pensé que, si te enterabas, todo lo que vivimos juntas quedaría en nada para ti, ¿sabes? Sentiste cosas por mí porque yo era la única que te entendía, porque habíamos pasado por lo mismo. Todo el mundo me lo decía, que tú nunca me querrías en otras circunstancias, pero, si al menos seguíamos teniendo eso, nadie podría quitarnos lo nuestro. Sin embargo, si la única razón por la que me quisiste no existe en realidad, pensaba que podrías plantearte que nada fue real y que nada de lo que sentiste por mí era importante, que nada era verdadero —concluí.

Regina negó con la cabeza y le nació una diminuta sonrisa en la comisura de los labios. Mientras me acariciaba la mano, habló de nuevo con la voz rota:

—Te quise por muchas cosas, Roma, muchas más de las que podrías llegar a imaginar, pero que no nombraré porque no quiero ponerme a llorar.

—¿Lo dices de verdad? —pregunté, emocionada.

Ella asintió.

—¿Me prometes que esto no cambia nada?

—Nada. Los buenos momentos siguen intactos para mí. Te lo prometo. —Sonrió. Luego me dio un beso pequeño y delicado en la mano.

Justo en ese instante, recibí un mensaje de Salva. Lo abrí. Eran varias fotografías.

44

4 de agosto de 2097

Eran imágenes del interior de varios cubículos altos y esféricos que Salva y Ada habían encontrado entre los escombros de la fábrica abandonada. Había marcas que parecían hechas a base de arañazos y golpes, palabras y frases que no dejaban lugar a dudas: «Ayuda», «D7», y tres últimas palabras escritas con sangre: «Vamos a morir».

Resoplé, exhausta y asustada. Una parte de mí quería abandonar. Descubrir que en realidad todo me había ocurrido a mí, en parte, me había liberado de un gran peso. Pensé que quizá era mejor no saber qué me había ocurrido, continuar con mi vida y dejarlo pasar.

—Salva y Ada han encontrado esto —expliqué a Regina mientras le mostraba la fotografía.

—Ay, Dios… —murmuró ella. Me miró—. ¿Qué hacemos ahora?

Yo negué con la cabeza.

—No tengo ni idea… —suspiré. De pronto, todo ese tema se volvió tan pesado que necesitaba olvidarme durante unas horas, y tuve una idea para conseguirlo—. ¿Harás lo que te pida?

—Claro —aceptó Regina—. Tomes la decisión que tomes, estaré a tu lado.

Poco a poco se fue formando una sonrisa pilla en mi rostro, y Regina comprendió muy pronto el motivo.

—Pues quiero ir a un karaoke —solté.

Era sábado por la noche, así que nadie trabajaba al día siguiente. Regina, por su parte, no tuvo más remedio que aceptar. Llamé a Salva y Ada y les mentí para que regresasen a la ciudad. Por último, llamamos a Ian y Valeria, que también se presentaron.

—¿En serio nos has hecho venir para un karaoke? —espetó Salva, molesto—. Hemos estado horas en una fábrica abandonada revolviendo escombros para encontrar esas fotografías, Roma. Es muy fuerte, no estamos para esto…

—Salva, mi hermana no existe —lo corté. Él se quedó callado—. Era yo y siempre he sido yo a la que secuestraron. Solo… Solo necesito pasar un buen rato con mis amigos.

Él suspiró y su expresión se relajó. Me abrazó, y aceptó cumplir todos mis deseos esa noche.

Entramos en el local sobre las ocho de la tarde. Nos sentamos en una mesa redonda y pedimos algo de beber. Lo primero que me vino a la mente fue un cubata, pero entonces me acordé de que estaba embarazada y dudé. Aún no tenía claro qué decisión iba a tomar. Sin embargo, la noche que descubrí que mi hermana no existía, me había sentido más unida que nunca a ese bebé que estaba formándose dentro de mí. Nada parecía cierto, exceptuando ese ser. Por eso había decidido darme un poco más de tiempo.

Saqué mi Júpiter y busqué en internet si la atía podía ser mala para el niño. Vi que, como se trataba de una lámina tecnológica, no afectaría el feto, así que me pedí una bebida sin alcohol y me tomé una para divertirme. Hacía mucho que no la tomaba y no tardó mucho en hacer efecto.

Obligué a Salva y a Ada a cantar una canción juntos. Los noté raros, como distantes, así que no pude evitar preguntarle a Ada.

—Nada. Es lo de siempre con él —explicó ella, cansada—. A veces parece que quiere algo conmigo, y luego no es capaz ni de mirarme. Contigo, en cambio, siempre está preocupado y pendiente.

—¿Conmigo? —me sorprendí—. ¿Te inquieta eso?

Ada me miró.

—Le he preguntado si siente algo por ti y me ha dicho que no.

—Pfff —me eché a reír—. No siente nada por mí, Ada. Te lo aseguro. Lo que tuvimos no duró más que unos meses. No lo recuerdo bien, pero diría que no llegó ni a medio año. Luego apareció Regina y corté para estar con ella.

—Ni siquiera me preocupa eso, yo tampoco podría tener nada serio con él. Es solo que a veces me gustaría que tuviera más sangre y simplemente viniera y me dijera: «Te quiero follar».

Yo me eché a reír.

—Siento decirte que ese no es Salva.

—Ya lo sé. —Ella también se rio.

Miré hacia el escenario. Regina y Valeria estaban cantando a dúo, sonrientes y cogidas la mano, y eso me hizo emocionarme hasta el punto de humedecerme los ojos.

—La quieres mucho —advirtió Ada.

Yo la miré, sorprendida, y asentí levemente.

—Después de seis años.

Volví a asentir. Ada suspiró.

—Aún no entiendo qué os pasó. Si como dices dejaste lo que tenías con Salva para tener una relación con Regina, ¿por qué luego…?

Yo me encogí de hombros y le di un trago a mi vaso de agua. Finalmente, me decidí a contárselo.

—Fui una estúpida y una cobarde —confesé. Ada se mantuvo en silencio, mirándome. Yo me acomodé para, por primera vez, hablar de lo que ocurrió—. Cuando Regina vino a mi casa en el 91 para pedirme ayuda con el caso de su hermana, yo acepté porque… Mira, la verdad es que acepté porque me sentí reflejada en su historia. Ellas son gemelas, igual que yo con… Bueno…, yo creía que yo también lo era con mi hermana imaginaria. Por eso, decidí ayudarla sin estar muy segura de lo que hacía. Regina estaba sola aquí. Había venido desde Argentina con su hermana porque le habían otorgado una beca para el último curso en la Universidad de Nova Barcelona. Valeria vino simplemente para estar con ella, por vivir una experiencia. Pero, cuando desapareció, Regina se quedó sola. Sus padres tampoco podían trasladarse, así que imagínate cómo estaba. Yo hice lo que pude por estar con ella, por ayudarla y consolarla cuando no podía más, y ella se refugió en mí. Fue imposible no sentir algo muy fuerte, pero yo… Yo qué sé. Entonces no pude resolver el caso, no encontré a su hermana ni a los demás, me sentía culpable por no haberla ayudo, y encima… le mentí en algo.

Ada se quedó mirándome, expectante.

—Siete meses después de las desapariciones, cuando Regina y yo llevábamos unos tres meses de relación, encontraron unos cuerpos calcinados en una caseta. A unos kilómetros, también encontraron la ropa de Valeria, Río y Adele, así que supusieron que eran sus cuerpos. Cuando llamaron a Regina para reconocer el cuerpo, me pidió que lo hiciera yo por ella. No se veía con fuerzas para hacerlo y, a fin de cuentas, son iguales, así que no tendría problemas. Así que entré en esa sala… Había visto sufrir a Regina durante meses, incluso tuvo que acudir a recursos tecnológicos para concentrarse y

sacarse el último año de carrera… Y por eso le mentí, le dije que sí era ella. Quería liberarla del dolor, pero… me equivoqué. Me equivoqué mucho y ahora lo sé.

—Joder, vale, ahora entiendo ese amor-odio que te tiene.

—Y eso no es lo peor. Y es que me sentía tan culpable y al mismo tiempo era tan… estúpida que le dije que volviera a Argentina con su familia, y, cuando lo hizo, la dejé por mensaje y la bloqueé.

—Pero ¿tú eres…?

—Una hija de puta, sí, puedes decirlo. En esa época yo estaba fatal, acababan de matar a Laia, Ian me odiaba y yo me odiaba a mí misma por ello, así que simplemente me regocijé en mi dolor y me aparté de todo. Salva fue el único que me aguantó, aunque también intenté echarlo de mi vida, pero él estuvo ahí hasta convertirse en mi mejor amigo.

Ada tragó saliva, asimilándolo todo.

—Solo mi amigo —remarqué.

Ella me miró y yo sonreí y luego levanté las cejas, juguetona. Ella sonrió también.

—No se nos da muy bien estar serias mucho rato —solté.

—Eso se lo dejamos a las personas aburridas como Salva —bromeó. Y las dos nos echamos a reír.

Siguieron pasando las canciones. Canté con Salva y Ada una cañera. Mientras nosotras pegábamos saltos y gritábamos, Salva estaba quieto, dejándose empujar por nosotras y avergonzado. Nos reímos de él y nos divertimos.

Cuando volvimos a la mesa, los dejé solos. Me senté en la esquina del sofá para observar a Ian y Valeria cantar una canción

romanticona, vergonzosos. No pude evitar reírme, hasta que llegó Regina y se sentó a mi lado a observarlos conmigo.

—Ian siempre ha sido un ñoño —solté, en broma.

—A mi hermana siempre le han gustado los ñoños.

Nos sonreímos y continuamos contemplándolos en silencio. Entonces ella, sin apartar la vista de ellos, alargó la mano hasta posarla encima de la mía. La dejó ahí, como si me invitara a dar el siguiente paso. Yo no pude contenerme. Al fin y al cabo, no era más que un roce, aunque significara mucho más. Nos acariciamos las manos con delicadeza, jugueteando con los dedos. Nadie en toda mi vida me había acariciado como ella, y entonces recordé esa sensación y obtuve la respuesta que andaba buscando: seguía queriéndola, pero también a Billy. Nunca había dejado de quererlos.

Salva y Ada aparecieron de pronto con un par de bebidas.

—¡Oh! —exclamó Salva—. Perdonad.

Volví a la realidad de golpe y me aparté de Regina rápidamente. Debía guardarle respeto a Billy, así que, para dejar atrás ese momento, agarré a Salva de la mano y me lo llevé a escoger una canción.

Aproveché para preguntarle sobre Ada, pero su respuesta fue cortante y directa:

—No te metas, Roma. ¿Quieres que te pregunte por Regina?

—No, vale —acepté.

Después canté la última junto con Ian. Escogí una antigua que Billy nos enseñó en una ocasión cuando teníamos dieciocho años. Él la cantó conmigo, sonriente, y nos la dedicamos el uno al otro. De pronto, comprendimos que la letra nos representaba más que nunca: «Tú eres un amigo. Que está siempre conmigo…», cantó él,

mirándome. Llegó mi turno: «Hemos pasado muy duros momentos…». Él y yo habíamos vivido tantas cosas, habíamos sufrido tanto… y, sin embargo, seguíamos queriéndonos y apoyándonos, aunque hubiera sido complicado reencontrarse.

Empezó la trompeta de la canción, suave y melódica. La música nos envolvió. Lo abracé y él, que me sacaba una cabeza, me arropó entre sus brazos. Hacía mucho tiempo que no lo hacía, y cuando me acurruqué en él, con la música de fondo, me dejé llevar. Permití que las lágrimas descendieran por mis mejillas mientras escuchaba el latido de su corazón. Él me abrazaba con cariño mientras me acariciaba la espalda. Aquel día volvió a convertirse en mi mejor amigo, el que siempre había sido como un hermano.

Los demás nos aplaudieron al llegar a la mesa.

—¡Qué bonitooo! —gritó Ada, silbando.

Ian y yo nos sentamos sonrientes mientras yo me secaba las últimas lágrimas.

—Te ha pegado duro el alcohol, ¿eh? —bromeó Ada dándome un golpecito en la espalda.

—Es difícil ir borracha sin tomar una gota de alcohol —advirtió Regina, para sorpresa de todos. Yo la miré, y ella me devolvió una mirada extraña, como molesta, pero decidí ignorar el comentario.

Aún nos quedaban un par de canciones por cantar. Eran alrededor de las diez de la noche y pedimos algo de cenar. Sin embargo, aproveché cuando Regina se fue a la barra para seguirla y preguntarle por qué había hecho ese comentario.

—¿Por qué cotilleas lo que bebo y dejo de beber? —grité. La música opacaba mi voz.

Ella dijo algo, pero no la entendí.

—Vamos fuera —propuse señalando la puerta.

Ella cogió su bebida y salió conmigo. Había un par de personas desperdigadas, pero estábamos solas. Nos apartamos un poco de la entrada y nos apoyamos en una pared.

—A ver, respóndeme ahora —pedí con una risita.

—No es para tanto. Solo he visto que no has tomado alcohol.

Yo asentí y esperé en silencio sin dejar de mirarla. Ella le dio un sorbo a su bebida, y finalmente preguntó lo que llevaba horas deseando saber:

—No te tomaste las pastillas, ¿verdad?

Tragué saliva y bajé la mirada un segundo. No imaginé que me preguntara eso.

No respondí, pero ella lo comprendió de igual forma. Se mordió el labio y suspiró sin apartar los ojos de mí. Nos quedamos unos segundos sin hablar.

—La realidad es que nunca he querido tener hijos —le expliqué entonces—, pero ahora… No sé por qué, pero me han surgido dudas… y quiero tomarme unos días para pensarlo.

—Ya… —aceptó ella, asintiendo—. Creo que es normal, y más después de lo de tu hermana. Has perdido algo muy importante en tu vida, aunque intentes esconderlo viniendo a un karaoke.

—Sí… —asentí—. Creo que… de pronto he deseado tener una familia que hace mucho que no tengo. Desde lo que me ocurrió y mi padre se fue… ha sido complicado. Mi madre lo intentó, pero sufría, así que tengo pocos recuerdos de una familia normal —expliqué, reflexiva—. Además, estos últimos años distanciada de Ian han sido horribles. Fue como perder a otro hermano. Ha sido una mierda, para qué mentir —confesé.

—Dale, no me jodás…, creo que escuchar esto me fastidia aún más. —Yo me quedé mirándola, dubitativa—. Saber que has estado mal y que ni aun así vinieras a buscarme. Qué triste no ser suficiente ni para una persona que está fatal.

—No digas eso —la corté antes de que siguiera—. Quise llamarte miles de veces. Quería ir a visitarte, quería… dar marcha atrás. Muchas veces me decidí a hacerlo, pero al final siempre me arrepentía porque pensaba que era lo mejor para ti. Te mentí sobre la muerte de tu hermana, y yo…

—Qué.

—Supongo que tenía miedo a cambiar mi vida, pero sobre todo la tuya. Tenía miedo de no ser suficiente para ti. Quería ser lo que necesitabas, pero sobre todo lo que merecías, y creía que yo no lo era.

—Vamos, esto es un «no eres tú, soy yo», pero con palabras más refinadas —espetó.

—No. Es la realidad. Hay cosas que aún no sabes de mí. Cosas que no te gustaría conocer ni a mí me gusta aceptar… —Suspiré—. Pero realmente sentía que cuando me conocieras de verdad, sin tanto dolor a tu alrededor, sin ser el hombro en el llorar, me habrías dejado. Estoy segura.

—Dios mío, cállate —me cortó—. Solo escucho tonterías. Eras suficiente para mí, y lo habrías seguido siendo. ¿Cómo no ibas a serlo si eras la única persona que me hacía sentir bien? Parece mentira que no recuerdes todo lo que hiciste por mí. Parece mentira que tenga que ser yo la que te diga que nadie nunca ha… No lo sé, nadie se ha esforzado tanto en hacerme sentir bien, ¿sabes? —Hizo una pausa y me miró a los ojos—. Y me jode porque a veces cuando

te veo traerme pastelitos como hace un mes, o cuando te preocupas por mí como hace seis años, solo me pregunto… por qué carajo no fui suficiente para ti. Así que siempre termino llegando a la conclusión de que en realidad no estabas enamorada de mí, y solo sentías pena porque me veías indefensa y desamparada.

—¡No! —la interrumpí yo esa vez—. Tú también estás diciendo tonterías. Que una persona como tú se dignara siquiera a mirarme es lo mejor que me ha pasado nunca.

A ella se le escapó una sonrisa al escuchar esas últimas palabras. Yo me acerqué con cautela.

—Me da mucha rabia que digas que me abandonaste por miedo a que te dejara —susurró—. Acepta que fue una decisión tuya. Solo tuya.

—Y fue una mierda —aseguré—. Ahora te miro y no sé cómo algún día pudiste quererme, es extraño. Entiendo que me hicieras la cobra en tu cumpleaños —bromeé, sonriente.

Ella se rio, y tras unos segundos y un suspiro continuó:

—Cuando era pequeña y estaba mal, sabía que si volvía a casa todo mejoraría. Todo el dolor se hacía pequeño y menos importante cuando estaba con mi madre y mis hermanos. Cuando llegué aquí, mi hermana desapareció y me quedé completamente sola, es cierto que solo estabas vos. Pero… —tomó aire al recordar lo que habíamos vivido— poco a poco fuiste cubriendo ese espacio hasta convertirte en mi familia y mi casa a la que acudir cuando todo iba mal. No creo que eso pueda conseguirlo mucha gente. Contigo… me sentía segura y libre… Pero ahora imagínate que tu madre te dice que debes largarte de casa y no volver más —contó, con una diminuta sonrisa—. Así me sentí contigo. Y hace un mes, cuando me

dijiste que querías intentar algo, dudé mucho. El sentimiento no estaba muerto… y tampoco lo está ahora —confesó. A mí me dio un vuelco el corazón—. Te acercaste tan decidida y yo… —negó con la cabeza— ya no me sentí segura, ya no me sentí como en casa. Sentí que, si me dejaba llevar, acabarías jodiéndome otra vez, y no quería eso.

No sé cuántos segundos estuvimos observándonos en silencio, pero, sin saber cómo, estábamos cada vez más cerca.

—Roma, ¿sigues siendo la misma? —preguntó.

Qué pregunta. No sabía la respuesta, pero una parte de mí quería dejarle que claro que no, que no volvería a hacerle lo mismo que la otra vez. Sin embargo, me daba miedo decirlo con esas palabras, así que opté por otras.

—No lo sé. —Sonreí—. Ahora en lugar de salir de fiesta voy al karaoke y me estoy planteando tener un hijo…

Ella sonrió y me derritió verla tan cerca de mí. Me derritió sentir que algo estaba cambiando en ella. Se acercó y me agarró la mano que tenía apoyada en el alféizar de la ventana. Me dejé llevar. Quería sentirlo, llevaba años deseando volver a sentirla. Lo que no me esperaba fue que, después de ese gesto, ella diese dos pasos hacia mí y se lanzase a besarme. Dudé. Quería hacerlo, pero al mismo tiempo estaba embarazada de Billy y tenía una relación con él, así que me aparté. Me aparté por Billy, pero también por ella, porque no quería ser la de antes. Sorprendentemente, afirmé que algo había cambiado en mí.

—Mierda… —Se apartó ella mordiéndose el labio. No tardó en soltarme la mano y llevarse la suya a la cara, avergonzada.

—No… —susurré. No sabía cómo explicárselo, pero lo hice lo mejor que pude—. No es que no quiera, de verdad. Es que en teoría tengo una relación con Billy y estoy…, joder, estoy embarazada de él.

Ella, que había apartado la mirada, volvió la cabeza, y descubrí que estaba muy enfadada. Sus ojos habían pasado de la ternura a la rabia. Tenía el rostro contraído y se mordía el labio como si quisiera endosarme otra hostia más.

—Hace un mes me dijiste que el destino nos había reunido y ahora me haces esto… —gruñó.

—Lo hago porque no quiero mentir ni engañar a nadie. Necesito aclararme, decidir lo que quiero y entonces actuar. No como antes, que hacía las cosas sin pensar.

A Regina se le escapó una risita sarcástica y antes de irse me dedicó una mirada airada y una última frase:

—Tenías que cambiar justo ahora, imbécil.

Me quedé petrificada en el sitio. Regina no era del tipo de persona que insultaba porque sí, la había enfadado de verdad, pero aun así sentía que había hecho lo correcto.

Reflexioné en el sitio un rato, pensando en cómo me sentía. Tenía a las dos únicas personas que había amado dispuestas a iniciar una vida conmigo. Tenía la oportunidad de cambiar algo, de ser algo, de tener algo…, pero solo estaba embarazada de una de ellas y, sin querer, eso decantaba ligeramente la balanza.

Salva apareció para devolverme a la realidad.

—¿Qué le has hecho a Regina para que entre con esa cara?

Yo lo miré y suspiré.

—No sé si es mejor no saberlo —respondió él por mí—. Igualmente, he venido a contarte algo. Algo que he descubierto y

creo que debes saber.

Yo me erguí, expectante. Por la expresión de su cara no parecían ser buenas noticias.

—Sabes que no confío en Billy desde el principio —empezó.

—Sí…

—Bien, pues he estado investigando un poco su vida.

Yo arrugué el ceño, molesta.

—Lo siento, Roma, pero tenía que hacerlo.

Bufé.

—Tengo algo.

Lo miré.

—¿Quieres saberlo?

Me mordí el labio, dubitativa. Después de darle vueltas, asentí.

—Tiene una familia.

—¡¿Qué?!

—Eso, que ya tiene una mujer y una hija —explicó. Luego sacó el móvil y me mostró varias fotografías de él.

—Hijo de puta —gruñí. Entonces comprendí todas esas llamadas y los susurros por las noches. Tenía una doble vida, y yo era la amante estúpida y embarazada—. Lo voy a matar.

Me aparté de Salva y saqué el teléfono para llamarlo. Más que tristeza, sentía una rabia incontrolable dentro. Quería gritarle e insultarle, pero no respondía. Por eso le envié un mensaje de voz cagándome en él. Sin embargo, lo que no sabía es que Billy no habría podido responder en ese momento porque, tras recabar información sobre Pau y Júlia, en ese preciso instante estaba en el colegio con ella, sonsacándole una información tan valiosa que lo cambiaría todo.

45

5 de agosto de 2097

Llegué a la guarida de Billy y lo esperé en la entrada del bosque. Tras una hora de espera y desesperación, lo vi llegar en su moto. Ni tan siquiera lo dejé bajar.

—¡Cabrón! —grité, encarándome con él.

Él bajó de su moto y se quitó el casco, confundido.

—¿Quién narices eres, Billy? —pregunté, empujándolo—. O Florian, o como narices te llames. ¿Por qué cojones vives en una caravana y por qué coño no me has dicho que tienes mujer e hija?

Él suspiró, pero parecía relajado.

—Vale, tranquila, te lo explico, ¿sí? —Se acercó al sensor del árbol y lo desbloqueó—. Vamos dentro.

Logré controlar mis impulsos y la rabia contenida y lo seguí hasta la caravana. No le di tiempo a quitarse la chaqueta y lo obligué a sentarse en el sofá exterior. Yo me quedé de pie.

—Siéntate, por favor —pidió alargando la mano para coger la mía. Me dejé convencer y terminé sentándome a su lado con los brazos cruzados—. Para tu tranquilidad, hace unos tres años que mi mujer y yo no estamos juntos.

Volví a relajar la postura. Tomé aire y me tranquilicé.

—Ven —pidió de nuevo, tirando de mi mano. Yo me acerqué. Él me miraba a los ojos, sin miedo—. Cuando fingí mi muerte, me

mudé a Alemania. Quería empezar de nuevo, y a mí siempre me han gustado los lugares fríos, así que decidí ir allí para rehacer mi vida.

»Conocí a la que ahora es mi exmujer, y con ella tuve una hija, la persona más importante de mi vida, lo mejor que me ha pasado nunca… Pero estos años escondido me han pasado factura psicológicamente, y en muchas ocasiones no he estado a la altura. Por eso… —suspiró—, ahora solo veo a mi hija cada dos semanas. Para mí es… un fracaso. He hecho muchísimas cosas, he conseguido resolver casos y encerrar asesinos, y sin embargo… —se le humedecieron los ojos. Le agarré la mano, empatizando con su dolor — no he sido capaz de darle lo que necesitaba… —Le tembló la mandíbula de la emoción contenida. Supe que decía la verdad—. No quería que conocieras esa parte de mí, tenía miedo de que me juzgaras por ello.

—Nunca te juzgaré por eso, Billy. Nunca. No soy la persona adecuada para juzgar a nadie, y mucho menos a ti. —Lo agarré de la cara—. Sé que te odias por lo de tu hija, pero has salvado la vida de muchas personas, has sido el héroe en la sombra, el mío el primero.

Él sonrió, aún emocionado. Luego se acercó y terminó besándome. Pensé en Regina, a la que dos horas antes había rechazado, pero esa vez no pude apartarme. No pude porque él estaba sufriendo, no pude porque estaba embarazada de él, y no pude porque, en aquel momento, y sin darme cuenta, escogí. Lo escogí por muchas cosas, pero una de las razones era que los dos estábamos igual de jodidos.

Después de esa conversación no quisimos volver a hablar de mi hermana, de su hija o de nada que no tuviera que ver con nosotros. Nos besamos y nos acostamos de nuevo. Sentí que había tomado una decisión, la correcta, aunque no podía sacarme a Regina de la cabeza.

Sin embargo, esa misma noche, él volvió a escaparse a escondidas. No logré contener mi curiosidad y miré por la ventana. Esta vez lo descubrí sentado en el sofá exterior, mirando hacia abajo. Ahogó un pequeño grito, pero no distinguí qué estaba haciendo. Una hora después se estiró a mi lado con una venda enrojecida rodeándole el brazo.

A la mañana siguiente, Salva y Ada se presentaron a primera hora. Billy escondió su herida bajo su ropa y fingió que no había ocurrido nada.

Por su parte, Regina no hizo acto de presencia. Mis amigos nos enseñaron las fotos de los cubículos encontrados en la fábrica. Luego, Billy nos explicó todo lo que sabía.

—Según Júlia, a Víctor lo contactó Safe&Clean para transportar material delicado y confidencial. Cada lunes, él y otros camioneros debían recoger el pedido en un mismo sitio y a una misma hora en Antiga Barcelona, y lo entregaban en Toulouse. Como el trayecto era largo, muchas veces acostumbraban a descansar en Urús, un municipio de Cataluña cerca de los Pirineos. Víctor nunca preguntó qué había dentro de los cubículos porque le pagaban muy muy bien (ha remarcado Júlia) por estar calladito… Así que se limitaba a cumplir su parte y luego volver a casa. Sin embargo, una noche que se detuvo en Urús a descansar, escuchó un grito agudo proveniente de uno de los cubículos. Dudó, pero finalmente decidió abrirlo y en

su interior encontró a un niño. Era León Arias, el único que estaba despierto. Por alguna razón, el chip no había funcionado por completo con él. Víctor abrió los demás cubículos y descubrió a un montón de niños y niñas dormidos. Entonces llamó a su marido y decidieron ayudarlos. En una semana vendieron la casa, compraron otra, acumularon comida, colchones y demás, y escondieron a los niños durante meses.

—¿Por qué no fueron a la policía? —pregunté.

—Se ve que tanto en Antiga Barcelona como en Toulouse los recibían policías y militares para proteger esa supuesta mercancía de alto valor. Pensaron que el Gobierno estaba en el ajo. Tenían miedo, en definitiva. Todo esto sucedió el 14 de agosto del 74, dos semanas antes de la fotografía y los vídeos de las niñas que encontramos en Urús —continuó su explicación—. Se ve que E7, o Marte, como la llamaba Roma, o…, perdón, Milan…

—Tranquilo —lo corté—. Es Roma. Era yo —asumí.

Él asintió y continuó, como si necesitara mi aprobación.

—Pues eso, que la niña pelirroja insistió a Víctor y Pau para que salvaran el camión de Roma. Es… complicado, pero esto es lo que ocurrió: el 14 de agosto Víctor y Pau descubren que tenían niños encerrados en los cubículos a los que les han borrado la memoria. Entre esos niños estaba Marte. Deciden esconderlos y Víctor le dice a Safe&Clean que el camión se le ha quemado y no podrá hacer la entrega. La empresa lo despide y Víctor se dedica a intentar averiguar quién cojones son esos niños. Sin embargo, durante la siguiente semana, Marte le insiste en múltiples ocasiones que salven a los niños del próximo camión. La niña sabía qué día exacto le tocaba a Roma, justo dos semanas después de ella porque iban por

orden alfabético. Víctor y Pau tenían miedo, pero terminaron aceptando. Sabían cuándo recogerían el pedido en Antiga Barcelona y la ruta, así que siguieron al camión y cuando pararon en Urús a pasar la noche, entre los dos abrieron el camión y trasladaron a los niños a su furgoneta. Entre ellos estaba Roma. Fue entonces cuando las cámaras de videovigilancia los grabaron… —Hizo una pausa para que asimiláramos la información—. Después de esto, desaparecieron de la faz de la tierra y tuvieron a los niños en la casa durante meses. Se ve que no recordaban su pasado, tenían pesadillas, terrores nocturnos y algunos tuvieron brotes psicóticos. León Arias, en concreto, no pudo soportarlo; se arrancó el chip y más tarde se quitó la vida. Los cuidaron durante meses hasta que… los descubrieron. Fue un desastre. Mataron a Víctor y a Pau ese día, luego se llevaron a la mayoría de los niños. Para terminar, limpiaron la casa como si nunca hubiera ocurrido nada. Júlia intentó pasar desapercibida y logró escapar, pero vive con miedo constante de que la encuentren y la maten. Sin embargo, hay algo más importante… Algo que me da esperanzas y que puede cambiarlo todo.

Esperamos mientras él sacaba un aparato cuadrado de su bolsillo.

—También me contó que su hermano y Pau grabaron horas y horas de vídeos con conversaciones con los niños, y en ellas descubrieron cosas importantes. Júlia los guardó, pero nunca se ha atrevido a verlos ni entregarlos a la policía. Sin embargo…, me ha dado el disco duro con el material, así que tenemos trabajo.

Entramos a la autocaravana y proyectamos el primer vídeo en el televisor. Era del día que persiguieron el camión en el que, supuestamente, iba yo. Víctor y Pau estaban escondidos entre árboles grabando con una cámara de última generación. Aunque

estaban lejos, se apreciaba una gran nave industrial de la que no paraban de salir camiones, uno tras otro, y se marchaban en distintas direcciones.

—Joder…, ¿todos iban llenos de niños? —pregunté en voz alta.

—Eso parece… —asumió Billy.

Él mismo detuvo los vídeos en varias ocasiones para distinguir detalles. Lo que más nos llamó la atención fue que muchos de los camiones tenían matrículas de otras ciudades europeas pertenecientes a la Confederación Ralía.

—Parece que raptaban niños de la vieja Europa y los llevaban a ciudades de Ralía —advirtió Salva—. Tremendos hijos de puta.

Esa fue la única conclusión a la que llegamos de esas primeras horas de metraje. A continuación, vinieron un conjunto de fragmentos del día a día. Vimos cómo creaban la casa desde cero, cómo los niños reían, jugaban y eran felices, pero también cuando lloraban desconsolados, se golpeaban a sí mismos, se despertaban por las noches y salían al bosque descalzos y desnudos. Sin duda, ese chip los había dejado jodidos, y esos vídeos lo demostraban.

A continuación, descubrimos el proceso que seguían para devolver a los niños a sus casas. Era muy complicado averiguar quiénes eran, pues no había información pública de las desapariciones de ninguno de ellos y, además, los pequeños no recordaban nada de su vida anterior. Les hacían entrevistas semanales con el objetivo de obtener información sobre su pasado, revisaban las noticias cada día por si se publicaba alguna novedad de un niño desaparecido y así, un día, lograron devolver a casa al primero de ellos. Su nombre era Iago. Un chico alegre, agradable y a la vez muy señorito. Siempre caminaba con la cabeza alzada y espigado.

Durante los siguientes meses devolvieron a cinco niños más a sus casas. Entonces, llegamos al último vídeo. Una niña había recordado su nombre. Víctor la recibió en su despacho para hacerle una última entrevista y así intentar encontrar su hogar originario.

La puerta se abrió y detrás aparecí yo, pero… parecía mayor.

—¡Qué cojones! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza—. No me jodáis…, ¿de qué año es este vídeo? —pregunté a Billy.

—Luego lo miro si quieres.

—Es que, a ver… según mis profesores volví a casa en julio o agosto del 74… En esas fechas yo debía de tener… creo que doce, ¿no? —pregunté en general.

—Sí —afirmó Salva.

—Miradla… ¿Esta niña no es muy mayor para tener doce?

Ellos enmudecieron, dubitativos. Ada y Billy se mantuvieron en silencio sin mutar su expresión, mientras que Salva se limitó a mantener la mirada fija en mí. Comprendí que, de nuevo, mis amigos pensaban que estaba loca.

—Vale —acepté mi derrota, mirando hacia el televisor de nuevo—. Es igual…

—No, no es igual, Roma… —dijo Salva acercándose a mí. Yo ni lo miré—. Sigamos con el vídeo y a ver qué descubrimos.

Yo asentí, molesta, y me aguanté las ganas de chillar.

Billy le dio al play. Yo no recordaba nada de eso.

—Hola, R9, siéntate aquí —pidió Víctor, ofreciéndole una silla—. ¿Prefieres que te llame Roma?

Otra prueba fulminante más. Apreté la mandíbula para contener el llanto y no comenté nada al respecto. Ada, por su parte, me acarició la espalda, dándome su apoyo silencioso.

—N-n… No, prefiero R9 —tartamudeó la niña, agarrándose a los reposabrazos de la silla.

—Vale, no te preocupes. Es normal. Queríamos decirte que hemos encontrado información sobre una niña desaparecida llamada Roma Delmer. Vivía en Antiga Barcelona con sus padres. —Víctor giró su tablet y le mostró un vídeo.

Nosotros solo pudimos escucharlo, pero sin duda reconocí la voz.

—Traed a nuestra hija de vuelta, por favor —sollozó una voz femenina—. Estamos desesperados. Haremos lo que sea necesario y no os pediremos nada… Pero, por favor… por favor…, devolvédnosla.

Era la voz de mi madre.

Mientras el vídeo se reproducía, la pequeña Roma rompió a llorar.

—¿Los reconoces? —preguntó Víctor.

—No… Sí… —dijo temblando y con lágrimas en los ojos—. Creo que sí.

—Son tus padres, R9. ¿Quieres volver a casa?

La pequeña Roma se quedó en silencio, mirando a ese hombre. Echó un vistazo a un lado a y a otro, dubitativa, hasta que después de unos segundos, preguntó:

—Pero… ¿y mis amigos?

Víctor suspiró.

—Les encontraremos su hogar, volverán a casa como tú.

—Pero no quiero separarme de ellos… —murmuró haciendo pucheros.

—Lo enti…

De pronto, un golpe seco detuvo a Víctor y llamó su atención. Él se levantó para mirar por la ventana, vio algo y luego se giró, desesperado.

—R9, escóndete ahí, ¡ya! —gritó a la pequeña, señalándole el armario que tenía detrás. Ella obedeció.

Víctor salió de plano, pero escuchamos su voz.

—Pau, Júlia, ¡corred! ¡Llevad a los niños al sótano! ¡Están aquí!

Un segundo después, corrió hasta la cámara, con la respiración ahogada y el rostro desencajado, y la imagen se fundió a negro.

46

MILAN DELMER

¿? de ¿? de 207¿?

Recuerdo los gritos agudos de mis amigos en el exterior mientras yo me quedaba encerrada en un armario. Debía quedarme allí dentro para que no me descubrieran, pero solo podía pensar en Marte. Si la atrapaban a ella, lo perdería todo. No tenía sentido esconderme si eso significaba perderla, por eso decidí salir.

Los gritos se hicieron más presentes y parecían abarcarlo todo, envolviendo el ambiente en una sensación de histeria colectiva. Los niños corrían de un lado a otro, pero yo solo la buscaba a ella.

No sé cómo, pero entre los múltiples gritos distinguí su voz.

—¡No! ¡No!

Bajé las escaleras siguiendo la estela de su llanto hasta que llegué al jardín. El corazón se me aceleró cuando vi a esos hombres con ropas blancas. Los reconocí. Eran los monstruos que nos habían castigado en el patio, los monstruos que nos habían tenido encerrados durante meses.

Moví la cabeza a un lado y a otro, buscándola, hasta que distinguí el color anaranjado de su pelo. Dos guardias la sujetaban de los brazos mientras ella trataba de zafarse de ellos.

Arranqué a correr, desesperada por alcanzarla. Ella me vio, pero entonces escuché un estallido seco, y dejé de escuchar. Me detuve, aturdida, miré a un lado y descubrí a Víctor en el suelo. Lo envolvía un charco de sangre.

—¡Sol! —gritó una voz.

Me giró. Sabía que era ella. Eché a correr de nuevo. Se la estaban llevando. Logré alcanzarlos y la abracé, colgándome de su cuerpo. Los guardias trataron de separarnos, pero yo no quería soltarla.

—¡No! ¡No! ¡Dejadnos en paz!

—¡Sol! ¡Sol! ¡No quiero! —gritaba ella mientras tiraban de sus brazos alejándola de mí.

Entonces alguien me agarró de la cintura y me arrastró lejos de ella. Era un guardia. Traté de aferrarme a ella con todas mis fuerzas, pero no éramos más que niñas.

A gritos la metieron en una caja cuadrada. Me miró con sus ojos verdes humedecidos y repletos de terror. Su última mirada me acompañaría toda la vida.

Recibí un golpe seco en la cabeza, caí al suelo y todo se volvió borroso. Solo podía distinguir manchas y, entre ellas, una naranja que desapareció de mi vista junto a ella.

Después, me desmayé.

Esa fue la última vez que la vi, la última vez que hablé con ella y la última vez que pude tocarla. Nunca llegué a conocer su verdadero nombre, pero lo peor es que muy pronto la olvidaría junto a todas las otras personas que había querido.

47

ROMA DELMER

5 de agosto de 2097

Nos quedamos helados mirando la pantalla en negro.

—Parece que ese día los atraparon, pero… de alguna forma lograron devolverte con tu familia —reflexionó Salva. Yo asentí al mirarlo—. No termino de entender cómo, si a Víctor y su pareja los mataron ese día y Júlia huyó con los vídeos…, alguien te llevó de vuelta a casa.

—O quizá fuiste tú misma —insinuó Billy—. Te dijeron tu verdadero nombre y dónde vivías.

Suspiré, exhausta.

—Sí, no sé, sigo sin recordar nada. —Fue entonces cuando me decidí a contarles algo que había mantenido en secreto durante semanas—. Hay algo que no os he dicho… Hace… unas semanas, cuando me hicieron la herida de la ceja, Billy me llevó al hospital y me hicieron un TAC. El primer médico, no recuerdo su nombre, vino y me miró de forma extraña. Me vio la nuca y tenía una actitud…, no sé, rara, pero entonces entró una enfermera, se fue, y diez minutos después vino un tal doctor García y me dijo que estaba todo bien y que me podía ir a casa.

Billy se apresuró a abrir el ordenador. Luego nos miró.

—No existe ningún doctor García en neurología del Hospital Antiga.

—¿En serio? —exclamó Salva.

Todos nos miramos extrañados.

—Podemos ir y pedir que nos den el TAC —propuso Salva—. Luego tendremos que buscar a un neurólogo de confianza, no podemos fiarnos de nadie.

—Regina —advirtió Ada. Todos la miraron—. Ella es neuróloga.

—Hum… —rumié. Todos se giraron entonces a mirarme a mí—. Nos peleamos. No creo que sea el mejor momento.

—Bueno —dijo Salva levantándose del asiento—, Ada y yo iremos al hospital, conseguiremos el TAC y se lo enseñaremos. No hace falta que estés presente.

Asentí.

—He pensado que Roma y yo podríamos ir a ver a los niños que volvieron. —Habló Billy—. Fueron seis. A ver si sacamos algo.

—Buena idea —acepté.

Después de que Ada y Salva se marchasen, Billy no tardó mucho en descubrir qué les había sucedido a cada uno de ellos. Tristemente, no todos tuvieron un final feliz. Uno se suicidó, otro murió por causas naturales, tres se fueron del país con sus familias. Y el último, Iago, estaba encerrado en un centro psiquiátrico desde hacía diez años.

—Él es la única opción viable ahora mismo —asumí.

Billy asintió, y nos pusimos en marcha camino al Hospital Psiquiátrico San Gabriel, situado en Antiga Barcelona. Había creado documentación falsa que nos acreditaba como médicos y que nos permitía entrar sin problemas. Una mujer nos llevó hasta el jardín

principal, donde se encontraban los pacientes, y nos señaló al joven que andábamos buscando.

Era alto, espigado y delgado, como cuando era pequeño. Con las manos a la espalda, disfrutaba de las vistas del cerezo que tenía enfrente. Nos fuimos acercando con pasos lentos y sigilosos, hasta que Billy pronunció su nombre con delicadeza y suavidad, como una caricia.

—Iago.

El chico se volvió a mirarnos. Vestía con un traje antiguo, muy antiguo, hecho de lino marrón y ocre. Vestía como un señor, pero su rostro era de niño, aunque tenía mi misma edad.

Saludó a Billy con un gesto señorial y una sonrisa educada en el rostro. Luego se giró a mirarme y, entonces, su rostro se iluminó.

—¡R9! ¡R9! —Se lanzó sobre mí y me rodeó por el cuello. Yo levanté los brazos y los posé sobre su espalda, algo incómoda. Se apartó para observarme—. ¡Cuánto tiempo! ¡Cuánto tiempo! ¡Qué alegría verte! —exclamó, emocionado, con los ojos cristalinos.

—Hola, Iago, perdona, pero no te recuerdo.

—Ay… —Se apartó y me dejó espacio, pero no me soltó las manos —. Primero de todo, no me llames Iago, R9, mi nombre es R1. Segundo…, no me recuerdas, pero sabes que tú y yo somos hermanos, ¿no?

Hermanos. No sabía qué responder, pero me limité a seguirle la corriente. Necesitábamos tenerlo predispuesto a hablar.

—Sí, eso lo sé, aunque me hicieran olvidar.

—No importa, R9, lo entiendo. Y está bien. Vamos a mi habitación, quiero enseñarte algo que llevo años creando, quizá te ayuda a recordar.

—Claro —acepté. Eso era justo lo que necesitábamos.

Al entrar, descubrimos que la pared apenas se distinguía entre los cientos de dibujos hechos con carboncillo sobre hojas. Ya muy poca gente utilizaba papel para dibujar, así que me pareció especial y único. Tenía su esencia, su propia personalidad.

—Aquí está todo lo que vivimos, R9 —explicó. Una vez que entramos, cerró la puerta detrás de nosotros—. Todo el mundo me dice que son delirios, pero yo sé que no es así. Esa vida existió.

Billy y yo ojeamos los dibujos y en ellos distinguimos la casa, los niños, el bosque donde habían vivido durante meses. Además, aparecían otras personas, lugares y garabatos deformes que no distinguimos.

—¿Recuerdas algo de esto? —me preguntó.

—No, yo… No puedo… —negué, acercándome a uno de los dibujos de la casa—, pero sé que estuvimos aquí.

—¿Sí? ¿De verdad te acuerdas, R9? —preguntó con desespero.

Asentí con sutileza.

—Siempre lo he sabido. Siempre lo he sabido —celebró, alejándose de mí para correr hasta su armario—. Desde hace diez años dicen que tengo delirios, que existe otro yo dentro de mí, pero sé que no es así, sé que me están escondiendo la verdad.

Del armario sacó un ordenador. Tenía el tamaño de un móvil, pero, si sabías utilizarlo, funcionaba como cientos de ordenadores de antaño.

—Aquí he creado un mundo. Nuestro mundo. —Me lo entregó—. Todos mis recuerdos están aquí.

En la pantalla vimos que había recreado la casa, el bosque y todo lo demás. Iago, solo con su cabeza, había materializado sus

recuerdos.

—Joder… —murmuró Billy. Yo lo miré, extrañada—. Es… Esto es una puta locura.

En aquel momento descubrimos que estábamos frente a un genio.

—Esto era lo único que me quedaba de mi verdadero yo —dijo Iago mirándome a los ojos—, de mi familia, pero ahora estás tú, R9.

Entonces comprendí que, además de un genio, tenía la realidad completamente alterada.

—Llevan años haciéndome creer que esta es mi vida, pero mi familia es esa. —Señaló el dibujo de los niños—. Esa es nuestra familia, y no me rendiré hasta encontrarlos a todos.

Me quedé mirándolo, enternecida, pero triste al mismo tiempo. No quise romper la burbuja en la que vivía, así que me limité a seguirle el rollo. Tras una hora, Billy y yo nos despedimos de él, pero antes le hicimos fotografías a todos los dibujos por si podíamos sacar algo en claro de estos.

Cuando Ada, Salva, Billy y yo nos reunimos en la caravana de nuevo, les explicamos nuestras novedades, y entonces llegó su turno. Se miraron de reojo, y supe que algo iba mal.

—No hay TAC, Roma —soltó Salva, por fin—. Lo han borrado del sistema.

—¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! —grité, levantándome de un salto del sofá. Empecé a dar vueltas hasta llegar a la orilla del lago—. Joder, ¿qué cojones me hicieron? —murmuré para mí misma—. ¿Qué cojones has olvidado, Roma? ¿Qué les pasó a esos niños?

Me puse de cuclillas, con el agua mojándome los pies, y me estrujé la cabeza con las manos, tratando de recordar algo, tratando de rebuscar en mi memoria, pero de nuevo la nada. No recordaba

nada, como si aquel episodio de mi vida jamás hubiera ocurrido. Una parte de mí quería pasar página, pero esos vídeos… Esos niños… Quería saber qué les habían hecho, qué me habían hecho. Pensé en todas las opciones que teníamos, pero solo había una con sentido y, sobre todo, solo una sería cien por cien eficaz.

Me levanté y caminé de vuelta hasta ellos, que aguardaban en silencio.

—Salva —dije mirando a mi amigo—. Creo que… es el momento.

Él se quedó en silencio, esperando algo más, igual que Ada y Billy.

—Miraya.

—¡No! —exclamó sin dejarme terminar—. Ni de coña te voy a hacer eso.

—Salva, solo ella puede ver detalles que nadie más conocería… —supliqué.

Él negaba con la cabeza con el rostro agarrotado mientras me observaba desde las alturas.

—No me ocurrirá nada —susurré, mirándolo a los ojos—. Gracias a toda la información que hemos recabado, sabemos en qué días podríamos indagar. Días exactos, si quieres solo un par de horas…

Él apretó los labios y miró a un lado, frotándose la frente.

—Ya no es por mí, es por esos niños…

Se apartó unos segundos. Observó a Ada de reojo, pero ella se mantuvo en silencio. Solo él tenía la última palabra.

—Vale, pero solo un par de horas —advirtió. Yo asentí, entusiasmada y cagada de miedo al mismo tiempo—. Lo haremos mañana por la mañana —aceptó por fin—. Hoy duerme bien e intenta comer mucho, va a ser jodido.

48

5 de agosto de 2097

Billy y yo nos quedamos solos de nuevo. Yo sentía los nervios a flor de piel. No tenía claro si podría dormir aquella noche, tampoco tenía hambre para cenar. Eran alrededor de las ocho y media cuando Billy propuso una idea para ayudarme a despejarme.

—¿Quieres jugar a *Ciudad Paraíso*? Un par de horitas para no pensar.

—Sí, por favor. Llevo un rato pensándolo.

—Vale. —Sonrió. Fue a buscar los cascos y volvió. Se sentó a mi lado y me entregó el mío, pero noté que le estaba dando vueltas a algo.

—¿Pasa algo?

—No, solo quería proponerte algo —soltó, por sorpresa. Yo escuché—. Como casi no puedo ver a mi hija porque vive en Alemania, juego muchas veces con ella a este juego… Cuando te dije que me había enganchado hace dos años y que me ayudaba a evadirme de mi vida, también era porque la veo al jugar.

—Eso es superguay, Billy.

—Puedo decirle que se sume a jugar con nosotros hoy —tanteó.

A mí me dio un vuelco el corazón al pensar que podía conocer a esa niña, pero sobre todo al comprender que Billy iba en serio

conmigo. Quería dar un paso más. Gracias a eso olvidé por completo el interrogatorio de Miraya.

—Claro, me encantaría conocerla.

—Bien —aceptó, y su rostro se iluminó de felicidad.

Llamó a la niña y a los veinte minutos los tres estábamos dentro. Ella solo jugaba cuando Billy la acompañaba.

Fuimos a un bar a tomar algo, como si estuviéramos en la vida real.

—Un batido y un cruasán de chocolate —pidió ella, entusiasmada.

—Aquí puede comer de todo. Por eso le encanta venir —me explicó Billy con una sonrisa.

Tenía el pelo castaño, los ojos verdes de su padre y tan solo seis años.

Durante la primera media hora no me dirigió la palabra y se limitó a observarme fijamente mientras respondía las preguntas de su padre. Yo, por mi parte, no aparté la mirada, aunque llegó a incomodarme.

—Ara, deja de mirarla así —pidió Billy.

—¿Por qué está aquí? —preguntó ella, algo molesta, terminándose el batido.

—Porque es mi amiga.

—Pues quiero que se vaya. Ella no es especial.

—Ara, para —pidió Billy.

A mí se me escapó una risita.

—¿Por qué te ríes? —espetó ella.

Pensé qué responder, pero entonces vi algo en la barra y tuve una idea.

—Te propongo un juego —le propuse a la niña—. Si ganas tú, me iré y no volverás a verme nunca; si gano yo, admitirás que en realidad sí soy superespecial.

—Vale —aceptó ella, casi subiéndose a la mesa. Vi competitividad en su mirada.

Pedí dos boles repletos de hielo a los camareros.

—Quien aguante más con la mano dentro del hielo, gana —expliqué, dejando clara la única y simple regla.

A Billy se le escapó una risita, consciente de que Ara no tenía ninguna posibilidad contra mí. Porque sí, ambos habíamos descubierto que yo tenía una especie de poder allí dentro. Era un poder que muy pocas personas tenían, y era que a mí no me afectaba el dolor.

—Acepto —dijo ella, segura de sí misma.

No tardó ni un segundo y metió la mano dentro del bol. Al principio, para divertirme, fingí sufrimiento.

—Eres una floja —soltó ella.

De pronto, de un momento a otro, esbocé una sonrisa gigante.

—Solo te estaba tomando el pelo —me burlé con una mueca.

Muy pronto su seguridad se fue esfumando con el frío y el dolor. Yo seguía impasible. Durante un segundo, dejé que el dolor traspasara la barrera de mi mente y, cuando lo sentí, comprendí que esa niña tenía mucho aguante.

Al minuto, cuando ella arrugó el rostro, sabía que no tardaría mucho en sucumbir.

—¿Qué te duele? —me mofé como si ella fuera un bebé de un año.

Ara frunció el ceño, se le marcaron venas de la cara y parecía un tomate a punto de explotar. Tenía la mano al filo del bol. Su cuerpo quería apartarse, pero su cabeza no.

—Ara, ya está, no vas a ganar —pidió Billy.

—No… —respondió ella con dificultad.

—Vas a perdeeer… —me burlé, incorporándome en el asiento para estar más cerca de ella.

Ara también se acercó. Sus labios estaban arrugados y apretados de la tensión.

—Soy suuuperespecial —aseguré con una sonrisa triunfante.

Ella negó con dificultad.

—Sí… Y lo sabes…

Ella continuó negando.

—No tendrás más remedio que aceptarlo.

—Buah… —suspiró al mismo tiempo que sacaba la mano del bol. Se la miró. La tenía roja e hinchada.

Se incorporó para analizar mi mano y comprender por qué a mí no me dolía. Miró el bol por debajo para comprobar que no hubiera hecho trampas. Descubrió que mi mano estaba igual de roja e hinchada que la suya, pero mi expresión era de satisfacción.

—¿Cómo…? —murmuró.

—Porque… soy superespecial, soy imperturbable —afirmé con una media sonrisa.

Ella me aguantó la mirada durante varios segundos, desafiante, hasta que se rindió y esbozó otra media sonrisa orgullosa.

—Sí —admitió—. Creo que me caerás bien.

Yo sonreí de satisfacción.

Pasamos un par de horas más probando qué cosas me dolían y cuáles no. La realidad era que yo era imperturbable, y eso me hizo ganarme el respeto de la niña. Fue un rato muy divertido y, al despedirnos ella, me miró y con una sonrisa dijo:

—La Imperturbable, así te llamarán.

Asentí.

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Tú quieres?

Ella asintió.

—Entonces sí —sentencié con una sonrisa.

Billy y yo nos quitamos el casco y, de nuevo, volvimos a la realidad. Lo abracé antes de que él pudiera decir nada. Ese par de horas juntos, metidos allí dentro, viéndolo ser padre, cambiaron muchas cosas para mí.

—Eres un buen padre —murmuré—. Y tu hija es la hostia.

Él me estrechó entre sus brazos, agradeciendo mis palabras.

—Debería hacer más.

—No —respondí, apartándome para mirarlo—. Si has llegado a esta situación es porque te ha pasado algo muy jodido, pero ella te quiere, te admira… Lo estás haciendo bien.

—Ahora te admira más a ti —bromeó.

—Normal, joder…

Los dos nos echamos a reír, y entonces recordé lo que estaba ocurriendo dentro de mí. Y no solo los sentimientos, que cada vez era más fuertes, sino también el bebé que estaba en camino.

—Oye…

—Qué.

Tragué saliva.

—Que estoy embarazada —solté, sin pensar. Le confesé mi secreto sin ninguna intención clara.

A él le cambió la expresión. Abrió la boca y los ojos se le pusieron como platos.

—¿De… mí?

—Obvio.

—¡¿Qué?! —Dio un salto de felicidad que me pilló por sorpresa—. ¡¿En serio?!

—Sí —respondí, riéndome al ver su reacción.

—¡Joder, sí! ¡Jodeeeeeer! —gritó, eufórico—. *Gyermekáldás érkezik* —dijo en húngaro. No sabía qué significaba.

—¿Qué significa eso?

Se puso de rodillas para mirarme a los ojos y me agarró la cara con las dos manos.

—Es un dicho de mi país. Significa que llega una bendición: un hijo. Vamos a ser padres, Roma. Tú y yo… —Se emocionó al pronunciar esas palabras, y una parte de mí se asustó—. Tal y como soñamos cuando nos conocimos.

—Sí… —murmuré.

Me besó y yo no me aparté. Una parte de mí estaba feliz de que él estuviera dispuesto a acompañarme en ese viaje, feliz de que quisiera tenerlo, pero la otra parte se cagó encima al darse cuenta de las consecuencias de haberle confesado la verdad. No había marcha atrás. Debía tener a ese niño, aunque aún no tuviera claro si quería. Y debía tenerlo con él y renunciar a Regina, y de eso aún tenía más dudas.

49

5 de agosto de 2097

Al día siguiente me presenté a las once de la mañana en comisaría. Intenté cumplir las órdenes de Salva y dormir mucho, pero no fue posible. Entre el interrogatorio y lo del embarazo, tardé horas en rendirme al sueño. Sí comí bien y en cantidad para intentar compensar.

Antes, Billy y yo habíamos buscado en internet si el interrogatorio podía afectar al bebé, y vimos que no. Lo único que podía quedar trastocado era mi cerebro. «Algo es algo», pensé.

Como la otra vez, entré a una sala blanca, cuadrada y compacta. Me sentaron en la misma silla y me dieron las mismas pastillas que la primera vez. Salva fue el último en salir.

—Si veo que esto puede hacerte daño, lo detendré —me avisó.

Yo le regalé una sonrisa cómplice.

—No sé qué haría sin ti —dije agarrándole la mano.

Él me dio un beso en la frente y se marchó. Unas pinzas me abrieron los ojos y vi la luz roja de nuevo, enfocándome directamente a mí, mirándome directamente a mí, entrando, literalmente, dentro de mí.

—Hola, Roma, encantada de verte de nuevo. —Miraya.

—Hola. Hoy he venido a pedirte ayuda —pedí en mi cabeza.

—Vamos a empezar, entonces. Iniciaremos un viaje largo a un pasado muy lejano, así que nos llevará un tiempo. Mientras tanto, respira y disfruta del viaje. Volvamos al 4 de noviembre de 2073.

De pronto, todo se volvió negro y el mundo a mi alrededor tembló, como si me estuvieran exprimiendo el cerebro al mismo tiempo que lo zarandeaban. Ese dolor insoportable de nuevo. Ese dolor al notar a una máquina metiéndose dentro de ti. El proceso fue mucho más largo y doloroso que la primera vez. A fin de cuentas, había casi veinticinco años de por medio.

Después de tres minutos, que para mí fueron eternos, escuché la voz de Miraya de nuevo.

—Hemos llegado.

Por fin, el dolor cesó, y yo pude respirar. El negro se fue derritiendo a mi alrededor, como si se tratara de una capa de agua descendiendo por un cristal. Detrás estaría mi pasado, mis secretos, aquello que llevaba años buscando. Al principio no distinguí nada al otro lado hasta que la capa negra desapareció por completo y… tampoco había nada.

«Mierda. Qué cojones es esto».

Todo era blanco a mi alrededor. La nada más absoluta.

—Miraya —dije. No obtuve respuesta—. Miraya, ¿qué está ocurriendo?

Silencio. De pronto, sentí como si un camión me arrastrase con una cuerda y el negro y el dolor volvieron. Treinta segundos después se detuvo, y la capa negra se deshizo de nuevo, pero entonces blanco otra vez. Esta vez no me dio tiempo a hablar cuando de nuevo el camión me arrastró, rasgándome por dentro, y otra vez la capa negra desaparecía, y de nuevo la capa blanca lo cubría todo. Y

un segundo después arrastre, dolor, negro, blanco, arrastre, dolor, negro, blanco. No sé ni cuántas veces sucedió.

Un tornado me arrolló por completo y ya no sabía ni dónde estaba. De nuevo el tiempo se detuvo, la capa negra descendió y, por primera vez, vi algo. Era mi casa. Eran mi madre y mi padre. Y era yo, sentada a la mesa con los ojos clavados en el plato.

Ese fue el primer recuerdo al que pudimos acceder, y fue jodidamente doloroso de ver.

Como la vez anterior, recordé cosas de las que mi yo consciente era incapaz de acordarse. Recordé que no podía coger el cubierto, recordé esa sensación de no saber qué era lo que tenía frente a mis ojos. Era sopa, por cierto. Pero también recordé, y eso fue lo más doloroso, la conversación que tuvieron mis padres delante de mí como si yo no estuviera presente.

—¿Tú ves esto normal? —gritó él—. Yo no quiero esto en mi casa.

—Cuidado, Diego, puede escucharte —murmuró mi madre.

—¿Que puede escucharme? ¡Pues que me escuche, joder! ¡Que me escuche! ¡No quiero esto! ¡No lo quiero!

—Por favor, Diego, para, para —suplicaba mi madre entre sollozos.

—Me largo, joder, eres ingenua si piensas que todo volverá a ser como antes. Eres ingenua, Léa —sentenció, y luego se largó.

Yo rompí a llorar en mis recuerdos. Tremendo hijo de puta. Lo odiaba más que nunca. Lo odiaba más que a nadie en el mundo. Sollocé, pero, cuando estaba a punto de liberar todo mi dolor, de nuevo el camión me arrastró, vino el negro, y esta vez duró más tiempo del que podía soportar. Lloraba desconsolada mientras me arrastraban al abismo sin que yo pudiera controlarlo.

El dolor me arrastró hasta dejarme vacía. Me engulló tanto que, cuando abrí los ojos, quise estar muerta. Una sensación que nunca antes había tenido me invadió. Era la mezcla del vacío, el silencio, el dolor y el miedo. Y no podía hacerle frente.

Escuché que la puerta se abría y alguien vino a soltarme los brazos y quitarme el casco.

—Roma, Roma, ¿estás bien? —Tardé unos segundos en distinguir a Salva.

No podía controlar mi cuerpo, así que empecé a babear como un perro. Lo que ocurrió después apenas lo recuerdo, pero sé que Salva me llevó a un sitio seguro y tranquilo, y me dejó dormir durante horas. Un tiempo después supe que él durmió en el suelo, conmigo, sin abandonarme, como siempre había hecho desde el día en que nos conocimos. Comprendí, entonces, que nadie nunca me había querido como él.

Todos menos Billy vinieron a visitarme. Él no podía cruzar el muro, pero hice una videollamada con él para hacerle saber que estaba bien.

Regina también se presentó, pero apenas pude mirarla. No tuve fuerzas y tampoco palabras. Nada tenía sentido. Recuerdo que ella se sentó a mi lado y yo me limité a agarrarle la mano y quedarme en silencio.

12 de agosto de 2097

A la semana, por fin, pude salir de allí. Las secuelas seguían presentes, pero volvía a tener consciencia de mi existencia. Ada y

Salva me llevaron hasta Billy e intenté explicarle lo ocurrido, aunque ni Salva ni yo terminábamos de comprenderlo.

—Lo más probable es que le hicieran olvidar hasta el punto de erradicar recuerdos de su memoria, y por eso el blanco y el vacío —concluyó Salva—. Miraya no puede acceder a los recuerdos porque ya no existen.

—¿Y no puede ser que estén en algún lado escondidos? —preguntó Billy.

—No… No creo —negó Salva—. Nunca antes hemos visto vacío ni salas en blanco. De verdad creemos que es imposible acceder a esos recuerdos, y hemos decidido no intentarlo de nuevo porque podría ser perjudicial para ella. Por suerte, la sacamos a tiempo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Billy. Me miró.

—Quieero seguir —dije con dificultad. Seguía costándome pronunciar palabras—. Esto que me hicieron, que n-nos hicieron…

—Ya… ¿Y cuál es tu idea? —preguntó Salva, molesto porque quisiera seguir adelante.

Yo lo ignoré.

—¿Hass enc-c-contrado algo… en los di-dibujos d-de I-iago? —pregunté a Billy.

Él encorvó los ojos y miró a Salva. Supe que la respuesta era que sí, pero no sabía si decírmelo.

—D-dilo.

—Hay una figura de un hombre recurrente. No he hallado su identidad; he hablado con Iago y me ha dicho que tampoco recuerda su rostro con nitidez, pero creo que puede ser alguien importante —explicó. Luego suspiró—. Creo que… solo Miraya puede descubrir de quién se trata.

50

12 de agosto de 2097

Billy y yo volvimos al hospital psiquiátrico. Iago nos recibió con la misma ilusión que la primera vez. En esa segunda ocasión yo le llevé un regalo. Quizá para ayudarlo, o porque me sentía como una mierda por lo que le iba a pedir.

Me senté en la cama, a su lado, y saqué el casco plateado de la bolsa. Esa misma mañana lo había comprado en una tienda para él.

—Es para que juegues a *Ciudad Paraíso* —le expliqué mientras él escuchaba atento—. Es un juego único y muy muy especial. Como si tuvieras una vida paralela, pero debes tener mucho cuidado porque, igual que en la vida real, solo se vive una vez.

Él sonrió al mismo tiempo que yo le hacía entrega del aparato.

—Puedes buscarme. Yo me llamo Roma y vivo en el distrito 7.

—Lo haré —prometió.

Yo asentí y dejé pasar unos minutos para que él pudiera cotillear el juguete nuevo que tenía entre las manos.

—Bueno, Iago —hablé de nuevo—. Hemos venido a decirte algo más…

Él giró la cabeza de golpe, dejando el casco a un lado. Tenía toda su atención.

—Hemos estado analizando tus dibujos —empecé y saqué el Júpiter del bolsillo—. Y hemos visto la figura de un hombre en

repetidas ocasiones, y sabemos que no lo reconoces…

Se lo mostré. En él se apreciaba una pared blanca con las puertas de un ascensor a medio cerrar. Entre la rendija que quedaba, se podía distinguir la figura de un hombre.

—Sí, recuerdo dibujarlo —explicó Iago—. También me acuerdo de cuando esa imagen renació en mi memoria, pero no puedo…

—Lo sé —lo corté con suavidad—. Es difícil recordar detalles. Yo, por ejemplo, soy incapaz de acordarme de nada de esa época. Aunque tenga miles de pruebas de que fue real, mi cabeza es un lienzo en blanco, pero… hay alguien… o, bueno, hay algo que puede ayudar con eso.

—¿Sí? —preguntó, emocionado.

—Sí. Su nombre es Miraya —expliqué con voz suave. Una parte de mí se sentía como una mierda por lo que estaba haciendo, pero debíamos descubrir qué les había ocurrido a esos niños y si aún seguían haciéndoselo a otros—. Ella puede indagar en tu mente y acceder a recuerdos a los que ni tú puedes llegar.

—¿Qué hay que hacer? Hagámoslo. ¿Ella podría ayudarnos a encontrar a nuestros hermanos?

—No lo sé, quizá sí…, pero yo ya lo he intentado y conmigo no ha funcionado —le expliqué—. Lo que me hicieron fue tan jodido que… no hay nada… —dije, señalándome la cabeza con el dedo índice.

—Yo puedo hacerlo —accedió, seguro—. Yo sí que tengo recuerdos.

—Antes quiero decirte que se trata de un interrogatorio policial que puede dejar secuelas psíquicas, y también puede dejarte días mal…

—¿Secuelas psíquicas? —Sonrió—. De esas tengo muchas. Me las dejaron los que me adulteraron la mente, ahora quiero descubrir la verdad y saber qué pasó con nuestros hermanos.

Una sonrisa leve y agradecida surgió en las comisuras de mis labios. Ese chico era luz. Lo abracé.

—No dejaré que te pase nada —prometí.

—Confío en ti, R9.

Cuando comenzó el interrogatorio yo no pude estar presente, pero Salva me lo contó con todo lujo de detalles.

El primer inconveniente con el que se toparon fue la franja de tiempo que ponerle a Miraya para que indagara en su pasado. Sabíamos que Iago vio a ese hombre mientras estuvo secuestrado. El problema era que desde ese día hasta que Víctor lo liberó pasaron muchos meses. Debíamos rebuscar en múltiples meses de sus recuerdos, meses que una máquina iba a manosear, ultrajar y analizar minuciosamente. Iba a ser jodido, y de hecho lo fue hasta el punto de que el primer día terminaron con mucha información, pero ninguna pista que nos ayudara a continuar.

Gracias a Iago vimos dónde estuvieron, o más bien dónde estuvimos viviendo durante el tiempo que nos tuvieron secuestrados. Vivíamos en una habitación blanca y una IA nos preguntaba cada día nuestra edad y nombre hasta hacernos cambiar de identidad. El mismo Iago terminó convencido de que su nombre real era R1.

También descubrimos que nos dejaban compartir tiempo con otros niños en un patio. Asumimos que habían separado a los niños y las niñas. En los recuerdos de Iago no salía ninguna. Mi imagen

aparecía en el momento que ambos llegábamos a la casa de Víctor. Por otro lado, también fuimos testigos de las actividades que llevábamos a cabo en ese sitio blanco y las torturas que sufríamos. Vimos de todo, menos lo que necesitábamos: ni una sola persona adulta. Todo lo que nos rodeaba eran máquinas, robots y voces que resonaban por los altavoces.

Iago durmió alrededor de catorce horas en la sala de descanso. Al día siguiente Salva entró para preguntarle qué quería hacer, y él insistió en seguir. Deberíamos haberle dicho que no, pero él estaba convencido. Quería obtener respuestas más que nosotros.

El segundo día fue infructífero de nuevo, y tuvimos que recurrir a un tercero. Sabíamos que cada interrogatorio era más peligroso que el anterior, pero Iago, con los ojos inyectados en sangre, insistió.

14 de agosto de 2097

El tercer día descubrimos que devolvieron a Iago y a los demás niños a ese lugar después de que descubrieran nuestro escondite en la casa de Víctor. No conseguimos averiguar qué ocurrió conmigo.

Eso sí, fue en la cuarta hora cuando, por fin, cantamos bingo. Y además fue, literalmente, un golpe de suerte, porque el recuerdo al que Miraya debía acceder era minúsculo.

Iago, como un día cualquiera, caminaba por uno de los pasillos blancos que lo llevarían de su habitación hasta el patio. Eran corredores austeros y silenciosos; sin embargo, escuchó algo que llamó su atención. Movió la cabeza a la izquierda y al final del pasillo vio una puerta a medio cerrar. Caminó hacia ella, siguiendo la estela

de las voces. Al llegar hasta allí, la empujó con cautela para espiar a través de la rendija, y fue entonces cuando distinguió a un hombre de unos treinta años que entraba en un ascensor plateado. Antes de él entró un niño o una niña, pero Iago no pudo distinguirlo. Las puertas se empezaron a cerrar con el hombre dentro, hasta que este se volvió y, durante dos segundos, su rostro fue visible.

Dos míseros segundos. Dos míseros segundos que Miraya detuvo, repitió y analizó durante una hora hasta obtener su identidad.

Dos míseros segundos que lo cambiaron absolutamente todo.

15 de agosto de 2097

Un día después dejamos a Iago en su habitación. Seguía jodido, pero estaba feliz por haber podido ayudar.

—Lo he conseguido. —Sonrió con dificultad, orgulloso.

—Sí, Iago, lo has conseguido —dije cubriéndolo con la manta. Luego le agarré las manos con cariño—. Eres muy valiente.

Él forzó una sonrisa dolorida. Yo sabía que estaba sufriendo.

—Esto que sientes se pasará, aunque tardará un tiempo, te lo prometo, yo lo he vivido.

—Sí, R9, te dije que confío en ti.

Yo asentí.

—Voy a encontrar a esos cabrones.

—Bien —aceptó—, pero, cuando termines, ¿me llevarás a casa?

A mí se me humedecieron los ojos al escucharle. Jamás podría sacarlo de ese lugar, pero sí podía intentar que se sintiera mejor.

Asentí, aun sabiendo que mentía.

—Prométemelo —pidió.

—Te lo prometo.

Jamás pude cumplir mi promesa, pero lo peor fue que no volví a visitarlo, porque lo que ocurrió el siguiente mes fue…, joder, fue una verdadera locura.

51

15 de agosto de 2097

Ese mismo día Ada, Salva, Billy y yo nos reunimos en el sofá junto al lago, como de costumbre. Debíamos plantear el siguiente movimiento, aunque no había muchas opciones. Billy se plantó frente a nosotros con una pantalla portátil donde se proyectaba la imagen del hombre que vimos en los recuerdos de Iago.

—Su nombre es Kristoffer Dahl. Es un empresario noruego que vive en Tromsø, al norte del país —explicó Billy—. Tiene cinco empresas relacionadas con el sector del automóvil. No he podido descubrir qué relación guarda con Safe&Clean, pero es lo único que tenemos por ahora. —Me miró—. Yo iría a verlo en persona, pero es tu decisión.

Apreté los labios. Tenía la última palabra, pero no sabía si realmente valía la pena exponerme a eso si mi hermana no existía.

—¿Qué haréis vosotros? —pregunté a Salva.

—Nosotros iremos. El caso está abierto y llegaremos hasta el final.

Más dudas. Miré a Ada, ella no dijo nada. Por último, volví a Billy.

—Sea cual sea tu decisión, yo te seguiré —aseguró.

Me seguiría. Esa frase me dio el último empujón que necesitaba, no podía parar ahí después de todo lo que habíamos avanzado.

—Bien, iremos los cuatro, entonces —concluí.

—Salimos mañana por la noche —anunció Billy. Miró a Salva y Ada —. Nos vemos en la estación de Sants a las doce. Yo me encargo de comprar los billetes.

Ellos aceptaron y se marcharon. Yo decidí quedarme con Billy. Allí tenía ropa suficiente para viajar sin tener que pasar por casa, y en ese momento solo quería estar con él.

Viajaríamos en autodesplazador, lo que significaba que nos llevaríamos la caravana incorporada. Entraríamos a la cinta de viaje autónomo, así que podíamos aprovechar el trayecto para dormir sin tener que preocuparnos de nada. Era caro viajar así (aunque mucho menos que viajar en avión). Eso sí, te aseguraba una cosa que ningún otro medio de trasporte hacía: cero por ciento de posibilidades de morir.

Preparamos la autocaravana para convertirla en lo que debía ser: una casa. Billy lo tenía todo pensado al milímetro. Cuando quería, aquel lugar estaba repleto de ordenadores, máquinas y aparatos tecnológicos, y cuando no todo eso desaparecía y entonces se convertía en habitable de nuevo. Dejamos la casa lista con un pequeño comedor con sofá y tele junto a la cocina, y al final las dos habitaciones con camas de matrimonio que ocupaban todo el espacio, una arriba y otra debajo.

Una vez que terminamos nos pusimos a cocinar arroz y Billy se fue a la ducha. Aproveché los diez minutos que tardaría en hacerse la comida para sentarme un rato en el sofá exterior y descansar un rato. Había sido un día muy largo, y aquel lago cristalino acompañado del silencio y el aire húmedo, fresco y puro logró relajarme. Aunque la tranquilidad duró muy poco.

Me sonó el teléfono, miré la pantalla y vi que se trataba de un número oculto. Al principio dudé, no me apetecía hablar con nadie, pero la otra persona insistía. Insistió tanto que finalmente decidí descolgar.

—¿Qué? —espeté.

—Hola, Roma, que alegría oírte de nuevo. —Era el jodido Pol Patel, otra vez.

Resoplé. Estuve a punto de colgar, pero sus palabras me detuvieron.

—Dame solo cinco minutos, verás que no te arrepentirás de tener esta conversación.

Suspiré.

—¿Qué quieres ahora? Y, por cierto, informaré de que tienes un móvil escondido en el culo para llamar a la gente. Has sido un estúpido por llamarme.

A él se le escapó la risa.

—¿Quién crees que me lo ha dado, Roma? —se burló—. Probablemente soy el único de este sitio que no se lo ha metido por el culo.

—Capullo.

—Es curioso que aún no entiendas cómo funcionan las cosas, pero no quiero hablar de esto… Estaba yo aquí, tirado en la cama de mi celda, y me ha llegado una información muy jugosa. —Escuché su risa grave al otro lado—. Aún recuerdo nuestra última conversación, hablando del ojo por ojo, y ahora lo tengo tan sencillo que hasta me das lástima.

El corazón se me aceleró. Me incorporé en el sofá con el ceño fruncido, incapaz de pronunciar una sola palabra. No sabía a qué se

refería ni de qué coño me estaba hablando, pero en ese momento supe que ese hombre iba a joderme la vida, como ya se la había jodido antes a muchísima gente.

—Me he enterado de que estás enamorada y que vas a tener un hijo con Florian, qué bonito… —Me levanté de un salto, nerviosa, y empecé a caminar de un lado a otro.

—¿Cómo cojones sabes eso?

—Ay, Roma…, yo lo sé todo. Voy dos pasos por delante de todo lo que hagas o pienses hacer… Y, te soy sincero, cuando me enteré de esto, una rabia inhumana se apoderó de mí. Tú, que me lo has arrebatado todo, vas a crear una familia, vas a ser feliz… Y yo, sinceramente, no puedo soportarlo. —De un momento a otro me eché a temblar. Me temía lo peor de ese tipo. Corrí hasta la autocaravana y comprobé que las alarmas seguían conectadas. Así era. Él continuó hablando—: Me arrebataste a mi familia… —Salí del vehículo y miré a mi alrededor, buscando la amenaza—, así que es justo que yo te arrebate a la tuya.

Reía de nuevo, pero muy pronto a esa risa histriónica la acompañó un llanto. Yo estaba temblando. Miré a un lado y a otro, paralizada. Lo sentía ahí mismo, a mi lado.

—Tú sabes cuántos nombres has conocido de él —volvió a hablar —. Lo conociste como «L», luego Billy, y te tatuaste su nombre falso. Después descubriste el nombre que le pusieron sus padres, Florian Maldovan. Tantos nombres y no has caído en el más importante… — Dejó un silencio sobrecogedor. En esas milésimas de segundo traté de comprender qué me estaba queriendo decir. Se me pasaron mil cosas por la cabeza hasta que llegué a una conclusión y, de pronto,

todo cobró sentido—. El aliado —soltó. Me rompí por dentro—. O quizá prefieras llamarlo el asesino de Laia.

—Cállate, hijo de puta mentiroso, cállate —grité, casi ahogándome. Sentí furia, rabia, pero sobre todo miedo—. ¡Eres un monstruo, eres miseria humana, deberías estar muerto! —sentencié. Luego colgué y caí de rodillas, rompiendo a llorar.

Un segundo después, me llegaron varios archivos al móvil. Eran de Pol. Podría haberlos ignorado, haber cambiado de número y fingir demencia el resto de mi vida, pero yo era el tipo de persona que abría los ojos en un eclipse con tal de conocer la verdad, aunque eso supusiera quedarme ciega para siempre. Los abrí, y estos me mostraron la verdad más dolorosa. Era él. El hombre de muchos nombres, el hombre de muchos rostros: el monstruo.

Escuché el agua de la ducha detenerse, había acabado y en unos segundos saldría y tendría que mirarlo a la cara. Por eso, y sin pensarlo, eché a correr por el bosque camino a la carretera, esquivando las alarmas. Por suerte, me las sabía de memoria. Una vez que llegué al límite seguí corriendo mientras las luces de los coches me cegaban al pasar por mi lado. Era peligroso, y creo que corrí más kilómetros seguidos que en toda mi vida, pero la adrenalina empujaba mi cuerpo.

Veinte minutos después sentía la cabeza como un torbellino de emociones y pensamientos. Todo tenía sentido, y no miento cuando digo que aquel dolor fue el más extraño que he sentido nunca. Era punzante, atenazador. Tan pronto me permitía gritar y pegar a cosas sin hacerme daño como me paralizaba. Intenté llorar, pero ya no me salían la voz ni las lágrimas. Terminé tirada en el suelo, bocarriba, mirando al cielo desde el límite que separaba la carretera de los

bosques. Estuve allí otros veinte minutos hasta que me invadió un frío invernal, y eso que estábamos en pleno agosto. Creo que fue mi cuerpo. Me dio una bajada de tensión y por eso llamé a un taxi autónomo para que me recogiera y me llevara de vuelta a casa.

Al llegar me tomé un somnífero, olvidando que tenía un bebé gestándose dentro de mí, y me metí en la cama para desaparecer.

52

16 de agosto de 2097

Me desperté nueve horas después, pero la cabeza seguía pesándome doscientos kilos. Cuando recuperé la consciencia y caí de nuevo en la dolorosa realidad, rompí a llorar de nuevo sin ni siquiera abrir los ojos.

Estuve bajo la sábana otra hora tratando de decidir qué hacer. Podía ir a la comisaría, podía contárselo a Ian primero, o simplemente avisar a Salva y dejar que ellos actuasen sin que yo tuviera que salir de mi casa.

Mi primera idea era quedarme ahí encerrada durante meses, pero entonces nació una nueva posibilidad, otra opción que no había contemplado hasta el momento, pero que me hacía parar de llorar: no decir nada. Suena a locura, pero, si fingía desconocer ese dato, nadie podría echármelo en cara si un día salía a la luz. Sin embargo, muy pronto, esa opción se desvaneció porque pensé que tarde o temprano nos atraparían, tarde o temprano tendría que enfrentarme a eso, y, cuando mis amigos descubrieran que les había ocultado esa horrible verdad, me odiarían para siempre. Así que sopesé otra idea aún más peligrosa si cabe: largarme con él.

Salí de la cama de un salto, abrí el armario y empecé a meter ropa en la maleta. No pensaba, solo actuaba y tiraba hacia delante.

Aunque era la opción más rastrera, también era la única que no me hacía querer morirme.

Una vez que reuní todo lo indispensable fui en busca de mi móvil, que estaba en la mesita de noche, y entonces me encontré de frente con algo que había olvidado: el libro preferido de Regina. Seguía dentro del paquete desde el día que llegó, cuando lo compré porque quería intentar reconquistarla o algo así.

Dejé caer la mochila con mis cosas y me senté en el borde de la cama. Lo abrí y me quedé mirando el libro. Sin razón, lo abracé y me puse a llorar, y en aquel preciso instante decidí que entregaría a Billy.

Regina, aun sin estar presente, seguía siendo capaz de hacerme mejor persona.

Cerré la puerta de mi habitación, me desvestí y me tiré en la cama para leer el libro. Cuatro horas después, cuando iba casi por la mitad, cuando me sentía más cerca de Regina que nunca, envié tres mensajes: uno a Salva, uno a Ada y otro a Regina. Los citaba una hora después en mi casa de forma urgente.

Los tres se presentaron antes de tiempo, con los rostros desencajados. Mi cara demacrada no los ayudó a tranquilizarse.

—Roma… —murmuró Salva, acercándose—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no te has presentado en la estación?

—Sentaos, por favor —les pedí, señalando el sofá.

—Billy está sufriendo… —me explicó Ada.

Ignoré ese comentario. Pensar en él era doloroso. Mis amigas se sentaron en el sofá. Salva, por su parte, cogió una silla para

colocarse al otro lado mientras yo me dejaba caer en la butaca.

Me froté la frente; tenía ganas de seguir llorando, pero me contuve. Ellos aguardaban en silencio. No sabía por dónde empezar, así que opté por mirar a Regina. Ella me observaba con los ojos marrones llenos de tristeza, pero eso me dio el empujón que me faltaba.

—Estoy embarazada de Billy —solté. No sé por qué empecé con eso, pero lancé la información sin pensar.

Vi cómo la tristeza de Regina se esfumaba y dejaba paso a una expresión extraña. Estaba molesta.

—Anda… —soltó Salva.

—¿Lloras por… eso? —preguntó Ada, confundida.

—No. —Se me atragantó el llanto en la garganta y solté un sonido extraño.

—¿Entonces…?

Sorbí mi saliva y me limpié la cara con las mangas del pijama. Luego me incorporé y empecé a hablar como pude, tratando de mantenerme estoica.

—Voy a… contaros algo, pero antes necesito que apaguéis vuestros móviles y cualquier dispositivo electrónico.

—¿Por qué? —preguntó Salva.

—No preguntes, por favor —supliqué, mirándolo—. Solo hazme caso.

Salva fue el primero en aceptar, y las chicas lo siguieron. En lugar de empezar a explicarme por el principio, comencé por el final. A fin de cuentas, necesitaba vomitar esa información cuanto antes.

—Hablé con Pol Patel, y me dijo quién es el aliado… Es Billy —solté, sin preámbulos, como una bomba.

—¡¿Qué?! —gritaron Salva y Ada al unísono.

Yo permanecí en silencio unos segundos. No podía ni mirarlos, pero seguí:

—He venido a pediros que…, que lo pilléis y lo metáis en prisión.

Los ojos de Regina se abrieron. Ninguno de ellos podía creerse que yo hubiera pronunciado esas palabras. Todos sabían lo mucho que significaba para mí.

—Claro, sí —respondió Salva con voz pausada—. Informaremos de esto.

—Si os ve llegar con una patrulla no lo lograréis, sabéis cómo lo tiene todo controlado… En todo lo que hagáis, él irá un paso por delante. Por eso os he obligado a apagar cualquier aparato electrónico —expliqué, mostrándome más fuerte de lo que me sentía.

—Vale, Ada y yo lo atraparemos —dijo Salva.

—Quiero acompañaros, pero no me meteré, solo quiero verlo —pedí.

—No sé… —dudó Salva.

—Déjala que ella decida —se inmiscuyó por primera vez Ada. No acostumbraba a hacerlo, pero imagino que pensó que yo estaba jodida.

—Vale. —Salva aceptó—. ¿Necesitas un abrazo o…?

—No, ahora no —aseguré—. Ahora solo necesito que esto termine.

—Vale, Roma, te aviso cuando lo tengamos todo preparado —dijo él. Apoyó la mano en mi hombro y luego se encaminó hacia la puerta.

Ada se acercó a mí, me dio un beso en la cabeza y se fue con él.

Regina y yo nos quedamos solas. La miré por primera vez desde que había comenzado a hablar y vi que un par de lágrimas descontroladas descendían por su mejilla.

—Lo siento —susurró—. De corazón que lo siento.

Me tembló el rostro de contener el llanto.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó con voz dulce y suave.

No podía hablar, así que me limité a negar con la cabeza. Ella, por su parte, me abrió sus brazos. Me senté a su lado y me dejé envolver por ella. Nos estiramos en el sofá y yo lloré hasta que, dos horas después, Salva y Ada nos avisaron de que lo tenían todo preparado.

Viajamos en la furgoneta policial de Salva. Ambos se habían puesto las videolentillas para grabar el proceso. Yo podría verlo todo a través de las pantallas que había en la furgoneta.

Era sencillo. Salva entraría primero, hablaría con él y lo esposaría. Ada solo entraría en el caso de que fuera necesario, pero el plan no salió bien. No salió nada bien. Billy sabía a lo que habíamos ido y estaba preparado.

Regina y yo nos quedamos en la furgoneta cuando Salva y Ada se marcharon camino a la caravana. Dos minutos después, una moto Porsche se fue a toda velocidad del bosque, sobresaltándonos y haciendo un ruido atronador. Salí escopeteada del vehículo. No reconocí la moto, pero a él sí. Nos miramos, arrancó y se marchó dejando tras de sí solo el rugido de su motor.

—¡Salva! —los llamé por el walkie—. Ha escapado, corred.

Ada llegó quince segundos después.

—¿Por dónde ha ido? —preguntó.

Yo señalé el camino.

—No le hagas daño —le pedí, a gritos.

Ella ignoró mi comentario, subió a su moto eléctrica y arrancó. Volví rápido para verlo todo. En una de las pantallas vimos que Salva corría de vuelta con nosotras, y en la otra estaba Ada, que en apenas dos segundos le pisaba los talones a Billy.

Cuando Salva entró a la furgoneta, miró las pantallas para ver qué estaba sucediendo.

—Esperaremos aquí —dijo, en tensión—. Ada lo atrapará.

Estaba segura de que lo haría, pero me daba miedo en qué condiciones. Una milésima de segundo después, ella se colocaba a su lado.

Las motos circulaban a toda velocidad, girando en las curvas. Ella iba por el interior del carril, así que Billy trataba de zafarse internándola para que tuviera que frenar cuando venían coches de frente. Lo consiguió en un par de ocasiones hasta que, en la tercera, ella alargó el brazo, dispuesta a frenar la moto, pero él dio un volantazo a la derecha y se adentró de nuevo en el bosque. Ada frenó en seco y derrapó para seguirlo. En ese momento solo veíamos temblores, oscuridad, ramas y altibajos. Ella, en cambio, gracias a sus operaciones tecnológicas, lo veía todo con suma claridad, igual que Salva.

—Joder, ¿dónde está? —murmuré.

—Billy ha bajado de la moto —explicó Salva.

Un segundo después la claridad de la luna se filtró entre las copas de los árboles y distinguí a Billy corriendo frente a Ada. Sabía que

aquello no duraría mucho más hasta que, de pronto, él desapareció. Había caído por una pendiente.

Me llevé las manos a la boca.

—No, no, no —sollocé.

Ada frenó, descendió la mirada y lo vimos de nuevo. No era una pendiente muy pronunciada y se había quedado atrapado entre unos arbustos. Logró zafarse de ellos, pero todo su esfuerzo fue en vano, porque Ada, desde su posición, pegó un salto animal y cayó justo frente a él. La habían creado para eso, y su físico era mucho más poderoso que el de cualquier ser humano no mejorado.

Billy frenó en seco. Esta vez no intentó correr. No intentó nada. Parecía minúsculo, como un niño indefenso a ojos de Ada. No pude evitar sentir pena por él. Se me encogió el corazón.

—Hola, guapito —dijo ella—. ¿Dónde crees que vas?

Billy frunció el rostro. Tenía la cara salpicada de arrugas y venas hinchadas. Nunca antes había visto esa expresión en él.

—No le hagas daño —pedí a Ada a través del auricular de Salva. Me tembló la voz.

—Tranquila, te lo traeré sin un rasguño. —Ada se acercó a Billy y vimos que tenía heridas por toda la cara—. Bueno, casi. —Y se rio.

53

16 de agosto de 2097

La noche iba a ser jodidamente larga.

Teníamos la furgoneta de Salva aparcada en una explanada junto al bosque. Yo estaba sentada en el sitio del copiloto, Salva en el del conductor y Regina y Ada estaban en los asientos traseros. Salva y yo nos acomodamos para hablar entre los cuatro. Ada se incorporó, mientras Regina, con los brazos cruzados, se quedó recostada en el asiento.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó Salva—. ¿Quieres hablar con él antes de entregarlo?

Agaché la mirada. La respuesta era «sí», pero al mismo tiempo «no». Deseaba hacerlo, pero creía que eso solo serviría para provocarme más daño. Quizá lo fácil era entregarlo sin volver a verle la cara y que pasara lo que tuviera que pasar.

—No creo… —murmuré sin levantar la vista—. Creo que no debería…

Ada apoyó su mano en mi hombro. Volví la mirada hacia ella.

—Creo que deberías hacerle todas las preguntas que te reconcomen por dentro. Si yo fuera tú, me gustaría tener esas respuestas.

«Sí —pensé—. Imagino que lo necesito». Podía hacerlo, pero mis ojos se desviaron furtivos hacia Regina, como si necesitase su

aprobación para decir que sí. Regina apartó la mirada. Comprendí que no estaba de acuerdo.

—No —negué. Me moví hacia delante y me puse el cinturón—. Vámonos.

Salva y Ada se quedaron a cuadros, pero no se atrevieron a llevarme la contraria. Salva se decidió a arrancar la furgoneta, pero Regina lo detuvo.

—Para.

Salva me miró. Yo le dediqué una expresión dubitativa. Nos giramos para escucharla.

Regina clavó los ojos en los míos. Vi su rostro escondido en la sombra.

—Ve a hablar con él…

—Yo no…

—Quieres hacerlo —me cortó—. Hazlo…, pero solo con una condición.

Todos aguardamos expectantes.

—Yo también quiero hablar con él luego —soltó.

Ada, Salva y yo nos miramos, extrañados e indecisos a partes iguales, pero ninguno nos atrevimos a decir nada. Era su decisión, era su forma de afrontar el dolor, y nosotros no teníamos nada que objetar.

Fui la primera en entrar a la parte trasera de la furgoneta, donde teníamos a Billy atado con las esposas policiales en un lateral. Levantó la vista. Me miraba con una expresión en los ojos como nunca antes.

Cerré la puerta detrás de mí. Por precaución, Salva, Ada y Regina escucharían y verían lo mismo que yo gracias a las videolentillas. Él

tenía un reguero de sangre seca descendiendo desde su ceja hasta la barbilla.

Seguimos contemplándonos en silencio.

—Sé quién eres, Billy, Pol me lo ha dicho. Explícame… —empecé, por decir algo, sin saber muy bien por dónde iniciar esa conversación. Tomé aire—. Necesito… —Me tembló la voz y el labio. Contuve el llanto—. Necesito saber qué cojones ha pasado desde el día que fingiste tu muerte y cómo… Cómo has terminado así.

Me emocioné al pronunciar esas palabras. El chico que yo había conocido hacía quince años era un hombre que luchaba por terminar con las injusticias. Estaba claro que no era un santo, tampoco yo lo era. Entre los dos habíamos hecho una cosa horrible, pero eso no nos convertía en monstruos… En cambio, haber secuestrado a tres personas y matar a Laia a sangre fría sí lo convertía en uno.

—De acuerdo —respondió. Tragó saliva y, por primera vez, vi cómo sus ojos se cristalizaban y brillaban de emoción. Esperó unos segundos antes de empezar, y entonces me contó su verdad—. Como podrás imaginar, todo empezó con la muerte de Ander García.

—Esa parte ya me la sé —lo corté, temerosa de que expusiera un secreto que hasta el momento había logrado mantener oculto.

—Sí, pero déjame explicarte…

Dudé, pero no tuve más remedio que asentir, rezando para que no pronunciara la palabra «asesinato» unida a mi nombre.

—Ander murió, y yo te prometí que ambos saldríamos de esa. Te prometí que no permitiría que te ocurriera nada ni que fueras a prisión. Y cumplí mi promesa, ¿no es cierto? —Yo tragué saliva, mirándolo, pero no cambié mi expresión férrea—. Me pasé la noche borrando tu rostro de todas esas imágenes. No borré el mío porque

eso habría sido una prueba irrefutable de que te había eliminado a ti también. Imaginé millones de posibilidades, pero a medida que avanzaba la noche iba asumiendo que solo había una salida: debía desaparecer de la faz de la tierra si no quería pasar media vida en prisión. Tenía dos opciones, cambiarme de nombre, de ciudad y desaparecer sin dejar rastro y ser un renegado toda mi vida, un perseguido…, o fingir mi muerte y disfrutar del resto de mis días en completa libertad. Dudé mucho, hasta que un día recibí la llamada de Pol Patel, y le pedí que me ayudara. Juntos planeamos mi supuesta muerte.

»Me habría encantado llevarte conmigo…, pero Pol me convenció, con acierto, de que dejarte atrás era la mejor opción. Haberte informado de lo que iba a hacer solo te habría puesto en peligro. Tampoco podía permitir que vinieras. Eras una niña, tenías a tu madre y eras libre, no podía arrastrarte a una vida fugitiva. Por eso no me quedó más opción que ocultártelo todo y desaparecer…

Billy suspiró antes de seguir. Tomó aire.

—Fue muy jodido para mí —confesó con los ojos vidriosos—. Quiero que sepas que todo lo que vivimos juntos fue real, fue…

—No lo dudo —lo interrumpí. Ninguno apartamos la mirada del otro—. Lo que hiciste fue… lo más bonito que habían hecho por mí nunca. Y así sigue siéndolo hasta la fecha. —Cambié de posición. La tensión estaba atenazándome los músculos, así que me senté y apoyé la espalda en el lateral de la furgoneta. Tomé una gran bocanada de aire antes de continuar—: Pero eso no es lo que quiero saber, Billy. Lo que quiero saber… —De nuevo, la emoción me invadió al pensar en Ian y Laia—. Quiero saber cómo pudiste… Cómo pudiste matarla.

—Yo no la maté —replicó de inmediato. Arrugó la frente y me miró con expresión dura—. Ni se te ocurra decir lo contrario.

—Quizá no lo hiciste con tus propias manos, pero participaste… Igual que participaste para raptar y tener cautivas a tres personas inocentes durante seis años.

Él bajó la mirada de golpe al escuchar mis palabras. Seguía teniendo el rostro férreo, pero ya no parecía tan seguro como antes.

—Y eso es algo que me ha jodido la vida para siempre —confesó sin mirarme. Me sorprendió que lo asumiera con tanta facilidad—. Puedo intentar explicarte cómo sucedió, pero no pretendo que me perdones algo si ni yo mismo puedo hacerlo.

Tomé aire y aguardé. Ante mi silencio, él levantó lentamente la mirada.

—Dime —asentí.

—Bien… —suspiró—. Relacionándolo con lo que te estaba contando antes…, la realidad es que cometí un grave error pidiéndole ayuda a Pol. Es cierto que él me ayudó a fingir mi muerte y salir de prisión. Es cierto que gracias a él pude irme a Alemania y formar una nueva vida. Gracias a él pude conocer a mi exmujer y tener a mi hija, pero… Pero lo que no sabía era… que Pol es un puto psicópata —gruñó, enrabietándose de golpe—. *Kibaszott barom* —maldijo en húngaro—. Él solito fue el que raptó a Valeria. Yo no tuve nada que ver. Pero unas horas después me llamó para que eliminara los vídeos de las cámaras de videovigilancia y cambiara su rostro por el de David Moné. David aceptó porque Pol lo amenazó; yo simplemente obedecí.

—¿Por qué no lo denunciaste?

Billy agachó la vista y suspiró, dándole vueltas a algo. Se tomó un breve descanso, pero luego levantó la mirada de nuevo para continuar.

—Al principio no me contó los motivos. Solo me pidió ese favor a cambio de ayudarme a desaparecer. Lo cierto es que no pregunté. Lo hice y ya está. No tardé mucho en descubrir lo que había hecho en realidad, así que lo llamé y se lo eché en cara. Sin embargo…, eso solo despertó su ira. Me amenazó y me dijo que, si decía algo, daría a la policía mi identidad y mi ubicación. En un principio yo no lo creí. Durante años me había cuidado de ser invisible. Había cambiado de identidad y hasta de país. Nadie podía saber dónde me encontraba, pero entonces… —Tragó saliva y apretó la mandíbula. Leí una mezcla entre dolor y rabia en su expresión—. Me envió una fotografía de mi hija saliendo del colegio.

—Oh —dije casi sin querer, abriendo la boca. Su hija. «Joder».

—Cuando volvió a chantajearme, yo ya había rehecho mi vida en Alemania, estaba casado y mi hija apenas tenía tres años. Me dijo que, si no hacía lo que él me pedía, yo terminaría en prisión y solo podría ver a mi niña cuando viniese a visitarme… Solamente de imaginármelo se me quebró el corazón. —Hizo una pausa, mirándome con el rostro alicaído—. Si te soy sincero, me daba miedo terminar en prisión, pero más miedo me daba que le pudiera hacer algo a mi hija o a mi mujer. Sé que lo hice mal…, pero… —se le quebró la voz— no quería perderlas. No podía…

Por primera vez vi cómo la emoción le desbordaba y una lágrima descendía por su mejilla. Fue entonces cuando me di cuenta de que el hombre que tenía enfrente era muy distinto al que había conocido

en mi adolescencia. El hombre que tenía delante estaba lleno de heridas externas e internas.

—Lo siento —pude decir con un hilo de voz—, pero…

—Continúo —me cortó. Se limpió las lágrimas y se enderezó, tratando de mostrarse sereno—. Cuando descubrió que estabais metidos en la investigación, quiso mataros.

—¿Qué…? —lo interrumpí, como si me hubieran congelado.

—Sí. Esa fue su intención desde un primer momento. Lo que él desconocía era que yo ya sabía que estabais investigando desde mucho antes…

—¿Cómo?

—Cuando me obligó a ayudarlo, me di cuenta de que estaba en un lío de cojones, así que me metí en el ajo al completo. No podía permitir que la policía descubriera la verdad o terminaría en prisión de por vida, y hackeé los ordenadores y móviles de los tres IPAM encargados del caso… y para mi sorpresa vi que había alguien más dentro del ordenador de Salva. No fue difícil descubrir que se trataba de Ian. Flipé, pero tampoco tardé mucho en descubrir que te lo estabas follando. Supe desde un primer momento lo que estabas haciendo, así que… —Se detuvo un segundo, y continuó—: os pinché el teléfono, el ordenador, absolutamente todo. No podía permitir que llegarais hasta la verdad. Sin embargo, cuando os expusisteis al mundo y él me dijo que os iba a matar… —Negó con la cabeza para sí mismo, yo estaba en shock, casi como si mi alma hubiera abandonado mi cuerpo—. Roma, no estaba dispuesto a aceptarlo. Le dije que os tendría vigilados… y por eso envié el gato esfinge con la esperanza de que decidieras quedarte con él. Al

principio la idea era que se colara en tu casa, pero lo metiste en tu vida, y lo pusiste tan fácil…

Sus palabras me quemaron por dentro. Sentía rabia, pero también una tristeza abrumadora.

—¿Escuchaste mi conversación con Salva? —pregunté, temblando. No solo mi voz, sino también mis manos, mis piernas… Todo mi cuerpo temblaba—. Escuchaste cómo le decía que aceptaría tener un gato esfinge, ¿verdad?

—Lo escuché todo —aseguró con la mandíbula rígida—. No te mentiré. Cuando fingí mi muerte, me decidí a dejarte atrás y lo hice durante mucho tiempo. Dejé que tuvieras tu propia vida, pero, cuando no tuve más remedio que vigilarte, me… obsesioné. Te escuchaba a todas horas, me reía con tus bromas y me sentía orgulloso con cada avance que hacías. Tanto tiempo, Roma…, y seguías dentro de mí. Y sé que yo también estaba dentro de ti. Lo comprobé cuando colé al gato en tu casa. Te vi llorar por mí, cuando mirabas mis fotografías, y…

—Cállate —lo corté. Contuve el llanto. No quería que creyera que tenía razón, aunque así fuera—. Continúa. Infiltraste al puto gato, y entonces ¿qué?

Billy tragó saliva, algo molesto con mi corte, pero asintió.

—Antes de seguir quiero decir que me aseguré de que esas personas estuvieran bien. Le pedí a Pol que pusiera cámaras para que yo comprobase que vivían como personas…

—¿Que te encierren en contra de tu voluntad y sin libertad te parece vivir como una persona o como un animal? —repliqué, furiosa. Odié que quisiera excusarse.

Él arrugó la frente. Reflexionó su respuesta.

—Tienes razón —aceptó, por fin. Eso me sorprendió. Relajé la expresión—. Supongo que quise convencerme a mí mismo de que ellos estaban bien con Pol. Llegó un punto que me autoengañé con que eran felices allí dentro.

—No importa cómo fueran sus vidas, tenían derecho a decidir —repliqué de nuevo—. Por no decir que Valeria era una persona feliz, tenía una familia… Una hermana… —Tuve que detenerme para contener las lágrimas. Apreté los ojos, tomé aire y continué—: Regina. No tienes ni puta idea…

—Lo vi —aseguró—. Vi todo lo que hiciste por ella. Vi su sufrimiento y te aseguro que aún hoy en día me quema por dentro, pero… —Negó de nuevo mientras se mordía el labio—. Eran ellos o mi hija.

Apreté el puño, reprimiendo las ganas de pegar un puñetazo a lo primero que tuviera delante.

—No lo sé, Roma. Yo tampoco sé cómo llegué hasta ese punto. Solo sé que, cuando te metes en un espiral de acciones horribles, cada una lleva a otra peor, hasta que te das cuenta de que estás en un pozo tan profundo que ya no puedes salir de él. Toqué fondo.

—¿Tocaste fondo cuando mataste a Laia? —pregunté con dificultad.

Él ni asintió ni negó.

—Cuando infiltré al gato —continuó—, Pol me pidió tener todas las imágenes en su casa. No solo yo podía ver lo que estabais haciendo. Él también. Laia descubrió algo que lo habría dejado con el culo al aire, así que Pol me llamó y me dijo que debía acabar con todos vosotros. Yo le dije que borraría toda la información que habíais reunido. Él insistió en que conocíais la verdad y que debía mataros.

Entonces… me negué. Por primera vez me opuse, aun sabiendo que terminaría en prisión. Pensé que ese sería mi destino, pero entonces él… me envió… una foto… —Cada palabra que pronunciaba le costaba más que la anterior. Le brillaban los ojos y le temblaba el rostro—. Me envió… una foto —repitió, jadeante, casi ahogándose—. Una foto de mi hija. Junto a un sicario. Es un puto enfermo. Entraron dos matones a mi casa, me hirieron el ojo y lo perdí… No tuve otra opción. No tuve otra opción… —Su pecho subía y bajaba. Le costaba respirar.

—¿Qué hiciste? —espeté con una mezcla de pesar y rabia.

—No tuve otra opción —repitió. Entonces, rompió a llorar.

Me levanté y me abalancé sobre él. Me arrodillé para estar a su altura. Lo agarré de la cara para que levantara la cabeza y me mirara a los ojos. Tenía el rostro bañado en lágrimas. Sus ojos verde y rojo estaban cargados de dolor.

—¿Qué hiciste, joder? —gruñí, furiosa, apretando cada vez más.

—Lo siento, lo siento…

Él lloraba, pero yo solo quería sonsacarle la verdad. En ese momento convertí mi corazón en un bloque de hielo. Sus lágrimas no calaban en mí. Solo podía pensar en Ian, en Laia…, en las consecuencias que ellos tuvieron que pagar por los actos de aquel hombre que una vez había amado y aún amaba con todo mi corazón.

—Billy —bufé—, jodido cabrón, dime cómo la mataste.

—Mía… Hice que… —Tragó saliva y sus propias lágrimas— la durmiera. Laia… se… desmayó. —Rompió en un sollozo desesperado. Comprendí que estaba roto por dentro, pero no me detuve.

—¡¿Y qué?! —exigí, zarandeándolo con violencia.

—¡Hice arder el piso mientras ella dormía! —confesó con voz grave pero rota. Era como si hubiese revelado una verdad que había temido pronunciar durante años.

La rabia fue conquistando cada esquina de mi piel, como si el fuego se extendiera por mi cuerpo a la velocidad que lo hacía la sangre por mis venas. La furia me recorría con cada latido del corazón. Cuando quise darme cuenta, me había convertido en puro odio. Sus explicaciones no me servían. Por su culpa había perdido a mi amiga y al hombre que más había amado en toda mi vida.

—Hijo de puta —gruñí junto a su rostro. Fui descendiendo la mano hasta su cuello—. Hijo de puta, hijo de puta…

Mi pecho se hinchaba y deshinchaba con cada respiración, aumentando mi ira. Cuando tuve su cuello entre las manos apreté. Dirigí todo mi dolor hacia mis dedos y empecé a asfixiarlo. Él no suplicó por su vida ni trató de pedirme que parara. El blanco de sus ojos se volvió rojo. A medida que lo veía agonizar, mis ganas de seguir apretando aumentaron. Me perdí en el rencor que había conquistado mi corazón.

—Te odio, te odio. —Seguí apretando. Las venas de su rostro se marcaron—. Me has destruido… —murmuré—. ¡Me quitaste a la persona más importante de mi vida!

Billy estaba a punto de desmayarse cuando escuché la puerta de la furgoneta abrirse. Salva me arrancó de su cuello. Yo luché como un perro rabioso, pero Ada me agarró e inmovilizó, sacándome de allí dentro mientras gritaba y pataleaba.

—¡Te mataré, cabrón! —grité.

—¡Roma! —gritó Billy.

—¡Suéltame! —exigí a Ada. Ella obedeció.

Yo miré a Billy en la distancia.

—Lo siento mucho, pero… —dijo primero. Y luego—: recuerda lo que hice por ti —sentenció. Yo me quedé congelada. Sabía a lo que se refería, y en aquel momento no supe si me estaba suplicando para que tuviera compasión con él o si me estaba amenazando. Creo que era lo segundo.

Me lancé sobre él de nuevo, pero Ada me sacó y le pegué una patada a la furgoneta justo donde él se encontraba.

Estaba fuera de mí misma. No sé cuánto tiempo estuve con ese ataque de histeria. Quizá minutos, quizá horas. Solo sé que, cuando me tranquilicé, Regina se acercó.

—Voy a entrar a hablar con él.

—Pues mátalo —escupí. Ella estaba de pie y yo sentada en el suelo.

—Eso no serviría de nada —replicó ella, seria. Suspiró y se marchó.

Dudé, pero un segundo después corrí hasta la furgoneta para escuchar la conversación entre los dos. Ada y Salva estaban conmigo.

Regina se quedó de pie. Billy la miró. Durante un minuto ninguno de ellos habló. La tensión podía palparse.

—Lo siento. —Billy rompió el silencio.

Regina continuó sin abrir la boca ni cambiar su expresión. Estaba serena, pero con expresión dura.

—Yo no…

—¿Por qué volviste? ¿Por qué tuviste que aparecer en la vida de Roma de nuevo? —lo cortó Regina.

Me adelanté en el asiento sin terminar de entender qué cojones estaba diciendo.

—Quería… y quiero ayudarla a descubrir la verdad.

—Quieres sentirte mejor contigo mismo.

A Billy le costó, pero terminó asintiendo. Regina continuó mirándolo unos segundos y, finalmente, sin decir nada más, salió.

Ada y yo bajamos de la furgoneta; Salva se quedó dentro manteniendo las distancias. Regina y yo nos miramos.

—Creo que necesitáis hablar… —propuso Ada.

Yo la miré, sorprendida. Luego clavé la vista en Regina. Ella hizo un leve gesto con la barbilla y empezó a caminar en dirección contraria a la furgoneta. Yo la seguí en silencio. Estábamos rodeadas de árboles. Llegó un punto que no pude soportar ese silencio.

—¿Quieres que esperemos a mañana o lo entregamos ya? —pregunté, tratando de parecer segura.

Regina no me miraba. Se mordió el labio y paseó la vista a todos lados antes de abrir la boca para decir algo que rompería mis esquemas.

—Si encontré a mi hermana fue gracias a ti… —Entonces me miró. Sus ojos, humedecidos, brillaban—. Ese tío se equivocó, pero todo lo que ha hecho demuestra que sabe…, que sabe lo que hace… Él puede ayudarte a terminar con esto, y yo no quiero quitarte la oportunidad de encontrar a esos niños, y mucho menos de saber qué te ocurrió a ti. No sería justo.

Mi corazón se estremeció. Regina era un ángel. Un ángel de los que ya no existían. Quise abrazarla, besarla. Quise decirle que amaba esa bondad única, que era un milagro de la naturaleza. De los que ya no quedaban.

—No importa —aseguré, en cambio—. Salva y Ada me ayudarán.

—No sé si ellos… —Me miró y se encogió de hombros—. Roma, aprovecha la oportunidad. Descubre qué ocurrió, y luego mételo en prisión de por vida… Solo te pido eso, que me prometas que una vez que conozcas la verdad lo encerrarás.

—De eso no tengas dudas.

—Sí las tengo. —Me quedé en shock—. Estás enamorada de él —dijo, casi a punto de romper a llorar. Yo negué, pero no pude llevarle la contraria—. Está claro, pero no puedes dejarte cegar por lo que sientes.

—No… No estoy… —intenté decir. En realidad, odiaba que ella supiera más cosas de mí que yo misma.

—No importa… Solo te digo que… no dejes que te coma la cabeza o lo que sea…, que serás madura y harás lo que toca.

—Regina, lo odio. Lo odio con todo mi corazón.

A ella se le escapó una risa irónica. Me sorprendió y me dejó confusa.

—Yo también te odiaba hace dos meses —confesó, esbozando una ligera sonrisa resignada—. De hecho, hace cuatro horas te odiaba y ahora ya no tanto. Las cosas pueden cambiar rápido.

Comprendí entonces a qué se refería. No pude evitar sonreír.

—Bueno, te prometo que no seré tan débil como tú —bromeé.

Las dos nos reímos.

—¿Puedo abrazarte? —pregunté.

—No —negó, sonriente—. Por vacilarme.

Yo abrí los brazos y ella se marchó con una risa juguetona entre los labios. Salva y Ada fliparon al vernos volver bromeando. Solo ella podía hacerme reír en una situación así.

Me decidí a entrar en la furgoneta de nuevo. Billy se encogió al verme.

—He escuchado que le decías a Regina que querías hacer algo bueno para sentirte mejor…

Esperé una respuesta, pero comprendí que no iba a abrir la boca. Al menos, de momento.

—Quiero que me ayudes a terminar con esto… Me gustaría creer que tienes buenas intenciones, pero también me gustaría que sepas que luego te entregaremos a la policía.

Billy se incorporó.

—¿Aceptas? —insistí.

—Claro —aceptó—. Lo haré, aunque intentes matarme doscientas veces más —prometió.

Y en su mirada sentí que esa vez decía la verdad, y que por fin se habían terminado los secretos entre nosotros.

54

17 de agosto de 2097

Lo primero que hicimos fue ponerle a Billy una tobillera que funcionaba como localizador y era aún más jodida que las esposas electromagnéticas. Si intentaba quitársela, terminaría con una quemadura de tercer grado en el tobillo y dos segundos después tendría a cinco patrullas rodeándolo. Esa fue la única forma que encontró Salva de que no escapara. Billy aceptó porque no tenía otra opción.

Aquella noche dormimos todos juntos en la caravana. Billy en el sofá, esposado. Yo en el colchón superior con Salva, y Regina y Ada en la cama inferior. Decidimos postergar nuestro viaje un día. A la mañana siguiente desayunamos y Ada se fue a buscar su maleta y la de Salva mientras este último se quedaba para vigilar a Billy. Al final, Salva sí había tenido razones reales para dudar de él.

Yo seguía nerviosa, ansiosa y jodidamente triste. Tendría que viajar junto a ese cabrón durante no sé cuántos días, y no sabía si podría soportarlo. Sin embargo, mientras yo buscaba formas de sentirme mejor, Salva las encontró por mí.

Se acercó a Regina cuando ella me miraba alicaída desde la distancia.

—¿Vas a venir con nosotros? —preguntó Salva.

Ella levantó la vista y lo miró.

—Sé que es una chalada, pero creo que ahora le iría muy bien que estuvieras a su lado —dijo él—. Yo… creo que ya me conoces un poco. Soy seco y no sé cómo consolar a la gente, pero tú… Tú siempre sabes qué hacer con ella.

—No es cierto. —Suspiró—. No me hace caso nunca.

Salva se acercó aún más a Regina y le dijo algo bajito para que yo no lo escuchase. Tiempo después, Regina me habló de esta conversación.

—Lleva seis años pensando en ti. —Regina lo miró, incrédula—. Sé que es difícil de creer, pero lo he visto con mis propios ojos. Te prometo que… no ha pasado página.

—Decidió estar con Billy —replicó ella.

Salva soltó una risita sarcástica.

—Sí, bueno…, como si ella eligiera siempre lo que de verdad quiere… Igualmente, no te digo que vengas para que tengáis algo, te pido que vengas porque, aunque Roma sea mayorcita, siento que puede seguir haciendo estupideces. En cambio, si estás aquí… Siento que solo tú podrías frenarla para que no le pase nada. Solo tú conseguirás que haga lo correcto.

—Entonces tengo que ir para vigilarla como si fuera su madre —bromeó.

Salva se rio.

—Hace seis años no me habría imaginado diciéndote esto, pero quiero que vengas porque, cuando tú estás, ella es feliz. Desde que te dejó no la he visto así, y es otra cuando estás cerca.

—Insisto en que ella estaba feliz porque había recuperado a Billy.

—No —negó Salva con la cabeza—. Ella estaba feliz porque habías vuelto.

Regina tragó saliva. Tras un rato de reflexión, se acercó a mí. Agradecí tenerla cerca.

—Menudo lío… —traté de bromear.

—Sí…

—Ahora por fin te librarás de mí otra vez.

—Menos mal, eres muy pesada —bromeó.

Yo me reí. Ella sonrió. Tras unos segundos mirándome, volvió a hablar.

—Roma.

—Dime.

—Si pudieras pedir un deseo ahora mismo, un deseo realista, cuál sería.

Yo dudé, no sabía qué quería decirme con esa pregunta.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunté, confundida.

Ella sonrió.

—Nada, da igual…

—A ver, si tuviera que pedir algo…, pues que te casaras conmigo, no sé —dije, entre broma y no broma.

A ella se le escapó una risa y me dio en el hombro.

—Eres imbécil. He dicho «realista».

—¿No es realista?

—No, cariño. Hace una semana me rechazaste por otra persona, ¿te acuerdas?

Hice una pausa y agaché la mirada, cagándome en mí misma.

—Lo decía por si querías que os acompañara.

Levanté la vista de golpe. Sentí cómo la tristeza se marchaba de mi cuerpo y me invadía una fuerza superior.

—¿Y… Lucas? ¿Y Valeria?

—Lucas está en Argentina con sus abuelos. Valeria… lo entenderá, y está bien acompañada por Ian.

—Pues… me encantaría…, pero no puedo… No puedo pedirte que dejes a tu hermana para acompañarme a Dios sabe qué.

—Tranquila, tengo mucho tiempo para estar con ella. Ahora creo que una amiga me necesita…, ¿no?

Esa última frase despertó una sonrisa leve en mí, pero también ganas de llorar. Se me humedecieron los ojos y lo único que pude hacer fue asentir. Ella me abrazó, y así fue cómo los cuatro junto con Billy, iniciamos el viaje hacia Tromsø.

55

19 de agosto de 2097

Pasamos dos días completos dentro de aquella caravana, atrapados física pero también emocionalmente. Nadie se atrevió a reír, casi ni a hablar, y nos limitamos a convivir en silencio. Agradecí que mis amigos no sacaran el tema, pero la tensión se podía cortar con un cuchillo. Una vez que llegamos a nuestro destino, Billy condujo hasta una zona boscosa frente a una montaña. El lugar era precioso, nos envolvía un color verde intenso mientras el aire fresco y nítido se introducía por nuestras fosas nasales acompañado de un olor a humedad, hojas y agua. Quizá no encontrábamos nada en aquel lugar, pero solo por aquel paisaje ya sentí que había merecido la pena el viaje.

El primer día lo dedicamos a organizarlo todo. Billy sacó sus pantallas y ordenadores de nuevo y, con la ayuda de Salva y Ada, colocaron los más de treinta sensores que nos avisarían en el caso de que alguien se acercara. Aceptamos porque todos temíamos estar metiéndonos en algo peligroso.

Regina y yo, por otra parte, organizamos el espacio. Colocamos el sofá frente a la mesa delante de la montaña para disfrutar de unas buenas vistas. Yo me senté e inspiré todo el aire que pude. Aquel lugar me daba cierta paz que, sin duda alguna, en aquel momento necesitaba.

—Voy a preparar la comida —dijo ella acariciándome la cabeza. Yo la miré—. Quédate aquí y disfruta de esto…, necesitas tranquilidad.

Yo acepté y me recosté en el sofá. Escuché a Regina sacar la olla y me alegré de tenerla conmigo. Recordé el libro y decidí seguir leyendo. Me había salvado de cometer una estupidez, así que le tenía cierto aprecio. Trataba sobre una escritora que, a través de veintitrés cartas, se enamoraba de otro escritor, un hombre casado y con una hija. Parecía un gran cliché, pero, en realidad, el libro escondía un giro, un gran secreto inesperado que lo cambiaba todo. En un principio me pareció una tontería, pero muy pronto encontré emociones únicas en la forma en que estaba escrito, en cómo se describía el amor y, sobre todo, me emocionó la fuerza que tenían las mujeres protagonistas.

Cuando terminamos de comer, nos reunimos para establecer el siguiente paso. Billy y Salva habían rastreado cada detalle de la vida de Kristoffer Dahl. Sabían que estaba casado con una mujer veinticinco años más joven que él, que tenía dos hijos y que dedicaba la mayor parte de su tiempo a sus empresas. Sopesando las formas que teníamos de acercarnos a él, descubrimos que en tres días acudiría a los Premios Horizonte. Lo habían nominado a la categoría de Mejor entorno inteligente, y todo apuntaba a que lo ganaría. Lo bueno de aquellos premios era que se podía entrar pagando, así que nos bastaría con comprar entradas para encontrarnos con él cara a cara. Lo peor era que la gala se llevaba a cabo en una ciudad de Ralía, en concreto en Nye Tromsø, que estaba cruzando un puente de más o menos un kilómetro, el cual la separaba de Gamle Tromsø. Sin embargo, el problema no era el puente ni la distancia, sino que Billy no podía entrar.

Decidimos que él nos esperaría en el límite del puente. Como imaginábamos, los presentes en la gala eran presuntuosos y vanidosos, con sonrisas calculadas, palabras medidas y ropajes que dictaban jerarquías que te elevaban o rebajaban ante los ojos de los demás. Por suerte, eso nos favorecía, porque pasábamos completamente desapercibidos. Al fin y al cabo, no dejaba de ser una fiesta.

La idea de aquella noche era acercarnos a Kristoffer en una primera aproximación analítica, buscar algún detalle o gesto que nos ayudara a dar el siguiente paso.

Antes de la entrega de premios, fuimos al cóctel de bienvenida y enseguida lo descubrimos entre la multitud. Su mujer estaba a su lado, de espaldas. Él la cogía de la mano como si se tratara de un complemento.

Teníamos intención de acercarnos a él, el problema era que siempre estaba rodeado de gente, y no hablo de una o dos personas, sino que estaba inmerso en un mar de cuerpos que lo observaban y escuchaban como si fuera el mesías.

Tras un par de cócteles gratis me entraron ganas de ir al baño, y dado que no habíamos avanzado ni lo más mínimo en nuestra investigación, y que parecía imposible llegar hasta el señor Dahl, decidí ir a mear.

Regina me acompañó. Abrimos la puerta. Allí dentro el murmullo de la multitud se apagaba y se volvía lejano, algo que agradecí. Me metí en uno de los cubículos y ella en otro. No había nadie más. Mientras meaba, dije:

—Tengo dudas de que haber venido hasta aquí tenga sentido. No sé cómo vamos a acercarnos a ese tío, y tampoco sabemos seguro

que tenga algo que ver.

Terminé de mear y salí del baño. Regina ya estaba lavándose las manos.

—Tiene algo que ver porque Iago lo vio. De una forma u otra, está implicado —dijo ella, tratando de convencerme—. Pero, además, puedes ayudar a esos niños.

—A saber dónde estarán —resoplé mientras me lavaba las manos.

Escuché abrirse la puerta del baño cuando fui a secarme las manos. El murmullo exterior se intensificó y un segundo después desapareció de nuevo cuando la puerta se cerró. Una mujer había entrado. Entonces escuché a Regina:

—Dios mío —clamó con voz ahogada. Me asusté—. Qué narices…

Levanté la cabeza de golpe, para ver qué ocurría. Me quedé congelada. No podía ser cierto. No tenía ningún sentido, pero era real, pues, tras casi veinticinco años, tenía a mi hermana de nuevo frente a mí.

PARTE 3

56

MILAN DELMER

¿? de ¿? de 20¿?

Al despertar no tenía nombre ni edad. No tenía pasado ni presente. Tampoco amaba ni odiaba. Creo que me habían arrebatado el alma.

Miré al frente y vi a un hombre de pelo rubio engominado. Tan pálido como la nieve. Lo escuché hablar con otra persona enmascarada. Se dieron la mano y él caminó hasta mí.

Me escaneó de arriba abajo y asintió.

Escuché un golpe seco y, de nuevo, oscuridad.

Estuve despierta todo el trayecto. Temblaba por el movimiento. El traqueteo hacía que me golpease con las paredes del cubículo, pero no sentí dolor.

Quitaron la tapa que me sumía en la oscuridad y entonces me encontré en un salón gigante delimitado por grandes ventanales. También había un sofá larguísimo y una chimenea ardiendo en el centro.

Escuché al hombre despedirse, yo seguía sin poder moverme. Quienes me habían traído me dejaron a solas con el hombre de pelo rubio.

Él se detuvo frente a mí.

—Hola, niña —dijo él agachándose para mirarme de cerca—. A partir de ahora te llamarás Kindra, ¿de acuerdo?

Asentí por inercia. No encontraba razones para llevarle la contraria. No sentía nada.

—Bien. Pues esta es tu nueva casa y vivirás conmigo. Solo tienes que hacer todo lo que yo te pida y estarás bien. Tengo muchísimo dinero, así que puedo cumplir todos tus deseos. ¿Te gusta eso?

Asentí de nuevo, porque creía que era lo que tocaba.

—Sonríeme un poco más. Quiero que seas una niña sonriente.

Esta vez asentí forzando una sonrisa.

—Muy bien, así me gusta —dijo él al mismo tiempo que esbozaba una mueca lujuriosa. Luego me acarició la mejilla—. Te enseñaré toda la casa, pero antes… —Alargó la mano para que yo se la estrechara—. Mi nombre es Kristoffer Dahl, y puedes llamarme Kris.

57

ROMA DELMER

19 de agosto de 2097

Las tres seguíamos paralizadas, como si nos hubieran pegado al suelo. Milan tenía los ojos clavados en mí. Fueron apenas cinco segundos, pero se sintieron eternos.

—H-hola —habló Regina, por fin.

Milan, desde que había entrado, apartó la mirada de mí y la posó en Regina. Tragó saliva antes de hablar.

—¿Q-qué está ocurriendo? —preguntó, temblando.

—Me llamo Regina —se apresuró a presentarse, tendiéndole la mano.

Milan se la estrechó, aún dubitativa.

—Kindra —se presentó ella.

—Encantada —dijo Regina. Luego se volvió hacia mí y me señaló —. Ella es Roma.

—Roma —repitió Milan o Kindra en un murmullo. De nuevo, me observó.

Yo no podía moverme y, a juzgar por su actitud, ella tampoco.

—¿Quién eres? —preguntó, casi en una súplica.

—Soy… Soy tu… —Miré a Regina, dudando sobre si decirlo. Ella asintió, animándome a hacerlo. Por eso devolví la atención a Milan y

dije—: Soy tu hermana gemela.

—Mi… hermana…

De un momento a otro, se le hinchó el pecho mientras jadeaba, luchando por respirar, hasta que un silbido bronco proveniente de su boca nos alertó. Milan se dobló sobre sí misma tratando de recuperar el aire. Yo apenas me acerqué, pero Regina se colocó frente a ella, de cuclillas.

—Kindra, ¿verdad? —preguntó Regina con voz suave.

Milan asintió como pudo.

—Bien, Kindra, lo primero que tienes que saber es que estás segura, solo estás teniendo un ataque de ansiedad y yo estoy aquí —le dijo con voz calmada. Yo lo observaba todo desde una distancia prudencial—. Soy médico, ¿has tenido alguna vez un ataque de ansiedad?

Milan negó como pudo.

—No pasa nada, vamos a respirar juntas.

Mientras ayudaba a mi hermana, un par de personas entraron. Observaron el panorama con desagrado y se marcharon a otro sitio, como si aquello no fuera con ellas, como si no fuesen seres humanos.

En un par de minutos Milan mejoró.

—Ya pasó —aseguró Regina con una sonrisa amable.

—Sí, gracias —agradeció Milan, incorporándose de nuevo mientras seguía inhalando y exhalando, esta vez más tranquila.

—Vamos fuera a tomar el aire un momento —propuso Regina.

—No puedo salir sin mi marido.

Esa frase nos alertó a ambas. ¿Qué cojones quería decir eso?

—Nos quedaremos en la puerta y entrarás cuando te encuentres mejor.

Milan, con el rostro contraído, asintió levemente. Las tres salimos del baño. Regina cogió de la mano a Milan y la guio hacia el exterior mientras yo avisaba a Salva y Ada a través del pinganillo.

Las cuatro nos encontramos en la puerta un minuto después. Nos alejamos un poco. Hacía mucho frío, pero la única que parecía no sentirlo era Milan. Salva había ido a buscar nuestros abrigos.

Saqué el cigarro electrónico para calmar los nervios.

—¿Tienes otro de esos? —me preguntó Milan.

—Eh, no, pero toma. —Se lo entregué, temblando.

Ella lo agarró y le dio una calada. Luego otra y otra, con ansiedad.

—¿Cómo? —me preguntó—. No entiendo qué está pasando.

—Es complicado, pero… digamos que desapareciste cuando teníamos diez años, y desde entonces te he estado buscando.

Ella siguió dando caladas mientras daba pasitos de un lado a otro, inquieta. Salva llegó con los abrigos.

—Yo no recuerdo nada hasta los trece años —confesó—. Los médicos dijeron que tuve un accidente y me quedé en coma un tiempo, que olvidé mi vida anterior.

Aquello nos dejó en shock a todos. Nos miramos unos a otros.

—Siempre he sentido que había algo más… —continuó ella, a punto de llorar, sin dejar de darle caladas al cigarro—, pero… tengo lagunas periódicas, olvido horas, a veces días y otras solo minutos o segundos. Tengo problemas, pero los médicos dicen que no es peligroso, así que simplemente acepté que yo era así… Tomo una medicación para los delirios, y de hecho no sé si ahora estoy delirando.

—No —aseguré.

Milan miró a Regina, como si con ella se sintiera más segura.

—¿Se ve esto como tus delirios? ¿Sientes lo mismo? —preguntó Regina.

Milan negó.

—Esto es real —le aseguró Regina.

—¿Y quiénes sois vosotros? ¿A qué habéis venido?

Regina nos miró, pero todos aguardamos a que respondiera.

—Somos amigos de Roma. Ada y Salva, además, son policías, y hemos venido a buscarte.

Milan asintió, mordiéndose el labio y con signos de nerviosismo. Miró a un lado y a otro.

—¿Y ahora qué? —preguntó a Regina en un susurro.

—Ahora… —Regina dudó y me observó de nuevo.

—Vente con nosotros. Te ayudaremos —solté.

—Pero tengo dos hijos.

—No te preocupes por eso —intervino Salva—. Tus hijos estarán a salvo, aunque necesitamos saber qué te pasó. A ti y al resto de los niños que estaban contigo.

—¿Niños? ¿Había más?

—Sí —respondí—. Raptaron a muchísimos niños para hacerles olvidar su pasado.

—Bien, vámonos ya —exigió Milan—. Tenemos que irnos antes de que él venga a buscarme. ¿Adónde vamos?

—Síguenos —dijo Salva.

Los cinco nos alejamos de la fiesta. Jamás habríamos imaginado encontrarnos con ella, y mucho menos habríamos pensado que ella misma nos instaría a alejarla de su marido.

—Cuéntanos qué recuerdas —le pedí.

—Muy poco —respondió. Luego me ofreció mi cigarro, le di una calada y se lo devolví. El frío calaba, pero estábamos tan nerviosos que apenas lo notábamos—. Todos los recuerdos que tengo son con él, con Kris. Desde los trece.

—¡¿Desde los trece estás con él?! —exclamé, horrorizada—. Pero ¿cuántos años tenía él?

—Treinta y pico.

—¿Y… cómo? ¿Por qué?

—No lo sé. Ojalá tuviera respuestas; de aquella época tengo aún más lagunas. No salí de su casa hasta que cumplí los dieciocho.

—Hijo de puta —gruñí. Miré a Salva—. Compraban niños para entregárselos a gente o algo así, puede ser, ¿no?

—Tiene toda la pinta —respondió Salva—. Es por aquí. —Señaló a su derecha y doblamos la esquina.

Teníamos el coche alquilado al final de un callejón oscuro, iluminado por un par de farolas puntuales. El frío humedecía el suelo y las paredes, y el vaho se hacía visible al contraluz.

—Sube —le ofreció Salva, abriendo la puerta trasera de la furgoneta.

Milan hizo el amago de subir, pero una voz la detuvo, igual que a todos.

—¡Cabrones! —La persona gritó en noruego, pero nosotros lo entendimos gracias a los audífonos traductores.

Todos nos giramos. Era Kristoffer, e iba acompañado de dos guardaespaldas. Al aproximarse, descubrimos que eran un par de robots del tamaño de un armario empotrado.

—¡Soltad a mi mujer! —gritó.

—¡Subid, rápido! —nos instó Salva.

Milan puso un pie en la furgoneta, Regina iba detrás, pero entonces Kristoffer levantó la mano y nos apuntó con algo. Tuve miedo, pero no pareció ocurrir nada hasta que Milan cayó hacia atrás y Regina la tuvo que sujetar entre sus brazos. Yo las sostuve a las dos. Me percaté de que mi hermana tenía los ojos abiertos como platos, pero estaba tiesa, inánime, como si la vida se hubiera escapado de su cuerpo.

Mientras Regina y yo tratábamos de introducirla en la furgoneta, los robots de Kristoffer se abalanzaron sobre Salva y Ada. Mi amigo no tuvo nada que hacer. El robot le retorció el brazo y lo estampó contra la pared. Vi cómo le chorreaba un hilo de sangre de la frente.

Ada, por su parte, y con dificultades, tras un largo intercambio de golpes con el otro robot, logró lanzarlo al suelo, y ella cayó detrás. Lo agarró del brazo y se lo retorció hasta darle la vuelta.

Regina y yo habíamos logrado poner a Milan a salvo. Yo estaba junto a mi hermana, mientras Regina esperaba junto a la puerta. Kristoffer se acercó hasta nosotras con el rostro inyectado en furia. Se detuvo frente a ella.

—Devolvedme a mi mujer —repitió, apuntando a mi amiga con una pistola, una de verdad.

Yo me eché a temblar, repleta de miedo. Otra vez. Otra vez había arrastrado a las personas que más quería a una espiral de peligro, y otra vez saldría ilesa mientras los demás pagaban por mis actos.

Justo en ese momento, Ada logró inmovilizar a su robot, pegándolo a la pared con las esposas, mientras Salva seguía estrellado contra esta. El tiempo pareció detenerse.

Ada hizo el amago de acercarse, pero Kristoffer la apuntó para que se detuviera.

—Tú, quieta.

Entonces Ada levantó las manos, y yo aproveché para agarrar a Regina de la cintura, atraerla hacia mí y colocar mi cuerpo entre ella y la pistola, que ahora me apuntaba. Levanté el brazo y agaché la cabeza, suplicando por mi vida sin palabras.

—¿Qué…? —gruñó él al percatarse de que yo era igual que su mujer—. ¿Quién eres?

—Nadie —me limité a responder, aunque él no me entendió.

—Sacad a mi mujer ya u os mato a todos.

—Vale —acepté asintiendo con la cabeza efusivamente para que lo comprendiese.

No iba a permitir que hiciera daño a ninguno de mis amigos, aunque eso significara renunciar a mi hermana.

Empujé a Regina aún más hacia el interior y arrastré el cuerpo de mi hermana a pulso. Me costó, pero logré sujetarla por las axilas y bajarla para dejarla en el suelo.

Kristoffer le hizo un gesto al robot que inmovilizaba a Salva, y este soltó a mi amigo, se acercó a Milan y la cargó como a un saco de patatas.

Salva se volvió, apoyando su espalda en la pared para no caerse debido al mareo.

Kristoffer se alejó unos pasos con mi hermana y entonces, en un acto inconsciente, cerré la puerta de la furgoneta con Regina dentro, y me lancé sobre el hombre. La pistola se disparó y sentí un latigazo en el costado del brazo izquierdo.

—Aaagh —grité, pero no me dio tiempo a pensar.

El robot soltó a mi hermana y se lanzó sobre mí, pero Ada llegó en una fracción de segundo, minimizando el impacto. Eran como dos panteras peleándose. Yo sostuve a Kristoffer del brazo para evitar que disparara de nuevo. Él tenía mucha más fuerza que yo, así que no aguantaría mucho más, pero Salva vino al rescate y pegó el brazo del hombre al suelo. Le arrebaté la pistola y, sentada encima de él, lo apunté a la cara.

Al mismo tiempo que Ada había inmovilizado al segundo robot, escuché la puerta de la furgoneta abrirse.

Entonces, vi a mi hermana tirada en el suelo, doblegada como un simple trapo, con los ojos abiertos de un muerto. Cuando volví a mirar a Kristoffer, vi terror en sus ojos y pensé en disparar. Un torbellino de pensamientos me invadió. Mil ideas, mil posibilidades, pero solo una única opción: iba a matar a ese capullo ahí mismo. Acabaría con él por la vida que le arrebató a mi hermana y a mi familia. Porque, si Milan no la tuvo, él tampoco. En aquel instante me acordé de las palabras de Pol: «Espero que algún día te encuentres con las personas que se llevaron a tu hermana y, entonces, cuando los tengas enfrente, comprendas que la venganza no es un acto vil y cruel, sino un último y leal acto de amor».

Entonces, por primera vez, lo entendí. Lo que iba a hacer era el acto más cercano a la justicia que realizaría jamás, aunque seguiría siendo imprecisa e inexacta. «La única forma de justicia es la venganza —me reafirmé—. ¿Soy un monstruo? Me importa una mierda». Acerqué el dedo al gatillo. A mi alrededor se había detenido el tiempo, hasta que una voz dulce pareció colarse dentro de mí.

—Para, Roma. —Era Regina—. Por favor.

Levanté la cabeza para mirarla. Ella salió de la furgoneta y se acercó titubeante.

—No lo hagas, no lo hagas —sollozó—. No puedo perderte.

Y esas tres palabras lo cambiaron todo. No quería perderla, no podía. Bajé el arma. No es que no fuera capaz de matar a alguien, tampoco me preocupaba no poder dormir en un futuro ni creía que no fuera facultad del ser humano quitar una vida. No lo hice por miedo. Miedo a perder a las personas que quería.

Regina me ayudó a levantarme. Me sentía como si hubiera corrido una maratón y me temblaban las piernas, así que Regina me tuvo que sostener.

Le entregué la pistola a Salva y este se dispuso a inmovilizar al hombre. Sin embargo, Kristoffer aún tenía un regalito preparado para nosotros. Sin que a Salva le diera tiempo a reaccionar, Dahl sacó otra pistola y disparó como pudo. Salva logró desviarlo, pero la bala impactó contra un cuerpo: la espalda de Ada.

Y entonces, como nunca antes la había visto, vi nacer la furia en los ojos de Salva.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta! —gritó mi amigo mientras le pegaba puñetazos en el rostro.

Yo me lancé sobre él para frenarlo, mientras Regina ayudaba a Ada a meterse en la furgoneta.

—Joder, chicos —nos dijo Billy al oído—. Se está liando y vienen hacia aquí.

—¡Salva, joder, vámonos! —le grité.

Salva se separó del hombre, pero, sin que yo lo esperara, lo aupó y lo llevó camino a la furgoneta. Yo, sin saber de dónde, logré reunir fuerzas para arrastrar a mi hermana y meterla dentro.

Luego me puse en el sitio del conductor. Los demás estaban demasiado ocupados.

—Billy, guíame.

Arranqué. Hacía años que no conducía, pero la adrenalina trajo a mi memoria todos los aprendizajes olvidados. Recorrí las carreteras de la ciudad de Ralía a toda velocidad, tratando de escuchar a Billy entre los sonidos de las sirenas por un lado y los gritos desesperados de mis amigos por otro.

Después de varios minutos que transcurrieron a toda velocidad, vi el puente que cruzaba al otro lado al final de la carretera.

—Crúzalo —ordenó Billy.

—No puedo, nos van a detener —grité.

—Confía en mí. Tú acelera y no frenes.

Yo obedecí sin rechistar. A medida que me acercaba a la división, tenía más dudas.

—Sigue —me instó Billy.

Seguía confiando en él, así que aceleré. La adrenalina corría por mis venas mientras pisaba el pedal, el viento golpeaba las ventanas, la división estaba cada vez más cerca, tanto que iba a chocarme, cuando de pronto las luces se apagaron.

Golpeé contra la valla que separaba las dos ciudades y crucé.

Un sonido grave acompañó la oscuridad y yo seguí hacia delante. Miré por el retrovisor y vi que la ciudad se había quedado a oscuras. Clavé la vista al frente al frente y descubrí que la vieja Tromsø también era pura oscuridad.

—¿Qué es esto, Billy?

Escuché una risita suya al otro lado.

—Tengo contactos.

—¿Qué puta clase de contactos?

—De los que liberan mundos —concluyó. Y yo no pude evitar sonreír.

58

20 de agosto de 2097

Media hora después llegamos a nuestro escondite. Esposamos al magnate en el baño y tumbamos a Milan en una de las camas de matrimonio.

Por fin, pude acercarme a Ada, que descansaba en el sofá. Regina le cogía la mano mientras Salva miraba al suelo, sentado en una silla.

—¿Cómo estás? —pregunté, preocupada, acomodándome a su lado.

—Bien. —Sonrió dolorida—. Es la gracia de ser un cíborg.

Yo me eché a reír emocionada y miré a Regina. Ella sonreía también.

Ada me mostró el costado, donde le había dado la bala, y descubrí que tenía todo el cuerpo protegido por una capa metálica y flexible bajo la piel.

—Es alucinante —explicó Regina—. La bala atraviesa su piel, y por eso sangra, aunque no traspasa el metal. Quizá sentirá molestias en la zona los próximos días por un posible hematoma, pero está a salvo.

—Tú —dijo Ada llamando la atención de Salva. Él la ignoró, y continuó cabizbajo agarrándose las manos mientras movía las piernas, ansioso—. Salva, mírame, por favor.

Él levantó la vista. Tenía el ceño fruncido y el neón de sus ojos centelleaba. Yo sabía que eso solo ocurría cuando estaba furioso.

—Tranquilo, estoy bien —aseguró Ada, alargando la mano para tocarlo.

Él aceptó el contacto y envolvió la mano de Ada entre las suyas.

—Casi lo mato, joder —espetó—. Casi lo mato.

—Pero no lo has hecho.

—Si no fuera por la protección de tu cuerpo, estarías muerta —respondió, resignado.

—Eso no importa.

Él bufó, se levantó y se marchó para sentarse junto a Billy.

—¡Roma! —exclamó entonces Ada por la sorpresa. Me giré a mirarla y vi una expresión de terror en su rostro.

Seguí su mirada hasta mi brazo; tenía la chaqueta negra manchada de rojo.

—Roma… —murmuró esta vez Regina, con algo de desesperación en su voz—. Quítatela.

Obedecí y, entonces, sentí un dolor intenso y súbito.

Mi vestido estaba empapado de sangre.

—Dios mío… —Regina parecía desesperada—. Ven, corre.

Me metió en la ducha y abrió el agua fría.

—¡Joder! —grité. Sentí un ardor insoportable.

Regina se lavó las manos y luego mi brazo con abundante agua y jabón. Un hedor desagradable y penetrante a sangre me invadió al mismo tiempo que me tambaleaba fruto del dolor.

Luego analizó la herida. Noté cómo su respiración se relajaba, quizá no era tan grave como parecía.

—Ven fuera un momento —pidió.

Cogió el botiquín y juntas salimos y nos sentamos en el sofá mientras los demás seguían dentro de la caravana.

—¿Sientes esto? —preguntó Regina, acariciándome el brazo hasta llegar a los dedos.

—Sí —respondí con dificultad.

—Mueve los dedos.

Yo obedecí. No hubo problemas. Ella respiró aliviada.

—Vale, vale…, está bien.

Me desinfectó la herida con alcohol y luego me colocó unas gasas para inmovilizarme el brazo.

—No podemos ir al hospital ahora —la avisé mientras ella terminaba.

Ella me miró con desagrado.

—Si te sube la fiebre iremos, lo quieras o no —sentenció.

Hizo el intento de levantarse, pero yo la detuve con la mano. Ella se sentó de nuevo a mi lado. Se quedó mirándome, esperando algo por mi parte.

Yo suspiré, sin apartar los ojos de ella. No olvidaba el momento en el que ese capullo la había apuntado con la pistola.

—No quiero que te pongas más en peligro. Me moriré si te pasa algo, y no estoy para nada exagerando.

Sonrió.

—No te rías. Antes, cuando estaba a punto de matarlo, me has dicho que no soportarías perderme. Yo tampoco soportaría perderte.

—Has pasado seis años sin mí —replicó en broma.

—No… Sabes a lo que me refiero… —susurré sin soltarla.

Ella suspiró y se levantó.

—Tenemos que averiguar qué le ocurre a tu hermana —zanjó la conversación en contra de mi voluntad.

Entramos en la caravana. Salva y Ada estaban en el sofá. Él la rodeaba con los brazos, aún en shock. Billy estaba frente a ellos con una máquina en la mano.

—¿Qué haces?

—Es un inhibidor. Tenemos que apagar vuestros localizadores o la policía vendrá a buscarnos cuando vean las cámaras.

Ni lo había pensado. Alargué mi antebrazo y dejé que Billy acercara la máquina. Mi chip localizador dejó de brillar. Ya no podíamos ser encontrados.

Un momento después, Billy se alejó y se centró de nuevo en la pantalla. Lo ignoré y volví a mi hermana.

—Milan sigue desmayada, ¿no?

Ada asintió.

Regina fue a la habitación y yo la seguí. Ada y Salva nos acompañaron. Regina le tomó el pulso.

—Está viva, pero no reacciona a nada.

Entonces recordé algo.

Abrí la puerta del baño, donde habíamos dejado a Kristoffer dormido con un chip. Rebusqué entre sus bolsillos hasta encontrar lo que andaba buscando.

—Ha apretado esto antes de que se… congelara —expliqué, mostrando un botón del tamaño de una pelota de golf.

Nos sentamos a su alrededor. Billy se acercó también.

—Aprieta —me instó Salva.

Yo miré el botón y entonces tuve un recuerdo. Recordaba haber visto esa expresión y esa forma de caer desplomado antes.

—Un momento —pedí. Me senté junto a Milan e intenté levantarla —. Ayudadme.

Ada solo la tuvo que empujar ligeramente con el brazo para atraerla hasta mí. Le aparté la cabellera rubia, le miré la nuca y encontré lo que me temía. Tenía un botón.

—Mierda…, es como el que tienen los robots del club Yuna.

Regina se levantó y le echó un vistazo.

—Sí…

Suspiré, y tumbé de nuevo a Milan. Me volví hacia mis amigos. Todos planteamos mil opciones, pero solo una tenía sentido para mí.

—Este tipo de robots son… tremendamente realistas. ¿Puede ser que en realidad no lo sean?

—Son máquinas —replicó Salva—. ¿Cómo no iban a serlo? Los he visto obedecer.

—Entonces ¿qué sentido tiene todo esto?

Todos enmudecimos mientras le dábamos una vuelta a distintas teorías. Nadie tenía una lógica.

—He entrado en su móvil —intervino Billy, llamando la atención de todos—. En el de Kristoffer, y he visto que tiene una aplicación que le permite cambiar parámetros de Milan como la sensibilidad, estado de ánimo, apagarla, encenderla… Es un robot.

Resoplé de nuevo, exhausta.

—Entonces ¿fui yo o ella a quien encerraron?

Silencio.

—Decís que es un robot porque se puede apagar y encender, pero, si es tan realista, ¿no tendrá algo de humano? —preguntó Ada.

Nadie se atrevió a responder. Todos miramos a Regina, como si su carrera le diera potestad para responder a esa pregunta.

—¿Qué queréis que os diga? Depende de lo que signifique ser humano para vosotros. Quizá su piel, músculos y sangre parezcan humanos, pero lo importante, en definitiva, es lo que tenga aquí —explicó, señalando su cabeza.

—Podríamos hacerle un TAC —propuso Salva.

—No podemos ir a ningún sitio —repliqué.

—Yo puedo conseguir algo clandestino —intervino Billy.

Media hora después nos presentamos en un edificio antiguo a las afueras de la ciudad. Eran casi las tres de la mañana, pero ninguno pensaba detenerse.

Ada se quedó con Billy en la caravana para descansar y vigilar que no sucediera ningún imprevisto. Salva cogió a Milan en brazos mientras Regina y yo lo acompañábamos.

Metimos a mi hermana en el tomógrafo. Regina nos pidió que esperáramos fuera y así lo hicimos. Diez minutos después, habíamos terminado. Ella salió de la sala.

—¿Qué? —pregunté, ansiosa.

—Espera, quiero mirarlo con tranquilidad en casa.

—Vale —acepté.

—Recojo a Milan —avisó Salva.

Aproveché cuando se fue para hablar con Regina.

—Quiero pedirte algo —susurré. Ella me miró, expectante—. Hazme un TAC a mí también.

—¿Para qué?

—Confía en mí.

Regina fue a replicar, pero Salva volvió y ella se contuvo.

—Espera fuera, ahora vamos —le pedí.

Asintió y Regina cumplió mi deseo. Una vez que finalizamos, regresamos a la caravana.

Nos sentamos en el sofá exterior junto a la mesa. Regina se pasó el archivo de la prueba de mi hermana al móvil y lo proyectó en la pantalla que había en la mesa. Lo primero que vi fueron colores variados, un blanco intenso, grises.

—Ay… —susurró Regina casi para sí misma.

—Qué —espeté.

—Que esto… —dijo señalando una zona diminuta de la imagen, una zona de un tono blanco brillante y forma cuadrada— parece un aparato tecnológico, como un chip…, pero… esto… Todo esto… —continuó, señalando la fotografía con la mano abierta. Estaba temblando— es un cerebro humano.

59

20 de agosto de 2097

Nos quedamos helados, pero no nos dio tiempo a reaccionar, pues una alarma ensordecedora empezó a resonar a nuestro alrededor.

Billy miró el móvil y, esta vez, vi temor en sus ojos.

—Tenemos compañía, y no parecen traer buenas noticias.

—¡¿Qué coño significa eso?! —exclamé—. ¿No ha funcionado el inhibidor?

—No es la policía, Roma —explicó él—. Creo que hemos descubierto algo que no debíamos, pero no tenemos tiempo ahora. Debéis hacer todo lo que os diga sin rechistar.

Todos lo miramos, aguardando instrucciones.

—Coged las mochilas de emergencia, subid a la furgoneta y continuad por el camino trasero. Salva lo conoce.

Mi amigo asintió y nos pusimos en marcha. Ada y yo entramos en la caravana. Yo cogí las mochilas de emergencia (abastecidas de provisiones y todo lo necesario para los cinco) y entonces recordé el libro de Regina. Aunque fuera algo imprudente, me lancé a la cama a recogerlo.

—¡Roma! —exclamó Ada desde el sofá.

—¡Voy! —grité yo también.

Lo guardé en una de ellas y seguí a Ada al exterior, que aupaba en sus hombros a Milan y Kristoffer, dormidos. Seguía resentida por el

disparo de bala, pero su cuerpo había sido diseñado para soportar eso y cosas mucho peores como la misma guerra. Los seis subimos al vehículo mientras la alarma seguía taladrándonos los oídos. Vi que Billy se había rezagado. Corrí hasta él.

—¿Y tú?

—Yo iré detrás.

Me cagué encima cuando pensé en que podía perderlo.

—No.

—Roma, lo tengo todo planeado. Vete ya.

—Me quedo contigo.

—No.

—¡Roma! —Regina me llamó. Me volví y la vi hacerme señales para que subiera.

Miré a Billy.

—Sálvate, tienes otro hijo que criar, capullo —espeté.

A él se le escapó una sonrisa y yo me fui corriendo.

En cuanto me reuní con los demás, Salva arrancó. Él y Billy habían establecido el camino marcado el día que llegamos a aquel lugar. Conducía directo a la carretera y, además, nos alejaba de aquella gente. En cinco minutos nos habíamos librado de ellos. Miré por la ventana trasera y muy pronto distinguí a Billy en su moto negra. En el bosque, una humareda de fuego se elevaba hacia el cielo. Billy había quemado la caravana y cualquier prueba de que hubiéramos estado allí.

Respiré, aliviada. Tragué el exceso de saliva que se me había formado de la ansiedad, pero mi paz duró muy poco, justo cuando distinguí unas luces en la lejanía. Poco a poco aparecieron múltiples coches y motos.

—¿Son ellos? —pregunté, temblando.

—Sí —me respondió Billy al oído—. Hay algo que no me cuadra. No entiendo cómo han sabido tan rápido que estábam… Roma. —Tuvo una idea—. Busca en la mochila el detector de señales electrónicas. —Yo no tenía ni idea de qué era eso—. Tiene forma alargada.

—¡Lo tengo! —Solo había un objeto con esa descripción.

—Bien, escanea el entorno, también a ti y a tus amigos. Uno de vosotros pitará. Os han puesto un geolocalizador.

—Mierda —espeté.

Sin dudar me lancé a escanear las paredes. Regina se colocó al final de la furgoneta para mirar por la ventana. Se estaban acercando y la jodida máquina no sonaba.

—Más rápido, Roma —pidió.

—Lo intento, pero no suena.

Continué. Me escaneé a mí, seguí con Regina y Ada. Por último, caminé hacia la zona delantera, donde estaba Salva. Escaneé la guantera. Nada.

—¡Vamos, Roma, joder! ¡Tenéis que despistarlos! —gritó Billy.

—Ya lo intento, pero no hay nada, joder.

Pasé el escáner cerca de Salva y, por fin, emitió un sonido agudo.

—Lo tengo, lo tengo. Quítate la chaqueta.

Salva obedeció mientras yo aguantaba el volante. Lanzamos la chaqueta por la ventana, pero el detector seguía pitando, apuntando a su brazo.

—Qué…

—No lo entiendo —dijo él.

—Billy, lo tiene bajo la piel. ¿Tenemos el inhibidor?

—Lo tengo yo, pero no hay tiempo, Roma, tendréis que hacerle una incisión. Tenéis un cúter en la mochila.

Miré a Regina. Ella arrugó la frente. Estaba hasta los ovarios de todo eso, pero fue a buscarlo enseguida.

Ada ocupó el puesto del conductor y yo me quedé junto a mis amigos. Mientras Regina hacía la incisión con manos temblorosas y Salva gritaba de dolor, Billy dio nuevas órdenes.

—Roma, hay un dron pequeño en la mochila. Sácalo. Puedes conectarlo a tu móvil. —Yo iba actuando mientras él hablaba. Era jodido. Estábamos bajo mucha presión y dentro de un coche que circulaba a toda velocidad—. Cuando Regina termine, mete el localizador dentro de la cajita que tiene el dron debajo. Y, Ada, en cuanto podáis, desvíate hacia el bosque de nuevo al mismo tiempo Roma libera el dron en dirección contraria.

—Vale —dije temblando.

—¡Recibido! —gritó Ada.

—Ya está —concluyó Regina con la voz entrecortada.

Me entregó el localizador bañado en sangre y me apresuré a hacer lo que me había pedido Billy. Como pude, me acerqué a la ventana, saqué el dron y lo eché a volar.

—¡Ahora! —grité a Ada.

Ella se adentró en el bosque y el camino se volvió abrupto. Terminé estrellada contra una pared y me golpeé el brazo herido.

—Grrr —solté un rugido de dolor.

Sin embargo, no tenía tiempo que perder. Desde el móvil podía ver lo mismo que el dron, así que dirigí el aparato en dirección contraria a nosotros y, muy pronto, dejamos de escuchar coches y sirenas. Ya no había rastro de luces.

—Los hemos despistado —celebré. No obtuve respuesta—. ¿Billy? —Silencio—. ¡Billy!

Regina me miró, asustada, mientras terminaba de vendar a Salva.

—¡Billy, joder, responde! —grité, desesperada, temiendo haberlo perdido—. Billy, por favor… —supliqué y me dejé caer al suelo.

—Estoy aquí —escuché. Y, un segundo después, el rugir de una moto pasó junto a nosotros—. Seguidme.

Ada maniobró para mantenerse tras él.

Billy encontró una caseta de madera en mitad del bosque. Esta vez fueron Ada y él los que pusieron los sensores alrededor. Salva necesitaba descansar. Pronto descubrí que Billy lo tenía todo planeado al milímetro y dudé de si, llegado el momento, seríamos capaces de entregarlo o si él tenía ya un plan secreto de huida preparado.

Regina curó y cosió la herida de Salva. Me senté junto a ellos cuando todo se calmó un poco.

—No entiendo… —murmuró Salva, mirándome—. Te juro que yo no…

—Tranquilo —lo corté, apoyando la mano en la suya—. Confío plenamente en ti. Eres un buen amigo.

Él respiró aliviado.

—Creo que está claro que nos hemos metido donde no querían —habló de nuevo—. He estado dándole vueltas, y me parece que me lo pusieron en la última intervención que me hicieron. Fue dos días después de reabrir el caso de Milan o… el tuyo.

Tenía sentido.

Aquella noche cenamos las provisiones y nos fuimos a dormir pronto. En la cabaña había cuatro habitaciones. Adjudicamos una a

mi hermana congelada, en la más pequeña encerramos a Kristoffer, la tercera era para Ada y Regina y la última para Salva y para mí. Billy, por su parte, dormiría en el sofá del comedor.

Sin embargo, a mí me costaba desconectar el cerebro con facilidad. En esa situación, con tanta novedad, en mitad de la locura, lo último que pude hacer fue dormir. Me dieron las cuatro de la mañana, así que decidí ir al salón para ver algo en la tele. Según la investigación de Billy, aquella casa pertenecía a una pareja de ancianos que la visitaba de forma puntual. Teníamos que estar alerta por si aparecían, pero era poco probable.

Para mi sorpresa, Billy aún seguía despierto. Tampoco podía dormir. Nos quedamos en completa oscuridad a excepción de la luz del televisor.

60

20 de agosto de 2097

—¿Me marcho? —preguntó, asustado.

—No.

Desde que descubrí su horrible secreto apenas nos habíamos mirado a la cara. Nos habíamos dedicado a fingir que no había pasado nada y nos limitamos a comportarnos como dos conocidos que necesitan cooperar para salir con vida.

Sin embargo, aquella noche, yo sabía que necesitaba esa conversación. Quizá, entonces, podría cerrar esa herida y descansar por fin.

—¿No puedes dormir? —Aunque fuera obvio, imaginé que él también necesitase conversar conmigo y fue la única pregunta que se le ocurrió.

Negué con la cabeza y me acerqué a paso lento y me senté a su lado. Sentía el peso del cansancio en la cabeza, el cuerpo apenas me respondía, pero quería seguir hablando con él.

Nos mantuvimos en silencio.

Lo observé mientras él seguía con la mirada clavada en la pantalla de la tele. Lo seguía odiando por lo que había hecho, pero una parte de mí sentía pena por él, por ver en lo que Pol lo había convertido. Era un asesino, pero también una persona torturada y condenada al dolor.

—Billy. —Atraje su atención. Silenció el televisor y luego se giró y me miró—. ¿Ahora sí puedes contarme la verdad de por qué estás tan distanciado de tu familia?

Se le humedecieron los ojos de un segundo a otro.

—Perdona, no quería hacerte sentir mal…

—Tranquila —dijo él, agachando la mirada. Tomó una bocanada gigante de aire antes de continuar. Arrugó la frente y negó con la cabeza, como si buscase el camino más sencillo para empezar a hablar—. La realidad es que lo que ves de mí ahora es consecuencia de todo lo que he hecho —confesó, por fin. Sin embargo, no podía mirarme—. El punto de inflexión fue la muerte de Laia… Supongo que durante mucho tiempo fui capaz de soportar todas las cosas horribles que hice antes, incluso lo de Valeria, Río y Adele. Pero cuando le hice eso a Laia… —Volvió a negar con los ojos vidriosos, y entonces se le escapó una risita de resignación, incluso de odio a sí mismo—. Me di cuenta de que Pol era un puto monstruo, y consecuentemente yo también. Quise evadirme de la realidad. Bebía más de la cuenta y apenas estaba en casa. Recuerdo… Recuerdo que pasaba horas contemplando mi hogar desde el exterior, viendo a mi mujer con mi hija en brazos mientras me llamaba al teléfono… Pero yo no podía… No podía ser un buen padre y un buen marido tras lo que había hecho. Un año después de lo de Laia, mi mujer me pidió el divorcio y consiguió la custodia de mi hija. Ni siquiera peleé. Ahora, como sabes, solo la puedo ver un fin de semana cada quince días… —Se quedó pensativo y soltó una risita irónica—. Es jodido, porque al final perdí a mi familia igual, y lo peor es que mi exmujer y su familia me ven como un monstruo, y eso que no lo saben todo.

En un primer momento no supe qué responder a aquello. Era doloroso escucharle, y no tenía palabras de consuelo. Era una realidad jodida, y no le quedaba más remedio que aceptarla.

—Después de separarme de mi mujer —continuó después de unos segundos, para mi sorpresa—, después de hundirme en la mierda, pensé muchísimas veces en llamarte. Sabía que no tenías pareja, no tenías familia, estabas… —se calló.

—Estaba jodidamente sola.

Me miró, y dudó antes de seguir.

—Más bien sentía que podíamos ayudarnos —dijo, maquillando la realidad—. Te llamé varias veces, pero siempre me arrepentía y colgaba. Creí que involucrarte en todo… sería aún más egoísta por mi parte. Ya había destruido suficientes vidas, no quería fastidiar también la tuya. Aun así, seguía observándote de vez en cuando, hasta que vi que querías investigar lo de tu hermana… Todo… Te vi sufrir, y surgió esa necesidad en mí. Ahí supe que solo podría curarme si obtenía tu perdón y te ayudaba a encontrar a Milan.

Yo lo escuché con atención.

—Ya…, y ahora todo es un lío…

—Sea cual sea la verdad, llegaré hasta ella —aseguró mirándome a los ojos—. Por ti. Déjame hacer algo bueno por última vez.

Asentí y me volví hacia el televisor; él seguía mirándome.

—Antes —habló de nuevo—, cuando estábamos en peligro, temiste que me pasara algo…

No pude negar lo evidente.

—Y dijiste algo… Que tengo otro hijo al que cuidar.

Yo lo miré de nuevo. Tragué saliva.

—Sí…, no deja de ser tuyo.

—Nuestro hijo —matizó. Poco a poco fue acercando su mano a la mía, pero yo me aparté—. Sé que ahora es difícil, pero espero que un día me entiendas y nos des una oportunidad.

—No —negué, cortante, negando con la cabeza al mismo tiempo que contenía un llanto ahogado.

—Vamos a tener un hijo, Roma. ¿Tú sabes lo que es eso? —Lo miré a los ojos. Los tenía vidriosos—. Vamos a formar una familia.

—Billy…, ¿cómo quieres…? Laia era la novia de mi mejor amigo. Lo perdería para siempre. A él y a… otras personas.

—Lo sé y me jode…, pero te he visto sentirte sola durante todos estos años, te he visto llorar, que no encontrabas consuelo en nadie, y todos ellos ya estaban en tu vida. La única razón por la que no aceptabas a nadie más era que me estabas buscando a mí en todos los rostros… Cada vez que conocías a alguien, me buscabas a mí… —Yo miré hacia otro lado con los ojos vidriosos, consciente de que él tenía razón—. Durante años me buscaste en todo el mundo, y terminó mal porque ninguno era yo. Te entiendo porque a mí me ocurrió lo mismo…, pero ahora estamos aquí, juntos de nuevo.

Me sequé una lágrima con la mano.

—No te niego que tienes parte de razón —confesé con la voz agarrotada de la emoción—. Durante mucho tiempo fue así, durante mucho tiempo sentía que no volvería encontrar a nadie y te buscaba en todas partes, pero… siento… De verdad, siento decepcionarte. Porque hay algo que no sabes de estos últimos seis años. He llorado desconsoladamente pero no por ti —revelé. Me atreví a mirarlo a los ojos de nuevo—. Lloraba por la amiga que perdí, lloraba por Ian, por todo lo que Pol y tú nos arrebatasteis, pero sobre todo lloraba cuando conocía a alguien, cuando…, cuando besaba a alguien

nuevo, porque… siempre aparecía en mi mente un rostro con voz dulce, y siento mucho decepcionarte, pero no eras tú.

Billy suspiró con profundidad. Escuché como tragaba saliva.

—¿Regina?

Asentí.

—He intentado dejarlo o dejarla pasar, porque no lo sé. No sé si puedo ser quien ella necesita…, pero el día que me enteré de quién eras estuve muy jodida, aunque una parte de mí fue feliz. Me alegré porque podría mirarla a la cara y decirle que, por fin, su caso tendría todas las respuestas. Su felicidad me importaba más que perderte, y entonces comprendí que la respuesta siempre la tuve clara.

Él negó con la cabeza, molesto.

—No te creo, no tiene sentido. Ella no es como nosotros.

—No. —Sonreí levemente al pensar en ella—. Ella es lo contrario a nosotros…

—¿Entonces…?

—¿Qué decirte? Me cuesta tener respuestas para la mayoría de las cosas, pero… no lo sé. Si lo pienso, ahora que nada en mi vida tiene sentido…, ahora que no sé quién es o deja de ser mi familia, ahora que… —Negué con la cabeza. Las lágrimas descendían por mis mejillas hasta mojarme los labios—. Mi padre me abandonó. No sé dónde está mi hogar y…, cuando pienso en eso, en mi hogar… —sonreí casi sin querer—, solo me vienen a la mente los días que pasé con ella. Así que supongo que es tan simple como eso, que contigo es todo como… un viaje. Es emocionante, no te lo niego, pero con ella es… Ella es hogar —sentencié.

Para mi sorpresa, él no respondió. No lloró, no gritó, no intentó convencerme. Solo se marchó, como si mis palabras fueran simples

gotas de lluvia para él.

61

20 de agosto de 2097

A la mañana siguiente el ambiente era extraño. Regina estaba distante, apenas desayunó y estuvo toda la mañana en el banco de madera exterior mirando hacia el bosque, pensativa. Sin hablar, todos decidimos tomarnos aquella mañana de descanso, pero antes de comer me senté a su lado.

—Siento haberte arrastrado a esto —dije.

Ella no mutó un ápice su expresión. Vi que tenía los ojos hinchados de llorar.

—¿Quieres volver a casa?

—No… No lo sé —tartamudeó.

Era normal que estuviera así. Había metido a una persona corriente en una situación límite que ni le iba ni le venía.

—Si es lo que quieres, lo entenderé. Incluso me alegraré de que estés en un sitio seguro.

Ella se volvió a mirarme. Sus ojos marrones seguían humedecidos.

—No te preocupes por eso, Roma.

Suspiré.

—Vale, pero si en algún momento quieres…

—Sí —me cortó. Sin embargo, al momento sonrió y me agarró con dulzura la mano.

—Es hora de ir a comer —le recordé—, pero antes… quería preguntarte por mi TAC, ¿has podido mirarlo?

—Sí, sí —aseguró, agachando la mirada—. Está todo normal.

—¿De verdad?

—Sí —respondió. Se levantó con prisa—. Vamos a comer, nos irá bien a todos.

Después, nos pusimos manos a la obra de nuevo. El descanso nos había reconfortado, pero no teníamos mucho tiempo y debíamos averiguar qué cojones hicieron con los niños y sobre todo quién, antes de que ellos nos encontraran a nosotros. Por no hablar de que seguíamos teniendo a un capullo secuestrado en la habitación, y a una chica humana/robot, que resultaba o no ser mi hermana, tiesa en una de las camas.

Nos reunimos alrededor de la mesa del comedor, y yo comandé la investigación haciendo un resumen de todo lo que teníamos.

—Víctor era un transportista que trabajaba para Safe&Clean, la empresa de los cubículos. Un día descubre que la mercancía era en realidad niños. Ya sabemos todo lo que Víctor hizo con su hermana y su marido. Lograron devolver a unos cuantos niños a sus casas. A Milan también iban a devolverla a casa, pero en el último momento los descubrieron y ahora nos enteramos de que ha pasado su vida desde entonces con el capullo de Kristoffer Dahl. Tiene un puto chip en la nuca que la hace controlable, igual que a los robots del club Yuna, lo que nos lleva a una duda que, de ser cierta, sería… horrible: ¿son todos los robots de compañía en realidad niños robados? ¿Son humanos?

—No lo sé, pero hay muchas piezas que aún no encajan, y todas tienen que ver contigo, Roma —intervino Salva—. Si Milan es real y

existió, ¿por qué en tu pueblo todos mintieron y dijeron que solo había una niña llamada Roma? La única respuesta posible es que alguien les pagó, y la pregunta es ¿por qué querían esconder que erais dos?

—Tampoco hay rastro de dos niñas en las fotos de su madre —recordó Billy—, pero ella siempre ha defendido ante ti que tuvo gemelas.

—Por eso estoy segura de que os secuestraron a las dos —habló de nuevo Salva—. Os hicieron lo mismo, pero por alguna razón tú lograste escapar. Lo más probable es que fueras la niña de la casa, a la que finalmente lograron devolver a su hogar. Entonces ocurrió lo que viste con Miraya… Cuando no sabías ni comer ni hablar… Ese año traumático olvidado después de volver. Lo que no sabemos es por qué mintió toda esa gente.

—Si eso es cierto y yo también estuve ahí dentro, ¿a quién le importa? —intervine de nuevo—. De verdad, da igual. Lo importante es salvar a esos niños, evitar que les pase lo mismo a otros y, sobre todo, si los robots del club Yuna son en realidad personas…, tenemos que liberarlos.

—Tiene razón —intervino Regina, para sorpresa de todos. La miramos—. Lo que le ocurriera a ella…, visto lo visto…, quizá sea mejor dejarlo pasar.

—Exacto —reafirmé, mirándolos a todos—. ¿Cuál debería ser el siguiente paso?

—Estoy investigando con qué empresas trabaja Safe&Clean —habló Billy con los brazos cruzados, apoyado en la puerta de entrada —. Está claro que es una fachada, y estoy seguro de que la empresa que hay detrás es Shapov, S.L. Cuando confirme esto, podremos

afirmar que los robots son en realidad personas. Creo que vosotros deberíais pensar qué vais a hacer ahora con Milan, no podéis tenerla apagada de por vida —sentenció, seco. Luego se marchó a la furgoneta de Salva, donde tenía guardadas todas sus cosas.

—Tiene razón —asumí. Miré a Regina—. ¿Podrías quitarle el chip a Milan? No aquí, pero en un hospital y en condiciones normales.

—Imposible, eso significaría ponerla en un peligro grave.

—Vale —acepté. Cogí el teléfono de Kristoffer, busqué la aplicación que servía para controlar a mi hermana y la encendí—. Ahora, en principio, debería ser ella misma.

Transportamos a Milan hasta el sofá del comedor y nos colocamos alrededor, Regina a su lado, por si volvía a darle un ataque de ansiedad, y esperamos a que despertase.

De pronto, se movió. Sus ojos abiertos albergaban vida y dejó de estar tiesa.

—Otra vez —dijo ella—. ¿Qué ha pasado?

—Te… Te… —intenté explicar. De pronto, me dio pena decirle que la estaban controlando con un mando a distancia, como si fuera un simple aparato tecnológico. Miré a Regina, buscando alguna idea.

—Te has desmayado —dijo al fin ella—. A veces, cuando el cuerpo está en un estado de ansiedad límite, se desmaya para proteger a la persona, pero te encuentras bien. Estás en una casita con nosotros.

—Tengo muchísima hambre…

Joder. Caímos entonces en que llevaba un día y medio sin comer ni beber nada. ¿Lo necesitaba para sobrevivir? Decidimos aparcar esas dudas y le dimos un plato de comida y una botella de agua que se bebió del tirón.

—¿Qué ocurre con mis hijos? —preguntó cuando aún no se había terminado el plato.

—Están bien. Se encuentran con sus abuelos —explicó Salva. Era cierto, lo habíamos confirmado.

Ella asintió y se terminó la última cucharada de lentejas.

—¿Y mi marido?

Enmudecimos. Todos me miraron de reojo. Asumí que debía ser yo quién hablara.

—Eso… Bueno…, nos intentó matar a todos, así que lo tenemos encerrado en una habitación.

A Milan se le escapó una risa sin ningún tipo de escrúpulos. Yo me reí también. Los demás respiraron aliviados.

—Queremos que nos cuentes qué recuerdas desde el día que despertaste del supuesto coma —le pedí.

—Ya os lo conté. Los únicos recuerdos que tengo son con Kris…

—¿Y hay algo extraño que haya sucedido estos años? —preguntó Salva—. Además de las lagunas.

Milan agachó la mirada, rebuscando en su memoria. Me recordó a Hugo, y el corazón se me hizo pedazos ahí mismo. Si todo eso era cierto, él también era un ser humano y murió por mi culpa. Sin embargo, me obligué a olvidarme de él para prestar atención a mi hermana.

—Lo único extraño en realidad es…, es como que… —arrugó el ceño y movió las manos como si tratara de encontrar las palabras adecuadas—, como que muchas veces ni yo misma sé por qué sigo con él. De pronto decido que me voy a divorciar, y de pronto siento…, siento todo lo contrario. Como si… —se le cortó la voz, emocionada—. Como si no tuviera control sobre mí misma.

Levantó la vista y nos miró con ojos vidriosos. Todos asentimos. Nuestra teoría cobraba cada vez más sentido y, si era cierta…, se iba a armar una buena.

—Milan —llamé su atención, sacando mi móvil del bolsillo—. Quiero enseñarte algo.

Le mostré una foto de Marte. Sus ojos se humedecieron nada más verla.

—¿La conoces?

Ella asintió al mismo tiempo que se le escapaba una lágrima.

—¿De qué?

—No lo sé —asumió con dificultad, sus palabras se entremezclaban con las lágrimas—, pero lo siento así.

Todos nos miramos, aliviados. Teníamos la respuesta a una de nuestras preguntas. La niña de los vídeos era ella, jamás había sido yo.

—¿Está viva? —preguntó.

—No… No lo sabemos. Aún no sabemos dónde está, pero te prometo que la buscaremos. —Ella asintió. Pasé la fotografía y le mostré una foto de mis padres en la pantalla—. ¿Y a ellos?

Para sorpresa de todos, Milan se llevó las manos a la boca.

—¿Sabes quiénes son?

—Creo que… mis…. ¿Mis padres? —sollozó.

—Sí.

Rompió a llorar y se lanzó a los brazos de Regina. Parecía que solo confiaba en ella.

—¿A Roma la recuerdas? —preguntó Salva.

Regina le hizo un gesto para que se callara, y él obedeció. Cuando Milan recuperó la compostura, Regina le hizo una última pregunta.

Curiosamente, la más importante de todas.

—Si tienes delirios y olvidas cosas, es posible que utilices los sueños para liberar tu cerebro… ¿Tienes algún recuerdo extraño recurrente? ¿Algún delirio o sueño que se repita…?

Milan dudó un segundo, pero enseguida cayó en algo.

—Ahora que lo dices, hay algo… Pero…, más que un sueño, es una horrible pesadilla.

62

MILAN DELMER

¿? de ¿? de 20¿?

Estaba en una sala blanca y diáfana. No recordaba qué había a mi alrededor. Era todo difuso y brumoso, como si una nube me estuviera envolviendo. Sin embargo, la sensación no era de paz, sino de asfixia.

Traté de liberar los brazos, pero una fuerza invisible me inmovilizaba. Yo gritaba, movía la cabeza al ritmo de una música diabólica que solo yo podía escuchar.

Entonces, una mujer apareció frente a mí de la nada. Se elevó sobre mí con una sonrisa enorme. Su cabello rojo y rizado se expandió hasta crearle una especie de melena de león alrededor de la cabeza.

—Nadieee —decía la mujer con voz histriónica y alargando las palabras—, nooo ereees nadieee.

No la reconocía, pero sabía con todo mi ser que la odiaba. La rabia estaba arraigada en mis entrañas, metida en mi piel y mi subconsciente.

De nuevo, traté de alargar mis brazos, pero no pude. Tiré de ellos hasta desencajarme los hombros. De pronto, las facciones de la mujer se volvieron extrañas, aumentaban y disminuían, se retorcían

y luego regresaron a su forma normal al mismo tiempo que una risa diabólica la acompañaba.

Se estaba riendo de mí, y yo no podía soportarlo. Movida por la furia, alargué la cabeza para alcanzarla. Saqué los colmillos y le arranqué un trozo de brazo. Lo blanco se volvió rojo. La niebla era ahora fuego del infierno y mis ojos lloraban sangre, pero ella seguía riendo.

—¿Otra vez? ¿Otra vez? Ja, ja, ja, ja —soltó ella con una boca gigante—. Cada día lo mismo.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te voy a matar! ¡Eres un monstruo! ¡Eres un monstruo!

Ella descendió la mirada mientras se hartaba a reír a carcajadas y me miraba con una sonrisa malévola. Movió la cabeza y se acercó tanto que casi la sentía dentro de mí.

—Tienes razón, soy un monstruo, niña —susurró—. Y por mucho que lo intentes… —Entonces, con los ojos maléficos clavados en mí, me dijo unas últimas palabras con las que siempre despertaría de la pesadilla—: los monstruos deben morir.

63

ROMA DELMER

20 de agosto de 2097

—El sueño varía —terminó su explicación Milan—. A veces soy más mayor, otras más joven, pero lo que nunca cambia es su rostro y esa frase. El sueño siempre termina así y entonces me despierto asustada.

—¿Siempre es una mujer? —preguntó Salva.

—Sí, eso seguro. Una mujer de cabello rojo como la sangre.

—¿Recuerdas su rostro?

—Es… No lo sé. Lo tengo borroso. Hay veces que en el sueño es nítido, pero, cuando me despierto, lo he olvidado.

Salva suspiró, resignado.

—Podemos intentar hacer un boceto —propuse. Ella me miró—. Regina dibuja muy bien. Intenta explicarle lo que recuerdas.

—Vale…, pero… quizá nos lleve horas —se preocupó Milan.

—No importa —dijo Regina, apoyando su mano en su rodilla para tranquilizarla.

Las dejamos a las dos trabajando. Yo me eché un vaso de agua mientras las observaba en la distancia. Había algo extraño en todo lo que estaba ocurriendo, y es que desde el principio sentía una

distancia emocional con Milan, una distancia que jamás había existido en mis recuerdos. Éramos como completas desconocidas.

—Roma —me llamó Salva. Nos alejamos para que las chicas no nos escucharan—. Ada y yo vamos a interrogar a Kristoffer. Creo que es hora de intentar sonsacarle algo, pero además tendremos que liberarlo pronto.

Me mordí el labio, frustrada. Sabía que debíamos dejarlo libre, pero me quemaba por dentro no poder cargármelo de un balazo.

—Entonces hacedlo antes de soltarlo —le exigí.

Salva asintió.

—Es mejor que no entres. No sé cómo reaccionaría al verte de nuevo.

Yo acepté la recomendación. Me quedé en el comedor, sentada en el sofá, observando a Regina y Milan discutiendo detalles y dibujando. Durante unos segundos pensé que estaban conectando de la misma forma en la que Regina y yo habíamos conectado cuando nos conocimos y me enfurruñé. Me enfurruñé porque Milan se parecía demasiado a mí, y eso no me molaba un pelo.

Comprendí que estaba teniendo unos pensamientos de niñata, por eso me alejé y escuché a hurtadillas tras la puerta de Kristoffer.

—*Dere er idioter, og dere kommer til å ende i fengsel for dette* —dijo Kristoffer. Obviamente no entendí nada.

Fui con sigilo hasta mi habitación y rebusqué en la mochila de Salva. Encontré otros audífonos traductores y corrí de nuevo hasta la puerta. Le habrían puesto uno a Kristoffer para mantener la conversación.

—Ya os lo he dicho, joder. La compré sin más —dijo casi sin voz.

—¿A quién se la compraste?

—Hice una puta transferencia a un número de cuenta. No recuerdo el nombre de la empresa y tampoco me crucé nunca con un ser humano. Sé que hablé con algunas personas reales, pero a través de robots con forma humanoide.

—Vale, ¿cómo fue el proceso? ¿Cómo los encontraste?

—Me pasó el contacto un amigo. Es algo a lo que solo puedes acceder por contactos. Llamé al número y me dieron una dirección. Yo acudí en…, no sé, muchas ocasiones. La primera vez me metieron en una sala gigante, blanca, de techos altos. En ella había decenas de robots, pero entonces me eché atrás. Volví ocho meses después y decidí comprar a Kindra.

—¿Quién le puso ese nombre?

—Yo mismo. Son programables en todo.

—¿Y qué piensas si te digo que el robot que compraste era una niña real?

Él soltó una risita irónica.

—¿Desde cuándo los niños se pueden controlar por una aplicación de móvil? Creo que se os está yendo la cabeza… Yo solo compré un robot de compañía.

—No tienes ni idea, cabrón —gruñó Salva, encendiéndose—. No tienes ni puta idea y todos vosotros lo pagaréis.

—Basta —escuché a Ada.

Unos segundos después, los dos salieron de la habitación. Salva salió con el rostro contraído. Nos miramos y yo le acaricié el brazo, empática. Los tres volvimos al comedor.

—Tenemos un primer boceto —dijo Regina.

Yo me acerqué y distinguí un rostro que no había visto nunca. Los demás fueron sumándose. Salva y Ada, al igual que yo, se quedaron

impasibles, algo frustrados. El último en llegar fue Billy.

—Creo que aún podemos mejorarlo —murmuró Milan, resignada al ver nuestra decepción—. Estoy segura…

—Ja. —Escuché a Billy a mi lado. Lo miré y descubrí una diminuta sonrisa en las comisuras de sus labios.

Se marchó y volvió treinta segundos después con una tablet.

—Échale un ojo.

En cuanto se la puso enfrente, Milan abrió los ojos de par en par.

—Es ella —afirmó.

Nos quedamos congelados. Le arrebaté el dispositivo para ver de quién se trataba. De nuevo, no me sonaba. Billy me lo quitó de nuevo, deshizo el zoom de la foto y volteó el aparato para que pudiéramos verla todos. En ella había cuatro personas.

—Esta es la fotografía que descubrió Laia. Pol ordenó matarla por esto —explicó Billy—. Este hombre de aquí —señaló a un joven delgado y de estatura media, pero lo que más destacaba de su físico eran los rizos que adornaban su cabeza— se llamaba Bruno Caballero. Es el doctor que ayudó a Pol durante años. Este otro —señaló a un individuo no muy alto y de barriga prominente— es Amadeo Galán. Es el juez que liberó a Mario Terri para que Pol lo matase. Y esta —señaló a la mujer delgada. Era la más bajita de todos. Además de vestir con ropa visiblemente cara, resaltaba su cabello teñido de rojo pasión— es Kateryna Damiof, neuroingeniera, fundadora de NeuroX, la empresa mundial líder en creación de implantes neuronales inteligentes y tratamientos de enfermedades neurológicas. Por último, él… —señaló al último, un hombre alto y espigado de pelo pobre. Lo reconocí—. Es Igor Shapov. Y los cuatro son los máximos accionistas de Shapov, S. L., la empresa a la que

pertenecen los robots del club Yuna, y los monstruos que creo que han montado todo esto.

Enmudecimos al comprender que no estábamos luchando contra un capullo, sino contra el mismo sistema.

64

20 de agosto de 2097

—Tiene… Tiene sentido —dije como pude, temblando. Me senté en el sofá, al borde del desmayo—. Ian me explicó que lo último que vieron él y Laia fue una foto de estos tíos juntos. Lo había olvidado por completo… Quizá Laia descubrió lo que esta gente hacía y Pol… ¿Por qué Pol…?

—Porque lo sabía todo —asumió Billy—. Y por eso los chantajeó y ocultó lo que hizo.

—Hijo de puta… —gruñí, agarrándome la cabeza—. ¡Hijo de la gran puta!

—Ay, Dios… —dijo Regina, temblando—. Con razón vinieron a por nosotros…

Yo levanté la mirada y vi temor en sus ojos. Me acerqué a ella y le di la mano.

—No dejaré que te pase nada —prometí por impulso.

—A nadie le pasará nada —sentenció Salva—. Cada uno volverá a su casa y encontraremos la forma de sacar esto a la luz. Fingiremos que no tenemos ni puta idea de esta mierda y todos contentos. Eso sí, Milan también tendrá que regresar y deberemos soltar a ese tío.

—¿Y mis hijos? —preguntó Milan, preocupada.

—Tus hijos vivirán contigo, tranquila. Esto es lo que haremos. Diremos que Roma solo quería ayudarte. A fin de cuentas, no habéis

hecho nada ni saben que hemos descubierto esto —dijo señalando la fotografía—. El único que casi mata a un tío a puñetazos fui yo, así que seré quien pague.

—¡No! —exclamé levantándome del sofá de un salto. Me lancé a él —. No quiero, joder, perderás tu trabajo.

—La decisión está tomada. Recogemos para pirarnos de aquí cuando antes —sentenció.

Cenamos casi en silencio. La mayoría no pudimos ni acabarnos el plato. Por la noche, seguimos el ritual de siempre como autómatas. Las últimas en lavarnos los dientes fuimos Ada y yo. Salimos del baño y nos encaminamos a nuestras habitaciones. En realidad, yo quería dormir con Regina, por eso, cuando fue a abrir la puerta de su habitación, la detuve.

—Espera. —Ada me miró dubitativa—. ¿No te parece que tal vez deberíamos intercambiarnos la habitación? Creo que Salva te necesita.

Poco a poco fue surgiendo una sonrisa en su rostro que me contagió. Levanté las cejas, pilla, y le señalé mi puerta.

—No sé…

—Vamos, en los próximos días puede pasar cualquier cosa, no pienses tanto…

Esa frase terminó de convencerla y me hizo caso. Antes de entrar, la animé por última vez.

—Tú puedes, valiente.

Llegó mi turno. Fui hasta la otra habitación.

—Hola.

—Hola —dijo Regina, sorprendida.

—Estos dos quieren estar juntos…

—Vale —aceptó, para mi sorpresa, sin rechistar.

Entré y me coloqué en el lado vacío. Dejé el libro preferido de Regina sobre la mesilla. Apenas me quedaban veinte páginas para terminar.

Nos tumbamos en la cama en silencio. Ni tan siquiera nos dio tiempo a hablar cuando escuchamos ruidos en la habitación contigua. Segundos después se escucharon gemidos lejanos. A mí se me escapó la risa.

—¡Para qué dejas que duerman juntos! —exclamó Regina—. ¿Ves lo que has hecho?

—Yo diría que ha sido una buena obra, no solo porque llevan meses deseándolo, sino porque Salva necesita tranquilizarse.

Los siguientes diez minutos los pasamos mirando al techo sin hablar, con los ruiditos de fondo. No podía evitar reírme en esa situación.

—Así no puedo dormir —rompió ella el silencio.

—¿No? ¿No te pones ASMR de tus amigos follando para dormir? —bromeé.

Regina se rio. Dejó de estar rara durante unos segundos.

—¿Salva es rapidito?

—Hace mucho que no me lo follo…, no sabría decirte.

Las dos nos miramos insinuando una sonrisa.

—Qué mala memoria…

—En realidad olvido solo lo que quiero —insinué—. Oye, podríamos hacerles competencia.

—No voy a acostarme contigo —espetó, entre risas.

—Eh, tranquilita, solo me refería al sonido…

Empecé a hacer gemidos falsos y ella se alteró.

—Cállate.

Yo seguí, riéndome de su nerviosismo. Ella se lanzó encima de mí y me tapó la boca con la mano.

—Cállate, qué vergüenza.

Yo paré y me eché a reír con ella encima. Su mirada viró a la mesita de noche, volvió a mí y, un segundo después, otra vez hacia la mesita. Frunció el ceño y me soltó.

—¿Te estás leyendo *23 cartas para enamorarme de ti*? —preguntó, alargando la mano para coger el libro.

Me volví.

—Ah, sí, me está gustando mucho.

Regina lo abrió y vio que había frases subrayadas. Frunció el ceño medio riéndose.

—Esto es muy raro en ti… —Levantó la vista, como decidiendo si creerme o no—. No te imaginaba leyéndolo. Es mi libro preferido.

—Lo sé —aseguré con una media sonrisa.

Ella me dedicó una expresión interrogante, levantando las cejas.

—Me lo dijo Ian —le expliqué—. Por eso quise leerlo. Me llegó el día que compraste los test de embarazo, ¿te acuerdas?

—Sí… Conque esto era ese paquete… —recordó sin esconder una sonrisa curiosa—. Y… ¿por qué…? ¿Por qué te dio por leértelo?

Sonreí.

—¿La verdad?

—Obvio.

—Quería… —se me escapó la risa al recordarlo y decirlo en voz alta— reconquistarte.

Ella abrió la boca y asintió, graciosilla.

—Hasta que apareció Billy.

—En ese momento ya estaba él. Ya nos habíamos acostado varias veces, pero entonces me enteré de que estaba embarazada y… no lo sé. Pensé que en realidad él era el camino más lógico y sencillo. Hay cosas que no sabes de mí. Cosas horribles que él vivió conmigo, y cosas horribles que él sabe y podrían… destruirme.

—¿Qué cosas? —preguntó sin reparos.

—Cosas que no debes saber. —Sonreí.

—¿Por qué?

—Porque… —Negué con la cabeza y me encogí de hombros—. No es algo bonito de contar.

—Vale, quiero saberlo.

Yo seguí negando con una media sonrisa, sorprendida por su seguridad. Dudé, pero sus ojos decían que estaba dispuesta a escuchar cualquier cosa. Se incorporó y se sentó de lado, observándome, y yo hice lo mismo. Me mordí el labio inferior y decidí que, si había alguien en el mundo en quien podía confiar, era en ella. Y, si había alguien en el mundo que debía saberlo todo de mí, era ella.

—Como ya sabes, Billy, Ian, Laia y yo resolvimos el caso de la familia de Pol, pillamos a Ander y Mario y gracias a eso se hizo justicia.

—Lo sé.

—Bien, no sé si sabes que Billy terminó en prisión porque en un forcejeo, tratando de encontrar las pruebas que los incriminaban, mató a Ander…

—Algo sabía, sí.

—Bien —suspiré—. Conseguimos las pruebas y fui al edificio con él. Estaba presente cuando Ander murió, pero Billy se encargó de

borrarme de todas las imágenes para protegerme.

—Ya, bueno, no es para tanto…

—Sí lo es, Regina. Lo es porque en realidad fui yo quien mató a Ander —solté, seria.

Aguardé, esperando una reacción. Vi que trataba de controlar su llanto. Miró al suelo, mordiéndose el labio inferior y frotándose las manos como siempre que se ponía nerviosa.

—Lo hice porque estaba ahogando a Billy —continué. Esa explicación pareció tranquilizarla—. Le clavé en el cuello una pluma que había sobre la mesa. No pretendía matarlo, ni tan siquiera lo pensé. Solo quería ayudar a Billy, pero entonces empezó a salir muchísima sangre y él decidió tirarlo por la ventana para borrar su rastro. —Esperé unos segundos antes de seguir—. En realidad, nunca he sentido remordimientos por eso —confesé—. Me sentía culpable porque Billy hubiese terminado en prisión y luego, supuestamente, lo mataron. Cuando descubrí que en realidad estaba vivo… fue un alivio, no te voy a mentir.

Regina se mordió el labio inferior y asintió. Miró a todos lados, hasta que se centró en mí de nuevo y simplemente preguntó:

—¿Crees que necesitas hablar más sobre ello?

—Hum, la verdad es que no.

—Vale. —De pronto, sonrió. Luego levantó el libro y dijo—: Ahora te va a tocar contarme algo peor, dime cuáles son las escenas románticas que más te han gustado de este libro… —bromeó, fingiendo ponerse cariñosa.

Yo me eché a reír. Dudé, pero al final lo agarré y pasamos página. Nos tiramos un par de horas hablando sobre el libro, riéndonos de lo cursi que resultaba por momentos y lo tierno y emocionante en

otros. Compartimos secretos y la intimidad más profunda, aquella que muestra quién eres y te hace vulnerable frente al otro. Nos desnudamos emocionalmente y, por eso, creo que aquella noche lo cambió todo.

65

21 de agosto de 2097

Desperté a la mañana siguiente, sola en la habitación. Escuché a mis amigos fuera, así que me vestí para desayunar. Antes, eso sí, descubrí que Regina había dejado el libro abierto y había subrayado una frase: «No hay un camino hacia el amor verdadero que no implique enfrentarte a tus mayores miedos». Al lado, había escrito una «R» con un corazón. No pude evitar sonreír y emocionarme con la posibilidad de iniciar algo nuevo y renovado con ella. No quería olvidarlo, así que arranqué ese trozo de página y me lo guardé en el bolsillo. Para Regina habría sido un sacrilegio, para mí era la magia de aquel libro compartido: que sería único en el mundo.

Salí de la habitación con una sonrisa en la cara. Apenas me dio tiempo a entrar al comedor.

—Siéntate aquí —ordenó Salva, haciéndome un hueco entre él y Regina. La única que no estaba presente era Milan. Miré hacia el exterior y la vi sentada en el banco—. Tienes que escuchar esto.

Me senté y miré a Regina.

—Buenos días —dije con una sonrisa tonta.

—Buenos días —respondió ella, riéndose también.

—Roma —llamó mi atención Billy, serio. Lo miré. Había una pantalla sobre la mesa—. Durante este tiempo he estado reuniendo toda la información que hemos conseguido. Tengo nombres,

documentos, firmas, contratos… Un montón de información que demuestra lo que hicieron, pero lo más importante son los vídeos. Creo que ha llegado el momento de sacarlo a la luz.

—¿No lo perdiste todo cuando huimos? —pregunté con emoción.

—No. Lo tengo siempre guardado en varios discos duros. La idea es lanzar un comunicado anónimo con toda la información y… Y, bueno, algo más… —insinuó.

Nos explicó el plan al detalle y a todos nos pareció bien. A fin de cuentas, teníamos suficientes pruebas de lo que habían estado haciendo con esos niños, pero necesitábamos demostrar quiénes eran los culpables y la idea de Billy era descabellada, aunque podía funcionar.

Así fue como, bajo el seudónimo de Señor Nadie, envió toda aquella información a todas las cadenas públicas y privadas. Una hora después, todos los programas interrumpían su programación para emitir la primicia y, por último, mostraron al mundo entero un vídeo de un hombre enmascarado sentado en una butaca. Nadie lo reconocería, excepto nosotros.

Lo primero que hizo fue sacar un libro. Lo abrió y empezó a hablar:

—En 1949, George Orwell publicó el libro *1984* —leyó con voz grave y robótica—. En él, su protagonista era esclavo de un régimen totalitario, y en un momento de la novela hace esta reflexión: «Pero si el objetivo no era seguir vivo, sino seguir siendo humano, ¿qué más daba al fin y al cabo? No podían conseguir que cambiaras tus sentimientos; de hecho, ni tú mismo podías cambiarlos por más que quisieras. Podían averiguar el último detalle de lo que habías hecho,

dicho o pensado; pero el interior de tu corazón, cuyo funcionamiento era un misterio incluso para ti, seguía siendo inexpugnable».

Billy cerró el libro y miró a cámara.

—Llevamos años siendo sometidos físicamente por un Estado opresor que nos vigila a cada paso, nos controla las pulsaciones y limita nuestros movimientos a favor de un mundo más seguro, pero esta nueva información que hemos logrado obtener demuestra que son mucho más peligrosos de lo que pensábamos. Un número aún desconocido de niños fueron raptados para ser alterados y modificados tecnológicamente con un objetivo de manipulación ruin y solo fruto de sádicos. Podríamos haber sido cualquiera de nosotros. De hecho, todos ellos somos nosotros como sociedad. Nos han intervenido el pensamiento, la razón y los sentimientos hasta arrebatarnos nuestro mundo interior, nos han arrebatado nuestro yo. Por eso, este es un llamamiento a todos aquellos que luchan por derrotar a este sistema corrupto e inmoral. Shapov, S. L., debe caer y pagar por lo que hicieron, igual que aquellos que los protegen y amparan, y esto solo será posible si hacemos un ataque masivo a sus centrales. Un ataque del que no puedan defenderse. Porque la guerra la iniciaron ellos al deshumanizarnos, pero la terminaremos nosotros demostrándoles que, por mucho que lo intenten, al pueblo no se le puede silenciar, controlar, ni matar —sentenció.

A mí y a todos se nos erizó la piel. El vídeo fue la guinda del pastel que habíamos creado. Fue como la expansión devastadora de una bomba. Llegó a cada casa, a cada corazón.

Nos pasamos el día mirando las noticias, en shock.

Todo era un absoluto caos.

—Han logrado derribar las puertas del ayuntamiento…

—Han saqueado las oficinas y han encontrado estos documentos que sacaremos a la luz muy pronto…

—Miles de personas han sido liberadas de los clubes donde estaban siendo explotadas sexualmente. Llevaban en funcionamiento más de diez años. Todo este tiempo se ha creído que eran robots…

Las imágenes de los supuestos robots siendo liberados nos rompieron el corazón. Ellos seguían sin saber qué estaba pasando, seguían sin saber que habían sido sometidos a la forma de esclavitud más macabra de la historia de la humanidad.

Mientras miraba aquellas imágenes, no pude evitar pensar en Hugo y en que lo que vivimos siempre fue real, pero tampoco pude evitar pensar en Lu.

—Al final era cierto —reflexioné en voz alta—. Lu dijo que había matado a Valeria porque sabía que el culpable era Pol. Lu estaba enamorada de él y por eso se incriminó para protegerlo.

Regina me cogió de la mano, y seguimos mirando el televisor.

Muy pronto salieron a la luz los nombres de los niños raptados, aunque Billy trató de evitarlo, sabía que la revolución implicaba aquel sacrificio; implicaba exponer a los más vulnerables por un fin mayor. También sabía, por otro lado, que era la única forma de que todo el mundo fuese libre.

La policía recibió miles de llamadas de personas que creían ser uno de esos niños y que sentían que un poder desconocido que no podían describir los controlaba. Fue duro ver todo aquello, escuchar las llamadas, conocer el dolor de primera mano, pero al mismo tiempo era gratificante. Podíamos sentirnos orgullosos.

—Han encontrado fábricas abandonadas donde se estaban creando nuevos niños-robot, como ya se les ha apodado en todas partes. Estas imágenes erizan la piel…

Vimos en pantalla una sala enorme, diáfana, de techos altos, con cientos de niños de pie en varias filas, unos detrás de otros, petrificados y con la mirada al frente, como si fueran una mezcla entre robots y militares.

A continuación, en directo, recibieron la llamada de una joven que quería contar su experiencia.

—No recuerdo nada desde antes de los trece años —sollozó—. Toda la vida he estado casada con un hombre de treinta y cinco años mayor que yo. He tenido diez hijos con él y nunca entendí por qué no me marchaba de su lado si lo temía y lo odiaba a partes iguales —confesó.

Fue desgarrador escuchar sus palabras, y no pasaron desapercibidas para Milan, puesto que le recordaba a su propio caso.

Se levantó del sofá y, con pose tensa, dijo:

—Voy fuera a tomar el aire.

Nadie se atrevió a detenerla. Sabíamos lo que había debido de sufrir, pero lo que ignorábamos es que estaba mucho más jodida de lo que ninguno habíamos imaginado.

66

MILAN DELMER

21 de agosto de 2097

Salí de la cabaña con el cerebro hecho trizas. Me dolía como nunca antes me había sucedido. Además, hasta donde yo recordaba, tampoco había podido pensar con libertad. Imagino que estaba atrofiado, y por eso se esforzaba por todo lo que no había trabajado en los últimos años.

Desde que me liberaron el cerebro, tenía muchas más pesadillas y delirios, como si hubieran abierto la presa de un río y ahora las ideas salieran a raudales. Tan pronto me sentía una persona real como me veía fuera de mí, como si fuese otra.

Por no hablar de los rostros. Cerraba los ojos y veía cientos de rostros que conocía pero que, irónicamente, no reconocía. No me permitían dormir, y a veces tampoco vivir. Con los ojos abiertos veía personas detrás de ventanas, junto a los árboles del bosque o incluso durmiendo a mi lado.

Por eso salí para tomar el aire, para intentar buscar un refugio en la naturaleza, en lo único que parecía real: el mismo mundo. Metida en la cabaña, todo me parecía igual que antes, pero allí fuera solo escuchaba al viento sacudir las hojas de los árboles y el sonido de algún animalito.

Se suponía que ese espacio era un lugar seguro, hasta que vi a una niña en la lejanía. Lo jodido era que tenía las manos manchadas de sangre. Corrí tras ella por el camino hasta adentrarme en el bosque, hiriéndome los pies descalzos. Ella parecía escabullirse entre los matorrales y esconderse tras los árboles, pero en realidad quería que la atrapara.

—¡¿Hola?! —grité a viva voz, tratando de llamar su atención. No recibí respuesta—. ¿Estás ahí? ¡Quiero ayudarte!

Silencio, pero al girar la cabeza vi una melena anaranjada junto al río. Me acerqué; no la reconocí, pero me resultó muy familiar.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Ella se cogió la garganta con la mano, manchándose de sangre, y negó con la cabeza.

—¿No puedes hablar?

Ella negó de nuevo.

—¿Qué ha pasado?

Señaló con su dedo hacia abajo. Yo descendí mi mirada y encontré una botella de vidrio rota y afilada.

—¿Qué es esto? ¿Alguien te ha hecho daño? —pregunté agarrando la botella.

La niña asintió al mismo tiempo que colocaba los dedos índice y medio justo encima de sus ojos. Poco a poco, mientras fingía un llanto burlón, fue bajando los dedos por encima de sus cejas y los párpados hasta detenerse en sus mejillas, dejando dos rastros verticales de sangre.

—¿Te han hecho llorar?

Ella asintió haciendo pucheros y me mostró las palmas de las manos. Había dos agujeros. Me invitó a ver a través de ellos y yo me

agaché para quedar a su altura. Quería ayudarla.

Posó las palmas de las manos sobre mi rostro, frente a mis ojos, y entonces a través de ellas vi una sala blanca con cuatro paredes sin ventanas. Yo sabía que existía un mundo fuera, pero no podía aspirar a él, era como de otra dimensión.

Cuando se apartó, me quedé ciega unos segundos, y entonces ella susurró con voz aguda una frase a mí oído.

Con una mano agarré la botella de cristal rota y con la otra una rama afilada, y puse rumbo a mi destino. No sabía cómo, pero tenía claro que él no volvería a respirar tras aquel día.

Porque, aunque la niña no podía hablar, yo sí podía escucharla.

—Los monstruos no pueden morir —susurró.

Y al instante supe cuál era mi cometido en este mundo.

Llegué a la casita tres minutos después, llena de rasguños por todo el cuerpo. Entré por la puerta trasera. Todos estaban sumergidos en las noticias, así que ni se percataron de mi presencia. Todos excepto uno. Billy. Él salía del baño y me vio abrir la puerta de la habitación de Kristoffer Dahl.

Nos miramos. Estoy segura de que leyó en mis ojos lo que iba a hacer, pero la realidad es que nuestro corazón albergaba el mismo odio. Por eso no intentó detenerme y simplemente se marchó sin decir una palabra.

Entré en la habitación y me encontré a Kristoffer atado de pies y manos, inmovilizado, y pensé que aquello era un castigo divino. Iba a morir de la misma forma que me había tenido a mí durante años: sometido e indefenso.

—Kindra —susurró tratando de parecer cálido, como si aún pudiera controlarme—. Debes ayudarme a salir de aquí. Mira cómo

me tienen…

Me acerqué varios pasos hacia él. Cuando me vio el rostro, su expresión cambió. No necesitó que yo hablara para darse cuenta de que ya no era suya.

Me puse de cuclillas sin dejar de mirarlo. Quería tatuarme su rostro de terror en la memoria. Sabía que ese recuerdo perduraría en mí toda la vida, y no deseaba perderme ningún detalle.

—Kindra, por favor… —suplicó, lloriqueando—. Kindra, tienes que liberarme…

Antes de que terminase, levanté el brazo y le clavé la botella afilada en la garganta. No fue una muerte rápida, pero tampoco fue capaz de gritar porque le había cortado las cuerdas vocales. Me miró con los ojos abiertos y llenos de miedo, llorando, haciendo ruidos para tratar de recuperar la respiración.

—No volverás a llamarme Kindra, hijo de puta, porque mi nombre es Roma Delmer, y yo jamás he sido tuya.

En cuanto terminé la frase, empujé aún más la botella hasta que dejó de respirar. Se congeló. Siendo justos, él había hecho lo mismo conmigo millones de veces a su antojo, así que yo me merecía congelarlo por una vez. Para siempre.

Sus ojos abiertos me recordaron a mí misma.

—Ji —se me escapó una risita al ver aquella imagen—, pues parece que los monstruos sí pueden morir.

67

ROMA DELMER

21 de agosto de 2097

Casi a la hora de cenar se filtraron unos documentos aún más graves. Eso lo cambiaría todo.

El llamamiento de Billy había obtenido sus frutos. Miles de hackers de todo el mundo habían intentado entrar en los servidores de Shapov, S.L., y estos no habían podido defenderse ante el ataque masivo.

Los documentos hablaban de dos experimentos. Al primero lo habían denominado Leashed; al segundo, Génesis. Ambos se habían llevado a cabo con niños de entre diez y doce años.

El experimento Leashed ya era conocido por todos. Era el que habíamos estado investigando y que circulaba por todas partes. Los documentos filtrados eran solo la confirmación de lo que nosotros habíamos expuesto. En total, cuatrocientos once niños fueron víctimas de él. Una jodida locura.

El segundo era distinto. No se habían filtrado los nombres de los niños para proteger su intimidad, pero sí habían enviado el listado a la policía. Nosotros teníamos a Salva, así que corrimos a meternos en Miraya para tratar de encontrar algo.

El experimento Génesis había sido probado en cuatrocientos niños. Había un expediente para cada uno de ellos. Pronto, Billy y Salva se pusieron a trabajar mano a mano y, gracias a la IA, descubrieron que alrededor de ciento cincuenta sujetos habían fallecido.

—Hijos de puta… —murmuró Salva—. La mayoría de ellos apenas tendrán… treinta y cinco años.

—Es obvio que no fue muerte natural —apuntó Billy.

Continuaron indagando y entonces descubrieron que, de los restantes, todos menos dos estaban internados en hospitales psiquiátricos o en estado vegetal.

—Dios mío… —susurró Regina tapándose la boca.

Yo me senté a su lado y le cogí la mano. Se apoyó en mi hombro y la abracé.

—Entonces los únicos sujetos que están bien, o que al menos no se conoce que estén muertos o lo que sea…, son el cuatrocientos once y el cuatrocientos doce, ¿no? —pregunté.

—Sí —afirmó Salva.

—¿Puedes acceder a sus expedientes?

—Sí.

Pero la realidad nos arrasó como un puto coche escoba. Vimos aparecer a Milan manchada de sangre y con una sonrisa diminuta en el rostro. Ella ni tan siquiera nos miró y fue a coger un vaso de agua.

Nos pusimos en pie, alarmados. Salva nos hizo un gesto para que nos quedáramos quietos y obedecimos. Mientras Ada se colocaba en el centro del salón, vigilando a Milan, Salva fue a la habitación y descubrió lo que había hecho.

—Milan, levanta las manos, ya —ordenó Salva, apuntándola con una pistola.

Yo me eché a temblar. Era mi hermana. Joder, era mi hermana y mi amigo la estaba apuntado con una pistola para detenerla.

Milan, en cambio, no se volvió.

—¡Eh! —gritó Salva.

Ella se dio la vuelta por fin.

—Levanta las manos. Quedas detenida por el asesinato de Kristoffer Dahl.

Ella levantó las manos mientras se reía. Salva se acercó y la esposó con un punto de violencia.

—Por cierto, ya he recordado mi verdadero nombre —nos confesó aun riéndose. Todos la miramos—. Mi nombre es Roma Delmer.

Nadie hizo caso a ese comentario, no le dimos importancia. Lo más probable era que mi hermana hubiera perdido la cabeza por completo.

Nos reunimos de nuevo alrededor de la mesa, aún aturdidos y nerviosos por lo que acababa de ocurrir.

—La tengo que entregar, Roma, no tengo otra opción —dijo Salva, caminando de un lado a otro, inquieto—. La última vez que vieron a ese hombre fue conmigo, y le pegué una puta paliza que casi lo mato. Si no tocamos la escena del crimen, recogerán las huellas dactilares y…

—Salva —lo corté con un gesto de la mano. Él me miró con el ceño arrugado y los ojos alicaídos—. La entregaremos. No pagarás por algo que no has hecho.

—Pero es tu hermana, Roma… Hemos venido hasta aquí…

—Sí, y hemos cambiado la vida de miles de personas —terminé su frase.

Le acaricié la cara y terminamos abrazándonos.

El plan estaba claro: Billy, Regina y yo volveríamos a Antiga Barcelona y nos esconderíamos en la guarida de Billy, al menos hasta que todo se tranquilizara. Por su parte, Ada y Salva llamarían a la policía y estos acudirían a la cabaña y la analizarían en busca de huellas para terminar concluyendo que Milan era la culpable.

Tras tantos años, apenas había tardado tres días en volver a perder a mi hermana.

Antes de marcharnos, nos despedimos de ella. Regina primero; yo me quedé la última.

Milan estaba sentada en la cama, atada a la pared con las esposas. Seguía sonriendo, como si se hubiera quedado congelada con esa expresión. Ni siquiera me miró.

—Lo siento —dije, por decir algo.

Desde que nos habíamos reencontrado, no habíamos tenido demasiado tiempo para hablar.

Ella levantó la cabeza de golpe y me miró con expresión de sorpresa, como si se acabara de percatar de que yo estaba allí.

—Ella es… —dijo. Al principio no entendí a quién se refería—. Es una chica muy especial, ¿no crees?

—¿Regina? —pregunté, confusa.

—Sí… —afirmó, sonriente—. Ha prometido venir a verme a prisión. Quizá podemos iniciar una relación o… no lo sé —murmuró, soñadora.

Yo me quedé paralizada, pero tampoco quise quitarle la ilusión.

—He venido a despedirme y a decirte que lo siento. No quería que esto terminara así. Debería haber estado más pendiente de ti.

Ella me miró y sonrió aún más.

—Podrás volver a ver a mamá —aseguré—. Se pondrá muy feliz de verte.

—Lo sé. Tengo muchísimas ganas.

—Siento que tenga que ser desde prisión o, no lo sé…, desde un centro psiqui…

—Desde donde sea —me cortó—, lo importante es que seré libre —aseguró.

Esa frase me marcó y me recordó a Hugo.

No importaba si en prisión o en la misma muerte, por primera vez tras mucho tiempo, ambos eran libres.

De pronto, mientras yo le daba vueltas a esa última frase, su expresión mutó:

—Pero sé quién eres.

Yo no reaccioné, confusa.

—¡Sé quién eres! —me encaró—. ¡Tú eres la culpable de todo esto, igual que ellos!

Sus gritos alertaron a mis amigos, que abrieron la puerta, preocupados.

—¿De qué hablas? —pregunté, asustada, retrocediendo un par de pasos.

—¡Me quitaste mi nombre! —chilló, fuera de sí misma—. ¡Me quitaste la vida que debería haber tenido! ¡Me robaste a mi padre, a mi madre y el amor! ¡Por eso Regina vendrá conmigo cuando descubra lo que eres!

—Vámonos, Roma, vámonos —dijo Salva arrastrándome fuera mientras ella seguía gritando.

Yo apenas podía moverme. Me dolía todo, pero lo que más me dolía era que la única persona a la que mi hermana jamás recordaría era yo.

68

21 de agosto de 2097

Billy, Regina y yo volvimos en el autotransportador. Esta vez íbamos en otra caravana que había comprado Billy. Era más pequeña que la anterior, pero tenía lo suficiente. Se me hizo extraño estar a solas con los dos, aunque creo que en ese momento ninguno pensábamos en amoríos; teníamos demasiados problemas. Me pasé las primeras horas durmiendo, el embarazo me tenía agotada.

Cuando desperté, me encontré a Regina y Billy cenando frente a frente mientras veían las noticias en la tele. Me quedé mirándolos, asombrada. Billy apartó el cojín que los separaba y ambos se echaron a un lado para que yo me sentase en medio.

En las calles seguían las manifestaciones, los gritos, los fuegos, las pintadas en las fachadas, y las vías públicas de la mayoría de las ciudades de Ralía estaban destrozadas.

—He llamado a mi hermana —me explicó Regina—. Está bien. Se ha ido a casa de Ian unos días.

—Bien —suspiré, aliviada.

Esas carreteras rápidas y autosuficientes eran únicas, y, si mirabas hacia el exterior, podías saber dónde te encontrabas en cada momento. Cuando leí KRAMFORS, SUECIA, me quedé algo confusa.

—¿Cómo? ¿Solo hemos avanzado hasta Suecia? ¿Cuántas horas he dormido? Me han parecido mil —pregunté.

—Has dormido casi diez horas —explicó Billy—. El problema es que hay retenciones por todas partes. La gente intenta huir de las ciudades y otros están destruyendo las carreteras. Creo que pasaremos más tiempo del esperado aquí dentro.

Resoplé. No me apetecía estar encerrada entre cuatro paredes con mis dos exparejas.

Vi que Billy se había terminado sus fideos y me rugió la barriga.

—¿Hay para mí? —le pregunté.

Él metió la mano en la bolsa que tenía al lado y me entregó mi plato. Lo engullí.

—Si el niño tiene algún antojo, podemos pedirlo a algún puesto ambulante —explicó señalando la ventana.

Yo enmudecí. No sabía qué responder a eso. Era la primera vez que nombraba a nuestro hijo con tanta naturalidad.

Miré a Regina, algo incómoda.

—Sara tenía muchos antojos de fresas —explicó ella, mostrándose tranquila.

Me reí.

—Pues no os miento si llevo días pensando en unas fresas con nata.

Los dos sonrieron, cómplices, así que las pedimos. Fue raro compartir ese momento, pero al mismo tiempo fue tranquilizador.

Las siguientes horas pasaron lentas, aunque estábamos entretenidos con las novedades constantes respecto al caso. El sol se marchó. Decidimos sacar la parte inferior del sofá y estirarnos los tres para pasar la noche allí, con las noticias encendidas las veinticuatro horas.

Recuerdo haber echado varias cabezadas, despertar con los gritos de nuevos altercados o el sonido alarmante de una nueva noticia. Todo estaba oscuro, y solo la luz del televisor nos iluminaba.

Como de costumbre, Regina terminó sucumbiendo al sueño.

—¿Puedo? —preguntó, apoyándose en mi hombro.

Yo asentí y la tomé de la mano.

Billy, por su parte, seguía con las pupilas clavadas en el televisor, observando su creación. Me resultó chocante ver cómo un hombre tan jodido podía haber cambiado el mundo. Aunque, en realidad, lo que lo había impulsado a hacerlo era que no tenía nada que perder.

Mis pensamientos estaban desordenados. Me dormía y me quedaba entre el sueño y la vigilia. Cuando volvía a despertar, no sabía cuánto tiempo había pasado. Las noticias eran distintas cada vez, pero en el fondo todas decían lo mismo, así que cerraba de nuevo para descansar un poco más.

En una ocasión, con el rostro sumido en la oscuridad, recuerdo abrir los ojos y ver a Billy mirándome sin parpadear mientras abría y cerraba del zippo con la funda de *Death Note*, como si sus ojos se hubieran quedado atrapados en mí. No se percató de que lo había visto, pero esa mirada se me quedó clavada. No estaba cargada de amor, sino de posesión y obsesión. Por instinto rodeé a Regina con los brazos. Luego seguí durmiendo hasta que, tras un par de horas, sobre la una de la mañana, desperté con una sed áspera y la boca seca.

Pedí a Billy que me pasara la botella para no tener que despertar a Regina al moverme. Él me la tendió, serio, y la bebí de un trago. Se me quedó mirando en la oscuridad. Escuché el zippo de nuevo. Había adquirido la misma manía que yo.

—Tengo asumido que terminarás con ella, pero ¿me dejarás ser el padre de ese niño? —preguntó entonces, hablando bajito.

—Hum… —solté, sorprendida—. Obvio.

—Vale, no lo tenía muy claro.

—Es tu hijo. Eso no lo cambiará nada.

—¿Y qué le contarás de mí?

Suspiré. Era difícil responder a esa pregunta, pero no quería echar más leña al fuego.

—Le diré que eres un héroe que encerró a capullos y cambió el mundo —dije, sonriendo—, pero también le diré que a veces hasta los héroes se ven obligados a hacer cosas que no están bien.

Él no apartó su mirada de mí, y vi la emoción contenida en su expresión.

—Aunque me duelen algunas cosas —añadí—, jamás le contaré cosas malas de ti, Billy.

Él asintió.

Aquel momento lo rompió un sonido proveniente del televisor. Ambos nos giramos a mirar la pantalla y descubrimos un rostro enmascarado, pero no se trataba de Billy.

Ambos escuchamos con atención.

—El hombre malvado descubrió el fuego, y lo usó para asustarnos —inició su discurso el enmascarado—. Descubrió el miedo, y lo usó para controlarnos.

Parecía un hacker justiciero.

De pronto, dividieron la pantalla en dos. En un lado, él; en el otro lado, Igor Shapov. A este último lo trasladaban a prisión frente a las cámaras. La multitud lo rodeaba, dispuesta a matarlo allí mismo. El hacker desconocido siguió hablando:

—Descubrió el dolor, y lo usó para gobernarnos. Descubrió la máquina y la utilizó para arrodillarnos.

Entonces, de un momento a otro, Igor se desplomó. Tenía los ojos abiertos como platos mientras un par de policías lo sujetaban. Nadie entendía nada, hasta que le brotó un hilo de sangre de los oídos.

—¿Qué…? —pregunté casi para mí misma.

—El Señor Nadie puso la cerilla —continuó el hacker—, y yo he encendido la llama.

De pronto, los ojos de Igor Shapov explotaron hasta quedarse en dos cuencos rojos y vacíos.

—¡Joder! —grité, despertando a Regina.

Ella miró la pantalla y me agarró la mano con fuerza.

—Dios mío, Dios mío…

Empezó a brotarle sangre de todos los orificios.

—¿Cómo coño…? —pregunté, temblando—. ¿Qué ha pasado?

Miré a Billy, esperando una respuesta, y para mi sorpresa descubrí una sonrisa torcida y orgullosa en su expresión. Era como si aquello fuera justo lo que él había planeado.

—¡Billy! —insistí.

Volvió al mundo y se apresuró a ocultar esa sonrisa de satisfacción.

—Creo que sé lo que es —explicó. De pronto, respondió seco, como si estuviera preocupado. Supe que fingía malestar—. Es un dispositivo ilegal. Un arma tecnológica. Se introduce en el cuerpo de alguien por un orificio y explota en su interior.

Yo no podía hablar. Miré a la pantalla de nuevo. Igor Shapov estaba muerto y la gente a su alrededor empezó a gritar de alegría.

—¡Muerte al asesino! —exclamó alguien. Los demás lo acompañaron con alaridos de emoción.

Sin que los policías pudieran evitarlo, la muchedumbre se arrojó sobre el cadáver del hombre y lo aplastó.

—Porque el caos —terminó su discurso el hacker, llamando nuestra atención por última vez— es solo el primer paso hacia la reestructuración del nuevo orden. Así que… es hora de desatarlo.

69

24 de agosto de 2097

Dos días después estábamos en el refugio de Billy. Ada y Salva llegaron un día después. Había pasado ese tiempo en shock, pero me centré al verlos. Me lancé a los brazos de Salva, feliz de verlo de nuevo. Sin embargo, muy pronto descubrí que todo había cambiado. El neón de sus ojos ya no brillaba alrededor de su iris y tenía tantas ojeras que parecía llevar seis días sin dormir.

Nos sentamos en la mesa exterior y nos contó las últimas novedades.

—Me han suspendido de empleo y sueldo —explicó—. Lo más probable es que no vuelva a trabajar como IPAM, que me saquen del cuerpo y jamás pueda volver a formar parte de las fuerzas del orden.

Me eché a llorar allí mismo. Sabía que su trabajo lo era todo para él y que lo había perdido por seguirme.

—Lo siento, Salva —sollocé, abrazándolo de nuevo.

—No tienes que pedirme perdón. Por una vez no hiciste nada. Fui yo quien perdió la cabeza. Pensé que había matado a Ada —dijo, sereno. Parecía que ya había llorado lo suficiente—. Por favor, escúchame. Hay cosas de las que hablar.

Levanté la vista y me limpié las lágrimas, aún jodida.

—Tenemos la suerte de que Ada sigue dentro y eso puede sernos de ayuda. Milan está en prisión preventiva, pero las huellas dactilares han corroborado que fue ella quien mató a Kristoffer Dahl. Sin embargo…, ha pasado algo extraño.

Se me cortaron las lágrimas y lo miré, ansiosa por saber de qué se trataba.

—Bueno, de hecho, ellos no saben que hay algo que no encaja. Solo lo sabemos Ada y yo. Ella me insistió en no contártelo, Roma, pero… eres mi mejor amiga.

—Claro. Dime.

—Vale, al analizar la casa recogieron muestras de ADN y también huellas dactilares. Pensábamos que encontrarían huellas de seis personas distintas: Kristoffer, Ada, Regina, Milan, tuyas y mías, dado que Billy siempre llevaba guantes… Pero no fue así.

—¿No? —pregunté, ansiosa. De reojo vi a Regina incorporarse con claros signos de molestia—. ¿Quieres decir que había alguien más en la casa?

—No, Roma… —Salva me dedicó una mirada extraña, una que parecía albergar compasión—. Había menos. Solo encontraron cinco. De Kristoffer, de Ada, de Regina, mías y… de Milan.

—¿Qué…, qué sentido tiene eso? —pregunté, confusa—. Yo estuve allí, lo toqué todo. —Miré a Billy—. ¿Fuiste tú?

Él negó. Parecía igual de confuso que yo.

—¿Entonces? —Salva seguía en silencio, igual que los demás. Regina se dejó de caer en el sofá y se cubrió los ojos con las manos —. Milan y yo compartimos el 99 por ciento de nuestro ADN, es así con todos los gemelos. ¿Con las huellas dactilares pasa lo mismo?

Salva se limitó a negar sutilmente sin dejar de mirarme, como si quisiera que comprendiese lo que sucedía sin tener que explicármelo.

—¿Estás… seguro? —pregunté, nerviosa.

—Regina lo sabe —respondió Salva, quitándose el problema de encima.

La miré. Ella no podía ni mirarme y estaba con los brazos cruzados.

—¿Regina?

—No. No… existen dos huellas dactilares iguales —murmuró, casi sin querer decirlo.

Me volví hacia Salva y se me escapó una risa irónica.

—¿Me quieres contar qué pasa?

—Lo que pasa es que… —Miró hacia un lado y a otro—. Cuando han introducido las muestras de ADN de Milan en el programa, Miraya ha encontrado una coincidencia. Con Roma Delmer.

«Qué cojones». Me quedé en shock.

—Para ellos, Roma Delmer ha cometido el asesinato, porque… —tomó aire para continuar—, no sé cómo, pero para ellos no existen dos personas. Creen que Milan, para ellos Roma, estuvo secuestrada por ese hombre y que por eso lo mató.

Abrí la boca. Quise decir algo, pero había demasiadas preguntas formándose en mi cabeza y solo pude soltar palabras desordenadas.

—Pero yo…

—Todo es muy extraño —continuó Salva—, pero no tardarán mucho en darse cuenta de que en realidad sois dos personas. Cuando investiguen la vida de Roma Delmer verán que has estado viviendo en Nova. Te buscarán para obtener respuestas, así que, por

ahora, es mejor que no te encuentren. Ya no tienes localizador y nosotros no diremos dónde estás hasta que todo se aclare. Mientras tanto, te quedarás aquí.

Apoyé la espalda en el sofá, confundida. Regina me cogió de la mano y Billy se metió en la caravana.

Después, Ada, Salva y Regina estuvieron hablando un buen rato sobre qué pasos dar, elucubrando sobre qué había podido suceder con las huellas, imaginando futuros ficticios y tratando de encontrar la solución a un problema irresoluble.

Yo no intervine, necesitaba pensar en muchísimas cosas. No me preocupaba tanto qué pasaría conmigo, sino qué era aquello que había olvidado cuando era solo una niña y por qué había tantas cosas que no cuadraban.

Billy me miró por la ventana desde el interior de la caravana, y sentí que solo él podría ofrecerme una respuesta.

—Voy a pillar algo de beber —dije levantándome del sofá—, necesito desconectar un poco.

Ellos asintieron. Cerré la puerta a mi espalda. Billy me observaba. Ambos sabíamos a qué había acudido allí.

—No existen dos personas con las mismas huellas dactilares, ¿verdad?

Él, con expresión férrea, se limitó a negar.

—¿Sabes algo más?

Esta vez asintió. Se me aceleró el corazón. Tenía respuestas, pero si no me las había dado era porque probablemente no eran buenas. Me froté la frente, debatiéndome entre descubrir la verdad o seguir adelante en la ignorancia, pero, de nuevo, la curiosidad pudo

conmigo. Quería una respuesta a todas las preguntas, aunque eso supusiera hacerme daño a mí misma.

—Cuéntamelo —le pedí.

Él se sentó con su portátil en el sofá. Yo me acomodé a su lado. Al levantar la pantalla, vi los documentos del experimento Génesis.

—Estos días he estado indagando. No me costó descubrir que el cien por ciento de los niños que estaban en el experimento Leashed también están en Génesis. Así que lo más probable…

—Es que yo aparezca en el segundo —lo corté—. ¿Lo has comprobado?

—No. Estaba esperando a que tú quisieras verlo.

—Si estoy en Génesis, quiere decir que solo puedo ser el expediente cuatrocientos once o el cuatrocientos doce —concluí.

Billy no dijo nada y se limitó a mover el portátil hacia mí para darme la opción de decidir. Tenía la carpeta a un clic. El pecho me retumbaba como un tambor. Tardé varios segundos, pero al final alargué el dedo y cliqué en una llamada «Expediente 411».

La verdad se mostró ante mí y me jodió más de lo que imaginaba. Cerré el portátil de golpe.

Era yo. El expediente cuatrocientos once era yo, y no tenía claro si quería descubrir qué implicaba todo eso.

Un minuto después asumí que debía llegar hasta el final, aunque me aterrara. Levanté la pantalla de nuevo y vi mi rostro junto a mi nombre, mi fecha de nacimiento, los nombres de mis padres y un resumen de toda mi vida. Sabían dónde había trabajado, sabían con quién me había acostado e incluso a quién había matado.

—Me han estado vigilando… —susurré, temblando—. Toda mi puta vida.

La vista se nubló ante mí. Billy me sostuvo por la cintura. En aquel momento, mientras me temblaban las manos y trataba de recobrar la vista, Regina entró.

Se detuvo en la puerta al vernos.

—Perdón —se sorprendió—. ¿Nos vamos?

Salva y Ada iban tras ella.

Billy, por respeto a mí, no respondió. Yo recuperé la conciencia, pero no fui capaz de hablar.

—¿Está bien? —preguntó Regina, preocupada al ver mi expresión. Los tres se acercaron a nosotros.

Regina se sentó a mi lado y yo la miré con ojos vidriosos y con la respiración entrecortada.

—Roma…, ¿puedes hablar? —preguntó ella, preocupada, pero manteniendo la serenidad.

Yo solo pude negar. Ella me agarró las manos.

—Respira conmigo.

Ella inspiró, yo inspiré. Ella espiró, yo espiré. Cerré los ojos y me dediqué a escucharla y centrarme en el tacto de sus manos alrededor de las mías. Poco a poco recobré el aliento y abrí los ojos de nuevo a la vez que soltaba el aire de los pulmones.

—¿Mejor? —preguntó ella, acariciándome la mejilla.

—No, Regina, hay… —tartamudeé. Señalé el ordenador.

Ella desvió la mirada, y entonces descubrió la verdad. Aparté la vista, por lo que no supe cuál fue su reacción. Solo sé que Salva y Ada también se sumaron. Durante unos segundos reinó un silencio que me sobrecogió el corazón, hasta que Ada habló:

—Deberíamos dejarlo aquí.

Yo la miré de reojo.

—Eso tendría que decidirlo ella —repuso Billy.

Ada apartó la mesa y se arrodilló frente a mí.

—Roma, hay secretos que es mejor dejar ocultos —murmuró, mirándome a los ojos y cogiéndome de los hombros. Yo no reaccioné—. Hazme caso —insistió, zarandeándome con suavidad.

—¿Por qué tienes tantas ganas de que lo deje pasar? —preguntó Billy—. ¿Acaso sabes algo?

—Qué voy a saber, imbécil —gruñó, volviéndose hacia él. Noté cómo su furia se desataba en aquel gesto, pues me apretó los hombros más sin darse cuenta—, solo quiero protegerla.

—Ada… —murmuré. Ella me miró de nuevo—. ¿S-s-sabes algo?

—No —respondió. Le tembló el labio inferior.

—Entonces, déjame seguir —le pedí.

Ella bufó y salió de la caravana, enfurruñada. Alargué la mano hasta el ordenador. Me quedé mirando la pantalla unos segundos e intenté sacar una nueva teoría.

—Ahora todo tiene más sentido —empecé, aún con la voz agarrotada—. Milan formaba parte del primer experimento, yo del segundo; aún no sabemos de qué se trataba. De ahí las lagunas en mi cabeza, por eso no sueño y… Y, por eso, cuando volví a casa, no sabía ni comer y mis padres discutían… Pero… es algo jodido. Solo dos personas estamos «bien» —dije con unas comillas en el aire— después de ese experimento. Aquí hay muchísima información sobre mí. Quizá podemos…, no sé, descubrir algo. Mi expediente tiene casi cincuenta páginas.

—Roma —me interrumpió entonces Regina, sorprendiéndome. La miré—. Creo que Ada tiene razón y deberíamos dejarlo pasar.

—¿Cómo, Regina? ¿Cómo voy a dejar pasar esto? Han destruido la vida de muchas personas. Ha habido muchos muertos, otras muertes cerebrales… Imagina que ahora mismo estén haciendo esto a otras personas.

Entonces empezó a llorar. Se cubrió los ojos con las manos. Soltó un leve sollozo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Ella seguía llorando. Le aparté las manos con delicadeza para que me mirara a la cara y así intentar descifrar su expresión. No me hizo falta mucho para comprender que ella también escondía un secreto.

—¿Hay… algo? Sabes… algo…

Ella seguía llorando y agachó la mirada. Yo empecé a temblar de nuevo. No podía creer que estuviera metida en toda esa mierda. No podía creer que formara parte de ese circo.

—¿Estás involucrada en esto? —espeté, agarrándole las manos.

—¡No! —exclamó de inmediato—. ¡¿Cómo puedes pensar eso?! ¡Claro que no tengo nada que ver!

La creí.

—¿Entonces?

—El… El TAC —soltó por fin. Luego se calló y volvió a llorar.

—¿Qué, Regina? —Ella seguía llorando—. Mírame, por favor, mírame. —Nuestros ojos se encontraron—. ¿El TAC qué?

—No lo perdí…

—Vale, ¿y qué viste? —Otra vez silencio—. Regina, por favor…, merezco saberlo.

—Vi tu cerebro.

—Sí…

—Pero… —sollozó, y por fin lo soltó— no era un cerebro humano.

70

24 de agosto de 2097

Enmudecimos, mientras le dábamos vueltas a lo que Regina acababa de decir. Muy pronto comprendí que no tenía ningún sentido y me eché a reír.

Me levanté y empecé a caminar nerviosa a un lado y a otro en el pequeño espacio mientras me reía de lo inverosímil que era todo.

—¿Qué…, qué quieres decir con eso? —le preguntó entonces Salva.

—Lo que he dicho —se limitó a responder ella, aún con lágrimas en los ojos.

—Pero… ¿tipo qué? ¿Crees que le operaron el cerebro, como a Ada y a mí ciertas partes del cuerpo? Ada, por ejemplo, tiene una capa metálica bajo la piel. ¿Puede que le hicieran algo así a su cerebro? ¿O le implantaron algún chip?

Yo dejé de reír para escuchar la respuesta de Regina. Ella solo negó con la vista clavada en el suelo.

—Regina, ayúdanos a entenderlo —pidió Salva.

—Simplemente no hay rastro de materia humana —confesó ella en un sollozo.

Salva quiso decir algo, pero se contuvo. Me miró para ver mi reacción. Ni tan siquiera miré a nadie cuando eché a correr. No sabía

por qué, pero necesitaba desaparecer, así que traté de alejarme a toda velocidad.

Me adentré en el bosque con el grito de mis amigos de fondo y la alarma no tardó mucho en saltar. El sonido ensordecedor disminuía a medida que yo me alejaba.

De nuevo, el entorno se nubló, pero seguí corriendo sin destino. Las piernas se movían solas y esquivaba los árboles por inercia. Recuerdo la cantidad de pensamientos que me asaltaron, la mayoría preguntas: «¿Me han estado controlando toda la vida? ¿Mis pensamientos son propios? ¿Cuál es la realidad? ¿Qué precio tiene entonces mi vida? ¿Para qué cojones estoy aquí? ¿Alguien me querrá al saber esta parte de mí?». Y la última, que lo englobaba todo: «¿Quién cojones soy?».

Tras un rato, me detuve a tomar aire. Me estaba ahogando, pero entonces me pregunté si era cierto o solo era una sensación que simulaba mi cerebro. Quizá nada en mi cuerpo era real. Mis órganos no eran míos, igual que mis pensamientos. O sí. Siempre me había sentido libre. Jamás había sentido que me controlase un ente superior o algo más profundo en mi interior, como Milan había explicado que le sucedía. En mi caso, esa sensación nunca había existido. De hecho, me consideraba una persona que actuaba por impulsos.

Fijé la mirada en el lago al final del bosque, entre los árboles. Mientras caminaba, continué reflexionando sobre mi nueva realidad. El cuerpo me pesaba el doble. El corazón latía al doble de velocidad, pero solo podía preguntarme si todo eso era cierto o simplemente si era mío.

Cuando me detuve al borde del lago, respiré profundo el aroma a humedad y frescor. Aquella bella imagen me erizó la piel y me emocionó hasta el punto de soltar algunas lágrimas. La misma naturaleza me hacía sentir parte de ella. ¿Cómo si no iba a sentirme así? La belleza cegadora del mundo penetró en mi pecho y me invadió la emoción de estar viva, de estar presente, curiosamente, como nunca antes lo había sentido.

Me senté en el suelo, sobre la tierra mojada, y me humedecí las manos para sentir algo. La sensación era placentera, pero quizá no era más que un código en mi cerebro, o intento de cerebro.

Me cubrí los ojos con las manos y me dejé caer hasta apoyar la espalda sobre la arena. Entonces vi la inmensidad del cielo, el mismo universo ante mis ojos. Al otro lado existía la infinidad absoluta, y todos pertenecíamos a ella. Creo que empecé a delirar, a tener pensamientos sin sentido, a sentirme más grande que la humanidad para, un segundo después, sentirme diminuta, como una hormiga aplastada por un elefante.

Creo que de tanto sobrepensar llegué a dormirme despierta. Dejé de existir durante unos minutos. Cuando volví a la realidad, lo hice porque escuché su voz.

—Roma… —Regina se detuvo a mi lado, observándome con tristeza.

Al mirarla solo hice una pregunta.

—¿Me sigues queriendo? —solté, sin pensar.

—Claro —admitió ella.

Aquello me llevó a otras decenas de preguntas que no llegué a formular: «¿Todo lo que he sentido por ella era real? ¿Escogía de

quién enamorarme? ¿Me querrá de verdad al saber que, en realidad, yo no existía?».

Me limité a tratar de encontrar las respuestas a partir de los actos. Luego me levanté y, sin pensar, me lancé a besarla. Esta vez, ella no se apartó.

Al principio fue dulce, pero muy pronto se volvió intenso, como si quisiéramos retener ese momento para siempre.

Hasta ese momento yo había vivido de todo: una familia feliz, una familia rota, el primer amor y su más que inevitable destrucción, experimenté la pérdida en todas sus formas más crueles y las más oscuras y poderosas de las emociones —el rencor, el odio y la envidia—. Me había arrancado el corazón, mi mejor amigo me había odiado con todo su ser, mi padre me había abandonado. Lo había sentido todo, pero nunca antes había estado tan viva.

Y todo fue gracias a ella, que a diferencia de mí sí cumplió su promesa y no me abandonó cuando más la necesitaba.

Cerramos los ojos y nos quedamos abrazadas en la orilla. Noté que tenía frío, así que la rodeé con mis brazos para calentarla. Cerré los ojos al apretarla contra mí y me entraron ganas de dormir.

Recordé que yo dormía, pero no podía soñar.

Entonces caí.

«¿Qué es un ser sin sueños?», me pregunté.

Es la desesperanza, es una tragedia.

71

24 de agosto de 2097

Volvimos a la caravana al hacerse de noche. Regina y yo vimos a Ada sentada en el sofá exterior mirando hacia el horizonte, en silencio. Billy y Salva se encontraban dentro con el ordenador del primero. De nuevo, estaban trabajando mano a mano.

Ambos levantaron la mirada cuando me escucharon llegar.

—¿Seguís con… mi expediente?

Asintieron.

—¿Y qué? —pregunté, dejándome caer en una silla.

—Hay muchísima información —explicó Salva—. Detalles de tu vida. Sin duda han hecho un seguimiento exhaustivo de tu día a día. Cosas que solo… —observó de reojo a Billy y luego volvió a mirarme —, que solo una persona de tu entorno podría saber.

—¿Qué quieres decir?

—En el expediente se nombra en muchas ocasiones a tu supervisor. Siempre está escrito en mayúscula. Al cotillear otros casos, hemos llegado a la conclusión de que cada uno de vosotros tiene a alguien que se encarga de vigilaros de cerca e informar a sus jefes o quienes cojones sean.

Me enderecé.

—¿Quién se supone que es el mío?

—No lo hemos mirado —aseguró Salva—. Creíamos que es algo que solo tú debes comprobar. Lo más probable es que sea alguien cercano a ti. Es tu intimidad.

Me levanté de golpe y me senté junto a ellos. Regina se sentó en el reposabrazos del sofá, a mi lado, para ver la pantalla junto a nosotros.

—Vale, ¿dónde lo puedo ver?

—En la última página.

Fui bajando hasta llegar a la penúltima. Solo tenía que descender un poco más y tendría al puto traidor frente a mí. El corazón se me aceleró de nuevo, como si yo fuera del todo humana.

Regina emitió un ruidito. De reojo vi que se llevó la mano a la boca.

—Qué cojones… —murmuró Salva.

Entonces, lo leí y mi corazón se quebró. Fui incapaz de moverme al ver ese rostro y ese nombre escritos en la pantalla.

Mi mejor amigo, el que pensaba que era como un hermano: Ian.

Leí sus datos. Y en la última fila había una nota.

«Baja desde el 9 de mayo de 2091. Causa: salud mental».

Dejó de ser mi supervisor cuando asesinaron a Laia. Se alejó de mí justo cuando yo ya no era su trabajo. No recordaba haber sentido una traición así.

De pronto, más dudas surgieron en mi cabeza. No solo yo no era real, sino que quienes que me rodeaban tampoco lo eran.

—Mi madre me adoptó como sustituta de su hija —asumí, conteniendo la rabia y la tristeza. Creé un escudo a mi alrededor y no derramé ni una sola lágrima—. Por eso mi padre se marchó, porque jamás me consideró su hija. Por eso la gente del pueblo

afirmaba que solo había una Roma Delmer. Decían la verdad. Ella es Roma, y yo solo soy una copia. Soy un experimento, y al que consideraba mi mejor amigo es solo un trabajador más en la mentira que es mi vida.

Tragué saliva y Regina me agarró de la cintura y me abrazó por detrás.

—Si alguno de vosotros tiene algo que decirme, es el momento. No quiero descubrir que también sois una mentira. Quiero que habléis.

Nadie se pronunció. Les dejé tiempo, pero continuaron callados.

—Vale —acepté—. Entonces descubramos quién cojones sustituyó a Ian.

Bajé por el documento y, cuando su rostro apareció en la pantalla, nadie se pronunció. Como si todos, en el fondo, ya supiéramos que se trataba de ella.

Me levanté y salí escopeteada al exterior. No pensaba atemorizarme ante esa gentuza. Le di la vuelta a la caravana y la vi sentada en el sofá en la misma posición que antes. Mis amigos salieron detrás de mí.

Se giró y, cuando nuestros ojos se encontraron, ella supo que sabía la verdad.

—¿Por…, por qué? —pregunté con expresión férrea.

Ella negó con la cabeza y se acercó a nosotros.

—Roma, tenemos que irnos. —Esa fue su mierda de respuesta.

—No voy a ir contigo a ninguna parte.

—Sí, Roma. No hay otra opción.

Salva avanzó dos pasos al frente para detenerse frente a mí mientras Regina me cogía de la mano para tirar de mí hacia ella.

—¿Adónde tenéis que iros? —gruñó él.

Ada agachó la mirada, avergonzada.

—Os dije que no os metierais en este asunto. Ninguno de vosotros debería saberlo. Ahora Roma y yo tenemos que marcharnos, y vosotros deberéis fingir que esto nunca ha pasado —explicó, levantando la vista al final de la frase.

—Roma no irá a ningún sitio contigo —replicó Salva.

—No hay otra opción —sentenció ella con emoción en su mirada.

Echó a andar hacia mí, pero Salva la detuvo.

—Hacedlo sencillo. No puedes conmigo. —Ada lo miró a los ojos.

—Entonces ten cojones de matarme —la desafió Salva.

Ada dio un paso adelante y Salva la agarró. Empezaron a forcejear.

—¡Vámonos! —gritó Regina, tirando de mí.

Arrancamos a correr. De reojo, descubrí a Billy paralizado junto a la caravana. Acudimos a su lado, pero no reaccionó. Antes de que pudiéramos alejarnos más, noté que alguien me agarraba de la cintura. Era Ada.

Pataleé para que me soltara mientras Regina tiraba de mí sin consuelo.

—¡No quiero haceros daño! —gritó Ada.

Salva se levantó del suelo, cogió una silla y la estrelló contra la espalda de Ada.

—Grrr —soltó ella. A otra persona la habría roto en dos.

Ada me soltó y agarró a Salva del cuello para lanzarlo al suelo un instante después. Luego me cogió de la camiseta y me empujó contra la caravana para tenerme controlada.

Regina se acercó a Ada y le soltó un puñetazo que le cruzó la cara. Las clases de boxeo le habían servido de algo, pero no fue suficiente.

Ada la agarró del brazo, se lo retorció y, después de darle la vuelta, la estampó contra la caravana. Vi su rostro deformado contra el metal e intenté golpear a Ada, pero me lanzó a un par de metros de un empujón.

Me agarré la barriga, temiendo por mi hijo.

Inmovilizó a Regina con una de sus esposas electromagnéticas.

Salva se arrojó sobre ella de nuevo y la hizo rodar por el suelo. Yo me levanté corriendo, sin sentir apenas dolor, para intentar liberar a Regina.

—¡Corre, Roma, vete, vete! —exclamó ella.

Me miró a los ojos, y entonces comprendí que yo era la única que estaba en realidad en peligro, pero no podía dejarla ahí.

—No me voy a ir sin ti —aseguré, cogiéndola de la mano.

Un instante después, Ada me estrelló contra la caravana. Regina y yo nos quedamos mirando, hasta que escuché un grito grave horrible.

—¡Aaaaaah!

Al girarme vi a Salva agarrándose el codo mientras se tambaleaba. Ada le había torcido el brazo hasta dejárselo en un ángulo antinatural.

—Lo siento, lo siento —se disculpó ella, desesperada.

Trató de acercarse a él, pero, aún jodido, intentó devolverle un puñetazo con la otra mano. Ada se limitó a apartarse, y luego lo agarró de la muñeca sana y lo arrastró junto a nosotras.

—Os he dicho que no quería haceros daño —sollozó ella, pegando a Salva al vehículo.

—Hija de puta, hija de puta mentirosa —murmuró Salva, lleno de furia—. Hagáis lo que hagáis, os encontraré —gruñó.

—No, Salva. Os prometo que no le harán daño, pero debéis dejarla marchar.

—¿Qué significa eso? —preguntó Regina con ansiedad.

Ada la miró, pero decidió ignorarla. Me soltó y me ató las manos a la espalda. Lo último que hice fue mirar a mis amigos. Se hizo un silencio antes de la tormenta, como si todos hubiéramos aceptado resignados el final de aquella historia.

Y entonces, igual que Hugo, pronuncié una última frase:

—No os olvidéis de mí.

Era lo único que me daba miedo: que las únicas personas que me habían querido me olvidasen.

—¿Qué le vais a hacer, Ada? ¿Qué le vais a hacer? —gritó Regina.

Nos alejamos y, antes de adentrarnos en el bosque, desvié la mirada a la derecha y vi a Billy escondido, liberándose de la esposa de su pie.

Pensé que nos seguiría, pero no fue así.

Cobarde. Puto cobarde.

A medida que me alejaba, el llanto de Regina se desvanecía. Llegamos hasta la furgoneta de Salva y me metió en la parte trasera.

—¿Por qué lo haces? —le pregunté por última vez.

—Lo siento, Roma, pero, cuando me dieron este cuerpo, ese fue el trato. Si te dejo marchar, lo perderé todo.

Ada me sentó en el suelo y luego se sacó un chip del bolsillo.

—Esto te ayudará.

—Espera —le pedí un segundo, apartándome al recordar algo—. Tú viste el vídeo de mi hermana, ¿no es cierto? Cuando te lo envié.

Ella no respondió, pero su silencio me lo confirmó.

—¿Cómo has podido esconder algo así? ¿Cómo has podido vivir sabiendo lo que les hacían a esos niños?

—No lo sabía. Cuando me contrataron, no tenía ni idea de que esta gente estuviera relacionada con el rapto de niños. Me dijeron que participaría en un estudio muy importante, un estudio que cambiaría el mundo. Yo haría el seguimiento del primer robot infiltrado en la vida cotidiana. Querían ver cómo te desarrollabas, si creabas conciencia. Ian fue el primero; imagino que, igual que yo, no tenía ni idea de lo de los niños, pero nosotros solo debíamos vigilarte, cuidarte y… ser tus amigos.

—Mis amigos —espeté, soltando una risa irónica—. Qué puta mierda de amigos.

—¿Qué querías que hiciera, Roma? Era eso o quedarme tetrapléjica toda la vida. Luego te conocí y me emocionó verte… Me emocionó ver lo que estábamos consiguiendo y me encantó conocerte —explicó, con emoción en su voz. Guardó silencio y terminó—: Lo que sí me dejaron claro es que no podías descubrir lo que eres, y ahora…, joder, lo hemos fastidiado todo.

Aparté la mirada de ella, derrotada. No pude preguntar nada más, porque me agarró la cabeza y me colocó un chip en la nuca. No me resistí.

No tardé ni dos segundos en comprender de qué se trataba. Era el chip para dormir, el que habíamos utilizado con Kristoffer.

En los diez segundos que tardé en perder la conciencia me fijé en un cartel gigante que vi en la distancia a través de la ventana. Un

cartel que había visto en millones de ocasiones, pero que entonces tomó una dimensión mucho mayor:

SIN ALMA NO HAY HUMANIDAD.

Caí dormida con esa frase que, a partir de ese momento, me perseguiría para el resto de mi vida.

72

¿24 de agosto? de 2097

Desperté y abrí los ojos de golpe, deseando que todo hubiera sido una pesadilla. Pronto recordé que yo no las tenía, y mucho menos sueños. Comprobé lo que ya sabía: todo había sido real.

Tenía frente a mí un techo blanco. Giré la mirada y descubrí que me encontraba en una sala blanca con mesas que sostenían aparatos y objetos desconocidos para mí. Hice una panorámica del espacio: estaba tumbada en una camilla en el centro y había una silueta de espaldas.

—Hola, Roma —dijo la voz. Lentamente se dio la vuelta. Era una mujer de setenta años que intentaba aparentar cuarenta. Lo que más resaltaba de ella era su peinado, una media melena con corte bob recto, simétrico y liso. Todo el mundo la conocía: era Syla Harris, la creadora de la Confederación Ralía.

—¿Qué…? —pregunté, tratando de levantarme, pero algo me lo impidió.

Estaba atada a la camilla de pies y manos.

—Tranquila. No vamos a hacerte daño, todo lo contrario.

—¿Qué mierdas es esto? —gruñí.

—Te lo contaré. He decidido venir yo misma a explicártelo porque te debo mucho. —Ella se sentó en una banqueta frente a mí. La

camilla estaba algo inclinada—. Quieres entender qué es todo esto, ¿no es cierto?

Yo no respondí, pero ella se lo tomó como una afirmación.

—Desde al año 53 estamos trabajando en el experimento Génesis. Es un proyecto muy ambicioso. Llevaba años estancado hasta que apareciste tú. —Me sonrió y, para mi sorpresa, alargó la mano para acariciarme, pero yo intenté apartarme, asqueada y asustada a partes iguales—. Te comprendo. Enterarte de esto no habrá sido sencillo, pero eres una proeza y cambiarás la historia de la humanidad, ¿entiendes?

—No, no entiendo nada —espeté.

—Bien, te lo explicaré. Génesis es un experimento de clonación sintética humana y de transmisión de recuerdos a un cerebro artificial —explicó. Abrí la boca, en shock, pero no pude hablar. Intenté prestar atención en lugar de dejar que mi mente divagase. Ella continuó—: ¿Qué significa esto? Cogemos a una persona, le hacemos una clonación integral y de esa copia generamos un cuerpo sintético idéntico al de un humano. Luego, copiamos los recuerdos del cerebro del sujeto al clon… y, *voilà*, tenemos un nuevo ser humano.

—Eso… Eso… ¿qué…?

—Sí, Roma. —Sonrió—. Eres un clon… o, bueno, para ser más exactos, eres una copia idéntica de un ser humano. —Me eché a llorar—. Tranquila, tranquila. —Se acercó y posó la mano en mi hombro.

—¡Suéltame! —grité, enfurecida. Traté de zafarme de las cuerdas, pero mi esfuerzo fue insuficiente.

—Es normal que te sientas así, pero deberías sentirte orgullosa. Eres el ser más especial jamás creado. El primer ser consciente e inmortal.

«Inmortal. Qué…».

—La idea desde un inicio fue crear clones para prolongar la vida humana, para evitar tanto la enfermedad como el envejecimiento. Por otro lado, necesitábamos dinero, así que creamos clones sintéticos para utilizarlos como mano de obra o robots de compañía. Sin embargo, muy pronto descubrimos que la humanidad era muy difícil de fingir, que las emociones se pueden eliminar, pero son complicadas de crear… Tristemente logramos convertir al humano en robot antes que al robot en humano.

—Hijos de puta.

Ella sonrió, orgullosa.

—¿Ves lo que digo, Roma? Eres tan humana… Estos años viéndote han sido lo mejor que me ha ocurrido nunca. Cuatrocientos diez intentos. Cuatrocientos diez copias muertas, sin alma, desprovistas de vida, hasta que llegaste tú. Tú serás quien nos guiará hacia el nuevo mundo, y no temas, porque muy pronto dejarás de estar sola. Yo y muchos de nosotros nos uniremos a ti.

Ella seguía hablando y hablando, y yo no paraba de llorar débilmente, resignada a mi triste realidad.

—Sin embargo, aún se puede mejorar, Roma. Habrás notado que, en algunas cosas, sigues sin ser del todo humana.

La miré.

—Son detalles —explicó—. El dolor. Puedes sentirlo, pero no sufres como los demás. No lloras al cortar cebolla —se echó a reír—. Es algo muy tonto, pero no hemos logrado conseguirlo.

—No podía oler —recordé.

—De hecho, eso sí era algo que tenías. En el primer prototipo que le enviamos a tu madre…

—Mi madre… —la corté.

—Sí. Ella perdió a su única hija y estaba desesperada. Por eso contactamos con ella para ofrecerle una copia, a ti. Hasta el momento, los sujetos anteriores fueron creados, educados y desarrollados en un laboratorio, así que decidimos probar algo distinto contigo. Fue la primera vez que le dimos a una copia una vida, una familia, y así pudiste florecer. De la humanidad nació la misma humanidad. Tiene sentido, ¿no crees? —Guardó silencio antes de continuar—: Volviendo a lo del olor, sí que tenías la capacidad de percibir olores, pero tu madre nos pidió que te la quitáramos para que te parecieras a su hija original. Así lo hicimos, y ella pudo empezar a quererte.

—Pero yo… la recuerdo. A mi hermana o…

—A ti misma —me corrigió—. Siempre te has recordado a ti misma. Todos los recuerdos que tienes de la desaparición de tu supuesta hermana no son tuyos, son de los demás, de cosas que te contaron otros, pues… la realidad es que ocurrió algo muy interesante y curioso. Tu madre, aunque eras una copia exacta de su hija original, empezó a verte como a una segunda hija, empezó a quererte así, y entre las dos creasteis una realidad alternativa en la que tu hermana había desaparecido. Tú generaste esos recuerdos a partir de las palabras y actos de tu madre, y ella aceptó ese delirio porque eso la hacía sentir mejor. Se dio cuenta de que a un hijo no se le puede sustituir con otro, pero sí puedes aprender a querer a uno nuevo.

Yo suspiré, y eché la cabeza hacia atrás, pensando en ella. Pensé que ya se habría enterado de la vuelta de la Roma original. Solo pude hacer una pregunta que me quemaba por dentro.

—Vosotros lo sabéis todo de mi vida, ¿cierto?

—Así es.

—Entonces… ella… ¿me está buscando?

—Sí, Roma. Aprendió a quererte. Aunque ha recuperado a su hija original, te está buscando.

Se me escapó una sonrisa de emoción.

—Pero siento decirte que debemos eliminar tu vida anterior de tus recuerdos —soltó.

«¿Qué?». Levanté la vista y la miré con los ojos abiertos como platos, asustada. Me latía el corazón como si fuera a explotar. No quería olvidar mi vida, quién era. Aunque fuese un puto clon sintético, yo era alguien gracias a mis recuerdos.

—Sé que es duro, Roma —se levantó de su asiento—, pero no nos queda más remedio. Has descubierto demasiados secretos, sabemos que tienes tendencia a hacer lo correcto y, como imaginarás, eso no nos favorece. —Se rio de nuevo mientras se daba la vuelta hacia una de las mesas. No vi qué estaba haciendo, pero yo temblaba como si me estuviera congelando—. Además de que la autoconsciencia de lo que eres puede alterar el proceso. Por eso… hemos tomado esta decisión, y así aprovechamos para hacerte una actualización que llevábamos tiempo queriendo implementar.

No sabía a qué se refería con eso último, lo que sí sabía era que no quería olvidar. Instintivamente y sin saber por qué, miré qué tenía en los bolsillos con la esperanza de encontrar algo que pudiera evitar lo inevitable. Sin embargo, solo encontré el trocito recortado del libro

favorito de Regina. Esa frase: «No hay un camino hacia el amor verdadero que no implique enfrentarte a tus mayores miedos». Y su inicial al lado, junto a un corazón. Se me rompió algo por dentro. Después de todo lo que habíamos vivido, lo olvidaría todo. Con el poco movimiento que me permitían las sujeciones, me introduje el papel en las bragas, bien adentro. No sabía que harían conmigo, pero quería encontrarlo cuando despertara.

Syla, sin percatarse, continuó hablando:

—La gracia es que podemos borrar e introducir información en tu cerebro. Tu consciencia siempre será la de la Roma Delmer original, pero a partir de este momento no tendrás recuerdos, como si hubieras sufrido un accidente.

Era una puta locura.

—Aunque ahora duela, no temas —terminó su discurso, girándose de nuevo hacia mí. Vi que traía un chip diminuto en sus manos—. Es una nueva oportunidad para ti, verás lo que tenemos preparado.

Se acercó, con una sonrisa que le cruzaba el rostro, y con la mano libre apretó un botón situado en un costado de la cama. Noté cómo las cintas tiraban de mis extremidades. Una quinta correa surgió hasta rodearme el cuello y pegarme la cabeza a la camilla. Estaba inmovilizada. Intenté luchar, pero muy pronto comprendí que no tenía escapatoria.

—Como te iba diciendo antes, Roma, hay cosas humanas que aún no has podido experimentar…, como los sueños. Tenemos una buena noticia —dijo, sonriéndome desde la altura—, por fin podrás soñar. —Tenía los ojos humedecidos, emocionada—. Verás que es algo único, Roma.

Un segundo después noté un pinchazo en la nuca. Me había clavado el microchip. No dolió apenas, pero muy pronto sentí que algo se desvanecía dentro de mí.

—Tardará cinco minutos. Después te espera tu nueva vida.

—¿Mi hijo…?

—Seguirá contigo, no temas —me aseguró.

Yo sonreí, emocionada. El bebé era lo único que me quedaba, así que me aferré a él, al amor que ya procesaba por ese ser que crecía dentro de mi cuerpo sintético.

—¿Saldrá bien?

—Estamos casi seguros de que sí, y eso será aún más emocionante.

Yo cerré los ojos, humedecidos, y lloré.

—Mucha suerte, Roma. Ojalá pudieras recordar lo que significas para la humanidad —sentenció.

Se marchó, y escuché la puerta cerrarse.

¿Os acordáis cuando los humanos decíais que un robot nunca podría contar una historia única? Estabais equivocados.

Ahora, desde esta camilla, con los ojos clavados en un techo blanco que podría ser cualquier lugar del mundo, os cuento mi historia. Desde aquí intento sentir y recordar los últimos años de mi vida, tratando de que el chip no los borre y me deje sin identidad para siempre.

Dos minutos.

Los últimos seis años de mi vida han estado marcados por el sufrimiento, pero en lo único en que puedo pensar ahora mismo es en el amor. Solo pienso en mis amigos, mi familia, en todas las personas que quiero. No quiero olvidarme de ellos. No puedo.

Si olvido a mi madre, dejaré de tener esencia, dejaré de ser yo. Si olvido a Regina, olvidaré lo que es el amor.

Miro la cuenta atrás. Un minuto. Un minuto para olvidar.

Las lágrimas descienden por mis mejillas al comprender que he estado perdiendo el tiempo, que todo era mucho más sencillo: bastaba con dejarme amar.

Treinta segundos.

Cierro los ojos y el rostro de mi madre me viene a la memoria. Ella me quiere, aunque yo solo sea una copia de su hija. Lo veo en sus ojos.

Quince segundos.

Pienso en Regina. Ella me quiere como si no existiera nadie más en el mundo.

Cinco segundos. Los aprovecho para recordar.

Recuerdo y me aferro al amor que proceso por ellas.

Cero segundos. El olvido.

En ese último instante, no dejo de pensar en ellas.

Lo hago con la esperanza de que esas últimas imágenes en mi memoria se conviertan más tarde en sueños que me devuelvan a mi hogar.

Agradecimientos

Quiero agradecer a las personas que me han acompañado toda mi vida: mi familia y mis amigos. Sobre todo a mis abuelos, que, aunque no podáis verlo o entenderlo, siempre estáis conmigo.

También a todas las personas que al leer mis historias me escribís y me animáis a seguir, es lo más bonito que me llevo de todo esto. Espero que esta historia también os haga vibrar.

Vull agrair a totes les persones que m'han acompanyat al llarg de tota la meva vida: la meva família i els meus amics. Sobretot als meus avis, que, encara que no ho pugueu veure o entendre, sempre sou amb mi.

També vull donar les gràcies a totes les persones que, al llegir les meves històries, m'escriviu i m'animeu a continuar. És el més bonic que m'emporto de tot això. Espero que aquesta història també us faci vibrar.

Descubre el secreto que esconde el Expediente 411.
Únete a una comunidad de más de un millón de seguidores.



La imagen de una mujer de ojos azules aparece de pronto congelada en la pantalla de un móvil. Para cualquier persona podría ser algo insignificante, menos para Roma Delmer. Ella ve en la pantalla el que sería el rostro actual de su hermana gemela, **desaparecida 24 años atrás**. Desesperada, acude a la policía, pero la angustia se acrecienta cuando descubre que **la imagen ha sido eliminada** de todas las redes. A partir de ese momento y mientras intenta recuperar los recuerdos de un año en blanco, Roma seguirá el rastro de **una pista que solo ella ha visto**. En una búsqueda contrarreloj y enfrentándose a todos aquellos que dudan de ella, hará todo lo que esté en su mano para **traer de vuelta a su hermana.**

Para los amantes de ***Black Mirror***, llega una novela ambientada en un futuro no tan lejano, en la que la **tecnología y los secretos** lo inundan todo. **¿Te atreves?**

Anna C. Jaquet (Barcelona, 1995) estudió dirección de cine en la ESCAC. Desde 2023 es divulgadora de *true crime* a través de su cuenta "Expediente 411", en la que acumula más de un millón de seguidores en diversas plataformas. En 2025 debutó en ficción y ahora publica por primera vez en Roca Editorial.



Primera edición: noviembre de 2026

© 2026, Anna C. Jaquet
© 2026, Penguin Random House, Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Penguin Random House, Grupo Editorial
Imagen de la cubierta: composición fotográfica a partir de las imágenes de © iStock

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87905-45-3

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Expediente 411

Parte 1

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Parte 2

- Capítulo 13
- Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Parte 3

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Anna C. Jaquet

Créditos

1. Expediente 411
2. Parte 1
    1. Capítulo 1
    2. Capítulo 2
    3. Capítulo 3
    4. Capítulo 4
    5. Capítulo 5
    6. Capítulo 6
    7. Capítulo 7
    8. Capítulo 8
    9. Capítulo 9
    10. Capítulo 10
    11. Capítulo 11
    12. Capítulo 12
3. Parte 2
    1. Capítulo 13
    2. Capítulo 14
    3. Capítulo 15
    4. Capítulo 16
    5. Capítulo 17
    6. Capítulo 18
    7. Capítulo 19
    8. Capítulo 20
    9. Capítulo 21
    10. Capítulo 22
    11. Capítulo 23
    12. Capítulo 24
    13. Capítulo 25
    14. Capítulo 26
    15. Capítulo 27
    16. Capítulo 28
    17. Capítulo 29
    18. Capítulo 30
    19. Capítulo 31
    20. Capítulo 32

21. Capítulo 33
22. Capítulo 34
23. Capítulo 35
24. Capítulo 36
25. Capítulo 37
26. Capítulo 38
27. Capítulo 39
28. Capítulo 40
29. Capítulo 41
30. Capítulo 42
31. Capítulo 43
32. Capítulo 44
33. Capítulo 45
34. Capítulo 46
35. Capítulo 47
36. Capítulo 48
37. Capítulo 49
38. Capítulo 50
39. Capítulo 51
40. Capítulo 52
41. Capítulo 53
42. Capítulo 54
43. Capítulo 55

4. Parte 3
    1. Capítulo 56
    2. Capítulo 57
    3. Capítulo 58
    4. Capítulo 59
    5. Capítulo 60
    6. Capítulo 61
    7. Capítulo 62
    8. Capítulo 63
    9. Capítulo 64
    10. Capítulo 65
    11. Capítulo 66
    12. Capítulo 67

13. Capítulo 68
14. Capítulo 69
15. Capítulo 70
16. Capítulo 71
17. Capítulo 72
5. Agradecimientos
6. Sobre este libro
7. Sobre Anna C. Jaquet
8. Créditos